



Archibald Smith

El Perú tal como es

Una estancia en Lima y otras partes de la república peruana, incluida una descripción de las características sociales y físicas de ese país

Edición, estudio introductorio y notas de
Magdalena Chocano



BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ



Los años que siguieron al logro de la independencia figuran entre los más huérfanos de documentación en la historia del Perú, debido al natural desorden administrativo que siguió a la ruptura con el imperio español. Ello le da un especial valor al libro del médico inglés Archibald

Smith, quien luego de pasar una década en el Perú, entre 1826 y 1838, viviendo entre mineros y agricultores, “desde el palacio hasta la humilde choza”, publicó en 1839 en Londres un libro con sus recuerdos e impresiones, “con honestidad e imparcialidad”. Smith aborda temas como la alimentación de los peruanos, sus enfermedades más frecuentes, el estado de la medicina en la época, los avatares de la minería y las costumbres laborales de las diferentes clases de habitantes, que no son frecuentes en la literatura conocida como de “viajeros”.

Esta es la primera traducción al castellano del libro de Smith y presenta en forma conjunta los dos tomos originales en que se dividió la obra.

Fue realizada por la historiadora Magdalena Chocano, quien se ha encargado del cuidado de la edición y ha escrito un sustancioso estudio introductorio.

Archibald Smith nació en Escocia en 1790 y estudió medicina en Edimburgo. Llegó al Perú en 1826, contratado por una compañía minera británica que operaba en el Cerro de Pasco, el asiento minero más importante del Perú de la época. La empresa quebró al poco de su llegada, por lo que debió ganarse la vida como un profesional independiente, recorriendo diversos lugares y explorando diversas posibilidades.

Magdalena Chocano es una historiadora peruana, con estudios en la Pontificia Universidad Católica del Perú, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales y la Universidad del Estado de Nueva York, donde obtuvo su doctorado. Ha publicado varios libros sobre la historia del Perú y de México, así como diversos artículos sobre la historia de los siglos XVIII y XIX en la región andina. Ha sido docente en varias Universidades, desempeñando esta labor actualmente en la Universidad Nacional Federico Villarreal.

EL PERÚ TAL COMO ES
UNA ESTANCIA EN LIMA Y OTRAS PARTES DE LA REPÚBLICA PERUANA,
INCLUIDA UNA DESCRIPCIÓN DE LAS CARACTERÍSTICAS SOCIALES
Y FÍSICAS DE ESE PAÍS
[RETRATO DEL PERÚ POCO DESPUÉS DE SU INDEPENDENCIA]

Archibald Smith

El Perú tal como es

Una estancia en Lima y otras partes
de la república peruana, incluida
una descripción de las características
sociales y físicas de ese país

[Retrato del Perú poco después de su independencia]

Tomos I y II

Edición, estudio introductorio y notas de
Magdalena Chocano



BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ



IEP
INSTITUTO DE
ESTUDIOS
PERUANOS

Serie: Historia Económica, 34
Fuentes y clásicos de la Historia Económica del Perú

© BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ
Antonio Miró Quesada 441-445, Lima 1
Telf.: (51-1) 613-2000/Fax: (51-1) 613-2552
www.bcrp.gob.pe

© IEP INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS
Horacio Urteaga 694, Lima 11
Telf.: (51-1) 332-6194/Fax: (51-1) 332-6173
www.iep.org.pe

ISBN digital: 978-9972-51-731-0
ISSN: 2071-4246

Edición digital: Lima, febrero de 2019

Asistente de edición: Yisleny López
Corrección de textos: Yisleny López
Diagramación: Silvana Lizarbe
Diseño de portada: Gino Becerra
Cuidado de edición: Odín del Pozo
Imagen de carátula: Acuarela “Les scènes de rue” de Léonce Angrand, siglo XIX.

SMITH, Archibald

El Perú tal como es. Una estancia en Lima y otras partes de la República peruana, incluida una descripción de las características sociales y físicas de ese país [retrato del Perú poco después de su independencia] Estudio introductorio de Magdalena Chocano. Lima, BCRP; IEP, 2019. (Historia económica, 34)

1. HISTORIA ECONÓMICA; 2. INDEPENDENCIA; 3. SIGLO XIX; 4. ASPECTOS SOCIALES; 5. POLÍTICA ECONÓMICA; 6.LIMA; 7. PERÚ

W/05.01.01/H/34

ÍNDICE

ESTUDIO INTRODUCTORIO, <i>por Magdalena Chocano</i>	11
NOTA DE LA TRADUCTORA.....	35
PREFACIO.....	41

TOMO I

Capítulo I:	Los límites de la república peruana. La apariencia general de la costa y su clima. Las estaciones divididas en húmeda y seca. La vegetación. La influencia lunar. La influencia debilitante del clima	43
Capítulo II:	La disminución de la esperanza de vida en Lima por falta de atención médica. Informes que muestran la proporción de muertes con respecto a la población de Lima. La proporción entre los diferentes sexos y castas de la población.....	51
Capítulo III:	Los alimentos, los frutos y el agua consumidos en Lima.....	59
Capítulo IV:	Observaciones explicativas de ciertas máximas dietéticas y nociones establecidas o prejuicios ilustrativos de la constitución física y los hábitos domésticos de los limeños.....	65

Capítulo V:	La situación de la población esclava y su influencia en la economía familiar doméstica y en los sentimientos morales de la raza europea91
Capítulo VI:	La situación de los limeños bajo los españoles y los patriotas. Los colonizadores españoles. El estilo de la conversación. Las mejoras en la educación femenina. Las sirvientas zambas. La omnipotencia de las damas a los quince años. El espíritu de cuerpo de las mujeres. El temperamento tolerante de la opinión pública. La defectuosa administración de justicia. La prerrogativa llamada empeño. Padrinos y madrinas. Las fiestas del día del santo. Flores y perfumes. Las limeñas sobresalen en el cuidado de los enfermos. El carácter general de las mujeres de raza blanca y las de color. Los jóvenes de raza europea. Pocos hombres de hábitos intelectuales. El paseo de Amancaes, ejemplo del sentimiento y el carácter nacionales. El <i>pillo</i> y el <i>pillo fino</i> . El dinero como sucedáneo de la moralidad. La relajación general aunque no universal de la moralidad97
Capítulo VII:	Los prejuicios religiosos. No hay que mantener las promesas con los herejes. El cadáver de un inglés puesto en la calle por una turba piadosa. Los ingleses supuestamente enterrados con dinero en la isla de San Lorenzo. El nuevo cementerio y la inscripción latina en el panteón inglés. Las desventajas religiosas de los británicos en el Perú 113
Capítulo VIII:	El clero y los abogados más prestigiados que los médicos o cirujanos. La Universidad de San Marcos. El anfiteatro anatómico. El colegio de San Fernando. El estado de las escuelas y la profesión médica en la costa y en la sierra. Observaciones generales sobre la educación limeña..... 121
Capítulo IX:	Los caracteres generales de la sierra. Los caminos. San Mateo. Un curato en la sierra. Empresa de un clérigo ocupado en el tráfico interno. La vida pastoral de los indios. Las antiguas ruinas. El camino real de los incas. Tarma, una bella ciudad serrana. Los diversos tipos de puentes. La balsa o canoa de juncos. Los antiguos acueductos y andenes de los aborígenes. Las edificaciones paganas entre las rocas cerca de la costa. Los templos de los antiguos adoradores del sol del país..... 131

Capítulo X:	Viaje de Lima a Pasco por Obrajillo. La diversidad del aire y el clima. Canta, una localidad favorable para los tísicos. Obrajillo, pueblo de arrieros. El relevo de mulas y los pagos por adelantado. El cultivo y las cosechas. Ascensión y cruce de la cordillera. La <i>veta</i> o enfermedad de la cordillera. Una choza india. Los refugios de los arrieros en la puna. Huallay. Diezmo. Pasco.....	155
Capítulo XI:	Otra ruta entre Pasco y Lima por Junín Huaypacha, Pucara, Tucto. Las minas de Antacona, Casapalca, Pomacancha, San Mateo, San Juan de Matucana, Surco, Cocachacra, Santa Ana y, finalmente, Chaclacayo. Enumeración de una serie de rocas, tal como aparecen en sucesión desde el paso por la cordillera a la entrada del valle del Rímac.....	169

TOMO II

Capítulo I:	La ubicación, población y el clima de Cerro de Pasco. Las casas. El carbón y otros tipos de combustible. La madera para uso en las minas, etc. ¿De dónde proviene? Los frutos y provisiones. Las minas. Las <i>mantadas</i> . Los <i>boliches</i> . El <i>habilitador</i> . La casa de moneda. Los bancos de <i>Rescate</i> . La fundición de Pasco	177
Capítulo II:	Descenso de Pasco a Huánuco. La serie de procesos para moler y amalgamar el mineral argentífero. Quinua. Cajamarquilla. Huariaca. San Rafael. Ambo. El valle de Huánuco, sus atractivos y ventajas. El estado de la agricultura en este valle, y el comercio con Pasco. El colegio llamado “La Virtud Peruana”. La navegación a vapor por el río Huallaga, y la civilización de los indios salvajes de la <i>montaña</i> . Los productos naturales de la <i>montaña</i>	189
Capítulo III:	El Departamento de Junín. El río Marañón. Esbozo general de la forma de gobierno interior del Perú. Descripción particular de la prefectura o Departamento de Junín. Las minas. La agricultura. Las manufacturas. La instrucción pública. Los hospitales y casas de caridad. La vacunación. La <i>Junta</i> de Salud. Los baños públicos. La policía. Los panteones. Los caminos. Los puestos. El tesoro público en Pasco. La administración de justicia. La milicia nacional.....	205

Capítulo IV:	El colegio misionero de Ocopa. Su fundación, utilidad, decadencia y decreto para su restauración. La introducción del cristianismo por los ríos Marañón, Huallaga y Ucayali, etc. por los jesuitas y franciscanos. La carta del fraile Manuel Plaza, el último gran misionero de Ocopa, al prefecto de Junín.....	227
Capítulo V:	Los indios cristianizados del interior. Su situación y carácter. Las penurias que se les imponen. Deseo de venganza.....	239
Capítulo VI:	La guerra de la independencia. La situación inestable del país a fines de 1835 e inicios de 1836. El gobierno de Gamarra. Insurrecciones. Guerrillas y piratas. Las flotas extranjeras. Lima invadida desde los castillos del Callao por órdenes de Del Solar. Orbegoso entra a Lima. Los castillos del Callao tomados por asalto. La batalla de Socabaya. Salaverry hecho prisionero. Ejecución. Esperanza de tranquilidad pública bajo la protección de Santa Cruz.....	251
Capítulo VII:	Sobre el clima y la enfermedad. Panamá, Guayaquil, Perú y Chile.....	263

APÉNDICE

Sobre la zoología del Perú occidental	281
Descripción geognóstica de la región circulante da Arequipa, con un análisis de las aguas minerales en las cercanías de dicha ciudad.....	299
La navegación a vapor	310
Estadística comercial y la influencia favorable de la navegación a vapor.....	310
Jubileo eclesiástico	313
“ <i>Adieu a Lima</i> ”, por Lance	319
BIBLIOGRAFIA	325

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Magdalena Chocano

La obra de Archibald Smith, *Peru as it is*,¹ que aquí presentamos traducida, ha ocupado un estatus secundario en el corpus de la llamada “literatura de viajeros”. Por ello, Estuardo Núñez, el principal erudito de esta literatura, considera que Smith vio al país con un criterio centralista “exclusivamente visto desde la capital”.² Entre los historiadores, la opinión predominante es análoga. Raúl Porras Barrenechea afirma que Smith se limitó a escribir sobre la costa del Perú y los usos sociales de Lima.³ Para Rubén Vargas Ugarte, la obra de Smith es simplemente “[u]no de los muchos libros de viajes con que se satisfizo la afición a ellos de los lectores ingleses”.⁴ Quizá por esa razón, Franklin

-
1. *Peru as it is: a residence in Lima, and other parts of the Peruvian republic, comprising an account of the social and physical features of that country* se publicó en Londres en dos volúmenes, en 1839, con el sello editorial de Richard Bentley (calle New Burlington, Impresor de Su Majestad). La impresión estuvo a cargo de Samuel Bentley (calle Dorset, Calle Fleet). En esta edición se presentan los dos tomos juntos.
 2. Núñez 1981: 301.
 3. Porras Barrenechea 1953: 313.
 4. Vargas Ugarte 1952: 232.

Pease no menciona a Smith como miembro de su elenco de “viajeros”.⁵ En cambio, Jorge Basadre ofrece una valoración más amplia de *Peru as it is* señalando que se ocupa de Lima y Cerro de Pasco, especialmente, y también de las misiones del Maraón, con observaciones sobre el estado social del país.⁶

Entre sus contemporáneos la obra de Smith fue valorada diversamente. Heinrich Witt, el negociante alemán que residió casi toda su vida en Lima y escribió un extenso diario, consideraba que la publicación de Smith era pequeña y “no decía mucho en esencia”.⁷ Además, pensaba que Smith era un hombre poco culto y bastante aburrido; aunque lo reputaba de médico eficiente.⁸ Sin embargo, entre los británicos, el libro de Smith gozó de autoridad y tuvo una utilidad más o menos inmediata; pues John McGregor, cónsul de Gran Bretaña en el Perú, lo cita ampliamente en su “Bosquejo general del Perú, 1847”, junto con la obra de Henrik von Tchudi y los escritos de la Expedición exploradora de Estados Unidos. En contraste con lo aseverado por algunos estudiosos antes mencionados, McGregor cita a Smith, precisamente, por sus informes sobre la vida en la cordillera andina: el difícil tráfico arriero, la producción minera en Cerro de Pasco, el clima y la enfermedades en la costa y en Lima, y, de modo particular, recoge sus observaciones sobre el “carácter” de los aborígenes y los sufrimientos que sobrellevaban en el Ejército y la agricultura en la “montaña”.⁹

Peru as it is se publicó, por primera vez, en Inglaterra en dos tomos. El primero consta de once capítulos y el segundo, de siete, además de apéndices sobre distintos temas que Smith consideró de interés para los lectores británicos. Las referencias y comparaciones con elementos

5. Pease 1993: 71-91.

6. Basadre 1981, t. 1, n.º 3152: 260. Allí señala equivocadamente que Smith residió diez años en el Perú.

7. Witt [1992], vol. 1: 191. El diario de Witt ha sido publicado en su totalidad recientemente en *The Diary of Heinrich Witt* 2016. Sin embargo, no me ha sido posible revisar esta edición.

8. *Ibíd.*, p. 323.

9. McGregor 1975, vol. 1: 128-131, 147-160.

de ese entorno, especialmente del espacio escocés, están presentes en diversas partes. Por ejemplo, compara la niebla escocesa con la garúa limeña, el bosquillo de Glencoe con los parajes de San Mateo, las punas con las Highlands (tierras altas de Escocia) y, para dar idea de la majestuosidad de los Andes, da como referencia la altura de las montañas británicas Ben Nevis y Cruachan.

En términos generales, en el primer tomo se plantean temas diversos: del primer capítulo al cuarto, la temática versa sobre las condiciones geográficas, climáticas e higiénicas del país. Del quinto capítulo al octavo, el escenario es la ciudad de Lima. Aquí se pueden observar referencias que aluden a la temática anterior; pero situándola en el contexto social y económico; además, se introduce un relato acerca de las “costumbres”, típico de la literatura escrita por extranjeros sobre el Perú y América Latina en general. Los capítulos subsiguientes —del noveno al oncenno del primer tomo y del primero al tercero del segundo— se ocupan de la sierra central, abordando temas de economía, sociedad y salud. La región selvática central es materia de los capítulos cuarto y quinto del segundo tomo. Finalmente, el capítulo sexto aborda asuntos históricos, desde la independencia hasta el establecimiento de la Confederación peruano-boliviana. El último capítulo parece un poco ajeno a la estructura de la obra ya que se refiere a los departamentos del norte del Perú, que quizá el autor no visitó o, si lo hizo, no permaneció en ellos durante mucho tiempo; también se ocupa de Ecuador, Panamá y Chile transcribiendo información de otros autores. Un apéndice formado por varias piezas complementa y amplía la información contenida en otras partes del texto: i) presenta una traducción de la sección sobre la zoología del Perú de la obra de Hipólito Unanue, *Observaciones sobre el clima de Lima*, con notas aclaratorias del propio Smith; ii) incluye traducciones de trabajos de Mariano Rivero y Ustariz, Juan Manuel Vargas y José María Adriasola y Arve, sobre las aguas termales de Arequipa, que quizá fueron visitadas por el autor; iii) transcribe los proyectos para la navegación a vapor que, en ese entonces, promovía el empresario estadounidense William Wheelwright (1798-1873); iv) incorpora una traducción del Jubileo concedido por el Papa Gregorio XVI en 1832, con la cual el autor deseaba

familiarizar a un público no católico con los ritmos y exigencias de la vida de un país católico; y v) transcribe el poema “Adieu a Lima” de su amigo Thomas Lance.

Archibald Smith: apuntes biográficos

La figura de Smith, y su obra, ha sido estudiada en el campo de la historia de la medicina en los Andes por Jorge Lossio. Ello ha permitido mostrar elementos biográficos de mucha utilidad para comprender los alcances y el contexto del relato que Smith publicó sobre el Perú.¹⁰

Los estudios de migración europea, incluida la británica, sitúan la mayor afluencia de extranjeros en los años que correspondieron a la bonanza del guano (1840-1879); no obstante, dicha migración, a diferencia de otros países sudamericanos, nunca llegó a alcanzar altos índices. En el Perú, la migración inglesa se destacó más que la italiana debido a que se dio a través de “cadenas migratorias profesionales”, antes que familiares.¹¹ En términos generales, Smith pertenece a la oleada de los migrantes ingleses que se asociaron a las primeras incursiones inglesas en la economía del país, una vez proclamada la República. En la dedicatoria de su obra reconoce como promotor de su viaje al Perú a Sir Alexander Crichton (1763-1856), distinguido médico escocés entre cuya clientela se contaban miembros de la nobleza europea.¹² Nacido en 1790 en Escocia, Smith se formó como médico en la Universidad de Edimburgo, y llegó al Perú, en 1826, contratado como tal por la Anglo Pasco Peruvian Mining Company, que había comenzado a explotar las minas de Cerro de Pasco. Smith vino acompañado por su familia: Elizabeth Peers, su esposa, y la hija de ambos. Entre 1826 y 1860,

10. Lossio 2004, vol. XXVIII, n.º 2: 175-192; 2006, vol. 13, n.º 4: 833-850).

11. Bonfiglio 2001; Carrasco Weston 2013, n.º 2: 365-376; Harriman 2006.

12. Se considera a Crichton precursor de la psiquiatría por su obra *Inquiry into the nature and origin of Mental Derangement* (Investigación sobre la naturaleza y el origen del trastorno mental). Para mayor información, véase Matusevich 2015, vol. 67, n.º 2: 107- ISSN-L: 0210-4466. Este texto también está disponible en: <<http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2015.25>> (última consulta: 04/09/2016).

residió en el Perú, posteriormente retornó a Escocia para reunirse con su familia.¹³

En 1827, la ruina de dicha empresa minera lo obligó a trasladarse con su familia a Huánuco, donde arrendó la hacienda de Andaguaylla. No se sabe si otros empleados ingleses de la compañía arruinada tomaron igual decisión. En todo caso, el botánico alemán Eduard Friedrich Pöppig (1798-1868), que estuvo en el Perú entre 1829 y 1832 y permaneció largo tiempo en Huánuco, no advirtió su presencia en dicha localidad, pues escribió que el único habitante noreuropeo que había allí era el británico Harry Hewitt, locatario de Andaguaylla. Aunque, al parecer, Pöppig y Smith no coincidieron en Huánuco, se sabe que el primero sí lo conoció pues relata que Smith le comunicó los desagradables síntomas de excitación nerviosa que le había producido la ingestión de una infusión de hojas de coca.¹⁴ Una serie de tensiones con los habitantes locales lo llevaron a tomar la decisión de abandonar el medio rural y trasladarse a Lima. Dicha decisión fue alentada por su amigo, el general Guillermo Miller. Smith fue nombrado médico del hospital militar de Santa Ana y consultor del hospital de San Andrés para los casos de súbditos y marineros británicos y estadounidenses.¹⁵ A la vez, comenzó a ejercer en su consultorio privado, lo que le permitió establecer relaciones con personas notables, tanto locales y extranjeras: el ya mencionado Heinrich Witt, a quien recomendó pasar una temporada de reposo en la hacienda de Buena Vista, propiedad del señor John Thomas, para recuperarse de su debilidad en agosto de 1830; el estadista ecuatoriano Vicente Rocafuerte (1783-1847) y otros cuya identidad desconocemos.¹⁶

Durante su práctica profesional se vio envuelto en polémicas como la que sostuvo con el protomédico José Manuel Valdés (1767-1843)

13. Lossio 2004: 176 y 192.

14. Pöppig 2003: 139 y 193-194. Pöppig se estableció en las haciendas de Machao y Pampayacu durante nueve meses, del 5 de julio de 1829 a abril de 1830. Para mayor información, véase Núñez 1981: 311.

15. Lossio 2004: 177.

16. Witt [1992], vol. 2: p. 323.

entre 1834 y 1837, y que dejó huella en el capítulo VIII de *Peru as it is*.¹⁷ Smith era crítico con respecto al estado de la educación de los médicos en el país y consideraba que estos aplicaban excesivamente las sangrías. Cuestionaba la creencia de que solo los médicos nativos podían acertar en el conocimiento y diagnóstico de las enfermedades locales. En concreto, el debate con el protomédico Valdés se concentró en el método de las sangrías y en el uso del mercurio para la cura de la disentería. En relación con este último problema, el Gobierno peruano decretó que la prohibición del mercurio establecida por el protomedicato solo se aplicara a los pacientes peruanos. Dicho conflicto, además, trajo la estrechez del mercado profesional para los médicos.¹⁸ De todos modos, pese a la inicial hostilidad del estamento médico limeño, Smith logró que su ejercicio le procurara beneficios económicos, a tal punto que, en 1847, regresó a su país para invertir lo acumulado en el negocio de los ferrocarriles. Lamentablemente, la fortuna no le sonrió y tuvo que volver al Perú a ejercer la medicina para recuperarse de las pérdidas.¹⁹

Otro aspecto que llamó la atención de Smith fue el número de mulatos y negros en la profesión médica —uno de ellos era el propio Valdés—. Esto, en su opinión, reflejaba el estatus inferior de este cuerpo frente al estamento eclesiástico y a los abogados.²⁰ Por otra parte, tomó partido decididamente a favor del cuerpo profesional de médicos frente al curanderismo. Sus referencias humorísticas a la “doctora limeña” llevan inequívocamente la huella del caso de Dorotea Salguero, curandera afamada y muy apreciada por esos años en Lima, y a quien

17. El Tribunal del Protomedicato fue fundado en Lima, en 1570. En 1822 fue denominado Protomedicato General del Estado. Posteriormente, en 1848 fue abolido y sustituido por la Junta Directiva de Medicina. Para mayor información, véase Zavala Batlle [2010], n.º 2: 151-157.

18. Jouve Martín 2014: 111-119, Lossio 2004: 180-182.

19. Witt [1992], vol. 2: 321.

20. Jouve 2014: xiv.

el protomedicato trató de impedir el ejercicio de la medicina, lo que llevó a una amplia polémica en los diarios de la época.²¹

Smith clasificó las regiones médicas del país, dividiendo los Andes según su altitud. La mediana altitud era la región más salubre, donde se ubicaban aquellas ciudades idóneas para que los convalecientes recuperaran la salud: Obrajillo, Canta, Tarma y Jauja. La zona de gran altitud solo era habitable para los indígenas nativos, puesto que los colonos europeos y sus descendientes no podían realmente aclimatarse en dicha región, y tendían a residir en la costa, pues dicha zona era más favorable por su clima. Aunque en *Peru as it is* la fiebre amarilla solo será mencionada brevemente, Smith fue considerado como una autoridad en el tema y sus escritos aparecieron con frecuencia en la *Gaceta médica de Lima*. Participaba activamente en los debates en el campo, a la vez que se mantenía al tanto de los avances de los médicos europeos. En 1858, fue aceptado como miembro correspondiente de la Sociedad Médica de Lima con el fin de que desarrollara relaciones entre la comunidad médica escocesa y la peruana. Asimismo, publicó varios artículos en revistas científicas europeas, como puede apreciarse en la bibliografía recopilada por Lossio.²²

Pese a que Witt lo tildó de poco culto, *Peru as it is* contiene numerosas referencias y citas provenientes de la literatura inglesa e hispánica: Shakespeare, MacPherson, Byron, Gracián y otros. Smith parece haber cultivado una amistad de cariz artístico con otro inglés, Thomas Lance, a quien presenta como autor de la inscripción latina que probablemente estuvo en la entrada del Cementerio Británico.²³ Lance es autor del poema “*Adieu a Lima*”, tal composición fue empleada por Smith para cerrar los apéndices de su obra. Probablemente se trate de Lance, un “joven, inteligente y agradable”, que había llegado como sobrecargo a bordo del Erín, al que Witt conoció en Valparaíso; sin embargo, su

21. *Ibíd.*, pp. 100-108.

22. Lossio 2006: 848-849.

23. Para más detalles véase más adelante la nota 26. En una visita realizada en octubre de 2016 pudimos comprobar que dicha inscripción no se conserva actualmente en el local del antiguo cementerio.

conducta (era propenso a “visitar a mujeres de dudosa reputación” en dicho puerto) pronto disgustó a Witt . No obstante, ambos viajaron juntos a Lima en junio de 1829.²⁴ Allí Lance trabó amistad con Archibald Smith —si es que no lo conocía previamente—. En la prensa de la época se pueden apreciar rastros de la actividad de un señor Lance: “asentista de la Comedia”, quien por motivo del fracaso de la compañía se vio envuelto en una querrela legal y polémica periodística con sus antiguos socios.²⁵ Al no poder cubrir los altos costos de arrendamiento exigidos por la Beneficiencia, Lance optó por cerrar el local del teatro; esto causó bastante descontento en la ciudad, incluso de llegó a pedir la intervención de la autoridad para remediar la situación.²⁶ El vínculo entre ambos es señalado por el propio Smith cuando indica que Lance escribió su “*Adieu a Lima*” en un momento de grandes penalidades, al cual, probablemente, no sería ajeno su fracaso como empresario teatral en la capital. Otro miembro de la comunidad británica cercano a Smith fue John Thomas, propietario de la hacienda Buenavista en el valle de Lurín, a quien denomina “ilustrado filántropo”. Thomas parece haber gozado de reputación como persona muy informada sobre el país, pues el explorador William Smyth, teniente de la marina británica, lo consultó antes de iniciar su viaje a la región del Ucayali y el Marañón en 1834.²⁷

Ya en 1823 existía un consulado británico en Lima, como es lógico, Smith estuvo involucrado en las vicisitudes de la comunidad inglesa en la capital. La intolerancia religiosa que se experimentaba en el país, sancionada por las constituciones peruanas, incluida la de 1827 que Smith cita profusamente en *Peru as it is*, identificaba la condición de peruano con la de católico. A la vez, en teoría, desde el naciente Estado peruano se consideraba la inmigración como necesaria para

24. Witt [1992], vol. 1: 21, 26, 310.

25. Lance fue objeto de una serie de acusaciones por las fianzas dadas para el teatro. Para mayor información, véase “Remitidos”, *Mercurio Peruano*, 6 de septiembre de 1830, n.º 903: 2-3; 14 de septiembre de 1830, n.º 909: 2.

26. “Remitidos” (Los Aficionados), *Mercurio Peruano*, 18 de marzo de 1831, n.º 1059: 3.

27. Smyth y Lowe 1836: 1-2. Thomas parece haber consultado archivos en Lima sobre la región selvática.

potenciar la economía del país mediante la expansión de la agricultura en el interior²⁸. Smith, que atribuía a la inmigración inglesa un carácter de civilizatorio, veía la tolerancia religiosa como un requisito esencial para fomentarla. Sus afirmaciones dan algunas pistas de las preocupaciones de los ingleses radicados en el país. Más que obtener la tolerancia religiosa como expresión de un derecho humano universal, en las condiciones existentes esta aspiración se fue reduciendo a obtener el privilegio para la práctica de una religión no católica. Por ello, en buena medida, dejó de ser un derecho ciudadano, con lo que su sentido liberal y fundador de la modernidad probablemente quedó muy menguado.

A Smith le preocupaba muchísimo la vida espiritual de los protestantes ingleses en un medio católico, pues pensaba que, al carecer de un culto establecido oficialmente, hacía peligrar el temperamento moral que debía identificar la presencia inglesa en la capital peruana. Según indica, con cierto patetismo la falta de un espacio consagrado donde la comunidad inglesa pueda enterrar a sus muertos ha traído diversas secuelas.²⁹ Una de ellas es el cuestionamiento del estatus social de los súbditos británicos: Smith lamentaba que los elementos más bajos de la plebe, al saberse practicantes de la única religión aceptada legalmente, asumieran una actitud de desprecio hacia ellos, incluso hacia aquellos de mayor riqueza y estatus, quienes obligados a enterrar a los miembros de su comunidad en la isla de San Lorenzo, eran vistos como inferiores aun ante los condenados a muerte. Por ello, Smith dio gran relevancia en su relato a los esfuerzos del cónsul Bedford Wilson para que se adquiriera el terreno destinado al Cementerio Británico en Bellavista.

28. Bonfiglio 2001: 19-21. Sobre la lucha por la tolerancia en el Perú en esos años, véase Armas 1998: 23-50. Véase también el decreto de 19 de abril de 1822, que otorga la ciudadanía peruana y una serie de incentivos a los extranjeros que trajeran mejoras técnicas, establecieran casas comerciales, o ejercieran algún arte u oficio (*Colección de leyes, decretos y órdenes*, t. 7: 20-22). Posteriormente, se implementaron una serie de precisiones que pusieron ciertas cortapisas a la liberalidad de dicho decreto.

29. También se refirieron a este problema el capellán anglicano Hugh S. Salvin, y Samuel Haigh. Para mayor información, véase Armas 1998: 39.

Aspectos demográficos, socioeconómicos y políticos en la visión de Lima

Archibald Smith parece haber apreciado positivamente ciertos rasgos de la sociabilidad limeña de inicios de la República: la cortesía de las clases altas y bajas, la alegría y despreocupación de las celebraciones tradicionales (su descripción de fiesta de Amancaes abona en este sentido). En ciertos pasajes aparece contagiado de una idea nostálgica de la etapa colonial lamentando que la instauración de la República no hubiera traído la elevación moral de todos los sectores sociales. Desde ese punto de vista construyó un cuadro crítico de una serie de “costumbres” locales: la desmedida afición al juego, la intervención informal de las mujeres en la política, la prepotencia militar favorecida por el desequilibrio presupuestario, la influencia indebida de los sirvientes, los abusos contra la población aborigen, la inoperancia de la justicia, el pobre nivel de la educación. De este modo, consideraba que se trataba de una situación transitoria que iría desapareciendo a medida que la educación impulsara el progreso.

Con el fin de presentar el carácter multiétnico de la ciudad al público británico, Smith transcribe una serie de datos demográficos que han sido poco atendidos por los estudiosos de la ciudad de Lima. Además de presentar las tablas elaboradas para fines del siglo XVIII por Hipólito Unanue, notamos que su obra es uno de los pocos escritos en que se utiliza un cuadro de población del censo de 1818 realizado por el oidor Joan Bazo y Berry por encargo del virrey Joaquín de la Pezuela, en cuya memoria solo aparece el total de población según sexo. Smith ofrece las cifras según la categoría étnica y el barrio. A excepción de la tesis de Marcel Haitin, sobre los precios en Lima, no parece que en los trabajos acerca de la historia local de Lima se hayan empleado las cifras proporcionadas por el censo de Bazo, y publicadas por Smith. Haitin las cita como procedentes de los papeles del Parlamento inglés;³⁰ lamentablemente no hemos hallado el censo original.

30. Haitin tomó las cifras de 1818 de “Great Britain, Parliament, House of Commons, *Session Papers*, LXIV, Londres, 1847: 245”. Para mayor información, véase Haitin 1983: 168 y 194.

Para la demografía limeña de inicios del siglo XIX, suele citarse el censo de 1813 ordenado por el virrey Fernando de Abascal.³¹ De este modo, puede decirse que el texto de Smith ofrece datos relevantes para proponer una visión más completa de la evolución de la población de la ciudad.

Uno de los problemas que Smith describió con acuciosidad fue el de la salubridad pública en la capital y, por ello, se interesó entonces en establecer el índice de mortalidad que afectaba a la población limeña. Smith parece haber realizado una investigación sobre el problema recurriendo a cifras recopiladas por el capellán Mariano Castilla; asimismo, afirma que los archivos de la Beneficencia ya se habían perdido o no era posible hallarlos. Formula la hipótesis de que la mortalidad habría experimentado un alza debido al mayor descuido y a la falta de higiene, no a las características del clima. Para ello examina las cifras de defunciones en Lima de 1826 a 1835, a partir de un cuadro que sistematizaba los datos de los libros de registro de entierros del cementerio público de la ciudad. Consideraba que los defectos de cálculos anteriores se debían, en buena parte, a que no se incluía el número de “expuestos”, es decir, aquellos párvulos y niños fallecidos que no eran enterrados formalmente, sino abandonados a la intemperie. También busca refutar la idea de que la mayor mortalidad se debía al estado de guerra, recurriendo a cifras guardadas por el administrador del cementerio, José Pasos, que ocupó el cargo en la década de 1830.

La esclavitud, cuya crisis vincula con la crisis económica general de la ciudad, constituye otro de los temas acerca la vida urbana de Lima que Smith resalta. Según él, las nuevas disposiciones —nadie podía nacer esclavo en la República ni era permitido importar esclavos al país— habían generado mucha pobreza entre las familias poseedoras de esclavos. La trata se limitaba al espacio interior y solo podía negociarse con los esclavos nacidos antes de 1821. Smith subraya que

31. Las cifras del censo ordenado por el virrey Abascal, en 1813, aparecieron en *El Peruano liberal*, 9 de diciembre de 1813, p. 174, y son citadas parcialmente por Haitin en el cuadro 4.3 (1983: 168). Cosamalón (1999: 39, cuadro IV) emplea el mismo censo de 1813, pero procedente de documentos del Archivo General de la Nación y del Archivo Arzobispal de Lima.

la economía doméstica de familias de nivel mediano dependió, casi exclusivamente, de esta esclavitud residual. Asimismo, simpatiza con una visión dorada de la esclavitud rural en la que los amos aparecen como benevolentes señores, que aplican el castigo físico al estilo de lo que entonces se aceptaba como atribución de un buen padre.³²

La reflexión de Smith se extiende a la posición relativa de hombres y mujeres en la vida social y política a partir de la cual hace un diagnóstico sobre la moralidad colectiva, teñido por sus propias proyecciones culturales y religiosas. Así, encuentra muy reprochable el endiosamiento del dinero que atraviesa a todas las clases sociales, pues no es concomitante con una devoción a la laboriosidad. Si bien Smith proclama la capacidad de perfeccionamiento de los seres humanos en general, este aserto se ve relativizado en su abordaje de la población de origen negro o africano: sea como sirvientes, sea como soldados, muestran siempre rasgos de haraganería, desfachatez y malicia. Igualmente, sus observaciones sobre el grupo criollo indican una especie de “degradación” física y moral con respecto a sus progenitores europeos, que se remarca, principalmente, en el elemento juvenil masculino. Aparece también el consabido elogio de la presunta superioridad de las mujeres limeñas y, aunque elogia su entrega al cuidado de los enfermos, subraya su falta de educación y de virtudes domésticas.

Una economía minera: Cerro de Pasco

Smith fue testigo y pleno participante de la coyuntura de crisis y transformación por la que atravesó el sector minero en el país a inicios de la República. Por ello, su obra ha sido utilizada por los historiadores

32. En este punto Smith parece adherirse a la visión de los esclavistas locales, la cual fue expresada por estadistas como José María Pando, quien publicó en 1833 la “Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados”. Más tarde José Gregorio Paz Soldán, ministro de Relaciones Exteriores, en su “Memoria sobre la esclavatura en el Perú” de 1846, propagó igualmente una imagen benévola de la vida esclava. La esclavitud se abolió legalmente en 1854 (sobre la esclavitud en el área limeña véase Aguirre 1993).

contemporáneos.³³ Precisamente, el establecimiento de la Anglo Peruvian Pasco Company, de la que fue empleado, se inscribió en dicho proceso. La dictadura bolivariana, mediante el decreto de 8 de agosto de 1825, hizo del Estado “propietario potencial de todas las minas del país”. Las minas, que antes habían pertenecido a Juan Vivas, pasaron a ser propiedad del Estado en 1825, y la Anglo Peruvian Pasco Company, socio de John Parish Robertson, contratista de préstamos para el Estado peruano en Londres, logró hacerse con estas minas mediante un contrato. Las medidas bolivarianas propiciaron una corta onda especulativa en la que se vieron envueltos los capitales ingleses.³⁴ En 1826, el cónsul inglés Charles Milner Ricketts evaluaba que se había pagado un precio demasiado alto por las minas, se habían girado letras de cambio a tasas desfavorables y se retrasaba el momento de obtener efectivamente el mineral.³⁵ Avizoraba el fracaso de los británicos en la explotación minera debido a la imprudencia de los proyectos que habían emprendido ya que no se basaban en un conocimiento real de las condiciones de vida y producción. Señalaba que los empleados de la empresa habían sido contratados con salarios muy altos y que los mineros venidos de Cornwall y Derbyshire y sus familias, al no habituarse al clima de la sierra, habían dejado sus puestos y se predisponían a regresar a Inglaterra. La maquinaria traída a enorme costo no pudo ser trasladada hacia el interior del país por lo que tuvo que ser rematada con grandes pérdidas. Según el cónsul, esta situación era producto de un sistema engañoso, ya que algunas personas compraban minas que tenían fama de haber sido productivas para venderlas en el mercado inglés. Luego, se formaban compañías, lo que promovía un alza de valor de las acciones, cuya venta le otorgaba una gran ganancia momentánea a los propietarios originales y los nuevos propietarios se veían obligados a disolver las compañías formadas. Exhortaba, por tanto, a

33. Contreras 1988: 135, 1992; Deustua 1987: 132, 1995:15.

34. Esta medida fue abolida en agosto de 1827. Para mayor información, véase Deustua 1987: 123-124.

35. “De Charles Milner Ricketts a George Canning [16 de septiembre de 1826]”, *Gran Bretaña y el Perú*, vol. 1: 9.

los súbditos británicos a evitar los “espejismos mineros”, y procuraba que mediante una información precisa el capitalista pudiera efectuar su inversión con garantías.³⁶

Archibald Smith experimentó directamente el cumplimiento de los temores del cónsul Ricketts. En su obra no dio detalles de su estancia como empleado de la empresa ni ofreció referencias a su vida familiar, por lo que puede pensarse que no llegó a instalarse con su familia en Cerro de Pasco. Sin embargo, ofreció cierta información sobre el sistema de explotación minera y algunos aspectos financieros y empresariales, y describió el entorno de trabajo y la vida cotidiana. El marco temporal de su experiencia en el asiento minero se sitúa entre 1826 y 1828. Sus observaciones suelen ser citadas junto con las del estudioso suizo Johann Jakob Von Tschudi (1818-1889), aunque este visitó el asiento minero posteriormente, más o menos entre 1838 y 1842.

Smith describe las rutas entre Lima y Cerro de Pasco y los posibles peligros y contratiempos que aguardan a los viajeros, así como las costumbres de los arrieros: indica los problemas de los animales; las necesidades de forraje; los parajes y establecimientos de descanso; y los puntos de aprovisionamiento. Presenta breves descripciones de los pueblos por los que pasan dichas rutas y los caracteres de su producción y su clima. En cuanto a la ciudad minera, ofrece una descripción de la “cultura material”, en la que sobresalen los cambios en el espacio doméstico que trajo el establecimiento de la Anglo Peruvian Pasco Mining Company en 1825: las ventanas con vidrios, las chimeneas y fogones para calentar las habitaciones, evitando los peligrosos braseiros y aprovechando el carbón existente en la zona. Sin embargo, dichas innovaciones, probablemente, tuvo un limitado alcance ya que el combustible más empleado siguió siendo la “champa”, dado el elevado precio de los demás. Asimismo, brinda una interesante información acerca de una forma curiosa de edificación para evitar los estragos de los incendios: el empleo de plomo en los tejados de un par de casas en el asiento minero.

36. *Ibíd.*, pp. 14-16.

Retrata los momentos de auge (la “boya”) y decadencia de la producción de plata que determina las oscilaciones demográficas y comerciales del asiento. Y, a la vez, lamenta la falta de capital de los mineros al atribuirles una serie de hábitos que serían contraproducentes para su progreso. Aunque se refiere al influjo asfixiante del mecanismo de la “habilitación”, es decir el adelanto de créditos que se cobran en plata piña con intereses gravosos, no hay una mención concreta de las casas y comerciantes comprometidos en ese tipo de pactos. Es probable que Smith prefiriera mantener sus nombres en silencio, pues dadas sus conexiones sociales resulta imposible pensar que no los conociera. Entre estos figuraban importantes casas inglesas como la investigación histórica ha mostrado. Finalmente concluye culpando a los mineros, pues, básicamente, eran responsables de los apuros económicos en que se hallaban por su tendencia al dispendio y falta de buena administración.

La información de carácter provincial: Junín, Tarma, Huánuco y la montaña

Para ofrecer una imagen de la situación de las provincias que conoció, Smith utilizó no solo su experiencia vivida, sino también la información de fuentes locales. Basó su descripción de Junín en una memoria que el prefecto Francisco Quirós presentó en 1833 ante la Junta Departamental de Junín. Un ejemplar del folleto, aparentemente único, se guarda en el Fondo Reservado de la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y hasta donde hemos podido comprobar Smith es el único estudioso que lo utiliza. En buena parte, simplemente traduce las palabras de Quirós a quien concede todo crédito, pues, probablemente, no era ajeno al papel destacado que este hombre desempeñó en el establecimiento de la Anglo Peruvian Pasco Company, razón por la cual era considerado como un digno “representante de los intereses ingleses”.³⁷

37. Yepes del Castillo (1972: 46) destaca que Quirós fue un comerciante prominente en el Tribunal del Consulado y que después desempeñaría un importante papel en los inicios de la explotación guanera para el mercado inglés.

Otro espacio que Smith describe con cierta amplitud es la provincia de Huánuco, donde radicó brevemente como arrendatario de Andaguaylla, hacienda que, originalmente, era propiedad del convento de La Merced de Huánuco. Dicho convento la había dado en arriendo enfiteútico, a largo plazo, por 200 pesos al año a un arrendatario que, a su vez, transfirió el vínculo a Henry Hewitt, un ciudadano británico, que pagó 6000 pesos por las mejoras realizadas. Posteriormente, Hewitt la subarrendó a Smith, o, tal vez, la trabajó con este en aparcería. Heinrich Witt encontró a Smith en dicha hacienda en noviembre de 1827, y relata que cultivaba principalmente caña de azúcar, además de viñas, maíz, cebada, frijoles y arvejas; pero se limitaba a fabricar aguardiente y chancaca con la caña, pues su establecimiento todavía no estaba preparado para la producción de azúcar.³⁸ Smith es más bien parco en los detalles de su gestión económica, aunque, de manera general, se refiere a ciertos aspectos de la producción de azúcar en la localidad.

Más información proporciona sobre las tensiones experimentadas en el medio local: los habitantes del pueblo de Ambo, alarmados con la presencia de extranjeros, procuraron que las efigies de los santos patronos fueran retiradas de la hacienda de Andaguaylla. También intentaron que los peones que trabajaban allí desertaran, por lo que Smith y su familia se encontraron sin trabajadores para su empresa. Smith logró superar este incidente; pero entonces los mestizos de Tomayquichua le cortaron el agua impidiéndole irrigar sus sembríos. Esto llevó a un pleito judicial de dos años, y aunque el fallo parece haber sido equitativo, posiblemente estas hostilidades y otros contratiempos lo llevaron a tomar la decisión de abandonar la carrera de hacendado que había iniciado y retomar el ejercicio profesional de la medicina en Lima.

La experiencia en Huánuco le hizo notar que la economía local se encontraba completamente sometida al poder político. Cierta vez, una autoridad local lo engañó para que enviara a sus trabajadores a un presunto ejercicio militar; sin embargo, su verdadero propósito era enrolosarlos a la fuerza en el Ejército. Smith se vio obligado a recurrir con

38. Witt [1992], vol. 1: 191-194.

relativo éxito a la autoridad militar de mayor rango para recuperarlos. De ahí que Smith sostenga que en Huánuco, pese a haber condiciones climáticas favorables, este tipo de interrupciones del sistema laboral, sumado a la falta de conocimientos técnicos, hacía de la agricultura un sector empobrecido. Por lo demás, consideraba favorablemente a la hacienda como institución económica. Asimismo, propone una mejora de los términos de intercambio entre patrones y empleados, que limite la interferencia de los militares que expolían y destruyen los recursos mediante la leva y los cupos. Smith transmite una imagen del estrato militar del país sumamente negativa, pues enfatiza el sufrimiento de los jóvenes indios extraídos de su entorno local y sometidos a vejaciones a manos de los jefes militares.

La imagen del sector clerical que Smith dibuja tampoco es demasiado positiva. El cura de parroquia serrana ha sido estudiado como agente económico y social en la historiografía correspondiente a la etapa colonial,³⁹ y aguarda aún un estudio equiparable para la etapa republicana. Smith aporta una vívida descripción del cura serrano que fabrica aguardiente, trafica entre Huánuco y Cerro de Pasco con el producto del diezmo; pero que también, poseído por una especie de tedio vital, se dedica ansiosamente al juego donde pierde sus ganancias. Le sucede algo análogo a lo que ocurre con los mineros, conformando una especie de economía del ocio que encuentra bastante censurable.

En cambio, Smith simpatizaba con aquellos elementos que mostraban cierta ilustración e ideas progresistas, al menos en términos discursivos. Desde ese punto de vista, reseña los esfuerzos educativos de los notables de Huánuco, dirigidos, obviamente, a los jóvenes de su propio estrato social, como la fundación del colegio La Virtud Peruana. Curiosamente, para completar su relato sobre este centro educativo, recurrió al periódico huanuqueño *El Eco de la Montaña*, que no aparece en los repertorios de fuentes republicanas. Igualmente, la preocupación de ciertos elementos de la élite provincial por las oportunidades que podía ofrecer la apertura de rutas de navegación hacia el Oriente, merece su calurosa aprobación. Señala que el minero

39. Acosta 1982: 1-34, Lavalle 1982: 151-171.

y diputado por Tarma, José Lago y Lemus, promovía con decisión un proyecto al respecto, e incluso llegó a publicarlo en un folleto que no hemos podido identificar.⁴⁰ Más adelante hace referencia a un anónimo estadista peruano, cuyas ideas expone con aprobación, especialmente en lo referente a la mejora del sector indígena. Presumimos que puede tratarse de Santiago Távara, ideólogo liberal, al que menciona explícitamente.

Smith reivindica la labor misional de los franciscanos de Ocopa, relatando su historia como una epopeya de heraldos de la luz que hacen frente a las tinieblas representadas por el modo de vida de las diversas tribus selváticas que enumera y a cuyos integrantes considera muy inferiores a los indios cristianizados de la sierra. Además, incorpora una semblanza del padre Manuel Plaza como misionero ejemplar y fundador del pueblo de Sarayacu. Lamenta la decadencia y desaparición de pueblos misionales debido a la falta de apoyo oficial, graficada en la actitud displicente de las autoridades en socorrer a los exploradores y a las propias misiones. Resulta dudoso que Smith hubiera visitado personalmente las regiones del Ucayali exploradas, en cambio es casi seguro que la descripción de estos lugares se basara en el informe del viaje realizado por el marino británico William Smyth junto con F. Lowe y los militares peruanos mayor Pedro Beltrán y teniente Ramón Azcárate. Los exploradores británicos consultaron y obtuvieron el apoyo de John Thomas, conocido de Smith, quien, probablemente, pudo de esta forma obtener informes de primera mano de los viajeros. Puede aducirse como prueba de la cercanía de Smith al círculo que organizó esta expedición el que cite y traduzca una carta del padre Plaza al subprefecto de Huánuco, cuyo documento original es probable que proceda de un archivo o publicación local no identificada. Sin embargo, no es seguro que Smith consultara directamente la obra de estos publicada en 1836 en Londres.

40. Probablemente la de Lago y Lemus no era una voz aislada; en nuestros esfuerzos por ubicar el folleto publicado por este y mencionado por Smith, encontramos en la prensa de la época un proyecto análogo; véase Martínez “Al Congreso general Constituyente del Perú”, *Mercurio Peruano*, 24 de marzo de 1828, pp. 2-3.

Su visión positiva de los indios serranos está unida a una apreciación favorable de la etapa prehispánica, entendida, fundamentalmente, como el periodo dominado por los incas, a quienes atribuía los logros arquitectónicos y económicos (andenes, irrigación) que podía apreciar en sus viajes por el interior y por la costa. Para Smith, esta población descendía directamente de los incas y mantenía inalteradas sus costumbres. Asimismo, consideraba que eran víctimas de una extrema explotación a manos de la población blanca. Igualmente, sostenía que eran muy laboriosos y que las acusaciones de ociosidad y duplicidad que recibían se debían a la opresión que sufrían a manos de los sectores privilegiados; resaltaba su resistencia como soldados en la sierra, en comparación con los soldados de origen africano; y lamentaba sus condiciones de vida (oprimidos por las autoridades que realizaban la leva) ya que solo los mestizos resultaban favorecidos por sus conexiones con los poderosos. Por otra parte, veía como otra fuente de opresión la autoridad eclesiástica que exigía excesivos costos por los derechos por sacramentos sin los cuales no podían contraer matrimonio formalmente. De este modo, consideraba que las celebraciones religiosas eran un dispendio y una causa de endeudamiento para los indios. Estas críticas a las prácticas de la Iglesia, sin embargo, no le impidieron considerar que el estado republicano contribuía a la tensión entre curas e indios por haber expropiado los diezmos. En diversos escenarios locales se hace evidente que Smith entabló relaciones ocasionales o permanentes con personas inmersas en la política local. Hemos ya subrayado el caso del prefecto Quirós y de José Lago y Lemus de Cerro de Pasco, a estos se puede agregar notables de Huánuco como Hermilio Valdizán Medrano. Finalmente, Smith traza un cuadro de la situación política del país entre 1835 y 1836 en que se trasluce su admiración por el mariscal Andrés de Santa Cruz, mientras que se muestra francamente crítico con los caudillos Orbegoso, Felipe Santiago Salaverry y Agustín Gamarra.

Palabras finales

El conocimiento sobre el Perú que Smith organiza no es solo producto de su experiencia personal, sino también de aquella información que

absorbió del medio proveniente de su contacto con otros miembros de la comunidad británica local, así como de los peruanos notables y de extracción popular con los que entabló relaciones sociales durante su estancia en el territorio andino. Asimismo, aprovechó la documentación de archivos y las noticias de la prensa local para dar una imagen coherente del país, casi exclusivamente de la región central, es decir, Lima y Junín. Hemos destacado el empleo de fuentes poco conocidas para la temprana República.

Contrariamente a la imagen divulgada en buena parte de los análisis de fuentes históricas, Smith ofrece un panorama en el que destaca la vida provincial de localidades como Huánuco, Tarma y Cerro de Pasco. Asimismo, se hace evidente que para construir su relato recurrió e incluso asumió como suyos puntos de vista locales, por lo que puede hablarse de cierto contagio de puntos de vista, sin que sus opiniones dejaran de llevar la marca de su formación protestante escocesa. Resulta igualmente de gran interés que Smith citara, y a veces tradujera extensamente, obras de autores locales, algunas bastante conocidas y otras de menor circulación. De modo que, por lo menos en los inicios de la República, los extranjeros que procuraron presentar la situación del Perú al público de sus países tenían que recurrir necesariamente al conocimiento acumulado por los eruditos locales y esto significó una limitada, aunque patente, internacionalización de la producción intelectual peruana.

Bibliografía

ACOSTA, Antonio

- 1982 "Religiosos, doctrinas y excedente económico indígena en el Perú a comienzos del siglo XVII". *Histórica*, 6 (1): 1-34.

AGUIRRE, CARLOS

- 1993 *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud: 1821-1854*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica.

- ARMAS, Fernando
 1998 *Liberales, protestantes y masones. Modernidad y tolerancia religiosa en el Perú, siglo XIX.* Lima: Centro de Estudios Regionales Andinos “Bartolomé de Las Casas”, Pontificia Universidad Católica del Perú.
- BASADRE, Jorge
 1981 *Introducción a las bases documentales para la historia de la República del Perú con algunas reflexiones.* 2 vols. Lima: Ediciones P. L. Villanueva.
- BONFIGLIO, Giovanni
 2001 *La presencia europea en el Perú: Con estudios de casos.* Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- CARRASCO WESTON, José Manuel
 2013 “La inmigración inglesa en Lima y el Callao durante el siglo XIX”. *Nueva corónica*, n.º 2: 365-376.
- CONTRERAS, Carlos
 1988 *Mineros y campesinos en los Andes. Mercado laboral y economía campesina en la sierra central. Siglo XIX.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
 1992 “Indios y blancos en la ciudad minera: Cerro de Pasco en el siglo XIX”. En Eduardo Kingman Garcés (dir.). *Ciudades de los Andes. Visión histórica y contemporánea.* Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- COSAMALÓN, Jesús
 1999 *Indios detrás de la muralla. Matrimonios indígenas y convivencia inter-racial en Santa Ana (Lima 1795-1820).* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- DEUSTUA, José
 1987 *La minería peruana y la iniciación de la República.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
 1995 “¡Campesino, el patrón no comerá más de tu pobreza!”. *Economía, mercado y campesinos en los Andes: el caso de la minería peruana en el siglo XIX.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- HAITIN, Marcel Manuel
 1983 “Late colonial Lima: economy and society in an era of reform and revolution”. Tesis doctoral. Berkeley: University of California.
- HARRIMAN, Brenda
 2006 *Los británicos en el Perú*. Lima: Asociación Cultural Peruano Británico.
- JOUE, Martín
 2014 *The Black Doctors of Colonial Lima: Science, Race, and Writing in Colonial and Early Republican Peru*. Montreal: McGill-Queen’s University PressMcGill.
- LAVALLÉ, Bernard
 1982 “Las doctrinas de indígenas como núcleos de explotación colonial: siglos XVI-XVII”. *Allpanchis*, 16 (19): 151-171.
- LOSSIO, Jorge
 2004 “La medicina peruana en los albores de la República: la visión del médico británico Archibald Smith (1820-1860)”. *Histórica*, XXVIII (2): 175-192.
 2006 “British medicine in the Peruvian Andes: the travels of Archibald Smith M. D. (1820-1870)”. *História, Ciências, Saúde*. 13 (4): 833-850. Rio de Janeiro.
- MARTÍNEZ, Sebastián
 1828 “Al Congreso general Constituyente del Perú”. *Mercurio Peruano*, 24 de marzo de 1828, pp. 2-3.
- MATUSEVICH, Daniel
 2015 “La pasión de Alexander Crichton”. *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, 67 (2): 107. Disponible en: <<http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2015.25>> (última consulta: 04/08/2016).
- MCGREGOR, John
 1975 “Bosquejo general del Perú, 1847”. En Heraclio Bonilla (comp.). *Gran Bretaña y el Perú, 1826-1919. Informes de los cónsules británicos*. 5 vols. Lima: Instituto de Estudios Peruanos-Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú.

- NÚÑEZ, Estuardo
1981 *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú. Apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos.* Lima: Talleres Gráficos P. L. Villanueva.
- PEASE G.Y., Franklin
1993 *Perú. Hombre e historia. Vol. III, La República.* Lima: Edubanco.
- PÖPPIG, Eduard Friedrich
2003 *Viaje al Perú y al río Amazonas, 1827-1832.* Iquitos: Centro de Estudios Teológicos de la Amazonia.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl
1953 *Fuentes históricas peruanas.* Lima: Juan Mejía Baca y P. L. Villanueva, editores.
- SMYTH, William F. y Frederick LOWE
1836 *Narrative of a journey from Lima to Peru to Para, across the Andes and down the Amazon.* Londres: John Murray.
- VARGAS UGARTE, Rubén
1952 *Manual de estudios peruanistas.* Lima: Ediciones Librería Studium, S. A.
- WITT, Heinrich
[1992] *Diario, 1824-1890: un testimonio personal sobre el Perú del siglo XIX.* 2 vols. Lima: Banco Mercantil.

2016 *The Diary of Heinrich Witt.* En Ulrich Mücke (ed.). 10 vols. Leiden: Brill.
- YEPES DEL CASTILLO, Ernesto
1972 *Perú 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Campodónico editores S. A.
- ZAVALA BATLLE, Abraham
[2010] “El Protomedicato en el Perú”. *Acta Medica Peruana*, 27 (2): 151-157.

Publicaciones periódicas citadas

El Peruano Liberal

9 de diciembre de 1813, p. 174.

Mercurio Peruano

“Remitidos”, 6 de septiembre de 1830, n.º 903, pp 2-3

“Remitidos”, 14 de septiembre de 1830, n.º 909, p. 2.

“Remitidos”, 18 de marzo de 1831, n.º 1059, p. 3.

NOTA DE LA TRADUCTORA

LOS TÉRMINOS UTILIZADOS EN CASTELLANO EN EL ORIGINAL se han puesto en cursiva. Se ha obviado la transcripción inglesa utilizada por el autor para comunicar los sonidos propios del castellano al lector inglés y se ha escrito estos vocablos con los caracteres aceptados en la ortografía castellana (por ejemplo, el autor escribe “Santa Ulaya”, que se refiere a “Santa Eulalia”; la primera forma se ha descartado y se ha introducido la segunda).

En la medida en que ha sido posible, los textos en castellano original que tradujo el autor para el público de habla inglesa, han sido tomados de sus originales castellanos para esta traducción. Solo en aquellos casos en que ha sido imposible encontrar el texto original se ha hecho una re-traducción en estilo indirecto, lo cual se indica en las notas. La reproducción de los textos castellanos que se citan, respetan la ortografía original con que fueron publicados. Las inserciones que hizo Smith en el texto original y en sus notas van indicadas entre corchetes. Las notas agregadas por la editora y traductora en otras partes del texto se especifican en cada punto.

El autor da las mediciones de temperatura en grados Fahrenheit. Para esta edición se ha indicado entre paréntesis el equivalente en grados Celsius (centígrados).

PERU AS IT IS:

A RESIDENCE IN LIMA,
AND OTHER PARTS OF THE PERUVIAN REPUBLIC,

COMPRISING

AN ACCOUNT OF THE SOCIAL AND PHYSICAL FEATURES
OF THAT COUNTRY.

BY ARCHIBALD SMITH, M.D.

IN TWO VOLUMES.

VOL. I.

LONDON:

RICHARD BENTLEY, NEW BURLINGTON STREET,

Publisher in Ordinary to Her Majesty.

1839.

A Sir Alexander Crichton,¹ Doctor en Medicina, miembro de la Royal Geographical Society.

Médico del emperador de Rusia y de su Alteza Real el Duque de Cambridge, caballero de la Gran Cruz de la Orden de San Vladimir y Santa Ana, etc.

Con el mayor agradecimiento dedica esta descripción del Perú, un país que probablemente el autor nunca habría visitado, si no hubiera sido por su auspicio muy cordial y desinteresado.

Archibald Smith

1. Sobre Alexander Crichton (1763-1856), véase la introducción, nota 12 (N. de la T.).

PREFACIO

PARA EFECTUAR UNA AUSPICIOSA APARICIÓN en esta época refinada y en este distinguido país, un autor requiere unas dotes que quien escribe estas páginas no pretende ostentar en modo alguno, y no habría incursionado en la esfera pública, si no hubiera pensado que es deber de todo aquel que viaja, ofrecer a su propio país el beneficio de sus observaciones y de su experiencia. Asimismo, se aventura a afirmar que ha tenido muchos medios para familiarizarse con el tema y que lo ha abordado con honestidad e imparcialidad.

Durante más de diez años vivió en el Perú: residió, a veces, entre los mineros; en otros momentos se asoció a los agricultores y mantuvo contacto profesional con personas de todas las clases y niveles de la sociedad, desde el palacio hasta la humilde choza.

En el interior del Perú, pero más específicamente en Lima, ha encontrado una gran cortesía y amabilidad en la esfera de las relaciones personales y se ha visto distinguido con muestras muy halagadoras del favor público. Por tanto, puede considerarse que ha escrito “sin añadir nada por malicia”,² y confía que en las siguientes páginas no se en-

2. Shakespeare, *Otelo* 1972, acto V, escena II. (En el original dice: *set down aught in malice*) (N. de la T.).

contrará nada insultante para la gente del Perú, ni ajeno a la perenne gratitud y franco orgullo con que recuerda y reconoce su hospitalidad.

Con respecto a la manera de realizar dicha tarea, el autor considera que requiere la indulgencia del lector; pero con respecto al tema, está convencido de que aunque abordado sin talento, y escaso de la exquisita minuciosidad que encanta al curioso, se encontrará que transmite al lector inteligente una idea justa de la situación física y moral del Perú, que es todo lo que el autor ha buscado y lograrlo es todo lo que desea.

Capítulo I

LOS LÍMITES DE LA REPÚBLICA PERUANA. LA APARIENCIA GENERAL DE LA COSTA Y SU CLIMA. LAS ESTACIONES DIVIDIDAS EN HÚMEDA Y SECA. LA VEGETACIÓN. LA INFLUENCIA LUNAR.
LA INFLUENCIA DEBILITANTE DEL CLIMA

EL PERÚ ACTUAL LIMITA por el norte con la República del Ecuador; por el sur, con la de Bolivia; por el este con los territorios portugueses o Brasil; y por el oeste, con el océano Pacífico. La costa de la República del Perú se extiende a lo largo del litoral del Pacífico desde el río Loa, límite meridional que lo separa de Bolivia, hasta el río Tumbes, límite septentrional que lo separa de Guayaquil, República del Ecuador. Toda esta extensión costera, desde los 3°30' a los 21°30' latitud sur, es un desierto natural atravesado por diversos ríos, de mayor o menor tamaño, que descienden por las estrechas quebradas de los Andes hacia el océano Pacífico.

Muchos de estos ríos se quedan secos durante varios meses al año; mientras otros, los de mayor tamaño, mantienen un caudal permanente que crece durante la estación lluviosa en el interior, y nunca se ha visto que en la época seca disminuyan tanto en las alturas de donde provienen, como para no proveer los medios para irrigar y embellecer los valles marítimos por los que fluyen hacia el océano.

Curiosamente, mientras en la costa del Perú la vista se fatiga de mirar los llanos y las lomas de arena, tan pronto como se cruza el río Tumbes el aspecto de la naturaleza cambia: en el primer escenario todo parece árido y calcinado; en el segundo todo el paisaje es verde y fértil.

Mientras la costa ecuatoriana presenta a la vista planicies de tupido bosque; en la costa y en los valles de la vertiente occidental del territorio peruano, solo se encuentran árboles, no cultivados por el hombre, que crecen en los lugares propicios cerca de los arroyos y ríos. Piura, la provincia más septentrional del Perú en la costa del Pacífico, es conocida por su atmósfera sumamente seca; pero en un año lluvioso, que rara vez se presenta en la provincia, los pastos que brotan repentinamente son de una frondosidad insuperable, y los mismos *arenales*, tras uno o dos días de lluvia, desarrollan una exuberancia de vida y vegetación.

Se puede decir que la temperatura de los valles bajos en la costa del Perú no supera los 82 °F (28 °C) en verano, ni baja a menos de 60 °F (15 °C) en invierno.³ Sin embargo, donde los altos cerros dominan estrechamente los arenales o *pampas* secas, es difícil decir hasta qué grado puede bajar el termómetro durante la noche, cuando una ráfaga de aire frío de las regiones serranas guarda proporción con el grado de radiación proveniente de los arenales, y con la fuerza con que los rayos del sol han llegado durante el día a los suelos calcinados. En dicho espacio, el viajero siente la transición con tanta intensidad que cuando anochece en las zonas desérticas, a veces se ve compelido por lo penetrante del frío a desmontar y enterrarse hasta el cuello en la arena tibia, hasta que resurja el sol reconciliándolo con el amanecer y animándolo a seguir su camino inexplorado.

En Lima, la capital del Perú, no se experimentan cambios extremos de calor ni frío;⁴ una ventaja que se debe, parcialmente, al espléndido entorno de cerros que se elevan uno encima de otro hacia los cielos.

-
3. En Piura, la temperatura del aire en verano va de 80 a 96 °F (26°6' a 35°5'C) y en invierno de 70 a 81 °F (21 a 27 °C). La brisa marina o viento meridional que se empieza a sentir alrededor de las diez de la mañana, es saludado como el mensajero de la salud por los nativos a los que nunca frecuentan las epidemias generales ni mortíferas.
 4. Lima está situada en 12°2' latitud sur, y en 76°58' longitud oeste, a seis o siete millas de su puerto marítimo, el Callao, y la parte más elevada de la ciudad está a unos 500 pies sobre el nivel del mar. Ha sufrido frecuentes terremotos, que son muy comunes (uno de los más notables ocurrió en 1828). Las casas de una planta tienen paredes habitualmente hechas de ladrillos secados al sol llamados *adobes*, pero para que puedan ser más capaces de resistir los constantes impactos a que son expuestas, se construyen principalmente cuando poseen más de una planta

En invierno, en el centro de la ciudad, el termómetro de Fahrenheit nunca baja de 60 °F (15 °C) a la sombra; y durante el verano nunca hemos visto que suba a más de 82 °F (28 °C); en espacios bien ventilados, lo normal son unos 80 °F (26 °C). La diferencia habitual de la temperatura entre el anochecer y el día es solo de tres a cuatro grados cuando el termómetro se coloca en una ventana común enrejada, sin vidrio, abierta a un corredor o glorieta, tal como es habitual en las casas de Lima, en aras de una libre ventilación.

En el sofocante mes de febrero, si se coloca el termómetro en el techo plano de una casa de quincha rara vez asciende a 112 °F (44 °C); y en esa estación se puede decir que los innumerables *gallinazos* que vuelan y circulan en el medio cielo, abanicen el aire del mediodía bajo el elevado dosel que tiende un cortinaje de ligeras nubes blancas que protegen gratamente a la ciudad y a sus habitantes de los rayos demasiado calcinantes del sol tropical.

El higrómetro de Leslie rara vez indica menos de 12° o 15° en la estación húmeda, y casi nunca supera los 50° en los meses de verano.

El registro del barómetro puede considerarse sumamente limitado, pues, durante el periodo de seis meses que hemos tenido oportunidad de observar las variaciones barométricas el mercurio se fijaba por lo común en $29\frac{9}{10}$ pulgadas (759 mm) y no parecía nunca por debajo de $29\frac{1}{2}$ pulgadas (749 mm). Iniciamos nuestras observaciones en septiembre y finalizamos en marzo, tales meses comprenden la transición del clima húmedo al seco, del frío del invierno al calor más intenso del verano.

En cierta ocasión, observamos que el barómetro descendió de $29\frac{9}{10}$ pulgadas (759 mm) a $29\frac{1}{2}$ pulgadas (749 mm); esto produjo un rápido seísmo que, aunque ocurrió en el mes habitualmente seco de enero, fue precedido por una ligera llovizna, con la cual la gente en la calle se alegró llamándola “¡agua bendita!”. Otra vez, cuando notamos una bajada similar del mercurio, el caudal turbio y henchido del río

de madera y caña. Toda la obra, por dentro y por fuera, se recubre con arcilla, y se pinta o blanquea.

Rímac mostró que llovía fuertemente en las montañas de la sierra.⁵ En cuanto a los truenos y relámpagos, se ven tan rara vez en Lima, que se dice incluso que son desconocidos. Lo anteriormente dicho sobre el estado de la atmósfera de Lima se basa en observaciones realizadas por el escritor en su residencia en la calle del Arzobispo; no obstante, una milla más arriba (1,6 km) en la zona de la ciudad llamada el “Cercado”, la influencia de las montañas vecinas se percibe mejor porque las noches y mañanas son más frías. El termómetro nocturno a veces baja hasta 54 °F (12,2 °C) en las huertas del Cercado, cuando en el centro de la ciudad no cae por debajo de 60 °F (15,5 °C) con las ventanas abiertas o en la galería.

En Lima, las cuatro estaciones no se distinguen nítidamente en modo alguno. Con frecuencia, el clima seco del verano invade la estación otoñal, supuestamente húmeda; y, a veces, el tipo de clima y enfermedades predominantes en invierno se prolongan hasta entrada la primavera.

Por ello, aunque las estaciones se distinguen habitualmente en primavera, verano, otoño e invierno, sería realmente más adecuado adherirse a la división usual entre los lugareños: la estación húmeda y la seca.

En mayo, las mañanas son húmedas y nubladas; y casi siempre llovizna durante todo el mes de junio. En octubre tampoco puede decirse que las lluvias, que inclusive en los meses de julio y agosto rara vez son más densas que una bruma escocesa, hayan cesado por completo, pues los días son más o menos húmedos, y ocasionalmente se puede ver caer un aguacero breve y ligero; mientras que el anochecer y el amanecer son húmedos y nublados.

5. El Rímac separa a la ciudad de Lima de su suburbio de San Lázaro y tiene un puente excelente cerca del Palacio. Este puente, ornado con vanos y asientos, es muy concurrido en las noches cálidas. A las damas jóvenes de la metrópoli, con su imponente traje de noche para fiesta o tertulia, les agrada, en épocas de tranquilidad pública, pasear por el puente en las noches de luna, y respirar el aire puro de la montaña y el mar que se mezclan y arremolinan para dar frescura a la pálida mejilla y, en su tibia y envolvente corriente, trae la fragancia de flores escogidas que en esta hora de vida social coronan graciosamente las cabezas de las beldades del Rímac.

En noviembre y diciembre, cuando se presiente que ha llegado la estación seca, el clima, con excepción del mediodía, es en su mayor parte tibio, tonificante y delicioso y abril también es un mes agradable. Sin embargo, cuando llega a su fin, los capitalinos, advertidos por un desagradable cambio de sus sensaciones, deben protegerse con ropa de abrigo de los fríos que trae el viento noroeste ocasional, o de la influencia constante del viento suroeste, pues son sumamente sensibles, al punto de sentir una diferencia de solo dos o tres grados en la temperatura de dos días sucesivos como un cambio completo de clima.

En el verano, un viento de suaves brisas sopla casi constantemente desde el sur; pero el viento que prevalece durante la mayor parte del año es el del sureste, que, al mezclarse con el aire más cálido de la costa árida del Perú, tiende a moderar la temperatura de la atmósfera, y a producir niebla y *garúa*, o las espesas brumas a que nos hemos referido. Durante la estación seca en la costa, se experimentan lluvias en el interior y en las cordilleras lejanas de altiplanicies —especialmente en los meses de enero, febrero y marzo, cuando la lluvia que cae en la sierra es, a menudo, muy densa, y no pocas veces se intercala con nieve y granizo en las regiones más altas—. Así, la estación seca de la costa es la húmeda en la sierra o región montañosa, y *viceversa*; y tan solo con ascender hacia la sierra o con bajar cerca del mar, sin un apreciable cambio de latitud, los afortunados peruanos pueden disfrutar, con una corta migración de unas pocas leguas, un verano perpetuo o un invierno sin fin —si este en verdad puede llamarse invierno, siendo la estación del crecimiento natural y los pastos—.

Quienes, a fines de agosto o inicios de septiembre, han tenido la buena suerte de visitar Buena Vista, en el encantador valle de Lurín, a seis o siete leguas al sur de Lima (y que fue durante muchos años la hospitalaria mansión de aquel ilustrado filántropo, el caballero John Thomas), deben de haber observado que esta estación imparte un matiz algo melancólico al paisaje: las lomas de arena de Lurín, todavía húmedas por la fina lluvia y la neblina, se adornan de flores, tal como sucede con los árboles en el valle; este fenómeno, que no es perenne ni depende, como la vegetación de los cerros vecinos, de la lluvia periódica del litoral ocurre cuando ya han comenzado a mudar el follaje marchito. Aquí, la música del matorral y la cabaña en lo alto están en

consonancia con los sentimientos inspirados por los sauces amarillentos; mientras el *lomero* o arriero de las lomas, tararea el *yaraví*, un triste aire indio, con su flauta rústica y a través de una nota quejumbrosa, la *cuculí* responde desde la arboleda de guarangos.

Al final de septiembre o inicios de primavera, encontramos que comienzan a florecer los árboles en los grandes senderos que rodean Lima; y el nuevo follaje crece en ellos, pues la hierba se marchita en los cerros aledaños, o se ve que solo preserva su apariencia verdeante en las grietas y cumbres de los empinados recovecos de Amancaes.⁶ Pero tan pronto se marchita la vegetación silvestre de los cerros vecinos, y en las crestas y laderas más cercanas que se divisan desde la ciudad, los campos y cercados esparcen el verdor ondulante de una cosecha prometedor.

La cebada, las menestras y el maíz cosechados durante la estación húmeda o lluviosa, maduran gracias a la acción conjunta del sol y de la humedad artificial después de que toda la vegetación natural o espontánea se ha marchitado y desaparecido de los cerros y lomas de arena ya áridos. Las mazorcas de maíz se cosechan siempre en la *menguante* o fase decreciente de la luna; pues es un hecho conocido por todo agricultor que si cosecha el maíz en la *creciente* de la luna, no quedará libre de polilla durante tres meses, incluso con la ventaja de dejarla en panca, estado en que es menos susceptible a los daños.

En los valles alrededor de Lima, el agricultor cuida mucho de no sembrar en la *creciente*, para que la semilla no se malogre ni se pudra y pueda rendir una buena cosecha. El leñador presta igual atención a la influencia lunar, pues sabe que la leña cortada en la *creciente* se malogra pronto y, por ello, no sirve para construir casas ni para ningún otro fin permanente. Este es el caso particularmente del sauce y el aliso tal como lo comprobó el escritor quien, a pesar de no creer en lo que consideraba prejuicios de los lugareños con respecto a la influencia lunar, insistió en techar parte de una casa con aliso y sauce talado

6. Tendremos ocasión de hablar de Amancaes, donde crece una bonita flor amarilla del mismo nombre, que al llegar las primeras lloviznas y brumas, al inicio de la estación húmeda en la costa, es la avanzada de la vegetación, como la prímula en nuestros valle presagia el retorno verdeante de la primavera.

durante la *creciente*, y después de un par de años, cuando vio que la madera empleada se había vuelto muy quebradiza e inútil, se convenció de su error. Por ello, fue necesario reemplazarla o darle apoyo para impedir que el techo se desplomara.

El *arriero* atiende escrupulosamente a la influencia de la luna en el ganado. Si viaja en la *creciente*, y en un clima caliente o incluso templado, tiene cuidado estricto de no desensillar a sus caballos de montar ni de quitarles los aparejos a las mulas de carga, hasta que hayan descansado un poco y se hayan repuesto bastante, y si descuidara estas precauciones, de seguro que sus bestias quedarían inválidas con grandes hinchazones e inflamaciones, que se les formarían en los lomos y hombros y que rápidamente supurarían.

En breve, el propio *chalán* no se persuadirá de limpiar los lamparones de las encías de su cabalgadura ni un limeño procederá a cortarse los callos (y pocos están libres de tal tormento) por miedo a contraer una grave irritación como recompensa de su imprudencia. Podemos inferir de estos hechos comunes y familiares que en el Perú la influencia lunar es muy notable, ya que tanto en el reino animal y el vegetal se impone a la atención y la experiencia de cada uno.

Si se pregunta qué influencia general puede tener un clima como el que hemos descrito sobre el organismo animal, responderíamos que parece ser algo particularmente debilitante y degenerante para el estado de la atmósfera y la ubicación de Lima, agravada por la total negligencia del cuidado sanitario. Este efecto es observable en la especie canina, que se vuelve lenta y sin vigor, y más predispuesta a ladrar que a morder, pero se muestra especialmente en los descendientes masculinos de padres europeos sin mezcla.

Con frecuencia vemos reducidos la fuerza corporal y el carácter varonil del progenitor en el hijo del valiente y digno español. Tanto su mentalidad como su persona lo convierten en un *petit-maitre*⁷ y, aunque vivaz en su juventud, al madurar se distingue más por su facilidad antes que por su energía, por su inconstancia antes que por su vigor.

7. Este término, que aparece en francés en el texto original, significa 'petimetre' en castellano (N. de la T.).

Capítulo II

LA DISMINUCIÓN DE LA ESPERANZA DE VIDA EN LIMA POR FALTA DE ATENCIÓN MÉDICA. INFORMES QUE MUESTRAN LA PROPORCIÓN DE MUERTES CON RESPECTO A LA POBLACIÓN DE LIMA. LA PROPORCIÓN ENTRE LOS DIFERENTES SEXOS Y CASTAS DE LA POBLACIÓN

SI LA MODERACIÓN DE LAS ENFERMEDADES EPIDÉMICAS contagiosas permitiera dar una medida justa para juzgar el clima de un lugar en particular o la atención médica en dicha comunidad, Lima seguramente se clasificaría como una de los más favorables. Pero, pese a que la construcción de las casas y la ubicación de esta capital sea abierta y espaciosa (y a lo que se pueda decir a favor o en contra del aseo personal y doméstico de sus habitantes, y de otras circunstancias que afectan la salud de los individuos), debe admitirse que la salubridad de la ciudad y la calidad de vida que permite se ven materialmente disminuidas por la falta de la debida atención a la higiene pública.

Las acequias o canales que pasan por todas las calles principales de este a oeste, y que tienen ramales para las huertas y los conventos, etc., son, después de haber atravesado la ciudad, de cierta utilidad para los campos que hay entre la urbe y el puerto. Pero, en general, la agricultura, como cualquier otro ramo de la industria, está descuidada desde la revolución. Los drenajes, destinados a llevar el agua sobrante de la ciudad por una suave ladera para regar el suelo fértil que de otro modo no podría liberar sus propiedades nutricias ni alimentar a las plantas, se encuentran a menudo en condición ruinosa. Por ello, el agua se queda estancada en algunas partes y corre sin provecho en

otras, sin ser utilizada para aquellos fines benéficos del cultivo que serían el medio de fomentar la salud, la población y todos los recursos de Lima y sus alrededores. Por las acequias de las calles se ven durante todo el día industriosos gallinazos (de lejos los agentes más eficientes de la higiene) engullendo los desperdicios lanzados a estos receptáculos de todo tipo de sobras. Cuando el agua corre en poca cantidad, o ha dejado de correr por completo por descuido, la cantidad de restos animales y vegetales que se deja acumular negligentemente en estas acequias emite una profusión de miasmas venenosos y volátiles, más o menos penetrantes y perniciosos, según la estación del año y la temperatura del clima.

El estiércol extraído de los corrales y establos —que puede ser empleado de manera que recompense con abundancia la labor del agricultor y permita, al mismo tiempo, embellecer en un grado incalculable las llanuras adyacentes— cuando no se arroja a las acequias, es llevado al pie de las gruesas murallas de la pintoresca ciudad, y allí se amontona día tras día; o si no se elimina así, se lleva al borde del río, donde se va acumulando en montículos que fermentan y crecen de tamaño diariamente. Allí absorben la humedad y generan miasmas que vician el aire que respiran los habitantes, cuya pereza es castigada de ese modo. Estamos convencidos de que su desatención al aseo y a la salubridad de la capital contribuye, en gran medida, a acarrearles una buena proporción de enfermedades y de mortalidad de lo que a primera vista se podría esperar de las características del clima. Asimismo, se dice que aquellos lugareños que han llevado una vida de hábitos bien regulados alcanzan una feliz edad avanzada en Lima; e, incluso existen casos de varios individuos de más de cien años de edad que preservan una considerable actividad corporal y vivacidad mental. Cuando dejé Lima en 1836, vivía un activo y pequeño fraile franciscano que según se decía tenía mucho más de cien años. Un caballero español apellidado Pellicer, muy notable por la agudeza y el vigor de sus facultades mentales y su salud en general, murió durante nuestra estadía a la edad de 102 o 103 años, y se pueden mencionar otros casos semejantes; no obstante, son excepciones. Vale la pena subrayar especialmente que, cualesquiera que sean las causas que tienden a producir el penoso resultado, la verdad es que la mortalidad global es muy alta, hecho que

los documentos del Panteón confirman plenamente como puede verse en los documentos incluidos.

Cuadro que muestra el número de fallecidos en Lima y sus alrededores desde 1826 hasta 1835, ambos incluidos¹

Año	Fallecidos
1826	2075
1827	2162
1828	2106
1829	1948
1830	2118
1831	1871
1832	2576
1833	3305
1834	2744
1835	2603
Total de fallecidos de los diez años precedentes	23.508

Antes de formular algunas observaciones sobre el cuadro anterior realizado a partir del cuidadoso examen de los libros de registro pertenecientes al Panteón o cementerio público de Lima, no debe omitirse establecer cuál era la población de Lima cuando se hizo el último censo, poco antes de que estallara la revolución, y cuando se suponía que la ciudad estaba llena de gente y en la cima de la prosperidad. Este censo,

1. Fuentes contemporáneas dan cifras distintas: 2668 cadáveres enterrados en el Cementerio General en 1826, y 3171 en 1827 (Cementerio General de Lima, “Noticia de los cadáveres que [se] sepultaron en él desde su apertura en 1 de junio de 1808, hasta 31 de diciembre de 1827”, *La Prensa Peruana*, 12 de agosto de 1828, n.º 70: 3). Smith o sus informantes, como se dice más abajo, las consultaron, pero parecen haber realizado, además, una compulsión con documentos de archivos ya perdidos (N. de la T.).

realizado por Juan Bazo,² uno de los *oidores* o jueces de la Audiencia de esa época, y fechado en Lima, el 30 de septiembre de 1818, concluía, en síntesis, que la capital contaba entre sus muros, así como en las chozas y cabañas cercanas a las puertas de la ciudad y los suburbios de San Lázaro, con 54.098 personas de todos los sexos, castas, estados y condiciones, de los cuales 27.545 eran varones y 26.553 mujeres.

Durante los diez años comprendidos en el cuadro de mortalidad anterior, los limeños mejor informados han estimado que la población de Lima era mucho menor, mientras que en la época del censo de Bazo se encontró que había más de 50.000. Sin embargo, hasta cierto punto, esto es materia de conjetura pues no existen datos ni censos posteriores en manos de los patriotas con los que verificar este asunto de manera precisa; aunque por el número de casas abandonadas y la gran disminución de peones para la agricultura y la horticultura, probablemente no estamos lejos de la verdad al calcular en 45.000 la población promedio de la capital y suburbios en los últimos veinte años, en cuyo caso según la tasa señalada, desde 1826 hasta 1835. Además, las muertes, durante veinte años, sumarían 47.000, un número superior al dado para el total de la población.

No es irrelevante advertir que, en el año de 1828 (veinte años después que el Panteón se había abierto para los entierros), el muy recordado general La Mar, en ese entonces presidente del Perú, visitó el cementerio y quiso (según nos dicen por sugerencia de uno de los capellanes del cementerio, don Mariano Castilla, un caballero que tenía el honor de acompañar a su excelencia) informarse, después de consultar los archivos pertinentes, del número total de cadáveres enterrados durante los veinte años que había estado abierto al público; y nos aseguran que el resultado correspondía casi exactamente con

2. El autor lo llama "John Baso". Se trata de don Juan Bazo y Berry (1756-?), oidor de la Audiencia de Lima desde 1816 hasta 1821, año en que se retiró a España. Había sido administrador de fábricas del Real estanco de tabacos, teniente asesor de la Intendencia de Trujillo a fines del siglo XVIII. Por encargo del virrey Pezuela formó un padrón de habitantes de Lima (De la Pezuela y Sánchez 1947: 389; Del Pino 1987, t. 1: 268). Lamentablemente no hemos podido encontrar el documento que consultó y citó Smith (N. de la T.).

la tasa expresada en nuestro enunciado precedente. Los archivos de la Beneficencia que el capellán pudo consultar están ahora perdidos o no se encuentran; pero la cifra que proporcionó al general La Mar, después del examen de esos documentos entonces existentes, fue publicada en alguno de los periódicos de ese tiempo. Volviendo al cuadro de mortalidad se puede observar que, durante los últimos cuatro años, las defunciones aumentaron con respecto a las que tuvieron lugar en los seis años anteriores. La razón más obvia que podemos dar es que el último administrador y guarda del registro, a cuyo cargo se dejaron los libros durante los primeros seis años, no registró el número de *expuestos*, es decir, aquellos cadáveres abandonados secretamente en lugares abiertos como por ejemplo, la entrada del Panteón, del hospital o de los conventos; pero su sucesor, Pazos,³ ha sido muy cuidadoso en introducir una correcta enumeración de esos cadáveres desechados, tal como el escritor ha tenido oportunidad de comprobar al revisar los libros de esta gentil persona, quien prestó voluntariamente su ayuda ofreciendo los detalles con los que se calculan los resultados generales expresados en el cuadro.

El número de *expuestos* es casi increíble y muestra la gran pobreza prevaleciente, pues es cuando menos caritativo pensar que nadie desearía así los restos de un niño excepto una persona que esté privada de los medios corrientes para cubrir el gasto de un modesto entierro, pero se dice que en este asunto los padres de un difunto cometen muchos fraudes porque, para evitar pagar los costos normales del funeral, dan al cochero de la carroza fúnebre unos cuantos reales para recoger los cadáveres expuestos y llevarlos a ser enterrados en el cementerio. Por estas consideraciones, no es inadmisibles inferir que el aumento de defunciones durante los últimos cuatro años del cuadro no ha sido tanto real como aparente, debido a la omisión del debido registro de los *expuestos*. Tampoco se aprecia en un documento que tenemos ahora a la vista, titulado *Guía política, eclesiástica y militar del Perú para el año de 1793* [1793a] del famoso y encomiable doctor don [Hipólito]

3. Se trata de José Pasos quien figura en 1833 y 1834 como subastador del Cementerio General (Paredes 1833: 50, 1834: 55) (N. de la T.).

Unanue, que la cifra bruta de defunciones haya cambiado en proporción a la población existente, hasta el punto en que muchas personas se inclinarían a creer en razón del gran aumento de la pobreza y desmoralización que se han experimentado desde esa época. En 1793, la población calculada en la *Guía* era 52.627 y el número de muertos 2795, sin incluir los casos de monjas ni eclesiásticos, los cuales, en conjunto, formaban una categoría numerosa de la población de Lima y deben haber tenido un buen número de defunciones en sus filas que incrementarían la cifra verdadera de la mortalidad.⁴

4. La proporción que mantenían entre sí los diferentes sexos, castas y condiciones, etc. de los habitantes de Lima en el año 1818 puede ser conocida con el siguiente resumen tomado del padrón realizado por el oidor Juan Bazo.

Resumen de hombres por castas		Resumen de hombres por cuarteles	
Españoles seculares	8406	1° Cuartel	6841
Sacerdotes y frailes	1331	2° Cuartel	5882
Mestizos	2660	3° Cuartel	6389
Indios	1561	4° Cuartel	3512
Negros y pardos libres	4220	Cercado	259
Negros y pardos esclavos	4705	Esclavos en los cuarteles	4662
Total	22.883	Total	27.545

Resumen de mujeres por castas		Resumen de mujeres por barrios	
Españolas seculares	8455	1° Cuartel	7975
Monjas	506	2° Cuartel	6090
Mestizas	3262	3° Cuartel	7420
Indias	1731	4° Cuartel	7456
Negras y pardas libres	7715	Cercado	312
Negras y pardas esclavas	3884	Esclavas en los cuarteles	---
Total	26.553	Total	26.553

Total	
Hombres	27.545
Mujeres	26.553
Total	54.009

Para transmitir una idea pormenorizada de las diferentes razas de los habitantes de Lima, pues estos se encuentran divididos y subdivididos, y su color es diferente

No puede suponerse tampoco que la guerra haya tenido mucho que ver con el creciente número de difuntos listados en el Panteón en estos últimos años, porque aunque los conflictos civiles eran frecuentes desde el año de 1826, Lima no era la sede normal de tales enfrentamientos. Algunas tropas siempre estaban estacionadas en la ciudad, pero de ser excluidas de la estimación de la población normal del lugar, aun así, cualquier diferencia en la suma de la mortalidad generada por los soldados que fallecían en los hospitales y eran registrados en el cementerio, sería, muy probablemente, más que igualada por la falta del número de los *expuestos*, especialmente, los párvulos, cuyos restos eran enterrados irregularmente, de modo que no entraban en absoluto

según los enlaces que contraen, debemos agregar los cuadros que sobre el tema da el Dr. Unanue en su obra *Observaciones sobre el clima de Lima* (1815: XCVIII).

Enlaces		Hijos	Color	Mezcla
Varón	Mujer			
Europeo	Europea	Criollo	Blanco	—
Criollo	Criolla	Criollo	Blanco	—
Blanco	India	Mestizo	Blanco	—
Blanco	Mestiza	Criollo	Blanco	—
Blanco	Negra	Mulato	—	½ negro, ½ blanco
Blanco	Mulata	Cuarterón	—	¼ negro, ¾ blanco
Blanco	Cuarterona	Quinterón	—	⅓ negro, ⅔ blanco
Blanco	Quinterona	Blanco	—	—
Negro	India	Chino	—	—

El mismo autor ofrece el siguiente cuadro de enlaces retrógrados por medio de los cuales los hijos son de una apariencia más deslucida y se apartan cada vez más del blanco, que Unanue supone es el color primitivo del hombre (Unanue 1815: XCIX).

Enlaces		Hijos	Color
Negro	Negra		
Negro	Mulata	Zambo	¾ negro, ¼ blanco
Negro	Zamba	Zambo oscuro	⅔ negro, ⅓ blanco
Negro	Zamba oscura	Negro	¹⁵ / ₁₆ negro, ¹ / ₁₆ blanco
Negro	China	Zambo	

en los registros. Y en cuanto a las tropas de las montoneras, y otros que encontraron una muerte violenta en la ciudad o fuera de ella durante las últimas estruendosas escaramuzas, en conjunto fueron demasiado insignificantes para merecer noticia en este lugar, como se aprecia muy claramente por varias entradas en el registro de Pasos, el presente administrador y registrador del cementerio.

Capítulo III

LOS ALIMENTOS, LOS FRUTOS Y EL AGUA CONSUMIDOS EN LIMA

COMO EL NIVEL DE SALUD Y LA FUERZA de la constitución física de que gozan los individuos dependen, en gran medida, de la dieta, así como del aire que respiran, del clima y de la casta, ofreceremos unas cuantas observaciones generales sobre los hábitos dietéticos de los limeños.

Además del maíz, cuyo cultivo es más habitual que el del trigo, siendo este último un artículo de importación de Chile y otros países extranjeros en un grado considerable, la dieta normal de los pobres de la costa se compone de camote y yuca, tubérculos que son sumamente nutritivos y saludables, si bien en Lima los alimentos de origen animal se consumen en gran cantidad. La cantidad de aves consumida aquí es incalculable, y una buena razón para esto, es que los enfermos, enfermizos y convalecientes —siempre muy numerosos en la capital, tanto en los hospitales públicos como en las casas particulares— piensan que son descuidados en su dieta si no ingieren, al menos una vez al día, pollo o sopa de pollo. Los gansos y los patos no gozan de buena reputación como alimento, pero siempre hay una gran cantidad de pichones y pavos en el mercado a diario, que se expenden bajo toldos en las partes adecuadas de la ciudad. El pescado es generalmente bueno y abundante —a propósito, los pescadores presentan los mejores especímenes que hemos visto de una forma robusta de la familia india—.

En 1835, debido a que se impuso una tasa de cuatro reales (cerca de dos chelines) por cabeza para el sostenimiento de las escuelas, se calculaba que el número de cerdos de engorde sacrificados en la ciudad superaba los 20.000 al año; y hay siempre un consumo tan grande de manteca y *chicharrones* que el oficio de *mantequero* (negociante de manteca y cerdo) es, después del de panadero y de *suertero* (vendedor de lotería) uno de los más lucrativos en la capital.

Se sacrifican diariamente para el mercado de Lima de cuarenta a cincuenta cabezas de ganado vacuno y de trescientos a cuatrocientos carneros; la carne de res es muy buena, la de carnero de calidad inferior. Nos ha dicho uno de los principales negociantes de carne de res que al inicio del año de 1836, el sacrificio de reses se redujo de treinta a treinta y cinco cabezas diarias; una reducción del número normal que él atribuía a la pobreza propia de ese particular periodo de desgobierno, lo que imposibilitaba a muchas familias el comprar carne de res y, parcialmente, a una nueva disposición militar relativa a las raciones de los soldados.

En vez de la anterior ración de carne, ahora se da al soldado dos reales diarios para que se provea de la comida que desee —una alteración poco juiciosa en sus circunstancias, pues o gasta su asignación monetaria en beber o se permite comer alguna cosa dañina expedita para incluirlo con frecuencia en la lista de enfermos—.

Se ven por todas partes de la ciudad de Lima pregoneros de pasteles y confites; y se encuentra en las esquinas de cada plaza una especie de puesto de cocina con mucho chicharrón y pescado frito. Esta práctica nos da alguna idea de los hábitos dietéticos del vulgo y las familias modestas con pretensiones que alquilan a sus esclavos, rara vez sufren la molestia o el gasto de cocinar en casa, pues pueden muy fácilmente traer de la calle lo poco con lo que se sienten satisfechos.

Las *mazamorrerías*, una especie de puestos de venta de mazamorra, son muy populares. Para consumo del vulgo hay tantas variedades de mazamorra como tipos de harina: de maíz, alverja, frijol, trigo, maicena, fécula y otras muchas. Cualquiera de estas harinas se hierve en agua hasta que adquiere una consistencia suave, agregándole o no frutas o algún zumo vegetal ácido, y se la endulza excesivamente con azúcar, melaza o *chancaca* (que es una especie de azúcar rubia prensada en bloques) y en esto consiste la *mazamorra*, el gran plato limeño

del cual es partidario proverbialmente este pueblo aficionado a los dulces, como los ingleses lo son del *roast beef*.

Aunque la calidad del alimento básico de los limeños sea saludable en sí misma pues pueden permitirse vivir bien y con abundancia, la mayoría de estos platos están tan impregnados de manteca, que entre los pocos que un paladar sencillo puede disfrutar están el pollo de corral, el pichón, el pavo, y ese excelente plato casero, el *puchero*, que consiste en una variedad de frutas y verduras, con trozos de carne de diferente tipo y calidad, todos cocinados juntos y presentados en una fuente.

Las sopas, junto con una gran variedad de platos vegetales, están tan condimentadas con ají, que se requiere que las paredes del estómago estén realmente lubricadas para protegerlas de los efectos picantes de ese popular condimento. Útil e incluso necesario para los indios de los valles que los cultivan alrededor de las puertas, y cuya dieta es casi toda vegetariana, en un clima como el de Lima, y para la constitución tan delicada como la que sus habitantes declaran poseer, el ají resulta no obstante dañino para el funcionamiento del estómago y la salud en general, cuando se le consume libre y diariamente con una abundante porción de alimento de origen animal, y un estilo de vida general sobrio pero no equilibrado, pues, aunque las clases superiores consumen vino moderadamente, al ingerir algo más o menos de todos los platos servidos a la mesa, que no son pocos, comen por lo general más de lo que las funciones digestivas pueden absorber cómodamente para sustentar el físico de personas tan indolentes que suelen estar poco expuestas al gran desgaste ocasionado por el esfuerzo atlético.

Las razas nativas más oscuras tienen, efectivamente, un físico mucho más robusto, de constitución más sólida que los ajenos a su clima, y muchos de ellos beben *aguardiente*, o licor de caña incoloro en gran cantidad, y con un efecto negativo menos inmediato del que uno esperaría. Su constante uso de estimulantes tales como las bebidas espirituosas ardientes y fermentadas llamadas *chichas*, junto con alimentos de origen animal y ají, puede ser, quizá, la principal razón por la que estas personas, siempre que son presas de males inflamatorios, soportan mejor el sangrado general que otros de su propia casta que se alimentan de *sango*, nombre dado a una especie de puré hecho de harina de maíz y camotes. Sin embargo, las personas de origen europeo

de piel mucho más delicada que las de las razas más oscuras del Perú, y dotados de un sistema nervioso más susceptible, sufren mucho más con las vicisitudes atmosféricas pues poseen órganos digestivos comparativamente débiles. Dichas irregularidades, sobrellevadas por el negro y el zambo con relativa impunidad, resultan ser para el hombre blanco, cuyo organismo no es tan adecuada como el de aquellos para el clima cálido y relajante, la causa frecuente de varios malestares intestinales como indigestión, cólera morbo o disentería. La dieta de los limeños provoca naturalmente casos de mala digestión y son tan notablemente comunes las lombrices, expelidas durante las enfermedades con fiebre alta sea vivas o muertas, que su aparición en esos malestares se considera como un asunto normal. Qué parte tenga el agua en la propagación de estos parásitos, como vehículo de las ovas, puede ser difícil de determinar, pero como los canales están muy descuidados, y, por lo general, no se utilizan piedras filtrantes adecuadas, es probable que algunos gérmenes malsanos entren de ese modo en el organismo. Además, durante la época calurosa, una horda de organismos aparecen a la vista en las vasijas de barro o *botijas*, que se guardan en la zona de la cocina como recipientes de agua para los usos domésticos normales; e, incluso, el agua que se calienta en los baños termales hasta 90 °F (32°2' C) o más, si se deja enfriar de nuevo, y se guarda por varios días, se la encuentra repleta de miríadas de juguetones organismos.

Al autor de esta obra le complace poder proporcionar el análisis del agua bebida por él en la fuente de la Plaza Mayor de Lima, justamente cuando el río comienza a subir en enero por efecto de las lluvias en la sierra, que ha realizado el Dr. Thomson de Glasgow.

Especimen gr. 1-00028, más puro que el agua del Clyde: contenido 1000 granos.

	Granos
Sal común	0,05
Sulfato de cal	0,19
Silica	0,06
Materia vegetal	0,04
	—————
	0,34

La naturaleza ha provisto a los peruanos de la costa con los frutos más adecuados para sus necesidades, aunque con frecuencia son perjudiciales si se comen verdes, o si el estómago no está preparado para recibirlos. No obstante, cuando se consumen en la estación, son los más agradables al paladar, y saludables para la constitución en las regiones donde abundan.

Por tanto, en este punto introduciremos una lista de frutos producidos en los huertos de Lima y sus alrededores con la especificación del momento en que están en sazón. Podemos hacerlo felizmente presentando a nuestros lectores una lista, que cortésmente nos proporcionó el señor Mathews, botánico inglés que actualmente está formando una rica colección botánica en el interior del Perú, pero cuya ocupación como horticultor en Lima le ha dado la mejor oportunidad para una información exacta y práctica sobre el tema.

Enero: Las uvas comienzan a madurar, y también los albaricoques, y unos cuantos perales.

Febrero: Abundan las uvas, los albaricoques y las peras; los duraznos comienzan a madurar; las lúcumas y los higos son escasos.

Marzo: Abundan las uvas, las lúcumas, los higos y los duraznos, pero escasean las peras; comienzan a madurar las manzanas.

Abril: Abundan las manzanas, los quinces, las ciruelas de fraile (*spondias dulcis*), las cerezas (*malpighia glandulosa*), las patillas (*psidium li-neatum*), las guavas; los higos son escasos.

Mayo: Igual que en abril, se ven unas cuantas uvas en el mercado, traídas del sur; también hay chirimoyas.

Junio: Se pueden encontrar chirimoyas, guanábanas, naranjas dulces y agrias y unas cuantas manzanas.

Julio: Igual que en junio, con la excepción de las manzanas y las limas; comienzan a madurar los limones dulces y ácidos.

Agosto: Lo mismo que en julio, pero hay cierta demanda de naranjas este mes.

Septiembre: Se encuentran lúcumas, paltas y las frutas del mes anterior.

Octubre: Lo mismo que en septiembre, pero hay una gran demanda de limas y limones dulces.

Noviembre y Diciembre: Durante estos dos meses hay una gran demanda de limones dulces y ácidos para los *frescos* o bebidas refrescantes. Las naranjas dulces rara vez se mantienen en buen estado a partir de mediados de noviembre.

Los plátanos se producen todo el año, pero la mayor abundancia se da en los meses calurosos. El pepino también se come mucho durante diciembre, enero y febrero. En los meses de abril y mayo, se come mucho la pulpa que rodea las semillas de la vaina de *pacay*.

Además de la lista anterior del señor Mathews, podemos anotar que el melón y la sandía son muy cultivadas en las cercanías de Lima; y se ven en grandes montones en el puente y en las esquinas de las calles, donde se compran y consumen con avidez en el cálido mes de febrero. También las aceitunas, muy buenas, crecen en el valle del Rímac, y maduran en febrero y marzo. Durante las últimas guerras civiles, varios olivares valiosos se talaron sin mayor miramiento. Las fresas e igualmente las *tunas* o higos de indio, de calidad inferior, crecen en Lima, y las de mejor calidad son del vecino valle de Santa Eulalia.¹ La piña no crece espontáneamente en Lima, aunque, actualmente, se está intentando establecer su cultivo en la portada del Callao de la ciudad; la que se consume habitualmente en la ciudad es traída de la zona oriental del Perú, de la montaña de Tarma y Huancayo, etc. A veces, también, se traen unas cuantas piñas de los alrededores de Moro, situado en la costa norte, pero a menudo se pudren antes de llegar a Lima.

1. En el texto original está escrito “Ulaya” (N. de la T.).

Capítulo IV

OBSERVACIONES EXPLICATIVAS DE CIERTAS MÁXIMAS DIETÉTICAS Y NOCIONES ESTABLECIDAS O PREJUICIOS ILUSTRATIVOS DE LA CONSTITUCIÓN FÍSICA Y LOS HÁBITOS DOMÉSTICOS DE LOS LIMEÑOS

EN LIMA, HAY CIERTAS OPINIONES y normas que se relacionan con el carácter y la cura de las enfermedades, sumamente populares y aceptadas por el vulgo y, al mismo tiempo, tan habitualmente toleradas por muchos de los médicos locales, que, para alguien que se proponga ejercer en esta parte del mundo, y espere ser honorablemente absuelto por el jurado de enfermeros y asistentes, siempre numerosos en torno del enfermo, puede valer la pena que tome en cuenta el contenido de las siguientes observaciones:

I. No conoce nuestro clima

Afirman los doctores locales, que hay algo oculto en el clima de Lima, que solo un médico limeño o criollo puede comprender suficientemente tal realidad la cual no siempre es entendida por el vulgo. Por ello, la objeción prejuzgada: *No conoce nuestro clima*, es sancionada por la alta autoridad profesional; y por lo general, esta trillada noción se plantea inicialmente a todo médico europeo que desee ejercer como profesional en Lima.

Todos, pensamos, admitirán que la práctica de la medicina debe modificarse, o alterarse considerablemente, según la topografía de cada país particular; pues se advierte que la diferencia de ubicación afecta no solo al hombre, sino a las plantas y los animales en un grado sorprendente a medida que nos alejamos del Ecuador hacia las latitudes norte o sur. Sin embargo, los peruanos no se encuentran dentro de ese selecto grupo de investigadores dedicados al estudio de la botánica o la zoología del Perú con conocimiento y diligencia.

El único amante de la historia natural que hemos tenido el honor de conocer es don Mariano Rivero¹ de Arequipa; y, aunque se podría imaginar que su tranquilo cielo atraería a los limeños de una mente filosófica a la contemplación y estudio de los cuerpos celestes, en la actualidad, solo al doctor Gregorio Paredes² le pertenece el mérito y la alta distinción de guardar las sublimes vigiliias del astrónomo. Hoy, dicha esterilidad de la ciencia nativa no se limita a estas ramas naturales de la historia y la filosofía natural, sino que afecta muy agudamente la práctica de la medicina. Los propios manuales de instrucción médica elemental, que se ponen en manos de los estudiantes de medicina en la capital del Perú, son extranjeros y europeos. De este modo, resulta claro que no tienen un compendio propio y nacional de ciencia médica ni un código médico local y parcial tal como los charlatanes e impostores públicos quieren insinuar cuando hablan de su *propia* práctica médica, o de lo que llaman *medicina del país*.

En lo adelante, sería deseable que ningún médico respetable en el Perú tolere la insensatez de sostener que los europeos no son aptos para ejercer en ese país ni para comprender las influencias peculiares

-
1. Mariano Rivero y Ustariz (1798-1857), científico y político, que ocupó varios cargos durante la República (director de Minería, gobernador de Junín, y otros) y publicó numerosas obras científicas sobre los recursos del país (N. de la T.).
 2. José Gregorio Paredes (1778-1839), médico, publicó varias guías de forasteros desde 1810 y varias obras de carácter científico, entre ellas *Modo de hallar por tres observaciones los elementos de la órbita de un cometa* (1814), fue cosmógrafo mayor del Virreinato del Perú hasta 1825 y después, durante la República, de 1829 a 1839 (Del Pino 1987, t. 4: 1549-1550). Una amplia semblanza de Paredes en que se destaca su interés en la astronomía, fue escrita por su sucesor en el cargo de cosmógrafo (Carrasco 1840: I-XIV) (N. de la T.).

del clima de Lima. Dicho clima como cualquier otro en la faz conocida del globo es susceptible de ser investigado por el observador meteorológico, sea originario del Viejo o del Nuevo Mundo.

Podemos puntualizar, además, que las leyes de la fisiología, como las de la gravitación, son la mismas en el Perú que otras partes del mundo; y los aforismos de Hipócrates, generalmente fundamentados en observaciones precisas realizadas hace más de dos mil años, se presentan hoy en día tan ciertos como cuando fueron formulados por primera vez, y pueden ser aplicables a la constitución física del hombre en todo el mundo. El tratamiento médico de las enfermedades, aplicado en el país o en el extranjero, debe ser realizado en conformidad con las leyes comunes e inmutables de la economía animal, y con la atención debida a la constitución y temperamento de los individuos. La ubicación del nacimiento o residencia del paciente, la influencia del clima, la dieta y las costumbres, etc. constituyen meras circunstancias accidentales, consideraciones secundarias y subordinadas, que todo médico o funcionario médico de nuestras flotas y ejército, en cualquier clima a que sea expuesto, debería ser capaz de examinar y evaluar, como el hábil comandante que, a la vez que reconoce el terreno, percibe el carácter local de un nuevo campo de acción.

II. Tomar dulce para beber agua a las horas de comida

Esta es una norma vigente de la dieta observada al terminar una comida o refrigerio. En dicho momento, se debe ingerir azúcar o algún dulce para amenizar el agua que por costumbre se bebe, sea que uno tenga sed o no. Estos, por tanto, endulzan el paladar para disfrutar de la sencilla bebida.

Por ello, si un limeño perfectamente sano bebe agua en los periodos indicados y siente sed poco después de terminar la comida con la ingestión de azúcar o confites y agua, como es habitual, se le dice que soporte el inconveniente antes que por aplacar su sed se provoque un malestar. Para comprender esto es indispensable saber que se espera que uno no beba agua, la bebida más común de los lugareños, hasta tres horas después de terminar la última comida; porque se cree que

cometer tal irregularidad sería dar ocasión a un ataque de indigestión o poner la salud en peligro.

Esto puede parecer un prejuicio ridículo para quienes están acostumbrados a aplacar su sed tan pronto como la necesidad surge de forma natural, sin considerar normas; pero en la costa del Perú, el descuido de esta norma profiláctica de solo beber en periodos determinados, cuando altera los hábitos establecidos de una persona acostumbrada a observarla, puede ser dañina para su salud, pues, efectivamente, perturba las funciones digestivas. Tal atención estricta a los periodos pautados para beber agua se adopta también en la sierra, donde la digestión es habitualmente tan enérgica como para no requerir tan elaboradas precauciones, pero la costumbre la fomenta y, sin duda, la mayoría considera esto suficiente razón para continuar con dicha práctica.

Cuando una persona sufre de una enfermedad con fiebre alta, y solo se le permite una dieta muy suave y reducida, tal como sopa de pollo, *panada*, *tapioca* o arruruz, etc.; entre una comida y otra, el intervalo es de cinco horas. Tres horas después de cada comida, se le da agua o algún líquido medicado; y dos horas más tarde, se repite el alimento de tipo sencillo que se ha indicado. De este modo, la comida y la bebida se alternan regularmente hasta que se considera que el paciente está en un estado que requiere alimento sólido; y entonces, como cuando está saludable, el intervalo entre las comidas se fija en siete horas. El alimento sólido que se da a los convalecientes consiste en pollo, que, de todos los elementos en la lista del dietario limeño, es el más solicitado. Entonces, para la adecuada digestión del pollo, deben de trascurrir cinco horas antes de que se prescriba cualquier bebida medicada después de ingerirlo; y el principio reconocido en ese método es que la bebida, la cual debilita y diluye demasiado el jugo gástrico en el estómago, no puede ser tomada antes de que la quimificación sea completa.

Las enfermeras, y amigos muy amables y serviciales, observan habitualmente de modo muy estricto el orden indicado para dar comida y bebida al paciente y, aunque el pobre esté muriéndose de sed, solo puede tener permiso para aplacarla a las horas fijas establecidas; y, por un sentimiento de pura benevolencia, prefieren interrumpir el sueño

salutífero del enfermo antes que dejar de darle puntualmente la bebida, el alimento o el remedio a las horas correspondientes. Bajo la influencia de un amable sentido del deber, se escucha con frecuencia a la madre ansiosa asegurar al doctor que ella misma ha estado pendiente de darle al niño la bebida o medicina a la hora exacta, anunciada desde la torre de la iglesia más cercana por el toque de la campana, aunque le apenaba interrumpir su dulce sueño.

Durante el agravamiento de las fiebres intermitentes, tan prevalentes en el Perú, se altera generalmente el estado del estómago, y en tales circunstancias, en vez de intercalar alimento y bebida sin considerar la condición de las funciones digestivas, nos hemos esforzado en persuadir al enfermo de abandonar el orden establecido por la costumbre, y hemos permitido a nuestros pacientes el inexpressable alivio de beber tanto como la sed les demande, hasta que se consiga paliar el alza de la fiebre.

III. Prepararse para tomar purga

Muchos practicantes de la venerable escuela de Boerhaave³ han muerto en Lima durante los últimos años, pero todavía quedan algunos, y en sus peroratas profesionales en las consultas, se les escucha hablar sabiamente del estado pernicioso, adusto, crudo y corrosivo, etc. de los humores del cuerpo humano, y nos parece como siempre que no son capaces de fijar ninguna idea precisa con estas expresiones hipotéticas. Y aunque se ve que los doctores jóvenes de opiniones modernas en general aceptan alguna teoría de los solidistas, están obligados a respetar

3. Herman Boerhaave (31 de diciembre de 1668-23 de septiembre de 1738) fue un médico, botánico y humanista neerlandés. Es considerado una de las figuras más notables de la medicina europea, ocupó diversas cátedras en la Universidad de Leiden, y se destacó en la enseñanza de la clínica, la cual elevó a una escala superior. Su doctrina intenta combinar las concepciones clásicas con las teorías patológicas aparecidas en el siglo XVII. Sus obras, *Institutiones medicae* y *Aphorismi*, fueron traducidas a varios idiomas y alcanzaron gran difusión. Para mayor información véase “Historia de la Medicina. Biografías”. Disponible en: <<http://www.historiadelamedicina.org/boerhaave.html>> (última consulta: 04/05/2016) (N. de la T.).

los prejuicios del vulgo y a hablar de una manera agradable para lograr persuadir a aquellos que los escuchan. Los pacientes, cegados por las nociones recibidas sobre la sangre quemada y los humores desplazados, corruptos o alterados y mezclados, consideran que la visita diaria del médico es indispensable en circunstancias ordinarias de la indisposición. No toman en cuenta que se requieren remedios efectivos día tras día, pues, según su propio conocimiento anticipado del caso, piensan que para su seguridad es necesario que el médico les haga visitas y observaciones regulares, que examine cuidadosamente las diversas excreciones, y de esa manera pueda juzgar adecuadamente el carácter del caso, y preparar al paciente con retardantes, dietas, diluyentes, etc. para tratarse a su debido tiempo, lo que se transmite en la expresión local: “*prepararse para tomar purga*”.

IV. Empacho

Se supone que este famoso alborotador limeño merodea oculto bajo casi toda forma de enfermedad crónica o incurable y significa, según la forma más usual y aceptada de la palabra, una condición saturada y tórpida de los intestinos; pero, en otras ocasiones, la misma palabra se utiliza para expresar el alojamiento casual, en cualquier parte de las vías intestinales, de alguna materia tal como el hollejo de una uva, higo o dátil, lo que produce una inflamación local y fiebre. Por tanto, a la vez, el término *empacho* se refiere a un estado limitado e inactivo de los intestinos; y en otros casos, a una indigestión debida a una sustancia extraña y adherente, lo que frecuentemente da lugar a una condición bastante opuesta de malestar gástrico: la primera es llamada simplemente *empacho*, y la segunda, *empacho pegado* —para cuya cura una cucharada grande o dos de la grasa disuelta de un ave (¡la enjundia de gallina!) es un remedio popular—.

En una gran proporción de casos donde se supone que esa es la causa del malestar, en realidad esto solo tiene lugar y existencia en la mente que lo ha concebido; y en sí misma, la falacia es inocua si se mantiene como una especulación; pero la práctica a la que da lugar es, con frecuencia, dañina y de esto último es de lo que debe ocuparse el médico.

En efecto, sería una tarea inútil para los médicos normales en el Perú disuadir con razones a una doctora limeña de sus divagaciones sobre el tema que considera como la causa que provoca la enfermedad, el cual asume un carácter proteico, y resulta visible a su imaginación en casi todos los tipos de males, que ella, fiel a su idea favorita, ofrece curar a su manera.

Para corregir los efectos negativos de un fárrago de pócimas o de medicamentos inapropiados e inoportunos administrados con la ayuda de la doctora, se llama a menudo al doctor instruido, pero algunas veces ya es muy tarde y los abusos fatales que así surgen en diversas ocasiones, han exigido las reprimendas públicas y severas del más alto tribunal médico del país, pero todo ha sido inútil, al estar la práctica arraigada en el prejuicio y el favor del vulgo.

Tan universal es el crédito de las curanderas limeñas, cuya jefa es la señora Dorotea y es tan general el uso del instrumento llamado *jeringa* (mediante el cual los principales ingredientes de la materia médica de esta *señora* se aplican sin ninguna vacilación), que constituye un artículo esencial y notable de uso doméstico. Y la gran consideración en que se tiene este instrumento, como *sine qua non* para el tratamiento del *empacho*, y casi todas las enfermedades, lo convierte en un tema de conversación sin fin.

Como ejemplo del abuso de la *jeringa* puede mencionarse la práctica común de utilizarla para los malestares que acompañan a la dentición. A veces, la mayor actividad de los intestinos se detiene imprudentemente con astringentes aplicados de tal modo y acto seguido se produce una fatal subida de sangre a la cabeza, pero más a menudo sucede que se adopta la práctica contraria, y se aplican remedios estimulantes, que aumentan el malestar existente, o lo transmutan en una disentería. En tales casos, el médico profesional puede intentar, en vano, convencer a la madre de que el malestar gástrico de su hijo no proviene de la presencia del errante *empacho*. Como ocurre con frecuencia durante el progreso de la dentición, cuando se permite a los niños que coman todo tipo de dulces, frutas y una dieta sin nutrientes o les dejan comer la comida fuerte consumida por los adultos, poco adecuada para los órganos delicados del tierno infante, puede deducirse el *empacho* o la indigestión en muchos casos, como una causa

coexistente de la inflamación y alteración de los intestinos, a las cuales la prole de los blancos está particularmente sujeta. Casos complicados de este tipo exigen una prudente modificación del tratamiento. Sin embargo, estos casos no ocurren tan frecuentemente como otros, independientes de la indigestión, en los que un malestar moderado del intestino lejos de ser dañino, constituye una saludable protección natural contra los dolores de cabeza durante el proceso de dentición. Dicha peculiaridad está relacionada con las creencias religiosas y las costumbres populares del país las cuales ocasionan que el médico local no considere debidamente las enfermedades de la infancia y la niñez temprana. La razón de esto es de carácter devoto: los pequeños inocentes son eximidos de las llamas del Purgatorio, que deben soportar los adultos para la purificación de las almas, y, por tanto, morir constituye una felicidad para el niño.

Hemos oído al médico ofrecer este consuelo a una llorosa madre de las clases superiores de la sociedad. Dulcemente le aseguró que su bello niño pasaría del Purgatorio al Paraíso sin siquiera quemarse un dedo en el tránsito.

En los estratos bajos y medios especialmente, este dogma religioso parece adormecer las emociones naturales del corazón, pues, evidentemente, olvidando que incluso “*Jesús lloró*”, celebran con música y baile la muerte del objeto más querido del afecto de un madre amorosa, que, cuando su hijo es puesto en su nicho en el panteón, engalana su persona, enflaquecida por los anteriores cuidados, desvelos y vigiliass, y ahora en su túnica blanca sonrís, ¡como si fuera de verdad un emblema de amor desgarrado!

V. Sangría sobre el empacho

Sangrar a un paciente afectado con *empacho* es considerado, según el sentido común del vulgo, un error de lo más imperdonable, y este constituye el significado de la expresión: “¡*Sangría sobre el empacho!*” cuando se oye en el aposento del enfermo.

En numerosos casos que entran bajo la denominación común de *empacho*, se supondrá inmediatamente que la extracción de sangre

será una medida necesaria antes de utilizar adecuada o seguramente los purgantes, con miras a expeler del intestino la causa de la inflamación allí alojada que afecta a todo el sistema.

Pero, para evitar la injusta crítica de los miembros poco caritativos de la profesión, que siempre están prestos a sacar ventaja personal de cualquier prejuicio popular que permita humillar el nombre de colegas más respetables que ellos, y también como un medio de adquirir o preservar la confianza del enfermo, el médico prudente no pasará por alto los efectos naturales de cualquier predilección referente a la sangría. Adaptará su práctica a las ideas de aquellos que están más interesados en su tratamiento para ordenar al menos un edema, cuando se crea firmemente que existe el *empacho*, antes de proseguir con el cumplimiento de su deber profesional, y llevar a cabo lo indicado para el caso ordenando la aplicación de la lanceta o la sangradera.

No se pierde tiempo ni ventajas con esas concesiones a la opinión prejuzgada e inflexible de que la sangría es particularmente perjudicial en casos de enfermedad vinculada a una indebida acumulación en el intestino; pero se ha ganado un objeto importantísimo, ya que al coincidir con el enfermo y sus amigos en un punto indiferente de la práctica, admitirán de mejor gana la aplicación de otros remedios necesarios para el bienestar del paciente.

VI. Cosas frías y calientes

Los peruanos dividen todos los artículos de la dieta y los medicamentos, comúnmente en fríos y calientes, o, como lo expresan las palabras que vamos a comentar: “*cosas frías y calientes*”.

Cuando el médico prescribe una dieta o tratamiento particular a un paciente en Lima, debe estar preparado para responder muchas preguntas acerca de las cualidades de las cosas prescritas. Además, los pretendidos enfermeros, las gobernantas o amas zambas, algunas mujeres de los estratos medios y bajos, tales como *mantereras*, *chocolateras*, *tenderas*, *cigarreras*, *picanteras*, *pulperas*, *changaneras* —vendedoras con una jerarquía subordinada de taberneros, etc.— están siempre dispuestos a hablar, con una abrumadora fluidez y volubilidad, sin

conocimiento alguno, sobre cualidades y temperamentos, y despliegan una natural agudeza de capacidad metafísica, de una exquisitez verdaderamente peripatética de discernimiento, cuando en un momento de excitación oratoria, asignan a ciertas mezclas y bebidas medidas y grados ideales de las cualidades elementales. Mujeres hábiles en tales misterios y omniscientes charlatanes repasan las diversas combinaciones de lo frío y lo caliente, lo seco y lo húmedo, y todas las resultantes modificaciones de temperatura y temperamento, con una precisión aparentemente inequívoca, y con una exactitud milimétrica que ningún químico en Europa, con todas las ventajas de la ciencia y el instrumental, podría pretender igualar en sus elaboradas investigaciones sobre las cualidades y elementos de los cuerpos sean vivos o inanimados.

Se supone que los amigos íntimos del paciente conocen su particular temperamento, y la réplica del médico a cualquier pregunta que se le plantee acerca de este tema será considerada, en muchos casos, como una prueba bastante certera de su penetración y conocimiento profesional en otros asuntos con los que ellos no presumen estar tan familiarizados.

En conformidad con tales impresiones predominantes, cuando se ha de seleccionar nodrizas para los hijos de madres delicadas, se prefiere a las mujeres negras, pues se cree que su sangre y su leche son más templadas y refrescantes que los mismos fluidos de las mujeres de raza diferente. La mujer india, por otra parte, es considerada inferior a la negra como nodriza, porque se considera que posee un temperamento y una constitución calientes. Asimismo, muchos piensan que el efecto de la calidad de la leche de la nodriza influirá en el temperamento futuro del infante que mame de su pecho, y a veces se explica el temperamento ardiente de un individuo, aduciendo que cuando niño se le quitó la leche materna dándole vino: *se destetó con vino*.

Se considera el color como indicación del temperamento constitutivo incluso en los animales inferiores. Por ello, cuando uno sufre de fiebre alta o tisis, se le recomienda que vaya al campo y beba leche tibia de una vaca negra, porque se cree que es más refrescante y febrífuga que la leche de las vacas de cualquier otro color.

En el caso de hinchazón reumática de una coyuntura (la rodilla, por ejemplo), o alguna tumefacción de cualquier glándula, se da por

hecho que cualquiera que sea el remedio que se aplique, la venda para la extremidad o parte afectada debe ser de un color medicinal, de lana negra o de algún material de una textura lanosa oscura. En suma, tan lejos llega esta idea general sobre el carácter antiflogístico del negro que pocos nativos discuten su exactitud, ni estamos preparados para decir que no tenga algún fundamento en los hechos y la observación (aunque los extranjeros a menudo se burlan de ella como de un prejuicio pueril), pues los científicos saben muy bien que la libre irradiación del calor está influenciada, en buena medida, por las diferencias de color en las superficies irradiantes de los cuerpos.

Con respecto a los alimentos y bebidas, la división entre frío y caliente no se omite nunca.

Un *traguito*, o copita de Italia, un aguardiente translúcido producido en la costa, es considerado por los ancianos como *fresco*, cuando se toma inmediatamente después de comer, y cuando toman el *traguito* (lo que no hacen diariamente) probablemente facilitan la digestión de la comida grasosa que generalmente comen, y de esta manera merece ser calificado de *fresco*. Pero, aunque en sus fiestas consideran que el vino constituye una bebida buena y sana después de los *helados*, que les agradan sumamente, lo consumen moderadamente en otras ocasiones pues lo consideran demasiado caliente para el consumo habitual. Los nativos consideran que existen frutas que no se pueden consumir después de haber bebido vino ni licores, tal es el caso del *plátano de guinea* (un plátano pequeño): después de comer uno beber un sorbo de licores sería considerado bastante pernicioso. Los extranjeros no parecen seguir esta estricta norma observada por los lugareños ni su incumplimiento —hasta donde sé— ha traído alguna consecuencia grave para aquellos.

Varios tipos de frutas y zumos vegetales, que son considerados refrescantes por sus cualidades, pueden ser muy ardientes en sus efectos, según la condición del sistema cuando se les ingiere. El melón tiene reputación de un carácter refrescante, pero, aunque la impresión que da a nuestros órganos alimentarios es, al principio, de mucha frescura, el arriero que viaja de la cordillera hacia la costa, y ha sido atacado una vez en su vida por una terciana gástrica por refrescar su paladar reseco comiendo melón, puede ofrecer un relato vívido del ardor interior, la

agitación y la opresión experimentada. No hay fruta mejor para refrescarse que la granadilla, que es más agradable y refrescante para el paciente febril o el viajero sediento en las secas y rocosas quebradas y estrechos valles del interior, donde abunda esta fruta, como también en la costa en la temporada apropiada.

La aves se consideran infinitamente *más templadas* en su temperamento que los carneros o las reses, y, además, se estima que su carne también muy sana y templada. De ahí su consumo casi universal, y la prohibición o menos consumo de las otras en la dieta de un enfermo delicado. Cuando recetar sustancia de carne en caso de una enfermedad grave es visto como un acto de ignorancia y apresuramiento, esta distinción se acentúa; pero la sustancia de pollo se considera como el más refrescante de los diluyentes, y la mejor opción para la mayoría de las enfermedades inflamatorias y en el clima más cálido.

El “*agua de pollo*” se prepara, por lo común, en las proporciones de tres tazas de agua por media taza de pollito tierno, a esto se le añade malvaisco y un *cogollo de lechuga*, con esta última se cree que las propiedades refrescantes se fortifican. Después de que se han hervido los ingredientes durante el tiempo apropiado, el claro extracto se cuele para ser consumido. La gran eficacia de este líquido está acreditada por el consenso total de doctores de todos los colores, y de las matronas así como de las enfermeras de todo tipo y temperamento.

El agua pura o *toast-water*⁴ o una tisana de cebada con alguna fruta semiácida del país, sustituirían muy agradablemente el propósito del agua de pollo, pero cuando se prefiere esta última, hay que recordar que en el clima cálido se descompone rápidamente y entonces adquiere propiedades irritantes. Como purgante para el malestar gástrico, los médicos antiguos de Lima alaban el aceite de almendra que a menudo es de calidad inferior; y se esfuerzan por blindar la cabeza de los crédulos frente al uso del mejor aceite de ricino europeo, diciéndoles que

4. Es una receta inglesa que consiste en remojar una tostada en una determinada cantidad de agua por cierto tiempo, el líquido resultante se administra al enfermo. Para mayor información, véase “The Frugal Cook”. Disponible en: <<http://thefrugalcook.blogspot.pe/2008/06/toast-water-new-green-tea.html>> (última consulta: 29/03/2016) (N. de la T.).

se extrae de la *higuerilla* o árbol de ricino que crece por todas partes en los valles cálidos del interior, y se sabe que estas semillas son excesivamente drásticas cuando se ingieren como lo hacen los campesinos, que machacan dos o tres para luego tragarlas todas. Ahora, los boticarios locales preparan un aceite impuro de esas semillas, que se vende en los negocios con el nombre de “aceite de *higuerilla*”, y solo se utiliza para alimentar las lámparas, pues, cuando el vulgo supo que el aceite de ricino era el mismo con otro nombre, consideraron que era esencialmente caliente y demasiado ardiente e inadecuado para ingerirlo. Todo miembro inteligente y sincero de la profesión debería ilustrar al vulgo de que el mal no está en el remedio, sino en la manera de prepararlo y esta observación puede extenderse a los delicados preparados del reino mineral, que adquieren una mala reputación cuando se preparan mal, como es obligadamente el caso en Lima, donde la química se cultiva y se practica poco como ciencia.

VII. Los ácidos son malos para el pecho

El uso de los ácidos vegetales para tratar los malestares biliares que ocurren diariamente es un remedio muy generalizado en Lima; pero para las afecciones del pecho, sea un simple catarro, una neumonía o una tuberculosis, existe una opinión generalmente aceptada y establecida la cual establece que los ácidos de todo tipo son dañinos tal como se puede observar en expresiones como las siguientes: “*Los ácidos son malos para el pecho*”; “*Los ácidos cierran el pecho*”.

Esta opinión parece haberse originado inicialmente a partir de una noción, alguna vez cultivada por los médicos, de que los ácidos coagulan los fluidos animales y así producen obstrucciones y enfermedades. Es patente para nuestros sentidos que los ácidos coagulan rápidamente la leche secretada de la sangre; y por tanto, parecen pensar que un proceso semejante tiene lugar en los fluidos que circulan en el cuerpo cuando se hace que el sistema ingiera ácidos.

No solo el vulgo, sino también algunos profesionales parecen convencidos de que la sangre se espesa o coagula con los ácidos, sean minerales o vegetales, y que, por tanto, la delicada circulación de los

pulmones se ve dificultada, y las vías respiratorias se obstruyen. Esta opinión se puede encontrar en la expresión: “*El enfermo tomó fresco de limón y con el ácido se le ha tupido el pecho*” (el paciente bebió una limonada fría y con el ácido el pecho se le congestionó).

Estamos todos persuadidos de que hay casos, especialmente entre las mujeres delicadas, en que los órganos respiratorios son tan susceptibles que los efectos refrigerantes de las bebidas ácidas frescas en el estómago se expanden rápidamente, por simpatía, del estómago a la superficie del cuerpo y a los pulmones, y se produce un cierto grado de constricción de las vías respiratorias, lo que altera su sana actividad.

Solo de este modo podemos explicar el hecho que tan comúnmente nos indican los pacientes, de que, tan pronto como toman algo fresco y ácido, inmediatamente se ven afectados por una tensión en el pecho y sienten como si realmente hubieran pescado un resfrío. En tales ocasiones su observación habitual es: “*El ácido me ha cerrado el pecho*”.

Cree el vulgo que un achaque complicado, frecuente en Lima durante los meses sofocantes de enero, febrero y marzo, está asentado en el pecho. Se manifiesta con una tos corta y seca, la lengua seca y fiebre nocturna e inquietud que impide el sueño. El paciente se siente deprimido y ansioso, y teme sufrir un inminente ataque de tisis o escupir sangre.

En dichos malestares, puede sospecharse de una cierta irregularidad en las funciones gástricas y hepáticas, y cuando se explica esto al paciente, se puede tratar la enfermedad como alojada en los órganos de la digestión, y los *frescos* o bebidas frías aciduladas con frecuencia obran maravillas. No solo disuelta en agua fría, sino con la adición de hielo, los diversos frutos vegetales ácidos de la temporada dan los mejores resultados. Rompen toda la cadena de síntomas mórbidos y el paciente, así reanimado y refrescado, completa la convalecencia con baños fríos en el mar, y una estancia de pocas semanas en el cercano pueblo de Miraflores, a unas pocas leguas de la capital.

Durante todo el año, pero particularmente durante los meses cálidos, hay gran consumo y no poco abuso de todo tipo de *frescos*, es decir, de bebidas refrescantes y aciduladas, con o sin adición de hielo, y otros ingredientes de carácter muy opuesto como la pimienta y las

especies, los cuales hacen que dicha bebida, que con el hielo es fría para los labios, sea caliente para el estómago.

No hay otras bebidas que el vulgo use de manera tan errónea como los *frescos*. Los más recomendados entre ellos, como el tamarindo y el suero de leche, o el jugo de la manzana y el membrillo, etc. disueltos en agua y endulzados con azúcar, a veces, son consumidos por tanto tiempo con miras a refrescar y purificar la sangre, que finalmente relajan y debilitan el estómago, de lo cual se oyen muchas quejas. También, el agua con hielo o *frescos* acidulados con hielo a menudo se utilizan mal con las enfermedades graves comunes del país mientras los pacientes están sudando, pues, el contener repentinamente una sudoración saludable puede traer consecuencias perniciosas. Y, aunque esto se omite demasiadas veces, es algo bien sabido.

VIII. Ácido sobre la leche es malo

Muchos creen que el estómago no puede recibir ningún ácido antes o después de haber tomado leche pura, incluso si esta se mezcla en alguna comida como parte de la dieta, al menos durante un intervalo de siete horas.

Para ilustrar este hecho, se puede mencionar que una vez fuimos llamados para atender a una dama en Lima que había estado sufriendo unos doce meses y al preguntarle porque había demorado tanto tiempo en curarse, su respuesta fue: “Hace un año, al llegar de Valparaíso, llamé al Dr.---, un médico francés, quien me prescribió una dieta limitada a arroz y leche alternada con limonada. Me sorprendió tanto el extraordinario error de ese caballero al prescribir ese tratamiento, que todo el mundo sabe que es muy perjudicial, no solo para los enfermos, sino para los sanos y fuertes, que resolví entonces dejar mis males en manos de la naturaleza, antes que exponer mi vida a la mayor falta de criterio de un médico menos conocido”.

En este caso el error, por el cual se culpaba al médico francés, consistía en haber pasado por alto la norma popular universal en el Perú, y probablemente no desconocida en Chile de que “*el ácido sobre la leche es malo*”.

Según esta norma de la dietética peruana, se considera poco menos que venenoso poner leche o crema a cualquier tipo de fruta, mermelada o confite de fruta que contenga la menor cantidad de ácido. Y, aquí podemos notar que en sus propios confites, destruyen completamente el agradable y distintivo sabor de la fruta con un exceso de azúcar, del mismo modo que, con muy mal gusto, aniquilan la peculiar fragancia natural de sus más bellas flores salpicándolas con perfumes artificiales importados.

IX. Los olores son malos para las recién paridas

Uno de los hábitos sociales del Perú, a veces acompañado de grandes inconvenientes, es que amigos y visitantes, movidos por sentimientos de amabilidad, se agolpen en las habitaciones del enfermo, cuando no está en un estado aparente para disfrutar de la compañía o la conversación.

Durante su confinamiento, las damas no están lo bastante libres de esta intrusión amistosa ni de la atención vecinal. La única restricción impuesta a los visitantes de una dama en tal ocasión es que no entren en sus aposentos con flores o perfumes, ni se permite a los cuidadores introducir sahumerios humeantes con el incienso encendido, como suele ocurrir en otros momentos. De este modo se reconoce que “*los olores son malos para las recién paridas*”, es decir, que los perfumes son dañinos para las mujeres durante su convalecencia posparto, y lo son, efectivamente, pues se ha observado que ocasionan desmayos, convulsiones y otras secuelas negativas. Estas precauciones son tomadas en cuenta por todos los que visitan a la enferma ya que es habitual que las mujeres de todas las clases se pongan perfumes en la ropa y se adornen la cabeza con flores para sus visitas vespertinas, sobre todo las mulatas y negras de cabello lanoso, pues les encanta adornar sus rizos tiesos con flores de aroma y jazmín.

Muchas veces, las parturientas sufren de una sensación de languidez y cansancio en el estómago, junto con una sensación de desvanecimiento que llaman *fatiga*. En ocasiones normales, cuando las mujeres que no están en dicho estado experimentan esta sensación, es habitual

recurrir a tónicos y odoríferos que contienen lavanda, etc. y también a estimulantes aplicados sobre el vientre, que consisten generalmente en preparados de alcanfor o quizá agua de colonia, y otros remedios que se aplican en los casos corrientes de debilidad y flojedad del estómago; pero en las circunstancias a las que nuestra norma se refiere, ninguna de las aplicaciones de este tipo es admisible.

Cuando hay una sensación de malestar y desvanecimiento, junto con un sentimiento de desolación llamado “*un desconsuelo*” en el epigastrio o *scrobiculus cordis*, en todos los casos se permite aplicar al estómago un remedio popular entre las enfermeras: un poco de tostada caliente o “*la pechuga de gallina salpicada con vino y canela*” (preparada con canela en polvo y remojada en vino). Todos coinciden en que dicho preparado, al que tienen mucha confianza, produce, por lo general, los mejores resultados.

X. Tomar agua fría encima de cólera

El subtítulo indica que beber agua fría inmediatamente después de un ataque de ira, causa achaques, obstrucciones viscerales o enfermedad del hígado. Lamentablemente tales ataques ocurren de manera ordinaria, pues el temperamento de los que los sufren, rara vez, está bajo control adecuado y, como necesaria consecuencia del estado existente en la sociedad, las situaciones que provocan cólera son comunes.

En una ocasión, fuimos consultados por un cura de disposición irritable, y con gustos epicúreos, sobre la esclerosis e hinchazón muy prominente del hígado, lo que después de un tiempo se convirtió en un absceso fatal. Este caballero aseguraba que la causa de su enfermedad había sido el haber bebido agua fría cuando estaba furioso a causa de una pelea que tuvo con su cocinera, una muchacha zamba, que supuestamente había arruinado su salsa preferida.

Esta fue la primera vez que nos consultaron por un achaque originado por beber agua estando con cólera. Pero después, a medida que proseguimos ejerciendo, nos han llamado para consultarnos sobre muchas afirmaciones de este tipo, y con tal evidencia repetida e independiente, nos vemos compelidos a creer que este es, en efecto, una de las causas habituales del desorden hepático predominante en el Perú.

Durante estos ataques de furia parece que el cerebro se exalta mucho, el flujo de sangre aumenta y el hígado que rápidamente simpatiza con el cerebro en nuestros estados mentales de emoción colérica, parece, al mismo tiempo, atiborrado de sangre. En tales circunstancias, pensamos que un trago de agua fría actúa perjudicialmente al crear un frío repentino e inducir, a través del canal de simpatía entre el estómago y el hígado, la contracción de los órganos excretorios biliares, que da lugar a una congestión más permanente y a la consiguiente inflamación, al impedir el alivio natural que debería surgir de un libre flujo de bilis. Que el flujo fácil o la salida libre de la bilis constituye el medio adecuado y natural de alivio en tales casos, todos tienen ocasión de apreciarlo, pues los ataques de ira son tan comunes en Lima, que no se pasa un día sin presenciarlos o saber de sus malas consecuencias, y el efecto más familiar e inmediato es una alteración biliar de los intestinos o indigestión y vómitos posteriores, exactamente como ocurre durante el periodo de perturbación mental sea que el estómago esté o no.

Debemos observar que los helados y el agua con hielo solo son considerados seguros (incluso por el vulgo, que lo bebe diariamente para contener el excesivo flujo de bilis como consecuencia de un ataque de ira o cólera), cuando se toman después de que la violencia de la conmoción ha cesado y luego de que el estómago, si por casualidad estuviera lleno, se ha liberado de su contenido bebiendo agua o de otra forma. Sin embargo, en el clima cálido, cuando la piel está más relajada y la secreción biliar es más abundante y frecuente de lo común, se consumen mucho los helados, y el agua con hielo es la bebida habitual a la hora de las comidas.

Encontramos que existen personas que no experimentan el mínimo enojo ni el menor asomo de furia y, por tanto, no son afectadas afectadas por un movimiento correspondiente en los intestinos. Asimismo, hay otras que al acalorarse en una discusión seria experimentan al día siguiente algún desorden estomacal y la lengua pastosa o blanca. En verdad, es sumamente extraordinario el hecho de que las agitaciones mentales afecten tan fácilmente la delicadeza de los órganos digestivos o la movilidad de sus funciones, y, como la diaria recuperación y el debido sustento de todo el organismo depende del cumplimiento regular y saludable de las funciones digestivas. Por ello

no sorprende que, entre gente de pocos hábitos intelectuales, la espada esté siempre desenvainada, en otras palabras, que las frecuentes agitaciones de la pasión induzcan graves malestares, y fácilmente desgasten el cuerpo en un país donde la simpatía entre la mente y los órganos quilo-poéticos es tan marcada e influyente. De ahí, la aprehensión que los limeños de edad avanzada sienten a la hora del arrepentimiento consciente o al regreso de la reflexión serena tras una culpable concesión a la furia y la rígida abstinencia o dieta suave observada después de que uno ha estado irritado o fuera de sus casillas, hasta que se siente que el pulso vuelve a ser natural, y que los órganos digestivos están bastante recompuestos. Por ello, para mostrar cuánto pueden afectar estos penosos estados mentales la secreción de leche, solo debemos recordar que la limeña antes oír a su hijo llorar todo el día, que perjudicarlo dándole el pecho hasta que su propia agitación se calme tras uno de esos impulsos coléricos que ha sufrido por un error propio o por su mala suerte, pues sabe que en caso contrario se malograría su leche.

XI. Si se puede lavarse con agua fría

En casi todos los casos de enfermedad persistente en ambos sexos es una molestia presenciar la resistencia al aseo que prevalece en la capital. Dicho prejuicio, añadido al terror de afeitarse, es particularmente cultivado por aquellos que han sido criados de forma delicada, entre los cuales se oye al sector masculino preguntar con frecuencia: “¿Se puede lavarse con agua fría y afeitarse?”

Los limeños gustan de los baños de temporada y de los placeres que los balnearios ofrecen durante tres meses al año. Chorrillos, a tres leguas al sur de Lima, es el balneario favorito, muy frecuentado durante los sofocantes meses de verano por grupos de jugadores, y personas de categoría y estilo de la ciudad. Es solo una pequeña aldea de pescadores, construida de caña y barro. Los propietarios indios de los toldos y de las casas pulcramente construidas o *ranchos* los alquilan a los bañistas a un alto precio durante la estación de baños y algunas personas, que las arriendan por un periodo de años o construyen otras casas veraniegas sencillas que adaptan con muy buen gusto, pasan allí

los meses de verano en medio de la alegría y el jolgorio. Chorrillos está protegido de los ráfagas de suroeste por un elevado promontorio llamado Morro Solar, que se eleva como una gigantesca *huaca* que domina los numerosos monumentos, o templos paganos de este nombre, que están salpicados sobre la llanura naturalmente fértil, pero ahora, en gran medida, baldía y desolada, que se extiende desde Lima hasta Chorrillos.

Durante los meses fríos, húmedos y nublados en Lima, Chorrillos disfruta de un claro cielo y un aire agradable. Los alisios cargados con nubes pesadas agotan su fuerza en el agradable Morro Solar (sobre el que estalló la única tormenta de truenos presenciada por los limeños de que hay memoria entre los que ahora viven) y se dividen en dos corrientes, una que va en dirección de la aldea de Miraflores y la otra a la hacienda de San Juan, dejando Chorrillos claro y sereno entre ambos. Así protegida, la aldea de Chorrillos no siente las frías neblinas de invierno, y es el gran hospital de convalecencia para los afebrados, asmáticos, disentéricos, reumáticos y demás tipos de inválidos de la capital durante la estación brumosa, en que el tintineo de los pesos y el ruido de los dados no perturban más el reposo de los enfermos.

Esta práctica salutífera de baños en el mar estaba en tiempos antiguos limitada a aquellos afectados por enfermedades cutáneas, pero en los últimos cuarenta o cincuenta años, nos dicen, el baño de mar se prefiere a los baños de río o a los baños fríos cerca de la antigua alameda y la fuente de Piedra Lisa. Las mujeres son generalmente limpias en su persona, pero pese a la natural pulcritud de su sexo, ellas, al igual que los hombres enfermos y barbados, parecen tener mucho miedo de una ablución durante la fiebre alta y otras enfermedades del tórax que las afectan muchas veces.

Del indio de la sierra no es necesario hablar a renglón seguido de su hermano de la capital o del indio costeño, cuya ocupación común en la pesca o en la tarea más delicada de conducir con seguridad a las damas sobre las olas durante la temporada de baños, especialmente en Chorrillos, necesariamente lo lleva al aseo. Pero los indios serranos quizá nunca en todo el curso de su vida se bañan completamente, y su piel (al menos en los valles cálidos) está cubierta habitualmente de una

gruesa capa de materia sudorífica y suciedad externa, que no es fácil de eliminar.

En muchos casos de grave enfermedad, el baño caliente es, para los nativos de la costa, un remedio preferido y muy apreciado, que rara vez se descuida; pero su aplicación generalmente se prohíbe para afecciones del pecho.

Se verá inmediatamente que los organismos de aquellos que huyen de las sensaciones del aire frío y el clima nublado, a las cuales no pueden escapar totalmente por mucho cuidado que pongan, fácilmente se vuelven más sensibles en proporción a su propio engreimiento, y más susceptibles a los catarros, de aquellos que al exponerse más libremente, preparan su constitución para una mayor resistencia.

Como evidencian los malos resultados que surgen del vano empeño de evitar el impacto de las causas físicas comunes a las que durante la vida, todos deben estar ocasionalmente expuestos, notaremos la peculiar debilidad del limeño criado delicadamente. Dicho limeño puede arriesgarse a sufrir de una afección espasmódica en un lado de la boca, o de frío en la cabeza cuando aún debilitado por su mala salud, o por una indisposición ligera que lo confina unos días a sus aposentos, se afeita y se lava la cara con agua fría. De este modo, la inflamación así inducida en las fosas nasales y el paladar pronto se extiende por las membranas mucosas, y a través del conducto respiratorio pasa a la cavidad pulmonar, y aquí es difícil prever qué desastres se pueden producir.

Por tanto, no cabe sorprenderse al oír la reiterada pregunta de los convalecientes formulada con estas palabras: “¿No me hará daño lavarme y afeitarme?”. Ni podemos permitirnos sonreír a su costa, cuando los vemos que gradualmente se aventuran a dar los primeros pasos de una ablución, frotándose las manos y la cara con un paño humedecido en agua tibia mezclada con aguardiente, u otros licores comunes del país.

XII. Morir en regla

Esta expresión que se refiere a morir según la norma es la que los buenos católicos se empeñan más en aplicar a sí mismos y a sus amigos,

y la costumbre a que se refiere es considerada de suma importancia desde un punto de vista religioso y profesional.

Cuando un médico visita a un paciente y lo encuentra en un estado dudoso o crítico, nunca debe omitir advertir al paciente o a sus amigos de la verdadera situación, con miras a posibilitarles convocar una junta médica y dar tiempo para las disposiciones testamentarias y la confesión espiritual. El descuido de esta prudente medida significaría, en el caso de que la enfermedad tuviera un desenlace fatal, una gran falta del médico. Por ello, el galeno solo procede correctamente cuando le notifica al paciente su verdadera situación, independientemente de si los interesados en tal comunicación optan por actuar según su consejo o no. Así, cuando el paciente, ya confesado y sacramentado, fallece con el beneficio de una consulta o debidamente asistido por una junta médica, se ha cumplido con lo que se llama “*morir en regla*”.

Las grandes juntas médicas en Lima —consultas donde se encuentran juntos más de cuatro o cinco doctores— son ocasiones notables para el despliegue oratorio. Con frecuencia, la discusión más encendida se refiere a la dosis, la composición o el efecto medicinal de algún remedio ordinario; y toda la erudición, el método y la crítica, a veces evidente en estos solemnes debates, termina a menudo con la práctica más sencilla, según la cual se ordena al enfermero recurrir a la *jeringa* y se recomienda al paciente que tome “*agua de pollo*”, hasta que vuelva a reunirse la junta. En tiempos antiguos, tales consultas se convocaban más de lo necesario, porque una gran junta era una especie de exhibición ostentosa con la que aquellos que podían permitirse citar a un grupo de doctores deseaban imitar a los importantes y acaudalados.

Una muestra en pequeña escala de ese capricho de la moda es conocida por los limeños a través de una famosa historia local que involucra a dos médicos. Dichos galenos, durante un mes o más, se encontraron diariamente en la casa de una familia de la ciudad a la que acudieron para realizar una consulta. Cada día, mientras se retiraban a la presunta intimidad de un consultorio, uno, aclarándose la garganta, le preguntaba al otro: “¿Come el enfermo hoy?”, a lo cual el segundo doctor respondía: “¿Cómo no? Sí, comerá”. Así, una y otra vez, comenzaba y terminaba la consulta en lo referente, al menos, a los temas de conversación concernientes al paciente, mientras los viejos buenos

doctores se alargaban un lapso regular de tiempo antes de volver a ver al paciente o a sus enfermeros, para anunciar serenamente el resultado bien madurado de su conferencia. Un hombre con *sentido común*, acostumbrado a escuchar tras bambalinas, interrumpió esa consulta y los despidió pagándole a cada uno sus honorarios habituales y les dijo a ambos cuán feliz era de descubrir que ahora él sabía tanto como ellos pues podía repetir tan bien como cualquiera: “¿Come el enfermo hoy?”, “¿Cómo no? Sí, comerá”.

Una junta médica en Lima, comúnmente, día a día, comienza en la mañana y continúa en la tarde, hasta que se declara al paciente fuera de peligro. Cuando la junta se interrumpe después de cada sesión, el presidente de ella o uno de los médicos suele decir, mientras se levanta de su asiento: “*Vamos a consolar al enfermo*”, y entonces todos los doctores presentes vuelven al aposento del enfermo para aliviarlo y consolarlo, y después de esto uno de ellos se adelanta “*a dar el régimen*” en que se han puesto de acuerdo durante la sesión, y que uno o más enfermeros están atentos a escuchar de boca del médico. Después de que se considera que la formalidad de una junta ya no es necesaria, ocurre a menudo que por voluntad del paciente o de sus parientes, dos o más de sus consejeros médicos vuelven a horas diferentes, pero por acuerdo de ambos, durante varios días, para dar más seguridad al paciente o satisfacción a la familia.

Después de todo el cuidado posible prestado por los doctores, muchas veces ocurre que cuando el paciente se recupera, San Antonio, o cualquier otro santo cuyo nombre lleva el paciente, obtiene todo el crédito de la curación. No obstante, si el caso no mejora, entonces todo el mal se atribuye a la acción humana.

En Lima, como en otras partes, se admite con bastante rapidez en términos generales que todos debemos morir, pero al considerar esta proposición cuando la muerte ataca a alguien en particular, inmediatamente surgen dificultades, porque los amigos que sobreviven están dispuestos a dar muchas razones que evitarían el deceso del fallecido, si este o aquel médico hubieran comprendido correctamente la enfermedad. Por ello se dice que solo en las juntas bien normadas y en los hospitales públicos, las personas de Lima llegan al fin último por medios naturales y justos. Sobre este tema oímos decir a un sagaz limeño:

Si un jugador pierde en los gallos, no atribuye el fracaso a ninguna falla del gallo, sino a alguna trampa que le han hecho; si un caballo pierde la carrera, el propietario nunca reconoce que la causa del fracaso esté en el animal, y de seguro cuando sabemos que en esas ocasiones relativamente triviales los hombres hablan y piensan así, no les resulta sino natural que en un asunto de tanta importancia e interés como la vida misma, no creer nunca que un amigo o pariente deje de existir por alguna falla propia, sino más bien que su muerte debe ser atribuida, como vemos que lo es, aunque a menudo injustamente, a la ignorancia ciega y vacilante de los médicos o a su imperdonable negligencia e indiferencia.

Una consecuencia ordinaria de este modo de pensar es que por un único caso fatal de práctica médica, se omiten todos los éxitos anteriores, al menos durante un tiempo. Por ello, a menudo se reemplazará a un médico por otro en aquellas familias donde la muerte es una visitante frecuente.

Rara vez encontramos en las familias esa timidez o reserva en divulgar los malestares corporales que los pueda hacer reluctantes a cambiar de médico, y ningún médico, aunque esté especialmente a cargo de un paciente, puede estar seguro de que otros miembros de la profesión no interfieran en consultas secretas con su tratamiento particular. Esta funesta costumbre genera celos profesionales y desconfianza mutua. Creemos que muchas familias la aceptan por motivos de consideración hacia el doctor que *ostensiblemente* está a cargo, cuyo amor propio procuran no afectar con esta práctica clandestina, cuando piensan que una manera más abierta de proceder resultaría antipática a sus sentimientos. Sin embargo, existe otra razón muy obvia que influye en este sistema furtivo de visitar a los enfermos, y es que por este medio se puede conseguir la opinión de varios médicos con un gasto comparativamente reducido. Si solo se convocara a dos individuos a la cabecera del paciente a una hora fijada para consultar su caso, la reunión sería una junta *bona fide*, y cada uno tendría derecho a sus cuatro pesos o cuatro pesos y medio, mientras que las visitas individuales costarían cada una un peso, y tales visitas separadas, en muchos casos, no serían costeadas por el enfermo, sino por los amigos a cuya solicitud se hace la consulta. Aquí entonces hay una gran

economía: se pueden obtener ocho opiniones (y si el paciente es pobre, se supone que pagará solo medio peso por la visita: *dieciséis opiniones*) por el precio normal de dos cuando se dan en consulta; y la costumbre, así como la razón y la prudencia, requieren que se deba considerar varias opiniones en caso de dificultades y peligro.

Debido al grado considerable de la pobreza comparativa de los tiempos actuales, las juntas no son en absoluto tan frecuentes como antes, pero todavía es un dicho normal en ocasiones graves en que la atención de más de un consejero médico se considera necesaria: “*Más se ve con cuatro ojos que con dos*”. Al multiplicarse la destreza según esta norma, puede reunirse un elenco de ojos en una junta que examine la misteriosa enfermedad del paciente con el fin de señalar la causa y el remedio, o, si no hubiera alternativa, permitirle morir en regla.

Capítulo V

LA SITUACIÓN DE LA POBLACIÓN ESCLAVA Y SU INFLUENCIA EN LA ECONOMÍA FAMILIAR DOMÉSTICA Y EN LOS SENTIMIENTOS MORALES DE LA RAZA EUROPEA

TAL ES LA INFLUENCIA QUE LOS ESCLAVOS DOMÉSTICOS ejercen sobre los sentimientos y la comodidad de las familias particulares, que sería imposible dar una imagen exacta de la situación de la sociedad en Lima sin considerar someramente la condición de la población esclava en el Perú.

El artículo 152.º de la Constitución Política de la República del Perú [de 1828] establece que nadie nace esclavo en la República y que todo esclavo que entre de otros países es libre apenas toque el suelo peruano. Si un peruano es hallado culpable de importar esclavos a la República con el fin de practicar la trata, la constitución dicta que este debe perder sus derechos de ciudadanía. Pero la trata interna de esclavos continúa, aunque se limita a la compraventa de los esclavos que ya habitaban en el país antes de que comenzara la guerra de la independencia o los nacidos como tales antes de 1820, cuando el Perú dejó de ser el patrimonio reconocido de los españoles. Con respecto a la mera apariencia de los negros nacidos en el Perú de padres africanos, se observa que son influidos por los efectos decolorantes, que como es sabido, el clima de la costa peruana produce en los rubicundos hijos de nuestro clima septentrional que residen por cierto tiempo en Lima. El negro nativo, por tanto, es de color más claro, y posee rasgos más

finos, expresivos y regulares que los lacerados y negrísimos *bozales* o negros nacidos en el África, sobre cuyo pecho y semblante se ven habitualmente profundas y horribles cicatrices que evidencian, a la vez, su bárbaro origen y su carácter importado.

Según reconocen los propios lugareños, la ordenada disciplina del *galpón* o barracón de esclavos parece haber acreditado la humanidad de los amos en los días del dominio español, una época en que se dice los esclavos compartían la felicidad de sus amos. Tratados de modo tolerante y con el disfrute abundante de gratificaciones animales, se sentían felices y olvidaban que no eran libres.

Los legisladores patriotas han establecido que es ilegal que un amo administre *azotes* a un esclavo como castigo. El modo ordinario de castigo en la capital es enviar al culpable para su corrección a una panadería donde su trabajo aumenta o disminuye según su comportamiento en dichos espacios. En las familias más antiguas, que han preservado una fortuna suficiente que les permita mantener cierta servidumbre, encontramos un número de servidores esclavos cuyos progenitores sirvieron a la misma familia notable durante largos años, y así han desarrollado un apego mutuo, que los hace verse el uno al otro con ese tipo de interés que observamos entre los amos y los sirvientes antiguos de la casa. No es raro que un amo en su lecho de muerte premie la fidelidad de un esclavo leal concediéndole la libertad, y hemos presenciado algunos casos de gratitud muy conmovedores de mujeres blancas educadas con sus esclavas, o, podríamos decir, amigas devotas, en cuyos servicios y pronta atención han puesto su confianza con frecuencia en la hora de enfermedad o adversidad. Estos recuerdos están asociados, en nuestra mente, con aquellos rasgos amables de la naturaleza humana que unen a la gran familia de la humanidad, pero debe subrayarse que de tales ejemplos que acreditan al carácter de los individuos particularmente, nada puede sostenerse en favor de la esclavitud la cual es injusta y no cristiana.

Desde que los triunfos del patriotismo exaltaron, primero, las esperanzas del pueblo, y desde que los mismos esclavos, intoxicados de aguardiente o de momentáneo entusiasmo, se unieron con alta voz a los cantos de alabanza a la libertad, numerosas familias se han hundido en una creciente pobreza. Por ello, individuos que pueden preciarse

de la limpieza de su origen, o que, según el dicho local, consideran un privilegio poco común decir que son vizcaínos *por los cuatro costados*, ahora se encuentran reducidos a prestar en alquiler a sus viejos esclavos domésticos para sustentarse. Dichos esclavos están obligados a pagar diariamente una cierta moderada porción de sus ganancias o jornal a sus amos. En Lima, un esclavo alquilado paga a su amo un real (seis peniques) de su jornal o ganancia diaria; y las esclavas, al ser alquiladas como nodrizas, generalmente reciben quince pesos al mes, de los cuales pagan cuatro pesos a sus amos legales, y se quedan con el resto; otras también se emplean como cocineras, lavanderas, etc.

A los pocos esclavos agrícolas que aún quedan en el campo se les ha asignado una tarea, tan ligera y fácil, al menos hasta donde hemos tenido oportunidad de ver, que es cumplida rápidamente; y cualquier trabajo adicional que alguno de ellos realice además de su tarea diaria, se le paga como si fuera un hombre libre. Si, en efecto, el esclavo valorara su libertad personal, podría asegurársela por medios justos y al coste de una moderada industria. Unos pocos de los más ambiciosos de esta clase han aprovechado, efectivamente, una oportunidad tan buena para lograr su propia emancipación; pero, en general, la población esclava en el Perú no parece interesada en cambiar sus circunstancias ni son muy conscientes de lo abyecto de su situación. Saben bien que disfrutan de un grado de libertad que consideran suficiente, y que, a veces, gustan ejercer para su propia conveniencia. Por ejemplo, si uno tiene de ayudante a un esclavo, es probable que, cuando menos se espera, le diga que desea, y exija como un derecho el ser vendido o transferido a un comprador de su propia elección, y si uno ha de estar tranquilo, lo mejor es librarse de dicho esclavo rápidamente pues hasta que no lo consiga nada bueno saldrá de él. Si el sirviente no es un esclavo, sino una persona oscura de origen africano, está tan acostumbrado a engreírse que debe tener diariamente unas horas de ocio, lo quiera o no su amo; y, si se le encuentra en falta por ello, replica con la expresión habitual: “¿quién quiere matarse con trabajar?”.

También aquellos que reciben el servicio de un indio (nominalmente libre, aunque virtualmente un esclavo, que trabaja por su mero sustento y una propina insignificante), criado desde la infancia en sus casas y para su servicio particular —algo muy común— a la larga se

quedan plantados pues, por lo general, cuando surge una buena oportunidad, el *serrano* (sea hombre o mujer) se marcha a Huamanga, Huamantanga o algún lugar de la sierra. La niña india criada en una familia particular, generalmente, es muy útil hasta que llega a cumplir doce o quince años, entonces busca una pareja con quien pueda irse a la sierra y ser feliz en una choza humosa y en un jergón de pellejo de llama y el joven indio listo y rápido, con cabeza para pensar y manos para actuar, tan pronto detecta un servicio o un oficio mejor, planea y aguarda la oportunidad para escapar a su provincia (“¡mi tierra!”) y, tarde o temprano, realiza su meta. Sin embargo, pese a esta disposición a desertar, cuando el indio se adscribe personalmente a su empleador, lo que no ocurre a menudo, su fidelidad y constancia no tienen límite.

Las molestias que tan frecuentemente causan los indios a sus amos españoles o de raza blanca (que por lo general esperan más de este grupo oprimido de ciudadanos de lo que realmente se preocupan en pagarles), ha dado origen a una queja proverbial contra las tribus indígenas: “*Mal con ellos, peor sin ellos*”.

En Lima, las damas o mujeres de sangre española suelen convertirse en madres siendo muy jóvenes, y pensamos que, principalmente, por este motivo se ven incapaces de amamantar sin dificultades; y, si insisten en intentarlo más allá de lo que su constitución les permite, se les advierte perentoriamente que dejen de hacerlo debido a la presencia de síntomas que amenazan con un debilitamiento o una tuberculosis.

De este modo, la mayoría de damas limeñas se encuentran en la necesidad de emplear nodrizas negras y pardas, que son, en su mayoría, esclavas, compradas para amas de leche o alquiladas con este fin.

La piel del negro parece ser más fresca que la del indio o del blanco, y, por ello, se cree que la leche de la negra es más refrescante que la de la india, quien, a pesar de ser vista como una persona saludable y correcta, nunca es considerada apta para ama de leche, cuando se puede encontrar una negra que realice tal función.

Lamentablemente, esta predilección por las negras y por las mujeres de piel oscura expone, frecuentemente, al hijo de la madre blanca a una serie de males tales como una nutrición deficiente, la contaminación de la sangre y el permanente daño de su constitución; dichos males se originan debido a las características peculiares y al carácter

de las amas de leche. Por ello, un niño que ha tenido varias amas de leche puede adquirir las taras o defectos de cada una. Cuando el joven señor, alimentado en el mismo regazo de la esclavitud, comienza a asistir a la escuela, va y viene de ella en compañía de un esclavo; y la joven señorita o *niña*, que sale a educarse, al ir y venir de la casa de sus padres, va acompañada por una especie de *dueña* o *zamba* veterana. Con la acostumbrada excusa de que los males de la vida vienen bastante pronto, los niños de sangre noble, especialmente los que son *rubios* o de piel clara, se les permite todo tipo de *gusto*, y en la mañana, antes de salir para la escuela, usualmente reciben un real o medio (seis o tres peniques), como dinero de bolsillo o como un soborno para que obedezcan y se sometan a la enseñanza. De este modo pronto adquieren hábitos caros que los hacen actuar, apenas siendo niños, correcta y apropiadamente por motivos pecuniarios antes que por un encomiable sentido del deber.

Al observar los efectos de una unión social estrecha, desde la infancia, entre los niños blancos y sus compañeros esclavos, los que rara vez están dotados de vergüenza o modestia, podemos afirmar que, sin querer hacer insinuaciones contra la capacidad natural para el mejoramiento moral e intelectual observable en todas las razas de la humanidad, o querer, en modo alguno, despreciar el mérito de individuos de origen africano o esclavo, puro o mezclado, incluso los espíritus de una inclinación naturalmente afable y delicada cuando son llevados a adaptarse a los sentimientos y propensiones de la porción más degradada de nuestra especie, sufren un deterioro por grados, y tienden a participar de las cualidades de una naturaleza más baja, con la que, inevitablemente, amalgaman la suya. Determinar con precisión el punto medio apropiado de intimidad doméstica permisible entre amos y esclavos puede ser un asunto delicado. Dicha relación puede mejorar la condición del esclavo y despertar su inteligencia y, a la vez, tiende a rebajar la fibra de la moralidad en aquella sociedad en la que se tolera la esclavitud. De este modo, sin duda, se rebaja el nivel de moralidad, y pensamos que ello se debe a esta amalgama de actitudes en la que era raro encontrar un verdadero villano, incluso entre las oscuras tribus de la voluptuosa capital del Perú. En los últimos años, los asesinatos se han vuelto bastante frecuentes y casi siempre han sido perpetrados con

impunidad; sin embargo, existen indicios que indican que los agentes implicados en tales atroces crímenes, en muchos casos, son descastados y fugitivos de los países vecinos. Dinero, no sangre, es lo que buscan los vagabundos negros nativos más peligrosos de la costa, y aquel que no ofrece resistencia al ladrón, sino, que en vez de armas, lleva unos cuantos pesos o un par de doblones para su rescate, puede nueve de cada diez veces escapar con entera seguridad personal de entre los más criminales maleantes y temidos asaltantes de caminos, que generalmente no son más que esclavos fugados.

Capítulo VI

LA SITUACIÓN DE LOS LIMEÑOS BAJO LOS ESPAÑOLES Y LOS PATRIOTAS. LOS COLONIZADORES ESPAÑOLES. EL ESTILO DE LA CONVERSACIÓN. LAS MEJORAS EN LA EDUCACIÓN FEMENINA. LAS SIRVIENTAS ZAMBAS. LA OMNIPOTENCIA DE LAS DAMAS A LOS QUINCE AÑOS. EL ESPÍRITU DE CUERPO DE LAS MUJERES. EL TEMPERAMENTO TOLERANTE DE LA OPINIÓN PÚBLICA. LA DEFECTUOSA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA. LA PRERROGATIVA LLAMADA EMPEÑO. PADRINOS Y MADRINAS. LAS FIESTAS DEL DÍA DEL SANTO. FLORES Y PERFUMES. LAS LIMEÑAS SOBRESALEN EN EL CUIDADO DE LOS ENFERMOS. EL CARÁCTER GENERAL DE LAS MUJERES DE RAZA BLANCA Y LAS DE COLOR. LOS JÓVENES DE RAZA EUROPEA. POCOS HOMBRES DE HÁBITOS INTELECTUALES. EL PASEO DE AMANCAES, EJEMPLO DEL SENTIMIENTO Y EL CARÁCTER NACIONALES. EL *PILLO* Y EL *PILLO FINO*. EL DINERO COMO SUCEDÁNEO DE LA MORALIDAD. LA RELAJACIÓN GENERAL AUNQUE NO UNIVERSAL DE LA MORALIDAD

EN LIMA, LAS PERSONAS DE EDAD BASTANTE AVANZADA nunca dejan de reconocer, y a menudo disfrutan al contarnos, que antes de la gran revolución, y durante el tranquilo periodo de sus primeros recuerdos personales, sus conciudadanos y compatriotas eran, en general, justos y rectos en sus asuntos cotidianos y que el buen humor, la felicidad y la alegría de vivir eran inseparables de sus reuniones públicas y diversiones sociales.

Sin embargo, podemos apreciar que este espíritu firme y amigable, que, en efecto, parece haberse difundido, de modo bastante general, en la época de la dinastía española emanaba de las muchas cualidades estimables y corteses de aquellos europeos más ilustrados, por cuya capacidad superior y autoridad se sostuvo tan largo tiempo, tranquilamente, el orden de la sociedad entonces existente en esta y

otras partes del Nuevo Mundo. No obstante, el antiguo orden de cosas era defectuoso en muchos aspectos. Comprendía una indulgencia descontrolada hacia el disfrute de los sentidos, aunque la memoria de muchos patriotas desengañados gusta de recrearse con ello como con la florida retrospectiva de sus días más felices. Pero Lima ya no es más un jardín de rosas ni una enramada de recreo. Un día, al conversar sobre el cambio negativo que la revolución había generado en el sistema social de su país, un anciano venerable precisó: “Antes había un corazón que sentía y una mano que daba, pero ahora nos han dejado sin amistad ni compasión; uno no encuentra a nadie en quien confiar; y los hombres sin considerar ni el derecho ni la justicia, se cierran con el puño invencible con que la mona sujeta a su cría contra su pecho”.

Un amor ilimitado al despliegue superficial absorbe la mente de las personas de manera tan completa que ha superado, en gran medida, a la benevolencia activa y al excelente trato honorable de hombre a hombre; y debemos confesar que los criollos inexpertos, aún librados a sí mismos, en la conducción de sus propios asuntos muestran una discreción política limitada y una desvaída virtud pública.

Sin embargo, en conjunto, los peruanos, a cuyos diversos defectos debe hacerse muchas concesiones, tienen en grado eminente las cualidades redentoras de modales suaves y atractivos, y un carácter fácil y simpático. Estas agradables características, no tan frecuentemente asociadas a una viril franqueza de opinión, como sería de desear, a veces sirven en los actuales malos tiempos, como manto presto para eludir a aquellos deseosos de engañar.

Si estas personas aisladas, acostumbradas durante demasiado tiempo a la servidumbre y a la facilidad de la época de la fastuosa dinastía de sus amos europeos, fueran una vez inducidos —que, fácilmente podrían serlo bajo una buena conducción— a hacer de la honestidad y la laboriosidad virtudes más prevalecientes de lo que lo son ahora entre el grueso de la población, entonces podrían comprender más ampliamente lo que han logrado, las ventajas de esa inestable libertad que se enorgullecen de poseer con sentimientos de perdonable exultación.

Y con esa enmienda de sus rasgos morales, su país tan ricamente variado, con todas sus ventajas naturales y recursos mejorables, pronto

podría transformarse en un elíseo terrenal. Pero el germen de la verdadera libertad política se debe cultivar mejor y debe ser protegido por un gobierno firme, desinteresado y patriótico, antes de hacer que el suelo manifieste su latente abundancia, o que se desarrollen libremente las nobles virtudes en las mentes y corazones de una población heterogénea sin instrucción y recientemente independiente.

Como hemos dicho antes, la casta común de españoles provenientes de la vieja España, que se establecieron y formaron familias en el Perú, parecen haber sido hombres de estricta integridad comercial, que rara vez requerían obligaciones escritas o el reconocimiento de las transacciones pecuniarias contraídas; se dice que eran amistosos y caritativos, siempre dispuestos a ayudar a un pobre aventurero del viejo país, o a un amigo necesitado en el momento en que se presentara.

Las casas de los adinerados bullían de sirvientes ociosos y risueños holgazanes, cuya tosca alegría indicaba contento y abundancia, y el mendigo que se sentaba en el patio trasero o en el corredor cuyas paredes están todavía bellamente pintadas de flores y paisajes, a disfrutar de la frescura de la fuente artificial, o que reposaba en los bancos del zaguán, riendo con los alegres compañeros que lo rodeaban, no sentía las miserias del pauperismo, pues dondequiera que un mendigo limeño se sentara, allí era feliz y participaba gozosamente de las abundantes sobras de la mesa del rico, que eran liberalmente otorgadas a los pobres.

Pero, hablando en términos generales, la delicadeza de sentimientos o el refinamiento de la educación no eran propios de los colonos españoles y, aunque adquirirían riquezas con su moderada laboriosidad, levantaban costosos edificios y templos, dotaban conventos y monasterios, pagaban innumerables misas, acogían al pobre y llenaban la copa del bienvenido huésped hasta rebosar en un país de leche y miel, su *summum bonum* parece haber sido algo así como lo que el paraíso depara a un buen musulmán.

Según los nativos del país, el español que solía llegar a sus playas como aventurero y se incorporaba rápidamente a su círculo doméstico, rara vez era un tipo educado o intelectual; por lo general, era un hombre íntegro y de cierta laboriosidad, o para usar sus propias palabras: “*brusco, pero recto y trabajador*”. Asimismo, las mujeres, quienes,

en la mayoría de los casos, emiten acertados juicios, continúan aseverando que el español es “*un buen marido y buen padre de familia*”. Sin embargo, hay que tener presente que, para las féminas que habitan las costas del Pacífico, la virtud austera y la severa abnegación no son cosas esperadas ni requeridas de un esposo.

Aquellos extranjeros educados que frecuentan las reuniones y tertulias de la buena sociedad limeña —a la que consideramos como la mejor medida del refinamiento en este país— han tenido ocasión de lamentar que las mujeres de los modales más elegantes, con un porte de damas y de carácter intachable, por una inconsciente licencia al hablar, que no deja de resultar imperfecta en opinión de aquellos a quienes el prolongado hábito no ha familiarizado con ese estilo, se vean privadas de no poco de la ilusión externa que producen sus encantos, y parecen perder mucho de la valoración atribuida a su sexo.

Tenemos el placer de aportar nuestro testimonio sobre los grandes esfuerzos y gastos que ahora afrontan las madres para educar a sus hijas; e indiscutiblemente la generación nueva está a punto de entrar en la vida activa con muchas ventajas educativas. Pero, a pesar de que estas damas jóvenes poseen grandes ventajas sobre sus predecesoras en el conocimiento de francés, geografía, música, algo de dibujo y un estilo más casto de baile, aún sentimos la ausencia de una educación doméstica más humilde y útil; y pensamos que, si no nos equivocamos, este grave defecto no se remedia con profesores caros ni con la rutina de una escuela interna, sino con el buen ejemplo en el hogar. Para mejorar la educación doméstica de la parte femenina de la comunidad, sería necesario separar a las señoritas, tanto como sea posible, de la asistencia de las viejas *zambas* favoritas, quienes —según se puede suponer por muchas razones— les enseñan desde tierna edad a husmear en las debilidades personales de sus mayores, y excitan en sus mentes rápidas y perspicaces un grado de atención y curiosidad que, cuando son indiscretamente provocadas, rara vez dejan de torcer su inclinación hacia vicios que, en algunos casos, se pueden considerar hereditarios; y así abren la puerta a una serie de indulgencias que, a la larga, resultan la cruz de su mal buscada felicidad, así como la ruina de muchas caras esperanzas del padre amoroso, puestas muy ciegamente en una hija dejada bajo la diaria tutela de domésticos intrigantes.

Las damas de corta edad y mucho antes de ser casaderas, aprenden a anticipar su propia omnipotencia al cumplir los quince años, edad que las niñas de siete u ocho años anhelan pues consideran que en dicha época llegará su perfecta felicidad, ya que como dicen los españoles: “*No hay fea de quince*”.

Hay también entre estas mujeres talentosas, cuya superioridad como conjunto sobre sus propios compatriotas se admite siempre, un gran *esprit de corps*, de modo que la más pecadora nunca carece de una voz amable que defienda su causa, y palie cuando no puede exculpar, los errores de una hermana.

Este tolerante sistema pasa por todas las clases y rangos; sin embargo, su influencia requiere mayor atención en los círculos superiores. Nadie se atreve a lanzar la primera piedra contra el infortunado, y allí surge imperceptiblemente una gradación de vicios y virtudes, que se superponen unos a otros hasta constituir un conjunto social, en el que una caridad rebotante ampara todos los diferentes grados de desviación moral. El placer y el vicio están estrechamente unidos, y lamentablemente el que toma los hábitos de clérigo y lleva la tonsura no mantiene siempre su persona ajena a las voluptuosas diversiones que lo rodean, y el ejemplo del hombre que rige la conciencia del pueblo —que les otorga la absolución y concede las indulgencias—¹ será imitado de modo natural: de ahí la tolerancia de la opinión pública en lo que se refiere al carácter individual y privado en el Perú.

En Lima, aquellos cuyos negocios los obligan a frecuentar los tribunales se quejan de la administración lenta y parcial de la justicia pues la turbulenta independencia de los malos y alborotados, sin el control de una policía activa y confiable, crece cada día y plantea un desafío. A diario se ve que la impunidad, la influencia monetaria mal adquirida, y las intrigas de los falsos hipócritas y jactanciosos, adoptan la insignia bordada de ¡un benemérito de la patria! —un honor que solo pertenece en justicia a ese personaje raro: el patriota genuino, que sabe sacrificar su propia conveniencia al bien público—. A menudo se deja a los jueces sin medios pecuniarios congruentes con su

1. Véase el apéndice Jubileo eclesiástico.

honorable estado, porque sus sueldos no son pagados puntualmente por el gobierno; y, si en estas circunstancias, la balanza de la justicia se desequilibra, la responsabilidad no debe ponerse toda a cuenta de esos funcionarios que han sido designados como administradores de la ley. Ciertamente, desde hace mucho tiempo, las sumas que han entrado en el tesoro nacional han sido demasiado escasas para mantener la pompa del despliegue militar, junto con los gastos acumulados de una guerra destructiva y desmoralizante, y los apuros financieros, surgidos de estas circunstancias, han incluido en sus secuelas algunos retrasos en la administración civil de justicia. Sin embargo, pensando en el lector, debemos acotar otra razón que establece la desigual distribución de la justicia, la cual señala que las mujeres limeñas, en todas las épocas, han poseído, desde tiempo inmemorial, una firme prerrogativa, que ni las convulsiones que lograron su libertad política, han obliterado o cambiado en lo esencial: el *empeño*.

Este instrumento de clemencia tácitamente constitucional, empleado por aquellas mujeres inclinadas a la compasión, puede, si está mal encaminado, operar contra los intereses vitales de la colectividad; y, a través de este, se pueden frustrar, de vez en cuando, los verdaderos fines de las disposiciones legislativas promulgadas. Tal prerrogativa es utilizada, especialmente, por algunas mujeres jóvenes de aspecto distinguido, quienes no están casadas ni solteras; pero que, en el lenguaje de las indulgentes matronas del país, se les concede ser, sin estar casadas, muy honorables y talentosas: “*No es casada, pero muy honrada, muy prendada*”. Una dama de esta calidad, mientras tenga una calesa en Lima y un rancho en Chorrillos, rara vez perderá su buena posición en la sociedad. Ahora, supongamos que esta dama, ataviada con su traje nacional, mejor dicho, limeño, de saya y manto² quiere solicitar

2. Este traje, característico, especialmente, de Lima, es poco conocido en otras partes del país, con la excepción de Trujillo. El capitán Basil Hall lo describe muy correctamente:

Este traje —dice— consiste en dos partes, una llamada la saya, y la otra el manto. La primera es una enagua, que ajusta muy exactamente, que, al ser también muy elástica, permite que la forma de las extremidades se vea muy claramente. El manto, también es una enagua, pero en vez de bajar hasta el pie, como sucede con

algún favor o indulgencia para otra, o un favor particular para ella; para lograr tal propósito, emplea un sinnúmero de halagos y palabras persuasivas. El caballero asediado por este ser tan elocuente y atractivo, escucha imprudentemente hasta quedar por completo a merced de su hechicera. Este embrujo es lo que vulgarmente significa la enorme y desmesurada prerrogativa llamada *empeño* en el Perú. Este prominente poder se origina, de modo muy común, debido a cierta influencia que comparten tanto casados como solteros, el vínculo sagrado entre *compadres y comadres*. Esta influencia les permite a las mujeres, según su gusto, privar a los hombres del libre albedrío. Asimismo, debe tener amplia aplicación práctica, y producir el bien o el mal en un país, donde declaradamente extiende su cetro a la judicatura y al altar, al Senado, al palacio y a la campiña. En Lima, cuando un antiguo residente se entera de un altercado político o doméstico, o de cualquier movimiento serio que cause revuelo y sensación en la ciudad, no deja de preguntar qué mujer puede estar detrás de esta *bullanga* o alboroto, y si, por casualidad, el asunto le concierne a él, a sus amigos o a su partido político, no se queda tranquilo hasta que averigua de qué mujer se

todas las enaguas decentes, se pone encima de la cabeza, el pecho y el rostro, y se mantiene tan cerrado con la mano, a la cual también oculta, que ninguna parte del cuerpo, excepto un ojo, y a veces, solo una pequeña porción del ojo queda visible. (Hall 1824, vol 1: 108)

Podemos agregar que, aunque se permiten algunas extrañas travesuras con este disfraz, también se le considera, por aquellas que están acostumbradas a él, un traje cómodo de por sí, en un país donde no es raro oír misa en la mañana antes de que haya habido tiempo para trenzar y arreglarse el cabello, el cual, a veces, es tan largo que llega hasta el bonito tobillo. Por tanto es considerado una comodidad por las mujeres de todas las clases, e, incluso, de todas las edades, ponerse su traje de diario y encima las saya y el manto cuando desean ir a la calle “tapada”, o con la cabeza y el rostro cubiertos con el sutil enagua o manto ya descrito, sin tomarse la molestia de aparecer vestidas de una manera más elegante y formal; o según la moda europea, como lo hacen en las fiestas vespertinas, o cuando frecuentan lugares públicos de esparcimiento —como el teatro o la plaza de toros— y pasean en carrozas y calesas en las diferentes alamedas o paseos públicos. En alusión a la costumbre de salir veladas a la calle, la verdadera dama limeña es caracterizada simpáticamente con este dicho popular: “en la calle, calladita; en la casa, señorita”.

trata, o descubre donde radica la alianza espiritual, en la que se basa la *comadre* que da la orden del día.³

Las jóvenes serranas tienen una forma ingeniosa de conseguirse *compadres*, sin la necesaria interferencia del sacerdote; simplemente le envían al caballero a quien desean honrar un pan dulce en forma de muñeca que llaman *guagua* (bebé en quechua). A este vástago que refleja su buena voluntad, la cual esperan que sea mutua, lo visten lindamente y lo acomodan en un lecho hecho de flores frescas y lo envían “*Con muchísimas expresiones*”, bajo el nombre ya asumido de *comadre*, a la persona que su gentil acto de parcialidad confiere este título de confianza, esperando con la aceptación una devolución de atenciones y cortesías de verdadero *compadre*.

En la costa (en la capital), en el cumpleaños de la dama o en el día de su santo, celebrado con alegres fiestas cuya realización se anima con el encanto combinado de la música, el baile, los banquetes y todo lo que puede hacer tales encuentros atractivos, el salón se convierte en un jardín florido gracias a la atención de los *compadres*, *comadres* y amigos, que compiten por enviar presentes de bellas flores, confituras y otros regalos. Además, en la repetición anual de estas gozosas reuniones, los amigos de la familia y del individuo que es objeto de los cumplidos del día, tienen la mejor oportunidad de expresar su amistad sumando adornos al ajuar de una damisela o de presentarle una muestra delicada de su estima personal.

Estas reuniones, no omitidas en las viviendas humildes, se consideran mejores en la bella *cuadra* o salón de tertulia de los ricos, donde

3. Los versos siguientes escritos por un antiguo poeta español [Juan Boscán, “Octava rima” (N. de la T.)] describen un paraíso de mujeres tan exactamente que uno puede figurarse que fueron escritos para describir la ciudad de Lima: “aquí gobierna, y siempre gobernó/ aquella reina que en la mar nació.// *Aquí* su cetro y su corona tiene,/ y desde *aquí* sus dádivas reparte,/ *aquí* su ley y su poder mantiene/ mucho mejor que en otra *cualquier* parte/ [...] *Sobre una fresca* y verde y *grande* vega/ la casa de esta reina está asentada:/ un río al derredor toda la riega, /de árboles la ribera está sembrada,/ la sombra de los cuales al sol niega/ en el solsticio la caliente entrada:/ los árboles están llenos de flores/ por do cantando van los ruiseñores”. [*Floresta de rimas antiguas castellanas* 1821: 304-305. Disponible: <<https://archive.org>> (última consulta: 05/06/2016) (N. de la T.)].

grandes candelabros se reflejan en amplios espejos, además, para alegría de los festejantes se multiplican los grupos de rostros alegres. Aquí y allá, hay canastas de Huamanga, de textura de filigrana, llenas de frutos perfumados y sazonados, algunas veces ornamentadas con delicadas hebras de oro y plata, artísticamente aparejadas de estaquilla a estaquilla con la especia fijada a la fruta. Entre ellas son habituales las manzanas doradas —es decir, manzanas cubiertas de pan de oro—, muchas frutas dulces inmersas en aroma y la olorosa chirimoya. Los ramos de azahar son particularmente agradables a los invitados cuando los reciben de manos de la anfitriona o sus encantadoras hijas.

Aquí podemos indicar que entregar una flor a un visitante matutino, que, si es un caballero fino, está acompañada de un saludo verbal, donde se coloca suavemente la mano sobre pecho, es solo un seña habitual de atención cortés, muy acorde con los modales complacientes y el gusto natural de las damas limeñas, favorecidos, en este caso, por su clima benigno, rodeado de fragantes frutos y flores. Casi siempre, al dejar sus casas, ellas rocían a sus visitantes con perfumes y así los despiden siempre *fragantes* de hospitalidad. Y, aunque los corredores en que, frecuentemente, se mecen en sus hamacas o disfrutan de una siesta están perfumados con jardines llenos de flores o patios con rosales y jazmines, cuando es conveniente se ponen fragantes plantas en la recámara principal para que alegren al enfermo al recibir a sus amigos en dicha habitación, que, por lo general, está esmeradamente amoblada, y se comunica con el salón o *cuadra*. Nuestro ejercicio profesional nos ha dado la oportunidad de conocer íntimamente —y poder proclamarlo— que al lado del lecho del enfermo (donde los hombres se encuentran muy desamparados sin la ayuda del sexo débil, a la vez más paciente y sereno, más diestro y cariñoso en su atención), se aprecia a la limeña en sus mejores cualidades, cualquiera sea el rango, la cuna o las pretensiones que tenga. Aquí, hasta la más humilde e imperfecta, muestra la bondad natural de su disposición y se le ve superar las desventajas de su educación al manifestar el poder angélico de su sexo para aliviar el dolor y alegrar al atribulado, con la práctica de esa bendita caridad que cubre una multitud de pecados.

Curiosamente, no existen sirvientas entre las mujeres blancas de Lima, a pesar de estar sometidas a muchas de las privaciones y

humillaciones de la pobreza; pero una joven pobre de sangre española pura, aunque sea de cuna humilde, siente, pese a la miseria de sus circunstancias, el impulso de lo que considera noble en ella y, ante sus prejuicios, nada rechaza más enérgicamente que la idea de convertirse en esposa de un hombre de origen africano o esclavo.

Bonitos portes —y sobre todo unos ojos brillantes y bellos— y lindas figuras con un andar de inimitable gracia, constituyen la herencia común de la raza europea, que, en sus propias formas, participa de la blandura y suavidad del clima en que han visto la luz. Son, al igual que sus compatriotas más oscuros y pardos, extremadamente atentas a las ordenanzas externas y públicas de su demostrativa religión, que debe impresionar a todos con un sentimiento de solemnidad pues, al toque de campana al anochecer, todo ser humano se dedica a un acto común de devoción pública. Mantienen el espíritu católico de devota demostración, ayuno y penitencia; la misma fe en la eficacia de las efigies e influencias de los santos, la misma confianza en la absolución del sacerdote y en las indulgencias, pero no valoran la crueldad ni la severa religión de sus antecesores, cuyo ardiente celo plantó la cruz en las actuales ruinas de Pachacámac.⁴ Aunque poco versadas en la información libresca, habitualmente están dotadas de agudeza e inteligencia naturales, y rara vez ignoran las cosas mundanas, incluso cuando son educadas en conventos. Además, difícilmente son superadas por sus sentimientos tiernos o tan ciegas a sus intereses mundanos como para caer en la locura de un genuino matrimonio por amor; y, cuando hay que lanzar una observación sagaz o una réplica pertinente, lo hacen de forma rápida y precisa. Son indulgentes con la pasión y la debilidad humanas; constituyen una compañía agradable, incluso fascinante a

4. El antiguo templo de Pachacámac está situado a unas seis leguas de Lima sobre una elevación arenosa, ahora carente de irrigación, que domina el delicioso valle de Lurín. Desde este adoratorio se ve la puesta del sol en toda su majestad en el océano: *Over the hush deep the yellow beam he throws, gilds the green wave, that trembles as it glows* [“En la callado piélago el rayo amarillo que (el sol poniente) arroja, dora la verde ola que tiembla al refulgir”], George Gordon, Lord Byron [del poema “La maldición de Minerva”. Disponible en: <<http://mykeep.com/lordbyron/curseofminerva.html>> (última consulta: 15/06/2016)].

veces; nunca fallan en dejar al *buen mozo*, si no encantado con ellas, al menos sumamente satisfecho de sí mismo. Su conversación es vivaz y desenfadada y, aunque particularmente consentidas y mimadas desde la niñez, acostumbradas al halago y aficionadas a causar admiración, están libres de una molesta ligereza y de modales afectados, así como de una embarazosa timidez o una fría reserva; su amor filial es la admiración de los extranjeros y, cuando disfrutan de la bendición de tener buenos esposos, son esposas fieles y cariñosas.

En Lima, nada llama más la atención de un foráneo que comprenda el idioma que la propiedad y fluidez con las que el personal de servicio expresa sus pensamientos; esto lo hacen, habitualmente, con un agradable matiz propio de la facilidad y estilo de las clases más altas. Este hecho se le atribuye, sin duda, a su propia habilidad natural y a su crianza, pues muchos establecen un vínculo muy estrecho y familiar con sus superiores. Lamentablemente, este rasgo encomiable de los sectores más humildes de la colectividad está originando, rápidamente, ciertos modales invasivos de una aristocracia emergente y descontrolada de sangre mestiza; una hermandad oscurecida y bronceada, cuya misma complejión indica una incapacidad de sonrojarse tan evidente a primera vista, como lo solía ser en la raza blanca aquella insignia venerable del orgulloso linaje español: la *¡sangre azul!*, llamada así por las razas inferiores, en referencia al color de las venas que aparecen a la vista bajo el delicado tejido de una piel blanca pura.

El ingenio, no desconocido entre las mujeres blancas, es un atributo general de las castas mestizas y zambas. Estas personas de color son muy aficionadas al sarcasmo, gustan demasiado de lo ridículo y lo fantástico. Cuando están de un humor bilioso o colérico, son escandalosamente apasionados; pero entonces pronto enfrían o aplacan su furia con *chicha-piña* (jugo fermentado de piña) y *nieve* (hielo o agua con hielo), y recuperan su ecuanimidad y risas de regocijo. Pensamos que los casos de muerte, producto de impetuosos arrebatos de pasión, son raros entre ellos; aunque hemos tenido ocasión de oír algunos, y hemos presenciado graves enfermedades nerviosas que proceden de la turbulenta emoción de su salvaje cólera. Dichas castas mixtas se evidencian debido a lo que ellas mismas llaman *broma* (un tipo de juego

burlón, con ruidosa diversión y devaneos sensuales, que se manifiesta, sobre todo, en sus *jaranas* o alegres reuniones); les gusta el teatro, y son apasionados de las corridas, las peleas de gallos, las procesiones religiosas y un tipo de canto y música que inflaman las pasiones y pervierten el corazón: sus festividades con frecuencia degeneran en libertinaje y su regocijo en obscenidad.

Los jóvenes de padres españoles u origen español puro son habitualmente vivaces e inteligentes como sus hermanas; pero, a medida que sus facultades corporales se acercan a la madurez, su atención se concentra en los placeres frívolos, lo cual parece debilitar sus facultades mentales, y vicia y limita su futura expansión. Por tanto, no es raro que muchachos prometedores se vuelvan hombres infantiles y veleidosos, necios y fatuos. Esta última imbecilidad mental la observamos, con sorprendente frecuencia, en las familias de la nobleza suprimida.

Esos pocos espíritus bien templados que han superado cualquier obstáculo a su completo desarrollo mental, poseen una sed innata de saber que incluso el conocimiento mismo no puede apagar, pues, mientras más aprenden más aspiran a conocer. Tales hombres, con poco estímulo externo para impulsar o alimentar sus gustos y afanes literarios, son como aquellas plantas en tierra árida, que solo requieren unas cuantas lluvias pasajeras para incentivar sus energías, desarrollar su forma y desplegar su belleza. Estas selectas personas constituyen la delicia de sus amigos, y merecen vivir en esa sociedad que diariamente anhelan, pues perciben como son pisoteadas las mejores leyes e instituciones del país por déspotas militares, a cuyos gestos de mando deben obedecer, mientras dicen para sus adentros *vetitum est sceleri nihil!*⁵

El 23 de junio, víspera del día de San Juan, todo Lima se reúne en los paseos de la “Gran Alameda” y, entre los huertos de naranjos ya bellamente cargados de frutos, en el retiro romántico del cerro de Amancaes, a solo una milla de la ciudad aproximadamente, y perfectamente

5. Expresión que proviene del verso: “*vetitum est adeo sceleri nihil*” (“¡hasta tal punto nada está vedado al crimen!”) de Publio Ovidio Nasón (2002, libro V, verso 273, vol. 1, p. 171 (N. de la T.).

apto para campo de recreo (si solo se le proveyera de agua, lo que podría hacerse a un cierto costo). Tal lugar ofrece una bonita vista de la ciudad con sus campanarios, sus anchos campos, sus innumerables huertos, el Rímac y el hermoso lago de su desembocadura, la isla de San Lorenzo y las embarcaciones del Callao; y tiene como fondo, un contraste de promontorios recién cubiertos de una vívida vegetación, entre numerosos riscos y muchas crestas y precipicios. En el día de San Juan, una fecha de fiesta y alegría, se encuentran hombres, mujeres y niños de todas las clases, edades, colores y ocupaciones. Adornan los caballos, los asnos e incluso sus propias personas de la mejor manera posible; los seres racionales e irracionales de la siempre móvil multitud van cubiertos de flores de amancaes tomadas de las grietas y recodos de estos cerros. En este lugar hay tiendas y toldos, que ofrecen asientos y refrescos a aquellos que gustan del jolgorio irreflexivo y gritón de la *jarana*. Hay, en este despliegue una insistente confusión de discordia musical que surge del toque de tambores, trinos, gritos, arpegios y guitarreos, cantos, risas y bailes. Además, podemos contemplar el popular *paseo* de las *chuchumecas* (mujeres de dudosa moral) quienes se mezclan libre y congenialmente con la gente, para la diversión infinita de la multitud. El gusto nacional se manifiesta aquí, como en otras festividades, en la fuerte risa simultánea o *carcajada* de animados hedonistas cuando la danza predilecta de la *zamacueca* se exhibe con estilo libre y magistral.

Las periódicas cabalgatas y excursiones de los limeños a Las Huacas, Surco y Lurín, ahora están decayendo por descuido pues no hay dinero ni tranquilidad pública para tales felices escenas de habitual alegría. El carnaval, junto con ellas, ha perdido su espíritu, la Nochebuena se ha visto privada de mucho de su jolgorio y se está marchitando y desvaneciendo rápidamente todo aquello que por costumbre era lo más encantador y chispeante.

Asimismo, existe poca disposición para entregarse a la pesarosa y silenciosa quietud del *duelo* (muestra de condolencia formal) por los difuntos; atrás quedó la época de oro de este pueblo festivo que por generaciones ha sido muy feliz en la inconsciencia de sus defectos y en la convicción de que ningún otro pueblo en la tierra era capaz de superarlos en conocimiento y civilización.

En todas las regiones del mundo existen hombres criminalmente egoístas y sin principios; y en el Perú pueden encontrarse una serie de pícaros llamados *pillos* quienes se han vuelto más numerosos y problemáticos debido a las circunstancias de los tiempos. En Lima se observan dos tipos de *pillos*: el *pillo* y el *pillo fino*. El primero es un tipo de pícaro muy común y plausible; pero el segundo, como su nombre implica, es un tramposo más refinado, que muchas veces llega a la capital atraído desde lugares distantes por la fama de sus numerosos encantos, la parálisis de las leyes y la consiguiente facilidad para escapar del castigo. El tintineo de los pesos fuertes y doblones contantes, embutidos en *talegas* (bolsos de dinero), y lanzados también a la mesa de apuestas, son sonidos que de seguro deben atraer al *pillo fino* hacia la promiscua sociedad de tahúres limeños, donde la moneda valiosa suele ir a parar a las manos del mañoso. Cualquiera que sea el país de nacimiento de tal animal, este no es sino un vampiro, un succionador de sangre humana; pero el *pillo* vulgar es un tipo muy diferente, siempre plausible y acomodaticio, un tipo común y corriente de la sociedad, que se aprovecha del prójimo y a quien todos los ingleses adulados por su generosidad pueden estar seguros de encontrar. La finalidad de su melosa adulación y de su política de muchas sonrisas es lograr un préstamo de dinero; y cuando pide *plata prestada* a alguien, le asegura a esa persona que pedirselo constituye la mayor prueba que puede ofrecer de su propia confianza y consideración; pero, aunque se muestra generoso en alabanzas, no se cuida de manifestar su propósito secreto: no devolver nunca lo que su garra obtenga.

Un dicho común de los españoles es: “*Es bueno conocer al amigo sin perderlo*”, esta frase, como ocurre con la mayoría de adagios españoles, transmite una lección de sabiduría práctica para la vida misma. El *pillo* común, del que hablamos, nunca se disgustara con uno por recibir una educada negativa, de este modo, actúa según el espíritu del refrán citado, y conserva tanto al amigo como el dinero; pues, cuando se le rehúsa educadamente, él lo deja a uno con buen humor y prosigue en busca de alguien menos desconfiado, y piensa para sus adentro: “*Ya este sabe*” (este ya conoce nuestras tretas).

Aunque el Perú sea un país lleno de oro y plata, en ningún lugar están los metales preciosos en mayor demanda que en Lima, donde la

escasez de capital circulante se muestra en los repugnantes tratos del usurero común, que arranca a las víctimas de su codicia de 2 a 3% al mes sobre los adelantos que hace, mientras que la tasa de interés vigente y normal en el país es de 1% al mes o 12% al año.

La plata encubre más delitos que la propia caridad, de ahí que se oyen expresiones como estas: “*Nada es malo que la plata gana*”, “*Bien, ¡le costó su plata!*”, “¿Por qué no tener su gusto cuando le cuesta su plata?”, como si el dinero, por ventura, pudiera eliminar la torpeza moral de un disfrute pecaminoso.

Hoy, no podemos ofrecer al lector una mejor idea de la ética popular del Perú, que las palabras de un amigo quien reside hace mucho tiempo en el país. Según él, el Perú posee una ventaja sobre todos los demás países que ha visto, aquí “nadie debe perder la compostura por algo que uno pueda decir o hacer”. Con un enunciado tan amplio como el que transmite la expresión citada, solo deseáramos representar el mal estado del sentimiento moral que prevalece entre la masa de un pueblo al que no hace mucho se le permitió seguir sus propios deseos sin restricción, sin por ello querer negar el hecho de que en Lima, muy particularmente, con frecuencia encontramos que las buenas disposiciones naturales y los modales atentos proporcionan, en grado no pequeño, el lugar de un principio superior en el trato ordinario de la vida. Y aún más: exceptuaríamos honorablemente de esta descripción general muchos casos individuales de virtud eminente presentes en la sociedad peruana; sorprendentes ejemplos de amistad y amabilidad desinteresadas (de las cuales el propio escritor ha sido objeto más de una vez), y la conducta generosa, amable y digna de encomio que manifiestan en sus relaciones sociales y domésticas.

Si consideramos todos los factores de las circunstancias de los peruanos, su historia de principio a fin debe despertar interés por su situación pasada y presente en la mente de todo investigador, antes que predisponerlo a censurarlos indiscriminadamente por sus errores. En efecto, podemos sorprendernos de no encontrar menos buenas cualidades entre ellos, y por otra parte, de no ver más activas las pasiones más salvajes, que embrutecen completamente la naturaleza humana y agitan todo rincón de la sociedad, entre una mezcla de castas discordantes e ignorantes, que pasan sin adecuada preparación de un

extremo de gobierno a otro, y de una conmoción civil a otra de mayor confusión y desgobierno.

Pero, como hemos tenido ya ocasión de mencionar, hay entre toda la masa del pueblo una aptitud natural para agradar con un trato alegre y nadie puede presenciar los atractivos externos de las clases superiores y más ilustradas, que están ocupadas diariamente en sus acostumbradas rondas de atenciones corteses y sociales, sin desear al menos que tales gentilezas sobrevivan a la supresión de todo aquello que es pernicioso a un estado saludable de la sociedad.

Capítulo VII

LOS PREJUICIOS RELIGIOSOS. NO HAY QUE MANTENER LAS PROMESAS
CON LOS HEREJES. EL CADÁVER DE UN INGLÉS PUESTO EN LA
CALLE POR UNA TURBA PIADOSA. LOS INGLESES SUPUESTAMENTE
ENTERRADOS CON DINERO EN LA ISLA DE SAN LORENZO. EL NUEVO
CEMENTERIO Y LA INSCRIPCIÓN LATINA EN EL PANTEÓN INGLÉS.
LAS DESVENTAJAS RELIGIOSAS DE LOS BRITÁNICOS EN EL PERÚ

CUANDO UN PUEBLO, como sucede con el peruano, sufre una larga privación de la disciplina moral, naturalmente, se originan una serie de prejuicios religiosos. Hace algunos años, cuando vivíamos en uno de los climas más deliciosos del interior del Perú, fuimos sumamente importunados por nuestros vecinos de las bellas aldeas de Ambo y Tomayquichua. Los habitantes de la primera insistían en que sacáramos de la hacienda de Andaguaylla, en donde residíamos, a los santos venerados (unas pequeñas imágenes pintadas vestidas de chillones andrajos) y apartáramos a los jornaleros o *yanacones*¹ de sus diosillos y religión. No fue hasta después de que fuéramos acusados por el alcalde de Ambo de ser una especie de demonios o duendes, que la gente de la hacienda se asustó hasta el punto del horror y la deserción; antes de que averiguáramos, por la gentileza de nuestro mayordomo español, que los alarmados hombres, mujeres y niños de la hacienda habían

1. Los *yanacones* usualmente reciben en posesión de sus empleadores una pequeña parcela de tierra que cultivan para su propio consumo y, a cambio, dan a sus amos uno o dos días de trabajo semanalmente por tener esta tenencia de la hacienda o finca. Los demás días tienen derecho a pedir pago en dinero, según la tasa habitual de salarios en su distrito.

rescatado por la noche a los santos del presunto peligro llevándolos piadosamente a un pueblo distante a unas cuatro leguas. A la mañana siguiente solo nos quedaba un jornalero: un soldado anciano lisiado y manco.

Este ataque gratuito e injusto adoptó una forma legal y fue rechazado mediante recursos legales por la oportuna interposición de ese ilustrado y benévolo ciudadano del mundo, el doctor don Antonio de Valdizán,² que era consejero de Estado, mecenas de la ciencia, minero de los más emprendedores y uno de los hombres ilustres del Perú. Después de que este pleito fuera resuelto a nuestro favor, el alcalde que nos había perseguido se convirtió en nuestro amigo firme y declarado. Pero, por otra parte, los mestizos de Tomayquichua, molestos por el fracaso de los ambinos, nos permitieron, con su habitual maliciosa previsión, incurrir en grandes gastos para cercar, construir y cultivar caña de azúcar y otros productos, antes de que mostraran su determinación, sin mediar provocación alguna por parte nuestra, de frustrar nuestros esfuerzos y arruinar nuestra fortuna, apropiándose para su propio uso del agua para irrigar los campos cultivados, aniquilando así nuestra reciente plantación.

Nos quejamos, inútilmente, de su injusto proceder. Inventaron acusaciones falsas, y nos vimos envueltos con relucencia en un pleito de dos años de duración, que, para honra del juez del distrito, el erudito y respetado Dr. [José Gregorio] Mata,³ concluyó, finalmente, con una sentencia equitativa.

Esta buena gente creía que nosotros éramos judíos, y como los españoles aborrecían a los judíos, ellos pensaban que si no se libraban

-
2. Se refiere a Manuel Antonio Valdizán (1790-?), nacido en Huánuco, fue diputado suplente por Tarma en el Primer Congreso Constituyente. Fue contrario a Riva-Agüero y apoyó la dictadura de Bolívar. Fue elegido diputado por Huánuco en 1826, en 1829-1831 y en la Convención Nacional de 1833-1834. Participó en la ya mencionada expedición al Pachitea, en 1834, de los ingleses Smith y el mayor Beltrán (Del Pino 1987, t. 6: 2186-2187) (N. de la T.).
 3. El Dr. D. Gregorio Mata figura como juez de primera instancia ausente, en 1833, en Huánuco (Paredes 1833: 64). En 1834, vuelve a figurar como activo (Paredes 1834: 54). En 1837, también ejerce el cargo para Huamalíes (Paredes 1836: 69). No aparece en los calendarios posteriores a este año (N. de la T.).

rápida de nuestra proximidad, otros ingleses (y por tanto, como ellos presumían ignorantemente, otros judíos), se establecerían allí. Por ello, para procurar que el lugar nos desagradara, y espantarnos en el momento preciso, actuaban según el proverbio “*El prevenido nunca es vencido*”.

Otro tema que invita a la reflexión tiene que ver con el caso práctico que nos ofrece el funcionamiento de la máxima suprema: “No se debe mantener las promesas con los herejes”.⁴ Aquí vemos que, aunque un sentido distorsionado de la religión no destruye la percepción de un derecho evidente, si supera el sentimiento de estar cometiendo una injusticia hacia el judío imaginado, y, de este modo, se suprime el sentimiento moral de equidad.

Tales ideas, enojosamente erróneas, deben darle paso, poco a poco, a la luz creciente de la civilización, y a un intercambio internacional más amplio. El efecto moral negativo de ver a hombres, influyentes y respetados en vida, consignados a la indignidad de una tumba canina al morir, no puede ser percibida y sentida sino por los amigos y compatriotas que sobreviven al fallecido, cuyas convicciones religiosas son distintas a las de la gente del país en que residen.

La primera vez que fuimos llamados a acompañar los restos de un caballero inglés a un lugar de enterramiento no consagrado se trató de un hombre que falleció en una ciudad del interior, notable por la hospitalidad y amabilidad de sus habitantes. Después de responder unas cuantas preguntas sobre la fe religiosa del fallecido, se acordó el precio del entierro en cincuenta pesos, según creemos, y entonces el bondadoso obispo, con un grado de liberalidad rara vez mostrado hacia los disidentes del ritual romano en los países católicos, dio licencia para que se le diera al cadáver cristiana sepultura. Sin embargo, luego de otorgada esta licencia, una turba se reunió por la noche y el cuerpo fue extraído de la iglesia y puesto en medio de la calle; de esto nos avisó nuestro amigo don Mariano Sánchez. A la mañana siguiente, en una ciudad donde la humanidad quedó sometida a las deformes sugerencias de la superstición, hubo solo dos buenos samaritanos que

4. El proverbio original es: “*No faith with heretics*” (N. de la T.).

asistieron al funeral del forastero; mientras los únicos dos o tres británicos, presentes en ese momento en el lugar, acompañaban al cuerpo fuera de la ciudad, para encontrarle una tumba bajo la sombra de un naranjo, donde sus huesos descompuestos no pudieran entrar en contacto con los de los piadosos agitadores, quienes de buen grado se vencerían de que, aunque vivieron en armonía con un hereje viviente, la mera vista del gusano que pica sus restos inhumados peligrar su propia condición eterna.

En la capital de la República por fin se ha dado un mejor ejemplo. Mediante los meritorios esfuerzos del cónsul general británico, el caballero B. H. Wilson, el Gobierno peruano ha cedido a los ingleses un terreno adecuado para un cementerio en Bellavista, una localidad agradable y conveniente entre Lima y el puerto del Callao.⁵ Anteriormente, todos los ingleses, los cuales no eran católicos romanos, que morían en la capital o el puerto, eran enterrados en la árida isla de San Lorenzo, donde sus cuerpos quedaban expuestos a los agravios de lo

-
5. Sus compatriotas deben la siguiente inscripción, muy erudita para el cementerio inglés, a nuestro excelente amigo, el señor Thomas Lance de Lima: “*Degentes per haec loca/ Britanni,/ auspice suo Consule/ Belford Hinton Wilson,/ gratissimoque hujus Rei-/ publicae concessu et beneficio,/ è communibus copiis,/ Regiâ, censente Senatu, auctis munificentia,/ hoc Coemeterium/ struxerunt, sacraveruntque,/ A.D.-----/ ut posthac,/ suae gentis/ qui procul à patriâ, longinquâ hâc scilicet,/ sed amicissima terrâ,/ supremum obierint diem,/ spe fideque patrum innixi,/ in his sedibus/ requiescat*”. [Sin embargo, una fuente limeña transcribe la inscripción que se veía en el frontis de la portada del cementerio británico que al parecer estaba en castellano. En realidad, se trata de una traducción de dicha inscripción: “Los súbditos británicos/ Residentes en estos lugares/Construyeron y santificaron/ Este cementerio/ En el año del señor de 1838/ Mediante/ El gratisimo permiso y liberalidad de esta república,/ Y los auspicios de su cónsul general/ Belford Hinton Wilson,/ a expensas/ De las oblaciones de todos ellos,/ Aumentadas por la munificencia de su rey/ Bajo la autoridad de una ley del parlamento./ Al fin que descansan/ En este sagrado recinto,/ Las cenizas de sus compatriotas; que lejos de su patria/ En esta tierra ciertamente distante,/ Pero carísima,/ Con la esperanza y fe de sus padres/ Terminasen/ Su/ Carrera”. Lamentablemente, en el actual cementerio no se ha conservado esta inscripción ni en latín ni en castellano. Córdova también indica que la traza del cementerio fue ideada por Tomás Gill y que costó 10.545 pesos. Entre 1835 y 1838 fueron enterrados 22 individuos, de los cuales 13 eran ingleses (Córdova y Urrutia 1992: 118-119) (N. de la T.).

más vil de la humanidad: bergantes convictos confinados a la isla por crímenes que los apartaban de la sociedad de los hombres honrados. Tales rufianes creían que el inglés hereje, como el antiguo pagano peruano, se había enterrado junto con los instrumentos o utensilios que le habían agradado en vida, y, por tanto, suponían que la tumba de nuestro comerciante inglés debía ser un lugar donde podían encontrar una porción completa de esos pesos que siempre le habían visto manipular y embarcar en cajas a su país natal. En tales momentos, estos descastados se sentían superiores a los extranjeros más ricos, apreciables y respetables de su país, ya que creían que al final de su vida, en su propio panteón sombreado de cipreses, su situación se trastocaría, pues dichos extranjeros acaudalados serían enviados a perpetuidad a la árida y pelada San Lorenzo, mientras que ellos serían transportados a un suelo consagrado donde podrían descansar hasta el último día. Y, aunque les ocurriera lo peor, como morir en el *banquillo* (un tosco banco donde se coloca al criminal en el momento de una ejecución militar), no se sentirían descorazonados en su hora final como el extranjero y protestante. Contarían con la ayuda del sacerdote en el momento de ser ejecutados; y, cuando hubieran partido, sus restos mortales podrían descansar en tierra consagrada. Probablemente, en tales ocasiones, no faltaría una madrina “*más fea que la noche*” o un amigo que recordase las necesidades de los asaltantes de caminos fallecidos cuyos días acabaron en la Plaza, que pagaría caritativamente la misa del necesitado (un peso) para librar a su alma de la perdición.

Nuestro cónsul general, siempre celoso en el cumplimiento de sus deberes públicos, no solo vio la inconveniencia de sus compatriotas, sino el resultado nocivo de la anterior forma de inhumación en la isla de San Lorenzo, y la gran desventaja que los súbditos británicos sufrían al no tener un lugar de culto público acorde con las formas de su iglesia nacional. Se esforzó en contrarrestar tales males procurando obtener la concesión de un cementerio; asimismo, todos los domingos, en el consulado general, se comenzó a ofrecer un servicio religioso como hacen los capitanes y comandantes en las naves de guerra de Su Majestad (Británica) cuando no hay capellanes a bordo.

Con este arreglo, los peruanos más incrédulos o prejuiciados pudieron observar que nuestro cónsul general y muchos de sus

compatriotas no descuidaban el culto público ofrecido al creador en el consulado general, que realmente abrigaban un interés más allá de la tumba y que tenían esperanza en el cielo al igual que el vulgo engañado que creía, desde hace mucho (y la absurdidad parece haber sido inculcada como un artilugio político de cierta influencia por aquellos que debían haber conocido esto mejor), que los ingleses no eran sino una especie de orangutanes con rabos como los animales inferiores; y, en consecuencia, resultaba bastante claro, sobre la supuesta evidencia de la anatomía comparada, que su destino no podía ser más elevado que el de las bestias al perecer.

Aunque el nombre de Drake y el famoso galeón con tesoros, Caca-fuego, ya han sido olvidados, nos aseguran que en Paita el nombre de Anson se asocia a pasados sacrilegios, y la clase más baja de los lugareños lo menciona junto con detalles que despiertan sentimientos muy hostiles hacia nuestros compatriotas. En dicho puerto, en la costa norte del Perú, en cierto festival y fecha de aniversario, en que se saca en procesión la imagen de la Virgen María, nos dicen que la santa aparece con un parche de cera roja en el cuello, dicho parche marca la herida que una vez le infligió en esa parte un golpe de sable de un desafortado marinero de Anson.

Una limeña amable y bien informada, en cuya casa muchos de los *literati* se encuentran a diario, se reía mucho de esos buenos viejos tiempos, cuando contaba que siendo niña (y todavía no supera la mediana edad), ni ella ni sus compañeras de juegos se aventuraban a acercarse a un joven marinero inglés sin antes persignarse. La madre de esta dama mostró gran interés en un joven, viendo que era blanco y guapo, y lamentó mucho que no fuera cristiano, una expresión que significa por supuesto, católico romano.

Algunos recuerdos de antiguas luchas todavía pueden contribuir, en un mayor o menor grado, junto con los prejuicios religiosos, a mantener vivos sentimientos no muy cálidos hacia los ingleses como pueblo; pero es gratificante pensar que, incluso en las distantes playas del Pacífico, y en los valles de los Andes, hay un creciente entendimiento que tiende rápidamente a disipar esos sentimientos de enemistad. Un conocimiento más cercano del carácter inglés, el progreso insensible pero gradual de la ciencia, la extensión general y asimiladora del

comercio, los efectos atenuantes del tiempo y, en una palabra, la misma revolución que abrió una vía de mejora general, son muchas circunstancias que se unen para hacer la conexión de Gran Bretaña con el Perú, ya ampliamente extendida, cada día más cordial en la mente de los nativos de esta importante república; y cuando el país llegue a ser más estable bajo la dirección de un gobierno sabio, tal como sus amigos esperan ahora disfrutar bajo la protección de su Excelencia, el general Santa Cruz, es de suponer que dicha amistad internacional pueda volverse aún más estrecha y mutuamente beneficiosa que en el presente.

Si el proyectado plan de la Pacific Steam Navigation Company⁶ se realizara exitosamente, se lograría una gran influencia moral, y si nuestras relaciones comerciales con el Perú se ampliaran, entonces las necesidades religiosas de los británicos se harían proporcionalmente más merecedoras de la atención pública. El trabajo individual y los esfuerzos de estos británicos emprendedores, en una parte distante del globo, contribuyen a incentivar las manufacturas y la industria en su tierra nativa, y aunque separados de sus parientes y su país por un vastísimo océano, rara vez son tan felices como cuando piensan en esa patria a la que es su deseo cotidiano regresar, y nunca cesan de sentir que una vez sus corazones y sus simpatías más cálidas fueron ingleses. Pero, lamentablemente, mantener el corazón puro en medio del máximo relajamiento nacional de la moral, los mayores atractivos del vicio —con pocos incentivos a la virtud y ningún estímulo efectivo para la religión—, es un logro demasiado grande para el promedio de la humanidad.

Cuando hombres jóvenes destinados a los países extranjeros dejan su patria a una edad temprana, están naturalmente más indefensos frente a los insidiosos avances de la corrupción y más abiertos a las nuevas impresiones que fluyen hacia ellos de los objetos que los rodean. Tras haber llegado a Hispanoamérica, pronto abandonan el respeto protestante por el domingo, y aun se mofan del sacrificio católico de la misa; y entonces, insensiblemente, pasan a formar nuevos hábitos

6. Véase el apéndice.

tomados de los modales y costumbres del país en el cual todavía solo son vistos como extranjeros.

Tenemos razones para pensar que los residentes británicos mayores y más considerados sienten y lamentan la falta de un clérigo residente preparado formal y debidamente para asumir las tareas de su profesión, quien debería ostentar un grado de influencia personal, que derive de su carácter profesional, su cultura y su piedad. Ningún individuo de la corporación comercial (nos aventuramos incluso a afirmar que ningún esfuerzo consular en esta área espiritual del deber), puede ofrecer una atención regular al servicio religioso; porque en esos temas, todo empleado contable se considera tan experto como el cónsul, o cualquier otro lector laico de la Iglesia, a quien como clérigo no le prestará voluntariamente demasiada deferencia o atención, pese a que ese oficiante pueda ser distinguido por su elevado carácter, inteligencia en general, sinceridad religiosa y virtud personal.

Capítulo VIII

EL CLERO Y LOS ABOGADOS MÁS PRESTIGIADOS QUE LOS MÉDICOS O CIRUJANOS. LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS. EL ANFITEATRO ANATÓMICO. EL COLEGIO DE SAN FERNANDO. EL ESTADO DE LAS ESCUELAS Y LA PROFESIÓN MÉDICA EN LA COSTA Y EN LA SIERRA.

OBSERVACIONES GENERALES SOBRE LA EDUCACIÓN LIMEÑA

DURANTE LA VIGENCIA DE LA AUTORIDAD REAL EN EL PERÚ, los rangos militares solo se otorgaban a los hombres de sangre española; el honor de la Iglesia y los tribunales civiles de la magistratura eran especialmente protegidos por el Gobierno; y los deberes de esas elevadas profesiones recaían en individuos selectos de raza blanca o española. Si hubo excepciones en esta distribución tan parcial de privilegio, parecen haberse hecho en favor de unos cuantos aborígenes o personas indias, cuya sangre corre por las venas de algunas de las primeras familias del país actualmente.

El clero peruano siempre ha sido celoso de su oficio e investigaba la limpieza de sangre para ejercer su augusta autoridad con la misma severidad con que observaban la ortodoxia de su fe. Consideraban que cualquier tipo de mezcla que con la sangre africana suponía una especie de prueba de contaminación espiritual, y jamás soportaron que aquellos teñidos por ella se aproximaran al altar sino como oyentes o penitentes, nunca como ministros del templo. Podemos suponer que este exceso de parcialidad, por un lado, y rigurosa exclusión, por otra, se fundó originalmente en consideraciones de celo y desconfianza políticas; pero, sea como fuere, los efectos de esta línea de conducta son observables pese al liberalismo que se mantiene en circulación, pues

no encontramos ni un solo cura de padres negros ni zambos, mientras que en derecho la mayoría de profesores son de origen español.

La práctica de la medicina era considerada como la ocupación adecuada de aquellos que, aunque poseían ciertos logros clásicos, no tenían suficiente calidad para ocupar un lugar en las facultades más distinguidas de derecho y teología. Pero este orden de cosas admitía unas cuantas excepciones, pues, en la escoria de la profesión legal había algunos pardos intrusos, así como también en los estratos más altos de la facultad médica había un protomédico y unos cuantos médicos más de linaje u origen europeo. El grueso de la profesión, sin embargo, salía de entre las castas genuinamente negras u otras etíopes más o menos mezcladas, a las cuales como afirmaba Ayanque¹ en la página 43 de su celebrada sátira, titulada *Lima por dentro y por fuera*, se confiaba casi por entero el arte de curar en todas sus ramas, en especial la cirugía. Este ordenamiento, que entrañaba consecuencias de interés vital para la sociedad, probablemente provenía de las ideas erróneas alimentadas por los españoles sobre la profesión médica, la cual veían no tanto como una noble ciencia sino como una forma superior de artesanía. En efecto, no surgió de una indiferencia hacia sus propias vidas o su seguridad personal, pues no hay personas más cuidadosas de sí cuando están enfermas o más dispuestas a recurrir a la ayuda profesional, que los españoles de América del Sur. Una idea todavía prevaleciente hace referencia ciertos individuos de *la gente prieta*, es decir, los negros, quienes por razón de su carácter y constitución más vigorosa, están mejor dotados para el ejercicio de una profesión laboriosa y activa en el clima debilitante de Lima, donde, en épocas anteriores, los jóvenes de origen europeo que no ejercían ningún empleo público ni eran miembros de los organismos judiciales o eclesiásticos, tenían una aversión insuperable, que todavía no han corregido, a trabajar para ganarse el pan.

1. Se refiere al seudónimo Simón Ayanque utilizado por Esteban Terralla y Landa para publicar su obra en Madrid, en 1798. Los versos aludidos son: “Que la pública salud/ Está en manos de los negros,/ De los chinos, los mulatos,/ Y otros varios de este pelo” (*Lima por dentro y por fuera* 1798: 43. Disponible en: <<https://archive.org/details/limapordentroyf00landgoog>> (última consulta: 03/06/2016) (N. de la T.).

Pero dejando estos temas tal como los encontramos, daremos aquí un extracto de la famosa publicación titulada *Mercurio Peruano*, en la cual apreciaremos cuál era el estado antiguo de la medicina en el Perú:

En el siglo 16, el gusto dominante de nuestra nación estaba a favor de la Teología Escolástica, de la Filosofía de Aristóteles, y del Derecho Civil de los romanos. Así en la fundación de la Universidad de San Marcos, y en los tiempos sucesivos a ella, se erigió número competente de bien rentadas cátedras a cada una de aquellas facultades. Se establecieron además colegios para su enseñanza no solo en Lima, si[no] también en todas las ciudades principales del Reyno. Para Medicina se designaron dos cátedras, una de Prima, y otra de Vísperas, proveyéndose únicamente la primera en el Doctor Antonio Sánchez Renedo, pero no habiéndosele señalado sueldo alguno, con el doctor Renedo se acabaron las Cátedras y Catedráticos de Medicina. Por eso no es de extrañar que quando en 1637 se deliberaba sobre su restauración asegurase el doctor Huerta, que habían florecido un crecido número de doctores en Teología, Artes y Leyes, numerándose en aquel año más de ciento en Lima, en 70 años corridos desde la fundación de la Universidad, solo se habían conocido tres o quatro doctores médicos, que habiendo estudiado en otras partes, se incorporaron a ella.²

En esa misma época, el doctor Huerta, que era profesor de quechua, aseveraba que la fundación de cátedras de Medicina era inútil “[...] por ser constante que los indios curaban mejor que los médicos, sanando a los que estos habían desauiciado, y por haber muchos que por haber estado algún tiempo en los Hospitales de sola la experiencia que han tenido, curan muy acertadamente, sin ser Médicos, como Martín Sánchez y Juan Ximenes”.³

Supongamos, por la fecha del hecho aquí expuesto, que la época del empirismo ha terminado, pues ahora, en el siglo XIX, tenemos asistentes de hospital que adoptan el carácter de médicos instruidos, y son empleados como tales, aunque no faltan calurosos defensores, entre las

2. Unanue 1793b, vol. 7, n.º 220: 98-99 (N. de la T.).

3. Ibíd., n.º 219: 97 (N. de la T.).

personas más opulentas y mejor informadas de Lima, de la habilidad y superioridad de la famosa curandera o doctora, la señora Dorotea, sobre los doctores de la Universidad.

Antes de que en Lima se abriera el anfiteatro anatómico, en 1792, el estudio del arte de curar continuó muy descuidado, como nos ha informado el fundador de este colegio, quien, después de algunas declaraciones acerca del tema,⁴ señaló que, con respecto a la enseñanza de la Medicina, en el Real Seminario, existía una falta de instrucción pública, y, además, no habían colegios que pudieran suplir tal deficiencia. Esta falta de mejoras en cuanto a la profesión médica había ocasionado un gran perjuicio para la salud pública. Algunos años después de que se organizara el anfiteatro anatómico o escuela práctica de anatomía, su fundador fue ascendido a director del Protomedicato General en el Perú, y deseoso de hacer avanzar la ciencia médica entre sus paisanos, logró que el gobierno virreinal estableciera un colegio de medicina y cirugía en Lima como seminario médico independiente, dedicado a San Fernando, en honor de su augusto soberano, Fernando VII de España.⁵ Este colegio, según nos informa uno de sus primeros estudiantes, fue establecido en 1809 y en él se proveyeron adecuadamente las diferentes cátedras. Allí había un profesor de química, pero todavía no se había abierto un curso experimental debido a la falta de aparatos adecuados, y un profesor de botánica, que realmente daba algunas lecciones prácticas mientras caminaba con sus estudiantes en los vecinos *potreros* o pastizales. Había también profesores de la práctica de la medicina y la cirugía, etc., cuyos planes de estudios se adecuaban al estilo de los colegios europeos. Pero, cuando iban avanzando estas mejoras, llegó la revolución, a hacer el mal para que venga el bien,⁶ y entonces todas las bellas esperanzas del colegio de San Fernando quedaron tronchadas en flor.

4. Véase Baquijano y Carrillo 1791, *Mercurio Peruano*, vol. 2, n.º 53: 160-167; Unanue 1793b, vol. 7, n.º 218: 181-182 (N. de la T.).

5. Unanue 1815: 313.

6. Frase basada en Romanos 3: 8 (*Nuevo Testamento, Biblia de Jerusalén* 1976: 215) (N. de la T.).

Este seminario, que hoy en día, bajo la sombra del expansivo árbol de la libertad, representa el árbol del conocimiento despojado de su verdor y bella promesa, en el que se espera que dentro de poco se pueda injertar la ciencia, se encuentra, en su actual ruinosa condición, bajo el rectorado nominal de uno de los primeros y más ilustres de los discípulos educados en dicho colegio, el doctor don Cayetano Heredia, un caballero que asumió una porción no pequeña de ese amor por el conocimiento y el deseo de divulgarlo que tan eminentemente distinguió al elocuente fundador, don Hipólito Unanue.

Podemos señalar, brevemente, que en el periodo en que la revolución estalló en Lima, había en la profesión médica hombres de excelente cultura clásica, muy versados en la literatura médica, y las valiosas bibliotecas que algunos de ellos han dejado quedarían— solo si las perdonaran las destructivas polillas del país— como monumentos de su erudición profesional. Entre los médicos jóvenes de la capital hay menos conocimiento antiguo, pero una mayor familiaridad con los autores modernos, especialmente con las obras francesas, que se importan muy libremente, y lo mismo se puede decir de la revolución que tan recientemente alteró la forma antigua de gobierno, que ha abierto nuevas fuentes de conocimiento profesional y mejora en la práctica profesional médica.

No obstante, actualmente, apenas los jóvenes adquieren los rudimentos del conocimiento médico son llevados a toda prisa al ejército, sin haber disfrutado nunca de la ventaja de una educación sistemática inicial. Al ser empujados a la práctica de este modo, se ha de temer que muchos se contentarán con revisar unos cuantos manuales o formularios, y nunca llegarán a tener una visión completa de su profesión. Pero el cirujano militar tiene amplias oportunidades de usar la cuchilla, y la cirugía ha mejorado mucho en el Perú, donde hasta hace poco, los principios básicos de esta rama de la profesión no se comprendían bien. La farmacia de Lima consistía, principalmente, en hierbas y sustancias elementales, hasta que se abrieron los establecimientos de boticarios ingleses y franceses y proporcionaron al público los mejores remedios, que pronto fueron aprobados y recomendados por aquellos médicos del país que adoptaron una práctica más activa que la de sus predecesores. En el día de hoy, casi todos los médicos del país de cierta nota ordenan sus prescripciones de los boticarios franceses.

Esto nos lleva a mencionar que, en las famosas memorias del general [Guillermo] Miller, hay un vívido relato sobre los médicos itinerantes de la tribu aborigen de los callavayas o yungueños, de quienes se dice que, cargados de cortezas, bálsamos y hierbas, migran periódicamente desde los alrededores de La Paz, y “atravesan las montañas del Perú, Quito y Chile, y las Pampas de Buenos Aires, ejerciendo su profesión médica hereditaria en cualquier parte donde reclaman su asistencia, en una extensión de quinientas o seiscientas leguas”.⁷ Siempre hay demanda de algunas hierbas medicinales recolectadas en las montañas y en los valles pues estas constituyen el ingrediente principal de la medicina doméstica de aquellos que habitan los pueblos del interior del Perú; pero, a medida que el surtido francés e inglés de medicina se ha vuelto recientemente más corriente, los callavayas han dejado de visitar aquellas partes del país que conocemos. Sin embargo, todavía se pueden encontrar una serie de curanderos, generalmente hombres de razas oscuras y mestizas, en toda ciudad y pueblos de tráfico o de importancia general, quienes subsisten gracias a la credulidad del género humano, y son distinguidos adecuadamente con el nombre de *matasanos*.

No se han adoptado, aún, medidas efectivas para reprimir los abusos flagrantes de los *matasanos*, que infestan los pueblos serranos del Perú, donde, lamentablemente, incluso el médico formal es una especie de extorsionador público, pues, convencido de que el precio de sus servicios nunca ha de pagarse después de que el dolor y la sensación de peligro hayan abandonado al enfermo, está acostumbrado a regatear y retener el remedio hasta asegurar primero sus honorarios, y el regateo se lleva al máximo, cuando se sabe que el cliente es rico y cree que su vida está en peligro. En consideración a la miseria de la atención médica del interior de la República, y el mal clamoroso que significa para la colectividad, se sugirió al legítimo gobierno, en el año de 1835, que cada prefectura de la República enviara un cierto número de discípulos para ser educados por cuenta del erario público,

7. *Memorias del General Guillermo Miller* 1910, vol. 2: 214. Disponible en: <<http://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=398129>> (última consulta: 06/06/2016) (N. de la T.).

al colegio médico de Lima, y que después de que estos jóvenes hubieran terminado sus estudios, y se comprobara que estaban debidamente calificados para ejercer la profesión médica, debían volver a sus respectivas provincias. Esta propuesta probablemente se habría realizado, si la situación del país hubiese sido otra; y, obviamente, con esa medida, pueblos y distritos de varios miles de habitantes, mediante la contribución de una suma promedio anual de solo unos cuantos reales por persona, hubieran podido obtener un médico asalariado procedente de su propia población india o mestiza, apto en todo sentido para pasar el tiempo útil y agradablemente entre sus cerros nativos. Sin embargo, como están las cosas, es casi imposible, incluso con un gran gasto para cada individuo, procurar una atención médica adecuada en el momento necesario, pues el clima variable y la temperatura de la sierra que cambia de la montaña a la quebrada, y con frecuencia de una legua a la siguiente, es peculiarmente desfavorable y poco agradable para la constitución y los hábitos de los caballeros médicos de la costa (entre los que hay hombres sumamente respetables y capaces), quienes, por lo general, son de castas de diversos estratos, desde el negro pasando por todos los matices de este color hasta el blanco o europeo. Por ello, no debemos sorprendernos de la reluctancia de estos individuos a asumir la práctica de la medicina o a exponerse a las privaciones en las regiones frías del interior. Pero la gente de la sierra, al no tener profesores de medicina propios, solo puede depender de la capital y de la costa (donde no hay escasez de médicos ni locales ni foráneos) para proveerse de médicos y cirujanos educados formalmente y que se encuentran de vez en cuando en el interior, e incluso estos no siempre están fijos en un pueblo o provincia, sino que con frecuencia viajan de aquí para allá tal como su interés o inclinación les dicta. No obstante, sea que estén establecidos de forma permanente en una localidad o no, generalmente ocurre que cuando se llama a un doctor de la sierra para atender a un paciente, este se levanta de la mesa de juego de naipes o dados, y el tipo de receta que da para curar al enfermo dependerá del estado mental que el jugador experimente en ese momento.

Luego de analizar el estado de las escuelas de medicina y la práctica médica, es de esperar que ahora abordemos el tema de la escuela y la educación en general.

Las pequeñas escuelas, para aprender a leer según el sistema lancasteriano, son muy comunes en la capital, y no son desconocidas en las ciudades provincianas y serranas, y todos (creemos que todos) los niños blancos aprenden a leer y escribir. La Biblia, en la traducción de Scio,⁸ vendida abiertamente por los libreros, es leída por las personas en lengua española, pero no existe un *Mr. Wood*⁹ que tome como base las sagradas escrituras para la instrucción de sus estudiantes.

Cerca de la biblioteca pública de la iglesia de San Pedro, que contiene una colección grande y valiosa de libros, hay una academia de latín, la cual estaba destinada a ser un gran colegio nacional después de la declaración de la independencia, pero creemos que ahora no se encuentra en un estado floreciente. Asimismo, los colegios de San Carlos y Santo Toribio han decaído con la perturbadora influencia de una serie de revoluciones y gobiernos mal llamados patrióticos, que son muy hostiles a la ciencia, aunque según un principio diferente, durante oscuro dominio de la Inquisición bajo el cetro de la antigua España.

Al inicio del siglo XIX, tal como había ocurrido en el siglo XVI, el gusto de los nativos se inclinaba a la teología escolástica, a la filosofía aristotélica y al derecho romano. Heineccius¹⁰ todavía mantiene su autoridad en los claustros de los colegios limeños, que, con frecuencia, están desiertos por falta de fondos para su sostenimiento: ¡uno de los tantos males resultantes de las frecuentes conmociones políticas!

8. Se refiere a la traducción publicada en por el padre Felipe de Scío de San Miguel (1738-1796) que se publicó en España, entre 1790 y 1793, con autorización de la Iglesia católica (N. de la T.).

9. El comisario John Wood, el generoso y filantrópico maestro de la Sessional School de Edimburgo. [Más información sobre Wood se encuentra disponible en: <<http://www.ed.ac.uk/education/about-us/maps-estates-history/history/john-wood>> (última consulta: 10/04/2016) (N. de la T.)].

10. Johann Gottlieb Heinecke (Juan Heinecio, latinizado Johannes Heineccius (1681-1741) jurista alemán, cuyas obras fueron traducidas al castellano por Luis de Collantes y Bustamante y Mariano Lucas Garrido [Pérez Godoy 2015 n.º 37: 453-474. Disponible en: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-54552015000100017&lng=es&nrm=iso>; <<http://dx.doi.org/10.4067/S0716-54552015000100017>> (última consulta: 19/06/2016)] (N. de la T.).

Lamentablemente, hace mucho tiempo que en estos seminarios de enseñanza, apenas son frecuentados por algún estudiante, excepto aquellos que son enviados de provincias lejanas, o que no están asociados a los hábitos indulgentes y relajados de la juventud limeña. En efecto, la expresión *buen colegial* es proverbial en todo el Perú como peculiarmente apta para los jóvenes caballeros dedicados a la galantería o para los que, visiblemente, se cuidan más de los amoríos que de las lecciones.

Hace unos cuantos años, una nueva escuela de derecho y filosofía fue iniciada en Lima por don José Joaquín de Mora, quien por un tiempo dictó clases y también publicó un libro de texto sobre filosofía escocesa que enseñó con solvencia.

De este modo, el señor Mora, originario de España, ha abierto en Perú y Bolivia nuevos campos de investigación en las áreas de la metafísica y la ciencia de la ética. En su condición de civil, este individuo infatigable ha adquirido, en tales países, una fama duradera. Sin embargo, la bendición de una instrucción bien encaminada está confinada a muy pocos, y las clases inferiores de raza oscura, así como los sectores indios del pueblo peruano, rara vez tienen cierta educación, excepto aquella que necesariamente obtienen en el intercambio corriente entre los hombres, sin mediar las letras, y en el cumplimiento habitual de las tareas comunes de la vida, para el ejercicio de las cuales, como principal objeto, debería la educación preparar al individuo, de manera que lo adecuó para desempeñar su papel en la sociedad con dignidad y utilidad, convirtiéndose en un ser de naturaleza inmortal.

Pero, no es necesario señalar que en Lima lo decorativo toma precedencia sobre lo útil, porque el principal objetivo de la educación es preparar a los jóvenes para agradar en sociedad, con destrezas tales como la música, la danza y el juego, y con solo un conocimiento muy superficial de asuntos más sólidos. De lo ya expuesto en páginas anteriores, puede inferirse que, especialmente, la educación femenina es del tipo a que nos hemos referido, aunque entre el sexo femenino existe una gran abundancia de talento excelente, que, si se encaminara adecuadamente, no dejaría de ser productivo para los mejores fines sociales.

Sin embargo, no es nuestro propósito especular sobre planes de educación pública, o indicar lo que podría ser llamado la filosofía de

la educación, en el secreto de la cual un amigo inglés, padre de cuatro niños bien criados, ha penetrado muy bien, cuando aconseja como un *sine qua non* de una buena educación, la obediencia absoluta desde el inicio de la vida siguiendo un buen ejemplo. Pensamos que los detalles de la moral general, incluidos en este libro, están bien pensados para mostrar cuán poca filosofía hay en el estilo actual de educar a la juventud en el Perú, y en Lima, en particular, pues la indulgencia inicial toma el lugar de la obediencia y la influencia del ejemplo no es siempre la mejor: no obstante en suma, cuando no hay luchas civiles, están satisfechos de sí mismos,

*And eat, and sing, and dance away their time
Fresh as their groves, and happy as their clime*
[Y comen, y cantan, y pasan el tiempo bailando,
Frescos como sus arboledas, y felices como su clima].¹¹

-
11. Homero debe de haber visitado Lima, sea física o mentalmente, cuando escribió esos bellos versos que tan precisamente la describen, y fueron traducidos por Pope: “*Stern winter smiles on that auspicious clime,/ The fields are florid with unfading prime/ From the bleak pole no winds inclement blow,/ Mould the round hail, or flake the fleecy snow;/ But from the breezy deep the blest inhale/ The fragrant murmurs of the western gale.*” (El grave invierno sonríe en ese clima feliz. Los campos florecen en una primavera indeleble. Del crudo polo no soplan los vientos inclementes, ni se forma redondo el granizo ni cae la nieve afelpada, sino que los bienaventurados respiran de la brisa la hondura), *Odisea*, libro 4, vol. 1: 767. [Se trata de una traducción rimada que no traduce literalmente el original griego. En castellano, el pasaje correspondiente es: “al Olimpo, donde dicen que está la morada siempre segura de los dioses, pues Allí jamás hay nieve, ni invierno largo, ni lluvia, sino que el océano manda siempre las brisas del Céfito, de sonoro soplo, para dar a los hombres más frescura”. Traducción de José Luis Calvo Martínez. Disponible en: <<http://www.apocatastasis.com/odisea-homero.php>> (última consulta: 06/06/ 2016) (N. de la T.).

Capítulo IX

LOS CARACTERES GENERALES DE LA SIERRA. LOS CAMINOS. SAN MATEO. UN CURATO EN LA SIERRA. EMPRESA DE UN CLÉRIGO OCUPADO EN EL TRÁFICO INTERNO. LA VIDA PASTORAL DE LOS INDIOS. LAS ANTIGUAS RUINAS. EL CAMINO REAL DE LOS INCAS. TARMA, UNA BELLA CIUDAD SERRANA. LOS DIVERSOS TIPOS DE PUENTES. LA Balsa o canoa de juncos. LOS ANTIGUOS ACUEDUCTOS Y ANDENES DE LOS ABORÍGENES. LAS EDIFICACIONES PAGANAS ENTRE LAS ROCAS CERCA DE LA COSTA. LOS TEMPLOS DE LOS ANTIGUOS ADORADORES DEL SOL DEL PAÍS

EL ESPACIO ENCERRADO ENTRE LAS GIGANTESCAS estribaciones de la cordillera oriental y occidental, es decir, la gran cadena de montañas frías de los Andes, está ocupado por numerosas mesetas que producen un pasto bueno y corto y un extenso pastizal escarpado muy parecido, en general, a las tierras altas de Escocia (*Highlands*); aunque desprovistas de brezales, sobre esta superficie muy irregular se intercalan lagunas y ríos, y valles agrícolas profundos y cálidos, en el fondo de los cuales crecen los frutos más ricos de la costa, mientras que las cumbres de los cerros que se elevan desde allí y cercan estos fértiles valles, están expuestas a la violencia de las tempestades de las regiones elevadas de fría aridez.

Desde una de estas quebradas, donde alguna vez residimos durante un tiempo, al salir de la casa, en cuya entrada había un limonero siempre florido y repleto de frutos, en dos o tres horas llegábamos a los escarpados peñascos y picos de la cordillera oriental.

El trazo del camino desde la costa occidental a los Andes centrales del Perú pasa por estrechas quebradas, que a veces se contraen en meros barrancos, bordeados por altos cerros o rocas prodigiosas que

los cierran abruptamente. El viajero camina así durante días, dejando atrás un cerro para encontrar otro que se levanta ante él, pero nunca llega a ese punto ideal desde donde pueda dominar una vista de costa a costa,

*Where Andes, giant of the western star,
Looks from his throne of clouds o'er half the world*
(“donde Andes, gigante de la estrella occidental,
mira desde su trono de nubes la mitad del mundo”).¹

Las montañas más altas de Gran Bretaña, tales como Ben-Nevis (1345 msnm) o Cruachan (1126 msnm),² deben parecer muy diminutas, al compararse con los Andes, cuya misma vastedad y extensión impiden cualquier vista del sol poniéndose bajo las olas del Pacífico desde las regiones interiores, y cuya magnitud limita la rápida vista de los macizos de montañas con sus valles que van a formar una estupenda mole de diversa forma, producción y clima.

Muchos de los caminos de la sierra, a medida que se alejan del fondo de los valles y ascienden, en forma más o menos espiral, por la faz de formidables cuestras, parecen tener su origen en la época quechua, cuando la llama era la única bestia de carga en el país. Dichos animales, al igual que sus dueños indígenas, disfrutaban mucho del frío de la sierra; pero si van cargadas por el camino no se debe apresurar ni interrumpir su lento y majestuoso andar, ni tampoco se debe incrementar la carga más de lo que pueden tolerar, la cual rara vez supera 70 u 80 libras para una marcha larga. El indio comprende su modo y las gobierna con suavidad. Como las llamas no son empleadas para realizar marchas forzadas y solo cubren tramos cortos de tres o cuatro leguas diarias; los senderos que pasan por los pastizales son los más adecuados para ellas. Por ello, los antiguos habitantes del país pueden

-
1. Thomas Campbell, “The pleasures of hope” *The poetical works of Thomas Campbell* 1845: 29. Disponible en: <Archives.org> (última consulta: 09/02/2016) (N. de la T.).
 2. Cruachan, la montaña más lejada en Argelyshire, es muy famosa entre los turistas de Escocia.

haber considerado esto como razón suficiente para apartarse de un sendero árido, aunque menos elevado o empinado, y subir a alturas que ofrecen una temperatura agradable y cierto forraje para las compañeras autóctonas de su labor.

Cuando una persona tiene ocasión de pasar por estos caminos estrechos y fatigantes es necesario que se mantenga alerta para evitar un choque con algún jinete o acémila que venga en dirección contraria, pues existen lugares donde es realmente imposible que pasen los dos a la vez, y, por tanto, se corre el riesgo de que al encontrarse con un animal impaciente o un jinete descuidado, uno de ellos sea precipitado por el borde y consignado a los cóndores y aguiluchos que anidan en los precipicios y en las grietas oscuras de los peñascos.

Esos pasos peligrosos son tan reducidos en ciertos puntos que el estribo del arriero se ve pendiendo sobre la espumosa corriente o proyectado sobre el borde del precipicio más hondo; y cada sendero se vuelve más formidable por los ángulos abruptos y las protecciones inseguras sin parapetos que se construyen a toda prisa cuando una torrentada repentina irrumpe desde la hondonada de un cerro, o las grandes rocas que ruedan desde lo alto las cuales rajan el camino de modo que resulta intransitable por un tiempo.

Cada cierto tramo en la roca viva, hay también muchas cuestras o pendientes empinadas con escalones labrados toscamente. Al lado del camino, en las tediosas cuestras de varias leguas de largo, se han labrado en muchos casos rellanos en el lado más alto del camino, los cuales sirven a los transeúntes para esperar a que pasen los que vienen en dirección contraria, o donde los arrieros se detienen para asegurar la carga y ajustar los lazos de sus animales. Pero cuando sobresale del camino un peñasco o el promontorio de un cerro por el lado más bajo, es decir hacia el precipicio, dejando un cierto espacio plano para un lugar de descanso, entonces este se amuralla toscamente con fragmentos de piedra grandes y con los más pequeños que se encuentran a mano, dando la idea de una fortaleza ruda, pero imponente.

En el año de 1834, pasamos por la famosa cuesta de San Mateo, en el camino de Lima a Tarma y no pudimos sino maravillarnos de cómo, sin ningún accidente grave, la caballería de un ejército destinado a

celebrar el “fraternal abrazo de Muquinyauyo”³ había logrado pasar por la misma ruta unos cuantos meses antes. En aquel entonces, el sendero y los escalones estaban todavía húmedos y resbalosos por las lluvias ocasionales; y lamentablemente, la zona más baja del camino, es decir, la ruta del correo, se hallaba impracticable, debido a la destrucción de uno de los puentes rústicos que normalmente cruzan el río o corriente que pasa por el fondo de la quebrada llena de peñas, a través de la cual se ha abierto un camino arriero, y por donde las aguas corren rápidas espumeantes y rugientes en la época de las fuertes lluvias de la sierra. Durante lo más intenso de la estación lluviosa en la sierra y las altiplanicies, esta corriente, como muchos otros impetuosos torrentes, lleva consigo en su curso un gran número de piedras rodantes cuyo ruido atronador se eleva por encima del rugido de las aguas blancas rechazadas y repelidas incesantemente por los fragmentos de roca que casi atascan el estrecho canal, el cual está bordeado por peñascos inmensos los cuales parecen haber sido separados por la fuerza o rotos para que baje la masa concentrada y unida de riachuelos provenientes de muchas montañas nevadas, lagos y ciénagas de montaña.

El cerro por el cual pasa el camino de la Cuesta, el cual se eleva por la faz de la ladera que sube dominando esta parte de la corriente, es de por sí una mole enorme; sin embargo, al frente se puede contemplar una montaña individual de gran altitud y singular magnificencia: un cerro bordeado de verdor y coronado de nieve, desde la cumbre de la Cuesta, donde el viajero, cansado de la subida, se siente invitado a recuperar el aliento y mira a su alrededor desde la cruz plantada aquí, como sucede, casi siempre, en cualquier situación similar, por los devotos entre los naturales, que gustan de adornar este emblema de su fe con guirnaldas de flores frescas y fragantes. Pero desde la mejor ruta, la cual serpentea el río que pasa más abajo no se ve nada de esta suerte, pues aquí los cerros de cada lado bajan hacia sus escarpados fundamentos hasta que se acercan tanto que ocultan la corriente.

3. Con este abrazo, las tropas victoriosas del general Bermúdez abandonaron su causa y terminaron de inmediato con las hostilidades al cambiar de bando y declararse soldados de Orbegoso y la República; lo que ratificaron abrazando a los soldados que huían el día de la batalla.

Aquí, el jinete puede estirar el cuello para mirar adelante, pero su ojo solo encuentra, además de la franja del cielo, enredaderas de plantas colgantes y carnosas que trepan por las cornisas, y, de vez en cuando, a un enamorado de las flores, el *picaflor* o colibrí, mientras abanica graciosamente con alas trémulas los capullos abiertos que le dan un delicado alimento y pasatiempo.

Estos bosques de San Mateo nos recuerdan forzosamente los bosquecillos de Glencoe, célebres en la historia escocesa,⁴ y, mientras pasábamos por ellos, pensamos en el bardo de Cona [Ossian] quien, en honor a la esfera que antaño adoraron los peruanos, cantó con sublimidad y pasión conmovedoras:

O thou that rollest above, round as the shield of my fathers! Whence are thy beams, O sun! thy everlasting light! Thou comest forth in thy awful beauty; the stars hide themselves in the sky; the moon, cold and pale, sinks in the western wave; but thou thyself movest alone. Who can be a companion of thy course?

(Oh, tú que ruedas en lo alto, redondo como el escudo de mis padres, ¿dónde están tus rayos, ¡oh, Sol!, tu luz perenne? Vienes con tu terrible belleza, las estrellas se esconden en el cielo; la luna fría y pálida, se hunde en las olas de occidente, pero tú te mueves solo. ¿Quién puede acompañar tu camino?).⁵

La aguilera del indio en la cumbre de alguna montaña empinada y lejana (rara vez visitada por el hombre blanco, con excepción del cura) puede fácilmente pasar desapercibida por el foráneo que tenga ocasión de andar por los caminos ordinarios de cualquiera de las principales quebradas y valles de la sierra. Puede que nunca sospeche de su existencia hasta que un día se encuentre con un indio de paso rápido, seguido inmediatamente por una persona que cabalga una mula elegante bien pertrechada, cuyos arneses están llenos de ornamentos de plata.

4. Probablemente, se refiere al episodio de la masacre de Glencoe ocurrido el 13 de febrero de 1692 durante la Gloriosa Revolución (N. de la T.).

5. James Macpherson, "Carthon", *The Poems of Ossian*. Disponible en: <<http://www.sacred-texts.com/neu/ossian/oss13.htm>> (última consulta: 06/06/2016) (N. de la T.).

Probablemente, este jinete, que se sienta cómodamente en una silla del país con un rico *pellón*, lleve un sombrero de ala ancha, con un bonete de seda negra que se distingue alrededor de las orejas y la frente; un par de ponchos muy decorados y ribeteados; unos calcetines negros o pardos de abrigadora lana de vicuña; y el taco de un pequeño zapato, medio oculto en un tosco y costoso estribo que, aunque hecho de madera, está armado de una espuela de plata prodigiosamente desproporcionada, con una gran ruedecilla tintineante, utilizada para mantener a su noble animal consciente de que solo es el heraldo de la muerte y de que carga en su lomo al guardián de la conciencia del pecador.

Este ministro de paz para el doliente, se apresura a salvar el alma de algún cristiano agonizante, cuya morada, como la del halcón, domina el camino ordinario de los viajeros, y la cual, cuando la divisa alguien que se encuentra debajo, parece estar, en efecto, en el punto terrestre más elevado entre el suelo, donde está el observador, y ese cielo al que —según se cree—emprenderá su vuelo inmortal el ansioso y temeroso espíritu del indio moribundo, para lo que solo espera la absolución y bendición del cura. Aquí hay que señalar que en los remotos curatos de la sierra no se ven frailes, como en la costa o climas más suaves, cuyo deber en un alto grado, es ayudar al cristiano a morir bien, donde sea que moren, y velar al pie de su lecho, y exhortarlo y confortarlo, mientras el crucifijo y el cirio están siempre ante sus ojos, y el aliento de vida a punto de abandonar su envoltura animal. Pero, privado de estos auxilios, y con la apariencia que hemos descrito, el cura o el cura inter, cuya vocación lo convierte en la persona más influyente y el único consuelo espiritual en un pueblo indio, hace su rápido camino por la montaña y el barranco, las quebradas y el peligroso sendero, en un medio selecto cuyos movimientos son tan suaves que nunca preocupan al jinete. La mula parece no hacer ningún esfuerzo, aunque deja atrás a las bestias ordinarias de su especie en una jornada, y sube la *cuesta* de tres o cuatro leguas sin detenerse ni una vez a recuperar el aliento, y nuevamente desciende de la misma forma sin perder el trote ni el *paso llano*, el mejor de todos los pasos de marcha, y, a la vez, sus pezuñas macizas y perfectamente curvadas, no necesitan herraduras para suelo, duro o blando, ni en invierno ni en verano, lo que no es de poco mérito donde no se encuentran herradores de caballo.

Los curas de la *sierra*, en un lóbrego distrito pastoral o en una remota localidad india con un clima apto para los cereales, son hombres de cuarenta años, generalmente muy desgastados físicamente. A uno de estos caballeros, para quien dicha estancia es irritante, se le ve leer de largo durante semanas, simplemente para matar el tiempo; ya añora la *tertulia* más refinada a la que no fue ajeno alguna vez; ya se marcha, movido por un impulso repentino, al pueblo más cercano de habitantes blancos, donde disfruta de un clima más placentero y compañía más grata. No es raro que acuda a un *pueblo* minero, con el pretexto de vender los frutos de su *primicia* de grano, etc., lo cual, de seguro, hace con un propósito, pues de diez a uno que acabará apostando con los extravagantes mineros día y noche, hasta que el producto de su primicia se esfume; y el pobre cura vuelva a su triste parroquia cargado de deudas que no puede pagar en seis meses, aun si su curato estuviese avaluado en 4000 o 5000 pesos anuales; aunque, con frecuencia, ocurre que el ingreso es mucho menor. En su curato serrano, donde soporta periodos de aburrimiento y ayunos frecuentes y largos, que debilitan y quebrantan la mejor constitución (pues antes de que pueda llegar a una iglesia lejana y decir misa, a menudo, ya ha transcurrido buena parte del día),⁶ se queja de sentirse en el exilio, y, para su descontento, termina buscando refugio en varias indulgencias que sobrepasan la barrera de la abnegación y lo sumen en las fronteras de esa oscuridad moral que ha sido enviado a iluminar.

Aquí, como en ninguna parte del país, el cura siente las desventajas del celibato involuntario. Para tales prohibiciones canónicas, usualmente, busca compensación en la poco agradable sociedad de una *sobrina* favorita, cuya amabilidad depende de una precaria amistad y cuya fingida complacencia: “hardens a’ within, And petrifies the feeling!” (“endurece todo dentro/ ¡Y petrifica el sentimiento!”).⁷

6. El día en que el cura presta servicios religiosos desayuna después de la misa.

7. Los versos de “Epistle to a Young friend” (1786), de Robert Burns, le advierten al joven del “amor ilícito”. Disponible en: <<http://www.robertburns.org/works/109.shtml>> (última consulta: 06/06/) (N. de la T.).

Aunque lamentamos los males que de este modo acarrear al cura la costumbre establecida y la política romanista⁸ de las órdenes sagradas, nos complace asegurar a nuestros lectores que, de los curas dispersos en la sierra de este país poco habitado, el foráneo y el viajero siempre pueden estar seguros de encontrar la mayor amabilidad y hospitalidad. Además, para ilustrar el carácter moral y el aspecto físico de la sierra, mencionaremos que una vez, cuando viajábamos por el interior, tuvimos la buena suerte de encontrar a un caballero cura, cuya energía mental no estaba sometida por la lobreguez de su residencia en Cauri, un pueblo de la puna de aspecto frío y estremecedor. Esta persona activa y animosa nos encontró cuando atravesábamos el famoso camino de los incas, en las alturas de Huamalíes, y bajamos juntos al pueblo de Jesús, a solo a unas leguas de distancia; sin embargo, antes de que llegáramos a ese punto, su bonita mula comenzó a resbalar, se tambaleó después y perdió de inmediato toda la movilidad de sus patas traseras, como si tuviera un ataque de parálisis. Fue desensillada y al instante el animal se echó en el suelo, se hinchó rápidamente, luchó y gimió, y, en menos de media hora, murió.

El cura, que en esta ocasión demostró no carecer de conocimientos prácticos de herrería, se sintió como quien ha perdido a un compañero apreciado y seguro. Sin embargo, aceptó pronto el infortunio que no tenía el poder de remediar, y ordenó a su paje indio que fuera montaña abajo (después de haber amarrado la silla y los arreos de su animal favorito, abandonado ya a los hambrientos cóndores, en el lomo de la mula de carga que iba delante de nosotros); el jovial cura montó el pequeño caballito del indio, y llegamos a salvo a nuestro destino temprano por la tarde. El ganado —incluso el de montar— estaba en pastizales alejados, y el cura no pudo proveerse de otra mula antes de la mañana siguiente. Por tanto, pasamos la noche agradablemente bajo el mismo techo, donde había un bonito ratón blanco enjaulado y guardado como remedio y amuleto precioso contra todas las enfermedades;

8. Decimos “política romanista” porque, en este punto, el precepto de San Pablo es: *Quod si non se continent nubant* [“Pero si no pueden contenerse, que se casen”] (Corintios 7:9, *Nuevo Testamento, Biblia de Jerusalén* 1976: 237).

se supone que este tímido animal posee un poder mágico muy apreciado por estos pobres montañeses, pues no cuentan con cirujanos ni médicos. Al pueblo de Jesús llegamos en la estación seca, las pampas cercanas tenían un aspecto marchito y raquítrico, y no había cosechas en el campo —ni siquiera la ordinaria cosecha de papas, que, en realidad, es la única, y que, debido a la helada, puede tener buenos o malos años—. Pero, durante la estación lluviosa, cuando no se conoce la helada en las quebradas hondas ni en las remotas alturas cultivables ni en las laderas del campo serrano —donde se aprecia que detrás de las casas más elevadas existen terrenos aún más altos—, los indios, que cultivan cada uno una parcela de tierra, llevan todo su ganado a los pastos más lejanos del extenso común, porque no pueden permitir que se alimenten cerca de sus casas y cultivos los cuales carecen de cercos adecuados.

En buena parte, los indios y los curas tienen intereses muy opuestos que defender en los asuntos mundanos, y con frecuencia se les ve disputando por conseguir lo que quieren cuando arreglan el negocio de las primicias (pues los diezmos son recaudados por el Estado), matrimonios, entierros y festividades religiosas, estas últimas están estrechamente entrelazadas en todo el sistema social del país. Tales disputas tienden a rebajar la respetabilidad y la sacralidad de la debida reputación sacerdotal, y no faltan ejemplos de indios que llevan su mala voluntad hasta el extremo de desear vengarse de su padre espiritual de una manera taimada.

En una famosa ocasión, los indios de Huamantanga, pueblo situado en la vertiente occidental de los Andes, y no muy lejos de la capital, aseguraron a su cura que en una aldea situada en la cumbre de un cerro lejano había un hombre agonizando; de modo que si el cura no se apresuraba en asistirlo, moriría irremediamente sin la confesión. El cura replicó: “¿Pero cómo voy a llegar a atenderlo? No hay mulas a mano, y todas están lejos en el común”. Un indio rápidamente le contestó: “Iré a traerle una”. Pero el cura sabía que en esta época, debido a las grandes cosechas, no había mulas cerca. Por tanto, comenzó a sospechar de la buena fe de los que lo rodeaban, pues era viejo y tenía experiencia de la disposición perversa y astuta de los indios; no obstante, cuando el hombre llegó con una mula de buena planta,

reprimió estos sentimientos y preguntó si el animal estaba acostumbrado a ser cabalgado por un cura: “¿Sabe la mula de cura?”. “La mula es buena. —replicó el indio. “Sí —dijo el cura—, pero vamos a ver si sabe llevar a un cura”. Entonces se sacó el hábito y vistió al indio con él y cuando hizo al astuto pillo montar en la bestia, esta se encabritó, pateó y se sacudió violentamente hasta lanzarlo al suelo. Al taimado aldeano, atrapado ahora en su propia trampa, el eclesiástico le dijo de buen humor: “Sientes, hombre, que aunque la mula es buena, no sabe nada de curas, y pues, no hay más alternativa o tu amigo sobrevive a su presente enfermedad o se va a la tumba sin confesión”. Pero no se fue a la tumba en esta ocasión, pues todo había sido preparado como una trampa con la que embrollar al cura para perjudicarlo o destruirlo. Sin embargo, hasta donde pudimos apreciar, nuestro alegre amigo de Jesús era un individuo muy sano y no tuvo nada que temer de la mula que le trajeron a la mañana siguiente para su servicio.

Este caballero tenía muchas ocupaciones además de los deberes profesionales habituales de decir misa, confesar y absolver de los pecados. Proveía a su pueblo de una bebida de malta, de la cual era el único fabricante, y ellos, los principales consumidores. Consideraba con orgullo el descubrimiento (cuyo secreto compartían algunos de sus vecinos) de que el ardiente licor pudiera fabricarse de cebada, cultivada en los cerros a un costo relativamente bajo para el agricultor, mientras que el licor de caña de azúcar o *aguardiente* común, extraído con la ayuda de alambiques de cobre o, peor aún, con destiladores de barro en la sierra, no era superior a aquel. Por otra parte, el *pisco* o *Italia* de sabor más refinado, proveniente del zumo fermentado de la uva, solo podía conseguirse en la costa, y con un gran costo del flete terrestre. Por tanto, esperaba superar con su bebida de malta el consumo del ron de caña, llamado *aguardiente* o *aguardiente de caña*, porque este, a veces, era muy caro y malo. Ello no se debía a la calidad del jugo de caña, como algunos habitantes imaginaban, sino al defectuoso método de destilación empleado por la gente pobre que compraba a los cultivadores de caña las melazas y la llamada *chancaca* (azúcar rubia sin refinar amasada en pequeños panes), con el propósito de convertirlas en *aguardiente*, producto muy demandado en los distritos fríos y mineros.

Nuestro cura especulador tenía una finca en el distrito templado de una localidad llamada Caina, curato que estaba situado de manera conveniente para su rebaño espiritual. Aquí cultivaba gran cantidad de granos y poseía extensos terrenos de pastos. Compraba la primicia de sus hermanos de Conchucos y otros distritos serranos más altos, donde las tasas de la iglesia se pagaban en ganado, pues era el producto comercial de tierras aptas principalmente para pastizales. Este ganado lo ponía a engordar y cuando estaba tierno, barato, y en una condición óptima lo arreaba cuidadosamente por los senderos menos frecuentados de los altos verdeantes hacia los campos de alfalfa o trébol en los valles de la cabecera de la costa, donde existía gran demanda de criadores y carniceros. Además, anualmente, contrataba la compra de miles de arrobas de azúcar con los cultivadores de Huaylas, y con la ayuda de sus amigos y clientes de Cauri llevaba esta azúcar a Cerro de Pasco por un flete terrestre mucho más bajo que cualquier otro en este ramo de negocios; y, al negociar al por mayor, consideraba que podía fácilmente vender más barato que el minorista.

Los arrieros de Cauri, empleados por el cura, son fuertes tipos campechanos que beben una botella de malta o *aguardiente* como si fuera un trago, pues llaman una *gota* o trago a una botella, lo que muestra que la consideran una dosis muy pequeña para sus estómagos bien habituados.

Nuestro cura también se dedica a proveerle sal a las minas de la región adyacente para el beneficio o preparación de los metales, que los caurinos, con sus pequeños y endurecidos jamelgos de anchos lomos suelen traer de Huacho, en la costa del Pacífico, pasando la cordillera por el valle de Sayán. Además es un relojero para los pueblos vecinos a muchas leguas de su residencia y sabe, no lo olvidemos, cómo poner el órgano de la iglesia en funcionamiento cuando se malogra.

Aparentemente, la gente de su pueblo está contenta con un especulador tan inquieto y versátil, y como solo puede cultivar para sí, en los rincones más protegidos, unas papas de muy baja calidad, con frecuentes malas cosechas (aunque sus comunes tienen buenos pastos), su pastor los provee de maíz (como en las localidades aisladas el minero proporciona maíz y vestido, etc. a sus trabajadores con gran ganancia), con el que, junto con papas, queso, huevos y cuyes, se sustentan

principalmente. Es raro que sepan batir mantequilla, y, como la leche se emplea, sobre todo, para hacer queso, no es consumida como artículo alimenticio, excepto por aquellos que viven en pequeñas chozas circulares, que están resguardadas, ocasionalmente, por una hueste de ruidosos perros con el pelo tan enmarañado y apelmazado como el que cubre la cabeza de los chicuelos que los alimentan. Estas cabañas pastorales están desperdigadas por distantes pampas y cadenas de montañas en todas las estancias o terrenos montañosos de pastizales asignados para la cría y el sustento del ganado vacuno y lanar. El viaje-ro del interior del Perú debe con frecuencia pernoctar en ellas.

El pobre indio propietario de unas cuantas reses, antes languidecerá de hambre que sacrificará una cabeza de su rebaño para su propio consumo, pero aquel que posee un pequeño rebaño de ovejas puede, muy convenientemente, sustentarse de carne y *caldo* de carnero (pues por lo común las verduras escasean para hacer el tipo de sopa que se encuentra entre los cultivadores de grano), especialmente cuando un viajero pasa por ese camino, y le compra uno de sus pequeños carneros —mucho más pequeño en los cerros que en los valles cálidos— para consumir por el camino, y hace que el mismo indio lo sacrifique. Con frecuencia, encontramos a los habitantes de la cordillera nevada o de los altos valles de los Andes —a los que fácilmente se reconoce por la ropa de abrigo, el ancho tórax y la complexión ruda— descendiendo de las regiones frías a las templadas y a los valles trigueros, para trocar por hortalizas y granos del agricultor la carne fresca de carnero, que ya desollado y sin vísceras, llevan a lomo de burro (animales que en manos de los indios escapan de los crueles tajos y agujijones que les inflige el negro o *zambo* despiadado). Dicha carne, como la de res, previamente secada al sol, se guarda para el consumo del morador del valle cálido y angosto dominado por rocosas y agostadas cuevas, quien la sirve al viajero bajo el nombre usual de *charqui*, el cual hemos comido a menudo con buen apetito.

Pero volviendo a nuestro cura, hay que esperar que, contribuyendo tanto como lo hace a proveer las necesidades materiales de los curtidors asistentes de su confesionario, no omita irremediablemente sus necesidades cristianas y espirituales. De los resultados combinados de sus diversas empresas, acaricia la brillante esperanza de lograr una

fortuna; sin embargo como nunca hemos sabido de su éxito, pensamos que se puede suponer que, como otros negociantes, haya experimentado algún grave revés o serio desengaño, como es bastante común en este país.

Al amanecer, comimos un buen *chupe* —un plato común y normal de la sierra, que consiste en papas picadas y cocidas en agua o leche, con una adición de huevos, queso y mantequilla, cuando es muy buena; pero, en muchas ocasiones, especialmente en Huamalíes, el viajero solo consigue un *yaco-chupe* o *chupe* de agua, que consiste solo en patatas picadas y cocidas en agua, con un poco de sal y, si hay a mano, una hoja de menta silvestre, como un antídoto útil contra la flatulencia y los malestares estomacales—.

Después de haber acabado de desayunar, y tener las bestias preparadas, lamentamos separarnos de nuestro agradable conocido, cuya presencia e influencia nos facilitó mejores tarifa y hospedaje de lo que usualmente ocurre en nuestros viajes por la sierra. Esta notable persona era originario de Quito, y no importa lo que se piense de su espíritu empresarial y comercial, era apreciado por su natural talento e ingeniosidad como todos los quiteños que hemos conocido en el Perú.

Nuestro camino ahora se extendía por entre las ruinas de antiguas edificaciones y pequeñas aldeas, que aquí y allá, sobre las cadenas más altas tenían algunos restos aislados y de apariencia imponente. Estas reliquias de épocas antiguas se presentan como un claro ejemplo que refleja la belleza arquitectónica de antaño actualmente opacaba por las casas de mampostería sin mortero, techadas de paja, de los pueblos indios. La antigua vía de comunicación entre Quito y Cuzco, donde encontramos a nuestro amigo quiteño el día anterior, es un maravilloso monumento de arte e industria primitivos. Este camino imperial de los incas todavía se encuentra en perfecto estado en muchas partes, donde las piedras aparecen bien encajadas y ordenadas, el pavimento se eleva por encima del nivel de la llanura y posee una buena anchura.⁹

9. La monarquía que los españoles iban a destruir [...] y su origen subía, según la tradición de los indios, á una época de más de cuatro siglos. Habitaron aquel país desde tiempo inmemorial tribus dispersas, rudas y salvajes, cuya civilización comenzó por las regiones australes, entre las gentes que habitaban los contornos de la gran

Entramos a una de las casas en Pueblo Viejo, es decir, las ruinas de un pueblo antiguo, al lado del camino, no lejos de las famosas ruinas de la antigua ciudad de León de Huánuco, considerada por los nativos la segunda ciudad, solo superada por el Cuzco, la capital del imperio de los incas, por las maravillas de su construcción. Encontramos bastante completos los muros de esta casa, excepto donde han sido destruidos por las maliciosas manos del hombre, y sobre una esquina del edificio se había mantenido aún el techo. Las ventanas eran pequeñas, pero la puerta exterior poseía un buen tamaño. Los muros eran tan perpendiculares como se pueden hacer hoy con plomada, aunque de dos pisos de altura. Estos muros fueron construidos con piedras menudas, en su mayoría losas, y entre ellas existe una delgada capa de barro o arcilla. Había dentro particiones de piedra que se elevaban al nivel de las paredes externas formando compartimentos de la casa tan estrechos que, fácilmente, se podía colocar el techo con losas largas y

laguna de Titicaca, en la tierra del Collao. Estos indios probablemente eran más activos, más belicosos e inteligentes que los otros; y como apenas hay nación alguna que por superstición o por orgullo no ponga sus orígenes en el cielo, también los peruanos contaban que en medio de aquella gente aparecieron de improviso un día un hombre y una mujer, cuyo aspecto, cuyo traje y cuyas palabras les infundieron veneración y maravilla. Llamóse él Manco-Capac, ella Mama-Oello [sic], y diéronse por hijos del sol, cuyo culto y adoración predicaban [...]. El reino quedó vinculado en su descendencia, que siempre era reputada por sangre pura del sol, casándose aquellos príncipes con sus hermanas, y heredando el trono los hijos que de ellas tenían. Desde Manco hasta Huayna-Capac se contaba una sucesión de doce príncipes, que, parte por la persuasión, parte por las armas, fueron extendiendo su culto, su dominación y sus leyes por la inmensa región que corre desde Chile hasta el Ecuador, atrayendo o sojuzgando las gentes que encontraron en las serranías de las cordilleras y en los llanos de la marina. El monarca que más dilató el imperio fue el inca Topa-Yupangui, que llevó sus conquistas por la parte del sur hasta Chile, y por la del norte hasta Quito; bien que, según la mayor parte de los autores, no fue él quien conquistó esta última provincia, sino su hijo Huayna-Capac, el más poderoso, el más rico y el más hábil también de todos los príncipes peruanos. [Quintana 1830: 157-158. Disponible en: <http://www.europeana.eu/portal/record/9200110/BibliographicResource_1000126> (última consulta: 24/06/2016). Archibald Smith cita la traducción al inglés de la obra *Lives of Vasco Nunez de Balboa and Francisco Pizarro* 1832. Disponible en: <<https://archive.org/details/livesvasconunez00mar-goog>> (última consulta: 24/06/2016)].

anchas sobresaliendo por los lados, sobre los que se aseguraban con un peso y, uniéndose en el centro, se ajustaban de modo que el techo quedaba cerrado perfectamente. Igual parece haber sido la manera en que se tendió el suelo del segundo piso. En el techo se observó que las losas sobresalen un poco sobre el muro con la mira de preservar un equilibrio perfecto, tal como hemos visto muchas veces en las casas más pequeñas de la antigua arquitectura india que abundan cerca del pueblo de Ambo en las alturas de Andaguaylla. Los picos altos y desgastados por el tiempo de esta hacienda forman las crestas de la cordillera oriental, donde el camino desciende desde estas cumbres hasta el pueblo de Yuramarca en la frontera de la montaña, conocida, en tiempos regios, como el asilo del criminal fugitivo.

Esta hacienda, que participa del clima de las zonas tórrida y frígida, y que está formada de sucesivas mesetas y montañas empinadas, tiene cumbres frías y valles siempre floridos. En nuestra memoria están todavía presentes en un todo sus lagos de Rumichaca, así llamados porque sus aguas salen debajo de un puente natural de piedra; sus fortificaciones en las alturas de Rucrun, y las ruinas de las que ya hemos hecho mención; sus bosques de aliso y perejil; sus matorrales de caña brava; sus numerosos valles arbolados y plateadas cascadas; su rapaz puma; sus rebaños de venados; sus estrechos senderos; y sus pastos resbaladizos, desde donde la res que pasta, a menudo, rueda por la quebrada sin fondo, en encantadora asociación con los valles cultivados de Huácar y Huaylas, y el cruce fluvial formado por la confluencia de sus respectivos arroyos, donde el río de Huánuco inicia su curso suavemente serpenteante. Todas estas maravillas se congregan en nuestra remembranza, como la imaginación las representa en un espléndido paisaje desde las alturas de esta bella hacienda, en contraste con todo el escenario de cerros que se extiende sin límite hacia el oeste.

En las casas de los *gentiles*, como los nativos llaman habitualmente a los viejos edificios que queremos describir (y en los recovecos en los que a veces se encuentran tesoros), el techo tiene un acabado de piedras y arcilla o tierra, de modo que resistan las fuertes lluvias que caen por estos lugares en ciertas épocas del año. Este tipo de edificio, al no requerir madera, era muy recomendado en la sierra del Perú por la abundante presencia de mesetas frías sin bosques y cumbres casi

inaccesibles; pero en localidades como Andaguaylla, donde el bosque rodea las viejas casas indias, los *gentiles* pueden recurrir a esta forma de edificación, debido a que no poseen el arte de la carpintería ni saben emplear correctamente todas las herramientas.

En el clima templado de Tarma, ciudad situada en medio de los Andes en dirección este-noreste desde Lima, las casas están, por lo general, techadas con tejas y las de mejor calidad bien soladas con yeso o estuco. Las más antiguas aún permanecen cubiertas de barro o arcilla roja sostenidas y cimentadas por fuertes vigas troncos y una capa de adobe y cañas o quincha. Los techos más anticuados son construidos con una ligerísima inclinación, con salidas como escotillas de un barco en los ángulos más inclinados, para dar salida a la lluvia cuando cae con intensidad. El muro de la casa que describimos posee un pie o dos más alto que el techo, de este modo tiene la apariencia de un plano algo inclinado con un cerco. Además, en este parapeto se pueden apreciar agujeros triangulares como los de un palomar donde, cuando han pasado las lluvias y se ha almacenado la cosecha, los campesinos ponen las alverjas, los frejoles y el maíz hasta que, con la directa exposición a un brillante sol, estos granos se secan y pueden descascararse sin pérdidas ni dificultades.¹⁰

Tarma es el lugar de recreo favorito de las personas enfermas de diversos lugares, especialmente Lima, y el asiento minero de Yauli, con su riguroso clima, de donde los mineros reumáticos, cuando sus aguas termales no pueden curarlos, concurren en masa a la Estrada o al baile y a la tertulia de los radiantes tarmeños. Todos sus pacíficos habitantes son agricultores, y casi todas las familias residentes emigran en la época de la cosecha a pequeñas fincas en la vecindad de este lindo pueblo *serrano*, que es considerado uno de los más agradables y civilizados en toda la *sierra*, y donde las clases superiores incluso en las ciudades provincianas de la costa, desean adoptar los modales de la capital como norma. Cerca de Tarma hay una bella cascada, con senderos bordeados de álamos y perfumados de yerbabuena y muchas

10. Para descascarar el trigo y la cebada es costumbre hacer que los pisen el ganado tierno o los bueyes.

fragantes y dulces flores en la estación húmeda; cuando los cerros verdean, el aire es puro y la gente está alegre. Se estima que la población de la ciudad y sus aldeas bordea las 8000 personas. Sin embargo, pese a las enfermedades que, a pesar de la salubridad general de su clima, afectan a una población tan grande como la de Tarma, este refugio de convalecientes de la costa y los asientos minerales no cuenta con un médico de cierta importancia, excepto cuando la casualidad lleva a un facultativo de Lima como inválido declarado o solo en estado de recuperación de ciertos males tales como la tisis o la expectoración de sangre.

Una vez que la gente de Tarma ha sembrado la semilla en la tierra, generalmente pasan un mes entero visitándose mutuamente y haciendo fiestas; y dicen de sus vecinos de Jauja (a ocho leguas al sur de Tarma) cuyos regocijos se hacen por la cosecha, que ellos desconfían de la Providencia, mientras que los tarmeños se alegran piadosamente y ponen su esperanza en el Dador de la cosecha. De aquí, inferen que la cosecha de trigo de los *jaujinos* (cuyos graneros son en los años favorables los más repletos de todo el Perú) se hiela y arruina a menudo, mientras la cebada tarmeña siempre florece. No disputaremos con estas personas satisfechas de sí mismas sobre la moraleja de esta anécdota en desmedro de sus vecinos, pero desearíamos que hicieran mejor uso de sus propias ventajas, y que prepararan un buen pan de cebada, del cual no conocen el consumo, ya que dependen de otros para la harina y el trigo, pues nunca hemos comido un pan tan malo, hecho de harina podrida, como el que comimos en Tarma. Quizá la visita muy poco antes de una fuerza militar puede haber provocado que se expendiera un pan tan malo. Pero podemos recomendar sus codornices, las que se fatigan demasiado pronto como para escapar volando y, por ello, fácilmente las atrapan los perros y los indios sin armas; y las piñas y el café de la cercana montaña y la hacienda de Vítoc, ambos son muy buenos y el último, excelente.

La región central del Perú tiene abundantes arroyos y torrentes de montaña, que en ciertos periodos están sujetos a repentinas y tumultuosas crecidas provocadas por la irrupción de fuertes nubes tormentosas y una lluvia torrencial continuada, o granizadas y densas nevadas nocturnas, que rápidamente se derriten con el sol brillante y

llenar los ríos hasta inundarlos. La consecuencia de esto es que aunque poco después el clima se ponga tan bueno y seco que invita al viajero a proseguir su viaje, aun así puede encontrarse con ríos profundos o espumantes barrancos que cruzar, donde son indispensables puentes de algún tipo.

Cuando los hombres de raza indígena tenían que atravesar algún río en su camino, sus ingenieros suplían lo mejor que podían la falta de ciencia con esa sagacidad natural que poseen sus actuales descendientes. Cuando su curso particular lo permitía, colocaban un puente sencillo cerca del origen de la corriente o desagüe del lago de donde esta brotaba, como vemos en los lagos de Lauricocha y Pomacocha. Como las aguas del lago nunca pueden subir demasiados pies por encima de su nivel normal, el método indio de situar grandes piedras a cortos intervalos entre las dos orillas cumple con la finalidad de un puente más científico y dichas piedras al levantarse por encima de la superficie del agua sirven como pilares o soportes sobre los cuales se colocan grandes losas, que forman una senda llana y segura para el paso de los hombres y el ganado. En los lugares mencionados, se puede ver las piedras todavía firmes aunque demasiado alejadas entre sí como para servir de paso, pues ya no se encuentran las losas transversales que probablemente han sido retiradas por obra humana; al menos en Pomacocha no queda vestigio de ellas.

Un puente más ingenioso de antigua invención y todavía utilizado en el Perú es el puente colgante o puente de sogas. Se fabrica de cuerdas del flexible *bejuco*, de ramas de sauce o de cualquier otra fibra vegetal y flexible que se aseguran bien en los extremos en las orillas opuestas del río; se ponen sobre ellas manojos atravesados de hojas de maguey, retama u otro arbusto de ramas largas y blandas; y se amarran muy firme y apretadamente con ligamentos fuertes o gajos de la hoja de maguey (*cabuya*), que es una cuerda tan buena como la mejor. De este modo, se fabrica un puente de anchura suficiente para los caminantes, y una baranda hecha de cuerda pasa a cada lado de manera que el viajero pueda equilibrarse mientras lo atraviesa. El puente de sogas del Huánuco actual constituye un ejemplo de este tipo. Sobre el río Jauja en La Oroya, también existe un puente de sogas muy fuerte para que crucen las reatas de mulas. Las sogas o, mejor, *cables*, que se extienden de una a otra

orilla, se fabrican de cuero de buey, y los travesaños amarrados con correas son de piezas cuadrangulares de madera y lo bastante anchos para permitir que los animales pasen con seguridad. Como este puente se mantiene con una partida extraordinaria, pagamos un peaje para pasar con nuestras cabalgaduras. El puente de sogas o colgante es muy conveniente allí donde el río incrementa su superficie para ser cubierto con troncos que se encuentren en las cercanías; pero, donde la corriente no es demasiado ancha para cubrirla con largas vigas y troncos, de los que las alturas templadas proporcionan materiales apropiados con la madera llamada de *perijil* o *roble*, los nativos logran construir un puente bastante duradero y fuerte, edificando un enorme y masivo parapeto de piedra a cada lado del curso de agua. En estos baluartes fijan fuertes troncos, de modo que se proyectan sobre el río tanto como sea necesario, mientras la porción más grande de dichos troncos se cubre con una densa masa de piedras y barro: un árbol de altura normal es suficiente para cubrir la parte correspondiente al centro del curso del río, y así colocado sus extremos se apoyan en los troncos que sobresalen sobre dicho centro ya bien asegurados en las orillas opuestas. Estos puentes, los más comunes de todos en el Perú, son construidos y mantenidos en buen estado por orden del prefecto de cada departamento, que manda a los subprefectos o gobernadores de las provincias, y estos, a su vez, envían a la comunidad entera de las aldeas vecinas a trabajar bajo la dirección de sus respectivos alcaldes y regidores.

Se ha de mencionar que aún subsiste allí un puente portátil muy curioso, que ahora está cayendo en desuso, pero del que hay un espécimen en Viroy, sobre el río Huácar en el Departamento de Junín; esta antigua reliquia recibe el nombre de *guaro*. Se ha construido extendiendo una sola cuerda fuerte de un borde de la corriente al otro, que se asegura bien al tronco de un árbol o cualquier otro elemento semejante en las orillas opuestas: de esta cuerda se cuelga una bolsa hecha de cuero, cuya apariencia no se distingue del canasto de lona empleado a bordo en los barcos, de modo que corra fácilmente por ella. El pasajero se mete en esa bolsa y así se desliza tranquilamente al otro lado. Los puentes de este tipo han sido sumamente útiles para la *montonera* (tropas patriotas irregulares), durante la última guerra que terminó en la separación del Perú de España.

Otro dispositivo para pasar los lagos y los ríos en los Andes es la *balsa*, una canoa muy pequeña hecha de juncos. Su superficie es plana, y cuando el remero y solo un pasajero se enderezan sobre ella, la canoa se hunde en el agua una o dos pulgadas de su superficie, así ocurrió la única vez que tuvimos oportunidad de utilizarla. En aquella ocasión, durante los anegados de la estación lluviosa, hicimos nadar al ganado y nosotros cruzamos en una balsa de juncos por el río de San Juan, en la meseta del Bombón, cerca de Pasco.

Los canales de agua de los antiguos peruanos están trazados por las fisuras de los peñascos y los bordes de las elevaciones áridas en las cercanías de la costa y los valles secos intermedios. Estos acueductos, a veces, aparecen maravillosamente contruidos entre escarpados peñascos y, en algunos puntos, se elevan hasta una altura asombrosa. Se construyen a partir de una angosta base aquí y allá entre salientes de piedra y acantilados que unas veces se proyectan y otras se retraen. Dichos pilares de construcción irregular se fabrican de piedras pequeñas y finas o losas livianas, que se apoyan sobre una protuberancia aparente de la cuesta contra la faz de la cual se eleva la construcción, y todas las obras así contruidas están tan sólida y fijamente unidas, que tras el paso de las eras y los sismos, todavía están en un estado casi perfecto en infinidad de casos.

Uno de los más asombrosos de estos acueductos está situado a unas ocho leguas de Lima, en el camino bajo que va a Alcacota por Caballeros, en una gran cuesta rocosa, por cuya base pasa el camino, cerca del meandro del río Chillón o Carabayllo, que baja de la cordillera por Obrajillo. Es también muy común en los valles templados, donde los cerros están bordeados de tierra y cubiertos de vegetación, encontrar aquí y allá ruinas de pequeñas aldeas con hileras de plataformas que se elevan sucesivamente en la ladera de un cerro. Estas hileras de planos artificiales o huertas son solo de unas cuantas yardas de anchura, pero su longitud es más o menos grande en proporción a las dimensiones de la extensión semicircular del espacio apto para cultivo.

Al levantar y construir estos huertos uno sobre otro, como los bancos en la galería de una iglesia o los palcos de un teatro, el antiguo indio debe haber iniciado su obra erigiendo un muro de piedra en la parte más baja de la ladera o en el terreno más plano que formaba la

base del conjunto y, en el proceso de levantarlo hasta la altura deseada, debe haber escarbado la tierra de la ladera del promontorio desplazándola hacia abajo para llenar el espacio creado por el muro de piedra formando así una plataforma o bancale; entonces, detrás de este primer nivel levantaba otra división de piedra y escarbaba más tierra otra vez y así sucesivamente, hasta que quedaba terminado el último piso, el más alto de estos pequeños y agradables huertos.¹¹

De esta forma, estos industriosos nativos siempre preservan el suelo profundo, el cual pueden excavar y revolver a su gusto sacando a la superficie tierra nueva que rinda una nueva cosecha sin necesidad de abono, y, con el mismo medio, preservan de la erosión causada por las fuertes y frecuentes lluvias, el tesoro de limo vegetal que así tan laboriosa y pacientemente han acumulado.

A medida que bajamos de las regiones serranas del país y llegamos a los cerros áridos y desnudos cerca de la costa, descubrimos las ruinas de las residencias paganas que aparecen en las grietas de las rocas, en el amplio páramo donde no se ven plantas, excepto unos cuantos cactus desperdigados, y no se mueve ninguna criatura a excepción de la lagartija que se asolea y el milano que acecha sus movimientos, entre las ruinas que se desmoronan y los bloques circundantes que hemos visto desprenderse de su sitio original por la pared de la cuesta. Y a medida que nos aproximamos aún más a la capital, adonde el valle del Rímac despliega sus amplios y fértiles acres de suelo aluvial profundo, vemos que esta tierra admirable, cuando carece de agua, tiene un aspecto de esterilidad desértica, pero solo necesita irrigación —sin ser necesario el abono— para producir la provechosa caña de azúcar, la alfalfa selecta y el maíz, que crece hasta ondear por encima de la cabeza del capataz cuando pasa a caballo por los campos supervisando a los trabajadores.

Al llegar a estos llanos, susceptibles de mejoras infinitas y grandes rendimientos, por todas partes nos rodean los vestigios de la antigüedad, particularmente las ruinas de *guacas*, que a la distancia parecen

11. Los huertos indios en los cerros de la sierra son llamados “*andenes*” por los españoles, de donde viene la palabra Andes.

pequeños cerros o montículos que respuntean los llanos abiertos, aunque pensamos que alguna vez fueron empleadas como tumbas para los nativos, adoradores del sol. En algunos de estos monumentos aún se encuentran cámaras interiores o sótanos funerarios con aberturas muy estrechas para entrar, y de estos laberintos se han extraído no pocas veces momias, tejidos de diferentes colores, diversos utensilios domésticos y figurillas sagradas e ídolos. Tenemos en nuestro poder un fino ídolo de plata con la figura de un inca y una llama del mismo material y manufactura, sacados de una *guaca* que nos obsequió nuestro amigo el reverendo padre doctor don Lucas Pellicer, limeño eminente y clásico, de cuyos méritos como erudito y estadista patriota su país se siente orgulloso con justicia.¹² Muchas otras reliquias curiosas de un antiguo pueblo se han desenterrado de los mismos edificios, con las cuales el diligente don Mariano Rivero ha formado la colección más interesante y extensa que existe ahora en el Perú, y hace ya un tiempo se ha propuesto hacer de ellos dibujos y descripciones exactos para lograr el favor del público y enriquecer la historia de su país nativo.

Sin embargo, las tumbas de las cuales las reliquias de este tipo se extraen normalmente no se limitan al entorno de Lima, Trujillo o la costa en general, donde sus estructuras de barro modelado y arcilla secada al sol se preservan muy bien gracias a la falta de lluvias. Tales restos se ven todavía en algunas partes de la sierra, y al hablar de las *guacas*, a las cuales considera como templos, [el padre José de] Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias* (vol. 2: 128), nos dice que “[...] había en el Cuzco¹³ mas de cuatrocientos adoratorios, como tie-

12. En 1828, el padre Lucas Pellicer aparece como cura de Yanahuanca, en la provincia de Pasco, del arzobispado de Lima (De Piérola 1828: 82), y entre 1833 a 1837 figura como cura de San Jerónimo en la provincia de Ica (Paredes 1833: 76, 1836: 85) (N. de la T.).

13. El Cuzco, situado en la latitud 13°32'20" latitud sur, en un clima fresco y aireado, en medio de un valle entre las cadenas oriental y occidental de la cordillera de los Andes, tiene en su cercanía quebradas o valles cálidos y fértiles. Se dice que fue fundada por Manco Cápac, el primer inca, a mediados del siglo XI, y Francisco Pizarro tomó posesión de ella, en nombre de Carlos I, rey de Castilla, el 13 de marzo de 1534. En el año de 1590, la famosa capital del antiguo Imperio peruano sufrió un terrible terremoto, que arruinó gran parte de sus antiguos monumentos.

rra santa, y todos los lugares estaban llenos de misterios; y como iban [los incas A.S.] conquistando, así iban introduciendo sus mismas Guacas y ritos en todo aquel Reino. El principal á quien adoraban, era el Viracocha Pachayachachíc, que es el Criador del mundo, y después de él al Sol; y así el Sol, como todas las demás Guacas decían, que recibían virtud y ser del Criador, y que eran intercesores con él”.

La arquitectura del gran templo del sol y la fortaleza, cerca de la ciudad, todavía muestran un diferente tipo de mampostería que la que se ha descrito antes, y es la más habitual en la sierra del Perú, donde existen numerosas ruinas de pueblos y *tambos*, construidos de piedra de tamaño normal. Pero, en Cuzco, las ruinas del templo y la fortaleza aún existentes están formadas por piedras de gran magnitud y de formas irregulares, aunque aparecen tan exactamente encajadas que no es visible ni una hendidura ni cementos en las juntas.

Capítulo X

VIAJE DE LIMA A PASCO POR OBRAJILLO. LA DIVERSIDAD DEL AIRE Y EL CLIMA. CANTA, UNA LOCALIDAD FAVORABLE PARA LOS TÍSICOS.

OBRAJILLO, PUEBLO DE ARRIEROS. EL RELEVO DE MULAS Y LOS PAGOS POR ADELANTADO. EL CULTIVO Y LAS COSECHAS. ASCENSIÓN Y CRUCE DE LA CORDILLERA. LA VETA O ENFERMEDAD DE LA CORDILLERA. UNA CHOZA INDIA. LOS REFUGIOS DE LOS ARRIEROS EN LA PUNA. HUALLAY. DIEZMO. PASCO

DEJAMOS LIMA HACIA EL MEDIODÍA y cabalgamos por un camino ancho y pedregoso por las faldas de los cerros, que ya en el mes de enero eran masas secas y estériles de tierra y roca. A nuestra izquierda se extendía el bello pero abandonado valle del Chillón, otrora muy cultivado y susceptible de rica mejora. Pasamos varias edificaciones indígenas, construidas de barro amasado en grandes montículos, que, en cierto grado, preservan todavía diversas formas, pese a los estragos que han padecido por obra del tiempo y los terremotos. Estas siempre aparecen por encima del nivel de la tierra irrigada, como si se hubieran buscado, sabiamente, evitar el alcance de los efluvios pantanosos, tan sumamente perniciosos para la salud de los aborígenes.

Llegamos a buena hora a Caballeros, distante seis leguas de Lima, y dormimos muy profundamente, desafiando el incesante ladrido de los perros, el tintineo de las campanillas de las mulas y el ruidoso comadreo de los negros. A la mañana siguiente, partimos a primera hora con la esperanza de llegar al terreno eriazo del río Seco antes de que el sol saliera con fuerza. Desde las alturas de esta hondonada en la cuesta del cerro —tan espantosa a la vista, lúgubre para la imaginación y salpicada por todas partes de los huesos y esqueletos blanqueados de animales famélicos, exhaustos y destrozados, dejados allí para que perezcan—,

se abre, súbita y repentinamente a la encantada mirada del viajero, el panorama inesperado de los cercos irrigados del pueblo de Yanga, cerca del serpenteante río, cuyas orillas están revestidas de vivaz verdor, y engalanadas de árboles siempre umbrosos y de hoja perenne.

Desde esta reconfortante eminencia, en las épocas del mayor des-gobierno, el viajero puede permitirse un agradable sentimiento de seguridad, mientras lanza una ojeada postrera a la oscura caldera del río Seco, tan apropiada para las infernales hazañas de los bandidos por las que es famosa, y baja con buen ánimo hacia Alcacota y Yanga, felicitándose de haber pasado con seguridad por una ruta desolada y peligrosa, donde los viajeros son saqueados y maltratados, y, si ofrecen una inútil resistencia, martirizados y asesinados.

Dos leguas más arriba de Yanga están la iglesia y las ruinas de Santa Rosa de Quives, dominando la única casa habitable en este punto (una especie de *tambo* o taberna) cerca de un torrente de montañas que desciende desde los cerros altos a la derecha por una quebrada que los cruza para unirse al río principal del valle. Durante la estación árida, casi toda la sierra queda totalmente reseca; sin embargo, en la húmeda, sus aguas turbulentas corren impetuosamente removiendo inmensas piedras redondas por su lecho, cuyo sonido puede oírlo el viajero en el tambo anunciándole que no puede vadear la corriente hasta que el río baje, sino que debe cruzar por un puente malo hecho de trozos de troncos con barro y palos, tendido sobre la parte estrecha de la quebrada, considerablemente más alta que el vado normal.

Al lado opuesto de esta corriente está Santa Rosa. Aquí, varias casas se sitúan frente a una pequeña llanura arbolada entre el pueblo y el río principal, donde siempre hay hombres ocupados en cortar madera y convertirla en carbón para enviarla a Lima, a catorce leguas de distancia. En este lugar, predomina la enfermedad que los nativos llaman *uta*, una especie de cáncer bien conocido entre los deshollinadores de Inglaterra. También hemos visto la fiebre palúdica más fuerte, dicha afección aparece durante la estación lluviosa en los cerros de la sierra (pues aquí nunca llueve), y cuando el torrente referido inunda y llena de grandes piedras, arena y lodo la meseta cerca de su desembocadura.

Cuatro leguas más arriba de Santa Rosa está un lugar llamado Yaso, que antes fue una floreciente hacienda, con una huerta donde se

ven todavía lúcumas, pacaes, guayabas y naranjas agrias, pero donde, en lugar de una propiedad floreciente, hay ahora unas cuantas chozas de caña y vallas parcialmente recubiertas de barro, y provistas de corredores abiertos, en que los arrieros y viajeros tienden a dormir; pero, como la alfalfa es escasa, y no hay pastos silvestres, pocos optan por pasar la noche aquí. Aunque muchos piden un vaso de chicha (o cerveza del país) hecha de maíz, para aplacar la sed mientras descansan al mediodía, cuando el potente sol se refleja desde los cerros desnudos e imponentes de las cercanías.

Como el agua del río, durante la época de las lluvias en la sierra, siempre turbia, aquí el viajero se siente tentado a beber de un hilo cristalino que brota de la roca; pero el benévolo morador de alguna desvincijada choza le advertirá del peligro, y le asegurará que si bebe de esa fuente, sufrirá la enfermedad grave llamada *verrugas*, una erupción dolorosa propia de ciertas quebradas —Yaso es una de las localidades sometidas a este purulento flagelo—. Un par de leguas aún más arriba de la *quebrada* o cañada, está el lugar de descanso de Huaramayo, un pequeño punto verde, con algunas pulcras chozas rodeadas de campos de alfalfa, y muchos fragmentos escarpados de las cercanas escalinatas.

Observamos que una de estas humildes moradas, hechas de barro, caña y mimbre, estaba techada con una especie de líquen viviente; un sencillo estilo de arquitectura que nos dice que aquí el clima todavía es seco y cálido y que el lugar está protegido de los vientos fuertes o tormentas.

Hemos visto al labriego, que ocupaba la choza situada al pie del arduo ascenso que se inicia aquí, mirar con inenarrable complacencia cómo nosotros, desde su pequeño corredor, observábamos admirados la lluvia que caía torrencialmente unas cuantas yardas por encima nuestro, mientras que en su propio cómodo refugio apenas lo alcanzaba una suave llovizna, la que un limeño llamaría *agua bendita*, que da suavidad y salubridad al aire y longevidad al anciano morador de la choza.

Este octogenario doblado y gastado por los años, aunque todavía activo y vital (en su juventud fue zapatero en Lima), al ser atacado por la hemotisis o expección de sangre, fue declarado incurable por los

médicos; procuró entonces el beneficio de un cambio de clima y descubrió, tras varias pruebas, que tan pronto como regresaba a Lima su mal de los pulmones recrudecía, pero desaparecía otra vez en cuanto regresaba a este refugio de duendes, a veinte leguas de la capital. Por estas buenas razones, decidió establecerse aquí, un lugar privilegiado donde incluso el paludismo es desconocido, y ya ha llegado, según hemos visto, a una edad madura pero vigorosa. Si este lugar fuera una espaciosa planicie como el valle del Rímac, que estuviera disfrutando un clima como el de ahora, sería tal calma y brillante y hermoso como un paraíso de los druidas, y podemos incluso figurarnos cómo un hombre podría vivir en un suelo y un clima tales durante un número antediluviano de años.

De Yanga a Huaramayo, el valle por donde pasa el camino de Cerro de Pasco que va por Canta es sumamente estrecho y replegado, excepto en Santa Rosa donde es un poco más abierto. Con frecuencia, el camino se aparta del lecho del río; aunque, por lo general, no lo pierde de vista y está bordeado a cada lado por elevados y áridos cerros de granito, los cuales, por la orilla izquierda del río a medida que ascendemos, están cruzados por angostas venas perpendiculares que suben desde la superficie del agua hasta las cumbres de la montaña, y, desde el camino, presentan un aspecto ferruginoso, sugiriendo la idea de grandes conductores de fluido eléctrico. Solo el riego permanente hace que unas cuantas parcelas y franjas del suelo, que aquí y allá alivian el tedio de un camino accidentado, muestren su exuberancia vegetal a esta distancia.

En Huaramayo, la temperatura es intermedia entre la de la sierra y la costa. Y, como en los valles serranos cálidos en medio de los Andes, aquí, en una región de benignidad correspondiente situada en la vertiente occidental de la misma masa montañosa, tenemos el árbol llamado *molle* o *mulli* que abunda al borde del río. Este árbol es muy apreciado como combustible y los fabricantes de azúcar de la sierra utilizan sus cenizas, con preferencia a las de otras maderas, debido a sus propiedades alcalinas, y su consiguiente eficacia para purificar la caña, mientras se hierva para que alcance la consistencia adecuada y, posteriormente, vaciarla en moldes. La tribu inca, según leemos en

Garcilaso de la Vega,¹ hacía un brebaje muy apreciado y medicinal, que algunos indios de la sierra todavía preparan de vez en cuando con los racimos del fruto de pequeños granos que pende graciosa y abundantemente de este lindo árbol.

Aunque el clima descrito corresponde, en muchos aspectos, al que se aprecia en valles cálidos centrales de los Andes, existe una clara diferencia: en Huaramayo y en otras cabeceras similares tales como Surco, que está en el camino de Lima a San Mateo en la sierra, no hay invierno ni verano, sino una perenne primavera. Aquí, como en la mayoría de valles del interior, no llueve durante varios meses al año; pero se parece a ellos por estar fuera del alcance de las heladas, y libre de las brumas y el calor sofocante de la costa. En Surco, Huaramayo y otras localidades similares en los valles angostos que se extienden desde la costa a las cordilleras, el sol parece salir tarde y ocultarse temprano, pues solo durante unas pocas horas a mitad del día brilla con intensidad entre las empinadas y altas montañas del valle, y, al calor del mediodía que brota del potente reflejo de los rayos del sol en las rocas desnudas, le sigue un atardecer fresco y agradable. Aquí, entonces, se encuentran y neutralizan entre sí las corrientes atmosféricas de la sierra y la costa desapareciendo los extremos de ambas, y el resultado es un clima delicioso para el convaleciente, cuyos órganos delicados necesitan una temperatura suave y uniforme, distante por igual de los extremos de calor y frío, de sequedad y humedad; y el que ha tenido la precaución o prudencia de mantenerse en la sombra mientras el sol atraviesa el valle en el mediodía puede, realmente, disfrutar con tranquilidad de todas las cualidades curativas de esta temperatura placentera y renovadora. Este importante hecho lo conocen perfectamente los habitantes enfermizos de Lima, y suelen frecuentar las *cabezadas* o cabeceras de los valles, como, por ejemplo, Matucana, el lugar de descanso favorito de los individuos tísicos y hemáticos, que se encuentran obligados a retirarse de la capital, para recuperar su salud visitando los famosos sitios de convalecencia: Tarma y Jauja.

1. Garcilaso de la Vega 1976, lib. VIII, cap. XII, vol. 2: 176.

Cerca de Huaramayo, y por la ruta del viejo camino, comienza una ascensión empinada llamada el Paxarón, debido al número de pe-
rriquitos que siempre se ven por ahí. El paso por la cuesta es estrecho,
fatigoso y escarpado, hasta muy cerca de la aldea de Obrajillo, situada
a una distancia de varias leguas. En las cumbres ventosas que dominan
este camino y la quebrada debajo de él, hay varias aldeas a las que solo
se llega por un camino zigzagueante y arduo, y en los alrededores, si
no en otra parte de la ruta de Canta, se ven ejemplos de lo fantástico
en el paisaje, para aquellos que no están acostumbrados a la fragosidad
propia de las regiones alpinas y de fuerte relieve. Un joven caballero
conocido nuestro, que no sabía más que de colinas y césped, fue afec-
tado en las cuestas del Paxarón por un vértigo que, por cierto tiempo,
alteró su imaginación. Además, hemos visto que los viajeros, al en-
contrarse en los peores puntos de paso, chocan con gran peligro y, por
ello, el grupo que va por la parte externa de la cuesta se ve obligado,
por falta de espacio, a rozar con fuerza al otro grupo que se está quieto
en la parte más alta y segura del camino; asimismo, cuando una bestia
débil o cansada se tropieza, el jinete está en riesgo de salir disparado
por el borde, y la falta de parapetos hace el camino aún mucho más
impracticable en una noche oscura.

Canta y Obrajillo están situados en la misma abra entre las mon-
tañas. Obrajillo es por completo un pueblo de arrieros, cuyas mu-
jeres fuertes y activas participan en las labores agrícolas; mientras
Canta, situada en una altura, es un pueblo provinciano y sede de una
gobernación.

La aldea de Obrajillo está construida sobre una especie de cañada
irregular cerca de un riachuelo, rodeado por montañas cultivables que
se repliegan y adelantan conforme se elevan hacia las cumbres más
altas, y, por tanto, permiten una mejor ventilación que la que hay en
cualquier parte del valle entre esta aldea y Yanga.

De Yanga a Huaramayo, las montañas, como se ha dicho antes,
están condenadas a una aridez perpetua, y todas desconocen la agra-
dable influencia del rocío o la lluvia, sin embargo, pasando las cumbres
del Paxarón encontramos caminos con ese abundante pasto del cual
los montes y cuestas están cubiertos plenamente en Canta y Obrajillo.

Como Canta es considerado una suerte de hospital para las personas convalecientes de Lima, resulta pertinente subrayar que, desde el punto de vista médico, tiene mucho interés y, además, está construido sobre una montaña cuya base bordea la aldea de Obrajillo. Aunque desde la plaza de la aldea más baja hasta el pueblo más alto, el ascenso no toma más de una caminata de treinta minutos. Se considera que Canta, no obstante, disfruta de un aire más puro que el de Obrajillo, y, como está solo a veinticinco leguas de la capital, los limeños convalecientes tísicos, héticos y lentos suelen preferir Canta a los distritos más lejanos. La gente de Obrajillo y Canta, cultiva por todas partes alfalfa o lucerna en pequeños cercados junto al río, y las montañas circundantes están cubiertas de pastos: las cuevas más bajas y las laderas suaves producen buenas cosechas de trigo, frijoles, papas, maíz, etc.

Aquí el *culén* (albaquilla) es uno de los arbustos más comunes, y los lugareños hacen con sus hojas una infusión que es considerada un excelente digestivo. Durante la estación húmeda, las flores y los arbustos floridos se expanden con generosa profusión, pero los árboles son muy pocos como para suplir las necesidades de los habitantes, que construyen sus casas, por tanto, con gran dificultad, al verse obligados a traer madera desde lugares distantes y profundas quebradas. Las paredes de piedra o adobe y los techos de paja de las pequeñas aldeas o pueblos de la sierra caracterizan, con solo una excepción, las edificaciones de Obrajillo. Las casas de habitación se emplean para almacenar papas, maíz y todos los comestibles con que los residentes pueden beneficiarse; y cuando la familia se retira a descansar, sus miembros se acuestan donde pueden sobre pieles de ovino en sus desordenados aposentos. No es necesario señalar que todo viajero por estos caminos debe llevar consigo su propia manta o ponchos para reposar en la noche.

En Obrajillo, hay en total unas sesenta familias y entre los habitantes conocimos a un maestro de escuela sensiblero que tenía solo seis alumnos, a los que enseñaba, *sub Jove* [al aire libre] en un corral abierto. Los aldeanos lo tenían por un *savant*, y algunos lo empleaban para que les llevara sus cuentas. Además, pudimos observar que se puso a hablar acerca de la zoología de Aristóteles cuando un amigo nuestro

mostró su celo y ciencia más prácticos en coleccionar y preservar especímenes de ornitología, en busca de los cuales, a menudo, se metía en el río, pistola en mano. Y era algo bello ver los patos de delicado plumaje zambulléndose con maravillosa agilidad al pasar los rápidos más espumeantes. Esta aldea de arrieros está a medio camino entre Lima y Cerro de Pasco, esa gran fuente de riqueza minera. Desde la capital al Cerro, un jinete en una buena cabalgadura llega en cuatro días sin perjudicarse a sí mismo ni a su bestia, y esto se considera bien hecho; sin embargo, hemos sabido que se ha realizado el viaje del Cerro a Lima en unas cincuenta horas, lo cual también es un esfuerzo excesivo para el hombre, quien, probablemente deja incapacitados a uno o dos animales en la empresa. En general, puede decirse que, por un camino escarpado y fragoso, un promedio justo de viaje es una legua por hora para una mula fresca en un trayecto ordinario por el interior del Perú.

El viajero no puede hacer ningún negocio con los arrieros sin descubrir que está enteramente a su merced; y que, además, no le proporcionarán animales para su viaje a no ser que les pague dinero a cuenta o *adelantado*. De hecho, tendrá que avanzar una parte del alquiler de mulas antes de que pueda montar la bestia, propiedad de otro hombre, pero no debería ignorar la siguiente norma peruana para esas ocasiones: sospechar que todos hacen trampa hasta no cerciorarse de lo contrario, una regla que es completamente indispensable. Al actuar según el principio inglés contrario (creer que toda persona es honesta hasta que no se descubra que es un canalla), fuimos estafados por el comandante militar de Junín, quien, aunque ya le habíamos pagado por *adelantado* por dos bestias para el viaje del día siguiente, nos proporcionó una de ellas con solo tres patas, pues la cuarta estaba tan lastimada que no podía tocar el suelo. Sostuvo —y como era la primera autoridad en el lugar, lo hizo exitosamente— que solo había acordado proporcionar dos bestias, sin especificación de su calidad, y que no reemplazaría la coja ni nos devolvería el dinero.

Los arrieros con carga suelen emplear nueve o diez días, y a veces más, de Lima a Pasco, pues hacen cortas paradas vigilando la comodidad de sus bestias y la disponibilidad de alfalfa y pastos, y en Obrajillo, por lo general, descansan un día como mínimo, para refrescar o quizá reemplazar algunas bestias, antes de afrontar los grandes esfuerzos de

la cordillera. De Obrajillo a Culluai, una pequeña aldea casi al pie de la cordillera, hay tres leguas y el camino trepa por un paso rocoso por el curso de un río de lecho escarpado y corriente undosa. Hay uno o dos pasos malos a superar en esta parte del viaje: desde la cumbre de uno de ellos un caballito jadeante cargado con parte de nuestro equipaje cayó y se rompió el cuello. Esta angosta quebrada no está desprovista de interés para el botánico, pues en la estación lluviosa, entre los intersticios de las piedras y riscos, aparecen arbustos florecientes de gran belleza y variedad. En efecto, los pasos de la cordillera más alta no carecen de flores resistentes entre las plataformas de roca. Podemos notar que, entre los cerros en las cercanías de Culluai, se aprecian muestras de estos huertos superpuestos contruidos uno sobre el otro en la superficie de la cuesta, a los cuales hemos aludido en el capítulo precedente “sobre los caracteres generales de la sierra”, como pruebas que quedan de la laboriosidad de los antiguos peruanos.

A la misma altitud, muchas personas susceptibles comienzan a sentir malestares debidos el enrarecimiento de la atmósfera, y a la falta de alimento en el estómago, si ocurriera por casualidad y sus alforjas no estuvieran adecuadamente provistas de lo necesario para el viaje. Solamente en la *puna* y en las altiplanicies se puede comer carne, quizá con papas y cancha o maíz tostado, pero si el viajero pidiera algo más, se le contesta *manan cancha* (no hay).

Entre Culluai, por una parte, y Casacancha, una estancia con una o dos mezquinas chozas, al otro lado de la cordillera, la distancia es de cinco leguas; y a una legua o más de Culluai comenzamos a subir por la Viuda, una montaña imponente que se levanta como si fuera parte de las otras grandes moles que en este punto se agrupan para formar una porción de la gran cordillera occidental. Y a veces puede ser conveniente saber que al lado derecho de la Viuda, conforme ascendemos el camino que serpentea por su flanco, oculto en un recoveco cerca de la línea de nieve, se halla el caserío indio de Yantac.² Antes

2. Ignorando esto, y creyendo que no hay un techo cercano donde cobijarse, hemos sabido de viajeros obligados a pasar la noche muy incómodamente, y con no poco riesgo para su salud, en la pampa o por la cascada que está al pie de la Viuda.

de que el arriero intente ascender a la cordillera, lo hemos visto untar a sus bestias en los ojos y la frente con un ungüento hecho de sebo, ajo y mejorana silvestre, y como prevención contra lo que llama *veta*, atribuyendo los efectos del enrarecimiento de la atmósfera a una *veta* subterránea o vena de un metal o mineral nocivo, que, según él cree, difunde sus partículas mefíticas y venenosa en el aire de las cumbres y las alturas.

Al mediodía, el cruce de la cordillera con clima seco ofrece una gran vista. Cuando cruzamos primero el sol había salido en todo su esplendor, y aunque las montañas de nieve se situaban a cada lado de nuestra ruta, sentíamos bastante calor, pero observamos que en la sombra el frío era muy penetrante.

Especialmente emocionante fue para nosotros avistar tantos monumentos nevados reflejándose en toda su sublimidad en las aguas verdes de los lagos más abajo, en que se amontonaban una multitud de cormoranes y juguetones patos. Estos reservorios de lluvia y nieve derretida, que aquí y allá excitan la admiración del viajero, son como muchos sucesivos espejos que oportunamente se descubren al ojo entre las concavidades y cuencas que separan las cabezas majestuosas de los antiquísimos Andes.

En la zona vecina y mucho más amplia de la cordillera, a la que en otra ocasión nos encaramamos por un paso estrecho, rocoso y empinado, nos vimos atrapados por la repentina aparición de una espesa niebla que a la vez que se desplegaba, lanzaba una oscuridad nocturna sobre la vasta luz de una mañana clara y helada. Esta transición no va acompañada por truenos o relámpagos, ni conmoción de ningún tipo, y después de que la oscuridad continúa durante unos minutos, al mirar hacia arriba se ve que en el firmamento un haz de rayos comienza a salir entre las nubes, y un cuerpo de luz real, aunque mal definido, puede apreciarse en el centro de donde los rayos parecen irradiar; un instante después, el pico de una montaña —una pirámide cristalizada de nieve— refulge ante la vista, y brilla con un fulgor de brillantez absoluta. Con igual celeridad, la cortina de nubes cae y desaparece de la faz del oscuro lago profundo de Pomacocha y parece que toda la escena no es sino una visión encantada.

Pero, al volver, cruzamos con seguridad la última estribación de la cordillera, y descendimos a la pampa de Casacancha, donde no nos paramos, sino que seguimos adelante unas tres leguas más allá de este lugar de reposo habitual para pernoctar en Palcomayo, otra parada común o lugar de descanso para los viajeros de este camino, aunque está poco provisto.

Pero no nos habíamos alejado mucho de Casacancha cuando uno de nuestros compañeros de viaje experimentó un dolor de cabeza muy extremo, la cara se le puso tibia, las arterias de los temporales le latían con violencia, su respiración se hizo dificultosa y parecía como si el pecho fuera muy estrecho para su contenido. El otro caballero se quejó menos: solo lo aquejaba un molesto dolor de cabeza, pero sus ojos estaban inyectados de sangre. Quien esto escribe se vio afectado de modo diferente que sus compañeros. Sufría un dolor de cabeza moderado, pero a medida que caía el sol las extremidades se le enfriaron rápidamente, la piel se le encogió, y entonces vino una sensación de malestar y opresión por el estómago y el corazón con una respiración jadeante, entrecortada y apresurada. Sus amables asociados, en esta ocasión, olvidaron sus propios males para atenderlo en sus más urgentes necesidades. Lo envolvieron cuidadosamente en pieles de ovino calientes, que forman la cama habitual de la pobre familia india en el interior, y renovaron sus energías con un tónico tazón de té caliente. De esta manera, e inmerso en el humo que llenaba toda la choza, volvió prontamente el calor natural a las extremidades y la piel y así se sintió comparativamente bien, y pasó una noche mejor que cualquiera de sus dos amables amigos.

El sirviente encargado de la mula con la carga se quedó atrás y por no conocer la ruta ni ser capaz de avistarnos se salió del camino y anduvo por el valle vecino, Caraguacayán, y no apareció hasta la mañana siguiente. Los caballeros aludidos antes tuvieron por tanto que arreglárselas como los viajeros menos aprovisionados lo hacen habitualmente. Sus *alforjas* les sirvieron de almohada, usaron sus *pellones* y mantas de silla como cama, y sus ponchos como el mejor cobertor. Así, yacían encerrados en el piso de una pequeña y sucia casucha, demasiado pequeña para permitirles estirar las extremidades sin arriesgarse a chamuscarse los dedos de los pies en las cenizas ardientes que

rodeaban el hogar. El viento penetraba a través de cientos de hendiduras del tosco muro y por la baja y estrecha entrada mal tapada con una piel de ovino hecha jirones amarrada con correas a una valla.

Inquietos y chillones cuyes —residentes permanentes de toda choza ruinososa—perseveraron al inicio de la noche en un ataque audaz contra nuestras reservas de pan; jaloneaban nuestras alforjas, que habíamos colocado bajo nuestras cabezas, y mordisqueaban su contenido con una audacia y temeridad que creemos que solo puede inspirar el hambre. Apenas estos asaltantes nos habían dejado descansar en el silencio de la noche, cuando el gallo que velaba en una hornacina en la pared (usualmente ocupada por la imagen de un santo doméstico), comenzó con su repetido cacareo a intervalos imprevisibles hasta bien entrada la gris mañana, cuando ya todo estaba en movimiento: el pastor reunía a su rebaño, que los fieles perros, inseparables de las ovejas, habían guardado toda la noche contra el acecho de la zorra y otros enemigos; el arriero se sacudía en su poncho e iba a recoger sus mulas, y el ama de casa dejaba su cama de pellejo de llama y oveja, y comenzaba su tarea diaria de hervir el caldo o sopa, para el desayuno, y con el humo hacía salir a los huéspedes de sus incómodos lechos.

Con tantas incitaciones para animarnos, nos alegró salir y respirar el aire fresco, mientras se alistaban las cosas para partir en un nuevo día de viaje, con solo un dolor de cabeza, residuo de nuestro común malestar.

El autor tuvo frecuentes ocasiones posteriores de pasar por la misma parte de la cordillera, y aprovechando su primera lección, tuvo cuidado de comenzar el viaje siempre temprano en la mañana, para llegar no bien cayera la noche al alojamiento donde pernoctaría. Se recobraba y se metía en la cama tan pronto como le era posible después de llegar, y cuidaba de dormir seco y caliente. De modo que evitando lo frío y lo húmedo, que impiden la transpiración y recargan los vasos sanguíneos profundos, ha eludido desde entonces en esta ruta la enfermedad de la cordillera.

Más de una vez ha presenciado las más conmovedoras escenas de quejas y sufrimientos, sin mencionar la preocupación adicional de la *veta*, cuando algún viajero empapado y aterido ha llegado muy tarde

a Casacancha,³ y ha utilizado como lecho su pellón ya medio mojado colocándolo sobre el piso de tierra húmeda o sobre un poyo de arcilla, y se ha cubierto con ponchos empapados para pasar la noche. En estas condiciones por la mañana, ese viajero se puede encontrar envuelto por ponchos medio congelados y cuando se levanta y mira alrededor, con frecuencia ve la pampa cubierta de nieve que ha tapado la hierba sin que puedan aprovecharlo las bestias temblorosas que permanecen amarradas allí.

En estos caminos, especialmente en una temporada en que es razonable suponer que habrá mal clima, lo mejor que el viajero puede hacer es utilizar una bestia alquilada a un arriero, quien con más probabilidad tendrá cuidado de su propia mula que de una que pertenezca a otro, y no siempre hay hombres para cuidar al ganado suelto en los altos pastizales por la noche. El frío casi de seguro lleva de vuelta a su corral a cualquier animal no habituado a ese clima; de modo que, si el ganado se deja libre, por la mañana un viajero puede encontrarse con la decepción de que ha huido y que le es imposible continuar con su viaje. Los arrieros suelen acampar para la noche donde mejor conviene a sus animales en la *puna*, cerca de las chozas de Casacancha o Palcomayo, y están tan acostumbrados a ello que yacen y dormitan, no diremos suavemente pero lo bastante profundamente, entre trozos de pellejos y *jerga* (paños tejidos) utilizados para proteger los lomos y hombros de las bestias, bajo cuyos *aparejos* o almohadillas, colocados de pie en el suelo, gatean y encuentran abrigo para la noche, pero posiblemente nadie con los nervios olfativos despiertos sería inducido a permanecer ni un minuto en tales hospedajes.

De Palcomayo a Cerro de Pasco se calcula una distancia de aproximadamente trece o quince leguas, por pastizales fragosos y frígidos, llamados *puna* o sobre todo *pampas*, como la meseta del Bombón, por la que pasa una parte del camino. Este viaje rara vez puede realizarse en un día sin que perjudique a hombres y animales, y, por tanto,

3. El nombre de este lugar es muy apropiado, pues implica la comida que ofrece. Casa es la palabra castellana, y *cancha* es el nombre quechua del grano de maíz tostado, de ahí Casacancha o casa del maíz tostado.

usualmente se divide, y el viajero puede alojarse en la aldea de Hualliy o en la hacienda de Diezmo. Cada uno de estos lugares dista de Cerro de Pasco unas siete leguas, y están separados entre sí por una cadena de montañas bajas y algunas rocas de apariencia muy notable, cerca de la entrada a la meseta del Bombón, que está, por lo general, repleta de vacunos y ovinos.

La ruta más alta y —se dice— la más corta desde Palcomayo es la de Hualliy, pero resulta pantanosa, y solo es practicable en la estación seca; la otra ruta pasa por Diezmo y, aunque puede ser un poco más larga, es la más segura y la mejor; y, por ello, generalmente, el arriero la utiliza. En cualquier dirección, hay que atravesar ríos, densos y profundos en la época de lluvias. Por el Hualliy el viaje resulta interesante debido a que se oye muchas veces el silbido de la vicuña, vigilando a sus congéneres y advirtiéndoles de que se aproxima el viajero, para que todo el rebaño deje sus pasturas y se encamine a alturas más inaccesibles. Las ocas también son muy numerosas y hay un lago por donde se pasa que se presenta como el lugar de recreo favorito de los elegantes flamencos. Ver una bandada de ellos volando es algo magnífico.

Capítulo XI

OTRA RUTA ENTRE PASCO Y LIMA POR JUNÍN HUAYPACHA, PUCARA, TUCTO. LAS MINAS DE ANTAONA, CASAPALCA, POMACANCHA, SAN MATEO, SAN JUAN DE MATUCANA, SURCO, COCACHACRA, SANTA ANA Y, FINALMENTE, CHACLACAYO. ENUMERACIÓN DE UNA SERIE DE ROCAS, TAL COMO APARECEN EN SUCESIÓN DESDE EL PASO POR LA CORDILLERA A LA ENTRADA DEL VALLE DEL RÍMAC

LA RUTA MÁS FRECUENTADA es la que hemos descrito en el capítulo previo. Pero, antes de ofrecer un retrato específico de Cerro de Pasco, podemos recorrer rápidamente el camino que a veces se toma desde esta ciudad a la capital durante la época de fuertes lluvias, que periódicamente caen en el interior serrano, las cuales convierten a varios ríos en el camino de Canta en hondos, rápidos y peligrosos. Ocasionalmente, se prefiere esta ruta que va por un paso de la cordillera en Tucto, cerca de Yauli, por ser más corta que el camino por Tarma.

El viajero que parte muy temprano de Cerro de Pasco, pasa por los pueblos del antiguo Pasco y Carhuamayo, y llega a buena hora al pueblo de Junín o Reyes. El camino pasa casi todo por el lago de Chinchaycocha, o por la pampa casi a nivel del suelo. Desde Junín, en el segundo día de viaje que solo cubre siete leguas, el viajero atraviesa una amplia pampa del mismo nombre, muy recordada en los anales de la independencia sudamericana, hasta llegar a un terreno pantanoso; y cruza por el mismo desfiladero donde los patriotas fueron embesitados por la caballería española. Entonces, dejando atrás ese glorioso campo, pasa a Huaypacha, junto a un distrito ganadero montañoso, que apenas tiene senderos intransitables a pie, un hecho que, a menudo, hace necesaria la presencia de un guía. El mineral de plata de

Huaypacha es demasiado pobre, hoy en día, como para permitir que sus minas sean explotadas activamente. Aquí, las principales explotaciones metalíferas se realizan en la hacienda minera de Olavegoya y la del muy enterado don Miguel Otero. Además, en esta región se cultiva una considerable cantidad de alcacer o cebada verde como pienso para el ganado usado en la extracción minera. La entrada a Huaypacha es muy pintoresca debido a la asombrosa configuración de las rocas en que está depositado el mineral que dominan y rodean por todas partes este pulcro pueblo minero.

De Huaypacha cruzamos el río de Jauja por un puente colgante de sogas fabricado con el mismo tipo de material descrito en La Oroya.¹ El tramo del día siguiente hacia Tucto, casi tan largo como el del anterior, se hace por un pastizal accidentado por Pucara, este último lugar, ahora en ruinas, fue alguna vez un famoso asiento minero que perteneció a don Pedro Arriarte, el gran minero del Perú. En Tucto, se ven cerca del camino varias casuchas indias, y algunas de dimensiones ridículamente pequeñas. Sin embargo, más abajo, situada cerca de un lago al pie de la cordillera, se encuentra una hacienda minera en buen estado, aunque sus minas en los últimos tiempos han resultado ruinosas para el minero. El suelo alrededor de esta hacienda es de un tinte amarillento y se dice que abunda el oro. Hay también una mina de oro cerca de la casa; y las piedras al borde del camino, en numerosos casos están cubiertas de incrustaciones de piritita de hierro, lo que les otorga tan hermosa apariencia tal que en la imaginación de muchos inexpertos en mineralogía puede sugerir una idea muy favorable del dorado tesoro de este lugar.

En las alturas de Tucto, a una distancia de media legua por la cordillera, las rocas circundantes parecen grandes masas de hierro oxidado. No obstante, cuando se toma un espécimen de ellas y se rompe, presenta la calidad del pórvido; pero, a medida que seguimos hacia la cumbre de la cordillera, no se ven rocas en la quebrada por la que pasamos, excepto si miramos hacia arriba, donde se levantan formando protuberancias modeladas en medio del detrito que cubre esta parte de

1. Véase el capítulo 9, “Sobre el río Jauja en La Oroya...”

la cordillera hasta la orilla de los lagos más abajo. El camino arriero es una especie de sendero que pasa por el flanco de esta masa de fragmentos sueltos y revueltos, consistente en pórfido y se extiende un trecho considerable hacia Antacona, es decir, las ruinas de un pueblo minero de ese nombre, en la cresta más alta de este paso de montaña. Por la dimensión de los restos industriales que aún quedan, y las ruinas de asentamientos humanos que se ven entre los precipicios expuestas a la intemperie, podemos inferir que estas minas, abandonadas por falta de maquinaria hidráulica adecuada como muchas otras, alguna vez produjeron metales útiles y abundantes ganancias. En el lado del paso que da a Antacona no hay evidencia de nieve perpetua, pues aquí, aunque cae como en las mesetas, se funde por completo; pero en el lado opuesto, paralelo al curso del camino, y solo separadas por una hondonada pantanosa que contiene varios lagos pequeños, existen montañas o cumbres cubiertas perpetuamente de nieve de gran grosor, y el pantano y los lagos mencionados se alimentan de riachuelos que bajan de las nieves. En las bocaminas de Antacona, que aparecen intercaladas entre rocas de pórfido y piedra verde porfídica, se ve gran cantidad de escombros extraídos en épocas remotas del subsuelo. Entre dichos escombros, hay un gran volumen de piritas de hierro con cuarzo, y una gran cantidad de material calcáreo separado del mineral por descomposición parcial. Hemos de mencionar que la famosa mina de Alpamina, que se trabaja actualmente en la vecindad, esta incrustada en una matriz de piedra caliza.

Tras descender un trecho del cruce situado en el punto más alto del paso de Antacona, la roca circundante (posiblemente una variedad de pórfido) tiene un aspecto rojizo y se extiende en una considerable superficie hasta el pueblo de Casapalca; el suelo en toda esta parte del camino es del mismo color que la roca. Podemos, asimismo, indicar que por el lado del camino y en el río o arroyo de montaña, que nace de la unión de innumerables arroyuelos originados en las alturas, a la distancia de unas dos leguas, vemos numerosas pudingas del mismo aspecto rojizo.

Casapalca, según se calcula comúnmente, está a dos leguas largas de Tucto y ahora se le considera un pueblo o villa, aunque, originalmente, parece haber sido solo un asiento minero. Aquí llama la

atención una bella cascada que cae perpendicularmente en el interior de una saliente rocosa, y reaparece después de un pasaje subterráneo de cierta longitud, para descender en una suave corriente y unirse con el río. A partir del pie de la cordillera a Casapalca, las llamas se recrean con los pastos que parecen encontrar más sabrosos a corta distancia del límite de la nieve.

De Casapalca al siguiente pueblo situado más abajo, llamado Pomacancha o Chicle, hay dos leguas de buen camino, y aquí a menudo la alfalfa tiene que alimentar al ganado hambriento, que con frecuencia en el momento de llegar a este punto está famélico después de haber cruzado la cordillera.

De Chicle a San Mateo, que distan tres leguas entre sí, hay dos caminos: uno por una famosa pendiente o cuesta y el otro por una quebrada pintoresca aunque escarpada que sigue los meandros del río, de los cuales di noticia al describir los caracteres generales de la sierra. San Mateo es un pueblo de arrieros como el de Obrajillo, ya descrito, y se le parece mucho en el clima y los productos, aunque la temperatura del aire puede ser un poco más fresca aquí que en Obrajillo.

Al cruzar por el gran paso de montaña de Chicle a San Mateo, observamos que donde comienza el ascenso por el lado más alto o más cercano a la cordillera, la roca en la base de la montaña es pórvido; pero a medida que subimos por la gran cuesta, el precipicio adopta el aspecto de roca verde porfídica. En la base del descenso, es decir, en el lado de la montaña que da a San Mateo, cerca del camino, hay una protuberancia rocosa que tiene el aspecto de una placa de mica. Sin embargo, nuestros viajeros no tomaron ninguna muestra de ella, pues a estas horas el día ya había pasado, y los dos hombres y las bestias estaban cansados y deseosos de llegar a tiempo al alojamiento nocturno para conseguir un lugar cómodo.

De San Mateo al siguiente punto, el pueblo de San Juan de Matucana, la distancia es de cuatro leguas muy largas, por una quebrada estrecha y rocosa en su mayor parte.

A, aproximadamente, un cuarto de legua de San Mateo, la roca verde se muestra al lado del camino, luego de pasar este risco, cruzamos el primero de los tres puentes que atraviesan el río a una distancia

de poco más de media legua entre el primero y el último, debido a lo angosto de la quebrada, que, a veces por un lado y a veces por el otro, apenas deja espacio para un camino de arriero. Antes de cruzar de bajada el primer puente, la roca es de piedra caliza; pero, en este punto, tras haber cruzado el río para la orilla opuesta, se muestra roca basáltica, y sigue así desde el primer al tercer puente, el más bajo, donde encontramos cuarzo que surge en masas muy verticales y altas. Las vigas del puente descansan en la parte saliente de este cerro que domina una de las orillas, y en el otro sobre la correspondiente saliente de un formidable cerro de pórfido opuesto a aquel.

La siguiente variedad de roca es de formación basáltica; aparece a medio camino, aproximadamente, entre San Mateo y Matucana, y se desmorona en una gran cantidad de fragmentos de apariencia pizarrosa. En el costado más bajo, esta flanqueado por un cerro de roca verde porfídica, que se adentra hasta media legua de Matucana. Esta masa también arroja una inmensa cantidad de escombros. A la roca verde porfídica le sigue el pórfido traquita, la roca de este tipo aparece a poca distancia del pueblo de Matucana o San Juan de Matucana; pero antes de que la conjunción de estas rocas tenga lugar, el camino es interrumpido por un ángulo o cuña compuesta de roca verde sienita, o pórfido con actinolita.

Tras dejar Matucana (el cual es un poblado considerable que goza de una atmósfera agradable, con cierto campo abierto en su entorno) para ir a Surco, a dos o tres leguas de bajada, por todo el camino entre estos dos pueblos continúa habiendo pórfido, del cual se generan grandes fragmentos o masas que casi bloquean el camino y el lecho del río.

Surco es un pueblecito que tiene la temperatura de Yaso en el camino de Canta, y como este, es conocido porque sus aguas producen la enfermedad llamada *verrugas* o excresencias carnosas. De Surco bajando a una legua y media más o menos, tenemos pórfido traquita y, a medida que avanzamos, presenta un grano más grueso, hasta que cada gránulo parece del tamaño de una nuez. Le sucede el pórfido feldespato que se extiende por la ladera de la quebrada por la que viajamos hasta casi dos leguas y media aproximadamente, o a una legua abajo del pueblo de Cocachacra, situado a tres leguas más abajo de Surco por

el río o quebrada. Cocachacra, a doce leguas de la capital, está rodeado de frutales, y aquí el viajero puede reclinarse a gusto en la agradable sombra, mientras se proporciona refresco a hombres y bestias.

Desde una legua abajo de Cocachacra vemos que la sienita cubre una extensión de media legua por nuestro camino. Le sigue el granito sienítico, que se mantiene durante un trecho con un aspecto cambiante, hasta que, gradualmente, toma la forma de granito tosco, que también aparece en grandes bloques sueltos amontonados ante los cerros pelados que se ven entre Santa Ana y Chaclacayo al entrar a la cabecera del valle del Rímac.

Los pueblos mencionados antes de Chaclacayo (a seis leguas de la ciudad), Cocachacra, Surco, Matucana y San Mateo, permiten cambiar de aire y clima en etapas sucesivas y graduales a los enfermos de Lima que están demasiado débiles o no encuentran conveniente proseguir más allá de San Mateo, o cruzar la cordillera por Yauli para Tarma, a diecinueve leguas al noreste de San Mateo.

FIN DEL PRIMER TOMO

PERU AS IT IS:
A RESIDENCE IN LIMA,
AND OTHER PARTS OF THE PERUVIAN REPUBLIC,
COMPRISING
AN ACCOUNT OF THE SOCIAL AND PHYSICAL FEATURES
OF THAT COUNTRY.

BY ARCHIBALD SMITH, M.D.

IN TWO VOLUMES.

VOL. II.



LONDON:
RICHARD BENTLEY, NEW BURLINGTON STREET,
Publisher in Ordinary to Her Majesty.

1839.

Capítulo I

LA UBICACIÓN, POBLACIÓN Y EL CLIMA DE CERRO DE PASCO.
LAS CASAS. EL CARBÓN Y OTROS TIPOS DE COMBUSTIBLE.
LA MADERA PARA USO EN LAS MINAS, ETC. ¿DE DÓNDE PROVIENE?
LOS FRUTOS Y PROVISIONES. LAS MINAS. LAS MANTADAS.
LOS BOLICHES. EL *HABILITADOR*. LA CASA DE MONEDA.
LOS BANCOS DE RESCATE. LA FUNDICIÓN DE PASCO

LA CIUDAD DE CERRO DE PASCO, ubicada a unos 14.000 pies sobre el nivel del mar, tiene su asiento en una quebrada irregular en el flanco septentrional de un grupo de pequeñas colinas; dicha quebrada se inicia en el viejo Pasco en el límite noreste de la altiplanicie del Bombón. Por tanto, Cerro de Pasco está casi equidistante (a unas veinte leguas) de Tarma por el sur y de Huánuco por el norte; ambas provincias, según su tipo, son fértiles y productivas. Al sur se ubica el lago de Chinchaycocha, cerca del antiguo Pasco, y al norte, los suburbios de la ciudad casi llegan a una garganta con una entrada en forma de túnel que por una rápida bajada conduce al pueblo de Quinua, a tres leguas de distancia. Por el este y el oeste la vista tropieza con las cadenas de la cordillera oriental y occidental, y los espacios intermedios entre aquella sede del tesoro peruano y las estupendas barreras presentadas por esas cumbres imponentes, que forman un enorme anfiteatro, se ven animados, en casi toda su extensión, por innumerables rebaños de ovinos y rediles de reses que deambulan y se crían en dichos espacios. Aquí y allá se ven grupos de llamas domésticas y tímidas vicuñas, mientras jaspean en el paisaje los lagos, riachuelos y pantanos cuyas superficies agitan siempre las bandadas de ocas, patos, agachadizas, chorlitos, gallinetas, herones, yanavicas, flamencos, etc., que, en sus temporadas propias y convenientes, animan y adornan esta gran extensión.

Asimismo, debemos mencionar que más hacia el oeste, y faldeando los límites de la gran meseta, desde las cumbres circundantes, se ven extraños fragmentos de rocas, como en las cercanías de Huayllay, los cuales cobran, al mirarlos a la distancia, la apariencia de pinos negros que se elevan a la sombra de las montañas adyacentes.

El famoso socavón de Quiullacocha drena, en parte, las aguas de este distrito minero, y una porción considerable de estas se filtran naturalmente hacia el norte en la quebrada de Rumillana cerca de Cerro, de donde brota el torrente de Puccoyaco, origen del río Huallaga.

En buena medida, la población de Cerro de Pasco es migratoria; crece y disminuye según el desarrollo de la actividad minera (si las minas son muy productivas o están pobres e inundadas por la falta de un drenaje apropiado: si el drenaje fuese perfecto, se podría extraer una riqueza incalculable). Quizá, el número de habitantes nunca baja de 4000 o 5000, y se sabe que ha llegado a triplicarse, pues es en los socavones donde los trabajadores encuentran un empleo adecuado. Cuando las minas son productivas, en la morada del patrón minero resuena el tintineo de los pesos fuertes; mientras el dado se mantiene en movimiento constante y se aglomeran bellas mujeres provenientes de los valles más agradables, las cuales animan la casa del minero con cantos, guitarras y bailes.

El clima de Cerro de Pasco es sumamente severo y variable durante casi toda la mitad del año, de fines de noviembre a mayo. En el curso de unas pocas horas, se observa que el viento proviene de todos los puntos cardinales, y, al mismo tiempo, pasa de la sequedad a la lluvia, de la lluvia al aguanieve, nieve, granizo y lluvia otra vez. Durante la mayor parte de estos meses, los senderos no merecen ser llamados calles pues permanecen húmedos y lodosos. Durante este periodo, el termómetro de Fahrenheit rara vez sube de 44 °F (6,66° C) en la sombra, y pocas veces cae al punto de congelación.

Pero la estación seca, que domina de mayo a noviembre, es muy diferente. En este periodo, aunque el sol brilla al mediodía con gran intensidad en la superficie de un palio sin nubes, las heladas nocturnas son intensas, y las noches y las mañanas de un frío muy penetrante. En el curso del mes de agosto, el aire es tan perceptiblemente seco que la nariz y la boca se resecan y duelen. El autor sufrió mucho de esta

molesta afección y, por ello, tuvo que buscar un clima más templado unas leguas más allá, donde el malestar desapareció inmediatamente.

En la época de los españoles, la forma en que se construyeron las casas servía de poco para mitigar los efectos de la dureza del clima de Cerro de Pasco. Las viviendas estaban cubiertas de paja, y esta era la causa de los frecuentes y destructivos incendios que se producían en la ciudad. Para evitar tales accidentes, hace poco se ha techado con plomo una o dos casas.

No fue sino hasta la llegada de la Peruvian Mining Company, en diciembre de 1825, que los habitantes aprendieron a paliar los males de su inclemente terruño mediante la construcción de chimeneas y fogones apropiados, así como de ventanas con vidrios. Por ello, hemos escuchado bendecir a la compañía mucho tiempo después de que sus agentes tuvieran que despedirse de esas regiones de riquezas subterráneas, por la introducción de dichas comodidades a las moradas y hogares de los mineros. Aunque este rico distrito no tiene las ventajas naturales de un clima favorable, posee, sin embargo, una con la que puede suavizarse su rigor y aliviar sus efectos: tiene carbón en abundancia.

A cinco millas, en los alrededores de Cerro de Pasco, hay una mina de carbón de calidad bastante baja con el que el capitán Hodge, un distinguido minero de Cornwall, solía abastecer a sus clientes. El carbón que se consumía en la máquina de vapor se traía de unas cinco o seis millas de una mina de carbón, de calidad muy superior, cerca del pueblo de Rancas, llamada “La mina de las Máquinas”. Sin embargo, el combustible más común en Cerro de Pasco, así como en todos los distritos fríos de la sierra, es la *champa*, una turba (no turbera) que se saca de la superficie del pantanal. La hulla se ha vuelto muy cara, y los *braseros*, en que los ricos mineros solían quemarla (aunque no sin perjuicio debido a los efectos nocivos procedentes del anhídrido carbónico), han quedado obsoletos desde que se han conocido las ventajas de las chimeneas y parrillas.

En diferentes localidades mineras de la sierra, el estiércol de los cuadrúpedos de las mesetas en la estación seca se recolecta para las fundiciones y se utiliza como combustible junto con juncos y hierbas largas que crecen en los pastizales.

De los bosques de Paucartambo, situado a una distancia de sesenta millas, a la entrada de la montaña, al sureste de Pasco, acarrear gruesas vigas para el uso de las minas y las haciendas minerales, y más livianas para la construcción de casas en Cerro de Pasco, por un camino malo y desigual a fuerza de hombres y bueyes.

El forraje es a veces sumamente escaso y caro en Cerro de Pasco. A menudo, cuesta seis reales diarios, o un peso (tres o cuatro chelines) alimentar a una mula o a un caballo con alcacer o tallos de cebada verde cortada, que se trae a lomo de mula desde las aldeas de los vallecillos adyacentes; y, por tanto, es habitual que aquellos que van por negocios a Cerro de Pasco y tienen varias mulas o caballos, los envíen a los pastizales convenientes más cercanos hasta que los necesiten para reanudar su marcha.

En efecto, en el mismo Cerro de Pasco se pueden observar pequeñas parcelas donde la cebada nunca madura y se corta verde en la estación húmeda; no obstante, la cantidad cultivada es demasiado insignificante como para tomarla en cuenta, excepto por lo que se indica con respecto al tipo de clima de esta localidad. Las papas y el alcacer constituyen los principales productos de Quinua, pues, aunque sus pastizales son buenos, la temperatura del lugar es demasiado fría para producir maíz. Sin embargo, una o dos leguas más abajo, en el pueblo llamado Cajamarquilla, se puede cultivar trigo, pero en pequeña cantidad porque se aprecia una falta de suficiente tierra arable. En este lugar son numerosas las pequeñas huertas cuidadosamente cultivadas, de donde se recogen cebollas, coles, lechugas y flores para el uso de las iglesias y capillas, etc., y se venden en el mercado de Pasco, el cual, durante todo el año, está bien provisto de frutas, de carne buena y fresca y otras provisiones en abundancia, procedentes de los valles templados y cálidos situados más abajo, y de los lagos y mesetas alrededor de las minas. Jauja suministra el trigo y la harina principalmente; Tarma, la cebada; Huánuco, la fruta y el azúcar; y Huaylas, también azúcar.

Dice el activo e inteligente prefecto, don Francisco Quirós, en su informe a la junta departamental de su jurisdicción de Junín, reunida en Huánuco en 1833:

Este ramo importante [la minería], por no decir, único, de nuestra industria, y fuente copiosísima de la riqueza nacional, nadie ignora que,

por hoy, es concentrado en los inmensos tesoros del mineral de Pasco. Sus labores conducidas con inteligencia y manejadas con economía, sobrarían para derramar abundancia en toda la república, para atraer ácia nosotros las producciones de todo el universo, y para crecer [sic] incalculablemente las riquezas y las comodidades de la vida. Pero la fatalidad, que siempre persigue al bien, quiere tenernos aun sumidos en la miseria. Manos avaras, que quisieran enriquecer en el momento, han preparado de años atrás, la paralización que se ha sufrido, y la indiscreta liberalidad de la ordenanza, en permitir sean pagados los trabajadores con metales, contrariando, cada vez mas, los principios de la arquitectura subterránea, lejos de sostener con solidas pilastras sus espaciosas bóvedas, pareciera haber tomado el empeño en derrivarlas. Allí, como en un basto cementerio, serán para siempre sepultadas nuestras mas alagüeñas esperanzas, si, con mano fuerte no se reprimen tamaños abusos, y si, un rigor saludable no contiene, al mismo paso que los robos escandalosos, el desordenado método de laboreo.¹

El trabajador minero puede escoger, según las leyes del distrito, uno de los dos tipos de pago. Puede recibir cuatro reales (dos chelines) diarios como jornal fijo; o puede optar por retener una porción del mineral que saca de la mina en una bolsa de cuero o *capacho*, que lleva jadeando fuertemente bajo su peso a la superficie, donde se hace la división según una medida establecida; y las mujeres, con una jarra de *chicha* en la mano, la cual bebe con avidez el *capachero* acalorado y medio exhausto, se sitúan, generalmente, en la bocamina para llevar a la casa la porción del minero: un hato de mineral llamado *mantada*. Una porción diaria de metal de un jornalero puede valer bastante dinero, o poco o nada. En el primer caso se dice que la mina está en *boya* o *bolla*, es decir, en un momento de abundante producción y, por ello, el jornalero común insiste en que se le pague en metal; asimismo, cuando la mina no produce buen mineral para pagar bien, el jornalero, que desperdicia todo su pago en el fasto de las fiestas y procesiones religiosas, reclama sus cuatro reales por jornada; y, por tanto, evitará participar en el mal negocio del empleador.

1. Quirós 1833: 1-2 [Se ha mantenido ortografía del original] (N. de la T.).

En la bocamina de la gran “Mina del Rey”, que hizo a la familia de Yjurma tan famosa y rica, se dice que un jornalero rechazó en nuestros tiempos ochenta pesos por su *mantada*, en que abundaban piezas de *polvorilla* y *maciza*, o mineral rico en plata nativa y casi pura. Sin embargo, la plata nativa y pura es necesariamente rara y solo aparece en porciones pequeñas y dispersas entre otros metales de buena calidad. Cuanto mejor es la calidad del mineral, tanto mayor es el daño y la pérdida por los robos sufridos por la mina y el propietario minero; y con frecuencia ocurre que el costo de sacar el mineral, extraer la plata, pagar los impuestos locales y nacionales, refaccionar las obras subterráneas, abastecerse de sal y mercurio, junto con todo el gasto en los mayordomos, el deterioro y desgaste de los utensilios, la pérdida de mulas y llamas de carga, etc., supera las ganancias totales de la mina. Por ello, aquel dueño de minas de Cerro de Pasco muy inteligente, activo y notable que conocimos, cuyas cuatro o cinco minas rendían casi todo el mineral rico extraído de ese asiento en los años de 1827 y 1828, declaró que, después de haber puesto casi dos millones de pesos en circulación del producto de esas minas, pese a tales abundantes ganancias, había perdido más de lo que había ganado.

En Cerro de Pasco, el número de minas que funcionan de modo normal son comparativamente pocas desde que cayeron en manos de los patriotas; aunque en distritos o zonas de este lugar tales como Santa Rosa, Yauricocha, Caya, Yanacancha, Chaupimarca y Matagente, existen varios cientos de minas famosas de las cuales se ha extraído, y aún puede extraerse, plata en gran cantidad, siempre y cuando se realice un drenaje perfecto. En general, se dice que antaño las minas realmente productivas en Cerro de Pasco llegaban a unas treinta, y estaban en funcionamiento unos ocho meses al año. Algunas, por supuesto, eran de calidad inferior; sin embargo, valía la pena trabajar los metales que, por ensayo o experimento en pequeña escala, solo rendían seis y siete marcos por *cajón* (el marco contiene ocho onzas, y el *cajón*, la carga de diez arrobas en veinticinco mulas, es decir, doscientos cincuenta onzas cada una),² siempre y cuando el metal no fuera difícil de extraer, ya sea

2. La equivalencia es 1 libra = 16 onzas; 1 arroba = 25 libras (N. de la T.).

por el tipo de la vena o por la profundidad de los pozos. Los metales de Santa Rosa, cuando rinden diez marcos de plata por *cajón* y el azogue está a un precio moderado, compensan mejor al minero que los minerales más ricos, porque no tientan la codicia de los jornaleros, que entonces están contentos con la suma de salario fijo de cuatro reales por día, en vez de las *mantadas* o fardos de metal ya mencionados.

Estas *mantadas* son adquiridas por una clase de hombres llamados bolicheros o propietarios de *boliches*. El *boliche* es a los molinos comunes de metal en las haciendas minerales lo que el mortero de los israelitas era a los molinos de grano modernos movidos por máquinas: una suerte de piedra rodante colocada en la superficie cóncava de una piedra más grande bien colocada debajo. El metal, en cantidades comparativamente pequeñas, es triturado entre estas dos piedras por un hombre que, con la ayuda de una vara larga, se equilibra sobre la piedra redondeada y pesada, la cual mantiene constantemente oscilando con el peso y el movimiento de su cuerpo. El metal o mineral así molido es el más rico; en esta pequeña escala el mineral pobre o común no podría resultar rentable, pero el mineral comprado a los jornaleros de las minas generalmente enriquece al bolichero que, tentado por la perspectiva de una rápida fortuna, no duda en alentar la práctica del robo de la que se queja en su informe departamental nuestro amigo el prefecto de Junín [Francisco Quirós], natural de Cerro de Pasco.

El subsuelo de la ciudad de Cerro de Pasco, en la que contienen plata los mismos *adobes* utilizados parcialmente en algunas de las casas, está tan socavado que uno no está libre realmente del peligro no pequeño de caer sin percatarse, especialmente por la noche, en las viejas minas (o más bien pozos) a veces superficiales, otras profundas y sin fondo y medio llenas de agua. Las minas son excavadas irregularmente bajo la superficie, y los jornaleros experimentados escarban como conejos por agujeros poco conocidos y así llegan a los minerales ricos con sigilo, e inmediatamente los venden a los *bolicheros* a cambio de pesos. La mejor manera de impedir ese saqueo sería prohibir los *boliches*. Mientras este tipo de robo continúe, Cerro de Pasco, aunque lejos de los sismos que asolan la costa, está en riesgo de ser tragado por el desplome de los arcos de las minas, apoyados en pilares que, con frecuencia, son de minerales ricos. Los ladrones roban mineral

de estos pilares y debilitan de tal modo el sostén de toda la estructura subterránea, que de vez en cuando se derrumban arcos enteros, lo que suele producir el sacrificio de vidas y otras consecuencias desastrosas.

Los mineros de Pasco, según observamos, bien pueden estar en medio de riquezas o en apuros: siempre se mantienen en un estado de continua expectación. Ciertamente, el minero, pese a los *pillos* y saqueadores que siempre lo rodean, tiene, a veces, ganancias inmensas y rápidas a un costo relativamente pequeño de tiempo y dinero. Este éxito ocasional lleva a otros a acariciar la esperanza de tener una suerte parecida, lo que por este rumbo rápidamente lleva a la mayoría de especuladores a dificultades pecuniarias, pues, como hemos visto, con frecuencia se necesita un desembolso bastante grande y sin ninguna compensación y cuando el capital es demasiado limitado, aunque en lo principal la empresa sea buena, la ruina es inminente. Los comerciantes y tratantes en *plata piña*³ se sienten tentados por la perspectiva de la ganancia comercial a prestar dinero al dueño de minas en aprietos para que le sea posible avanzar con la explotación y pagar el préstamo en *piña* a una determinada suma por marco. Dicho

-
3. La *plata piña* o simplemente *piña* es el nombre dado a la plata que está completamente purificada del mercurio que se le adhiere en el proceso de amalgamación, el cual se realiza mezclando el mineral con sal y mercurio, una vez que ha sido molido; se repasa la masa resultante por medio de hombres o ganado, y después se deja reposar en el *cercó*, es decir, el recinto en que se ha repasado, durante un mes o seis semanas. Al cabo de este periodo se supone que el mercurio se ha combinado con la plata en una masa y ha formado una amalgama perfecta, llamada *pella*, que se separa lavando el barro y la escoria del mineral. La *pella* así obtenida es blanca y tan líquida que, al ponerla en un bolso fuerte se hace escapar una gran cantidad de mercurio a presión, dejando la amalgama con una consistencia sólida. Se descompone con fuego ardiente, y el mercurio destilado puede ser empleado para el mismo propósito descrito. En este proceso, sin embargo, ocurre un gran gasto de mercurio debido a los deficientes aparatos que ese emplean; y el metal fijado o la plata que queda es llamada *piña*. Esta *piña* la suele vender el minero en masas redondas más grandes que las balas de cañón; y el comerciante que no incursiona en el contrabando lleva estas bolas de plata a la callana del Estado situada en las minas (un puesto ocupado honorablemente en Cerro de Pasco por un hombre bueno y sabio, don Toribio de Oyorzabal), en donde son fundidas y al ser derretidas y bastante purificadas, de nuevo se vacían en barras, que se sellan indicando que son de una pureza de ley, después de lo cual se trasladan a la ceca para su acuñación.

prestamista recibe el nombre de *habilitador*; pero, desafortunadamente, para este capitalista, ocurre que, por la costumbre y hábito del minero, el último *habilitador* es quien tiene el derecho a ser el primero en cobrar su préstamo, lo que conlleva los peores resultados prácticos. El minero es, por lo general, un jugador temerario, que gasta el dinero tan pronto como le llega, no en mejorar sus minas sino en sus vicios. De este modo, el interés de los primeros *habilitadores* puede ser sucesivamente pospuesto a los reclamos de los más recientes, que, con frecuencia, también quedan burlados. Sin embargo, las dificultades del minero no desaparecen, se prolongan meramente y se ve envuelto en disputas y litigios perpetuos.

El riesgo, el desembolso y el retraso ocasionados en todo momento y, sobre todo, en los días de conflictos civiles, por la necesidad de remitir las barras de plata de Pasco a Lima con el fin de acuñarlas son sentidos como muchos otros agravios reales del minero, y se sabe que estas causas, junto con el deseo de evitar el pago de los impuestos fijados, han generado un contrabando tal por todos los caminos que conducen desde montaña hacia la costa, que ningún número de oficiales de aduana puede impedir, incluso en el extravagante supuesto de que se hallen las pruebas que confirmen el soborno y la corrupción. Los males concomitantes de las disposiciones existentes llevaron a la legislatura a aprobar una ley para el establecimiento de una ceca en las minas de Pasco, pero su deseable objeto aún no ha sido realizado de una manera adecuada y eficiente; aunque entendemos que el prefecto Quirós empleó a un comerciante nativo para instalar cierta máquina primitiva con la cual se acuñan diariamente unos cuantos pesos.

Un extracto de la memoria presentada en el año de 1832 al Congreso de Lima por el señor [Manuel Pérez de] Tudela, ministro de Hacienda del Perú, puede dar una idea del rendimiento de las minas:⁴

Un elemento esencialísimo —dice— para la animación de la industria minera es la cómoda adquisición del azogue con que se benefician

4. *Memoria sobre el estado de la Hacienda de la república peruana presentada al Congreso por el ministro de Estado del despacho de Hacienda Manuel Pérez de Tudela 1832: 11-12 (N. de la T.).*

generalmente nuestros metales por no ser adaptable á los mas, ni estar admitido respecto de aquellos que lo permiten, el método de fundición.⁵ El precio del azogue decide del aprovechamiento ó pérdida de los metales de baja ley: y ni la esencion de derechos de cobos⁶ y diezmo, ni otra alguna protección que dispense la ley al gremio, equivalen en sus efectos á la baratura de ese ingrediente. El Perú posee en Huancavelica una de las mas ricas minas de azogue que hay en el globo: mina que comprende cuarenta y un cerros reconocidos cruzados de vetas, de las que una sola parte que se llama grande ó de santa Barbara dio cinco mil quintales de azogue en año común por dos siglos. Era pues importante examinar si convendría provocar su esplotacion; y se ha hallado que con un mediano fomento y ciertas medidas podrá proporcionarse el azogue á 65 pesos quintal.⁷

-
5. En Huallanca, Hualliy y otros lugares del rico Departamento de Junín, la fundición se utiliza para la extracción de la plata, pero en Cerro de Pasco es poco empleada. En el distrito de Yauricocha, y especialmente en la gran Mina del Rey, se encuentra una considerable porción de sulfuro de plomo en los minerales, y también de sulfuros de cobre, hierro y plata. Tal es la cantidad de ácido sulfúrico distribuido entre las minas de Cerro de Pasco, situadas entre los cerros de piedra caliza, que el agua que contienen corroe la maquinaria de hierro expuesta a su constante acción.
 6. “*Cobos*”: era un impuesto de 1½% sobre los metales extraídos de las minas. Su origen, tal como nos informan, fue una concesión de este monto hecha por el Gobierno español a un individuo llamado Cobo. Luego se convirtió en un impuesto permanente que, como los diezmos de los metales, después pasó a manos del Gobierno, hasta que ambos fueron suprimidos hace unos años, tal como se menciona en el texto.
 7. Posteriormente, hemos sabido que durante los años 1837 e inicios de 1838, el azogue se volvió tan escaso en el Perú que costaba 200 o 220 pesos el quintal. La consecuencia ha sido que una compañía privada, bajo los auspicios del Protector Santa Cruz, fue formada por el emprendedor general Otero y otros, para limpiar el socavón, y reconstruir las minas de Huancavelica por largo tiempo abandonadas y descuidadas, las cuales están a una distancia de sesenta y seis leguas de Cerro de Pasco, por la ruta de Tarma, Jauja e Izcuchaca. Esta compañía ha hecho algún progreso en los trabajos; pero, por la cantidad de azogue extraído, no puede decirse que haya tenido una influencia sensible sobre el precio de este valioso metal, que, en consecuencia del gran envío últimamente realizado, ha caído a casi la mitad del enorme precio mencionado antes. Durante el periodo referido —aunque el drenaje y las obras en Cerro de Pasco habían mejorado notablemente—, ninguna mina de segunda o tercera clase podía cubrir el costo de la amalgamación; y, por

Las operaciones de las casas de moneda no dejan de concurrir á probar la necesidad de los bancos: porque si bien la de Lima ha sellado en los tres últimos años 4.902.762 pesos:⁸ y la del Cuzco en los de 1829 y 1831 969.939 pesos:⁹ los aumentos de amonedación no corresponden á los que ha debido producir la abolición de los derechos de cobos y diezmo desde 26 de febrero de 1830, y los que ofrece la del Cuzco proceden de otras causas particulares. Subsistiendo esos derechos se acuñaron en solo la de Lima mas de 2.700.000 pesos en 1827; pero en aquel año sobre haber corrido con mucha felicidad el desagüe de las minas de Pasco, no se habia estendido el contrabando como después. Para disminuir sus efectos á la par que los bancos de rescate en los asientos de minas ó sus inmediaciones, son menester fondos en las casas de moneda, con los que, ni los tenedores de pastas se retraerán de presentarlas por las demoras que esperimenteren en ser pagados de su valor, ni el erario sufrirá los quebrantos que en la actualidad, si trata de abreviar el pago. Cien mil pesos en la casa de moneda de Lima, y cincuenta mil en la del Cuzco bastarían para allanar las dificultades.

La falta de tal depósito en la ceca, al que hace referencia el señor Tudela, es una de las principales fuentes de desconfianza en las épocas revolucionarias, ya que el dueño del metal preferirá correr el riesgo del contrabando, antes que perder todo su capital o pasar largo tiempo privado de sus pesos contantes si lo lleva por la vía regular a la casa de moneda de Lima. Los bancos de *Rescate* a los que el señor Tudela se refiere, ahora tan deseados en el Perú, son solo fondos depositados en ciertas situaciones, y bajo adecuada supervisión, para que el minero pueda intercambiar su *piña* a un valor fijo y justo en moneda corriente, con lo cual él queda en posesión de pesos tan pronto como su *piña* está lista para el mercado. Por ello, podemos decir que este es el único tipo

tanto, el metal extraído de ellas se dejaba acumulado en montículos (constantemente vigilados por guardas indios llamados *tapacos*) con un valor estimado de tres millones de pesos.

8. Smith suma las cifras dadas por el ministro en el texto original (1829, 1.231.048 pesos; 1830, 1.738.227 pesos; y 1831, 1.933.487 pesos) (N. de la T.).
9. Smith suma las cifras dadas por el ministro en el texto original (1829, 310.272 pesos; y 1831, 659.667 pesos) (N. de la T.).

de banco pensado para ser de real utilidad al minero disoluto, pues fomenta su industria, sin poner bajo su potestad el sobrepasar su crédito con el banco, o de arruinarse y de arruinar a su familia, y encender lo peor de las pasiones como consecuencia de que se le embarguen sus minas, lo cual ocurriría frecuentemente si fueran aceptados como garantía de los adelantos de dinero, los que se gastaría probablemente en fiestas, juergas, naipes y dados, en vez de aplicarlos al declarado propósito de trabajar sus minas o mejorar su propiedad.

El número de marcos¹⁰ de plata convertidos en barras en la callana de Cerro de Pasco, desde el año 1825 al de 1836 inclusive, es, según la mejor información,¹¹ el que sigue:

Año	Marcos
1825	56.971
1826	163.852
1827	221.207
1828	201.330
1829	82.031
1830	95.265
1831	135.134
1832	219.378
1833	257.669
1834	272.558
1835	246.820
1836	237.840
Total	2.190.555

10. El producto de un marco de ley estándar es ocho pesos cuatro reales, o una libra esterlina y catorre chelines.

11. Las cifras de Smith tienen algunas diferencias con las que presenta Rivero y Ustariz (*Colección* 1857, vol. 1: 219-220). Rivero no da cifras para 1825 (N. de la T.).

Capítulo II

DESCENSO DE PASCO A HUÁNUCO. LA SERIE DE PROCESOS PARA MOLER Y AMALGAMAR EL MINERAL ARGENTÍFERO. QUINUA. CAJAMARQUILLA. HUARIACA. SAN RAFAEL. AMBO. EL VALLE DE HUÁNUCO, SUS ATRACTIVOS Y VENTAJAS. EL ESTADO DE LA AGRICULTURA EN ESTE VALLE, Y EL COMERCIO CON PASCO. EL COLEGIO LLAMADO “LA VIRTUD PERUANA”. LA NAVEGACIÓN A VAPOR POR EL RÍO HUALLAGA, Y LA CIVILIZACIÓN DE LOS INDIOS SALVAJES DE LA MONTAÑA. LOS PRODUCTOS NATURALES DE LA MONTAÑA

ALGUNOS DE LOS VALLES DEL PERÚ, como el de Obrajillo y Canta, se extienden desde la costa hasta la cordillera; algunos solo tienen unas cuantas leguas de rápido descenso de la puna o altiplanicie. El de Tarma, por ejemplo, baja desde las alturas de Junín, pero otros se hunden profundamente en el seno de los Andes centrales o descienden en picada hasta la ceja de montaña, como los valles de Guarigancha y Huánuco, de este último nos proponemos ofrecer una descripción más específica.

Huánuco no debe confundirse con el antigua ciudad llamada León de Huánuco, cuyas notables ruinas todavía vale la pena visitar en las altas punas de Huamalíes; pues la ciudad llamada ahora Huánuco o, como algunos lo escriben, Guanuco, está en un valle delicioso, a veintidós leguas en dirección noreste de las minas de Cerro de Pasco, en un descenso de unos 7000 pies (2133 m); se sitúa por tanto a una altitud intermedia entre Cerro de Pasco y el océano.

En las primeras tres leguas de nuestra bajada de las minas al valle, pasamos por una serie de molinos para moler el metal antes de que sea

mezclado con sal y azogue para su amalgamación. Los molinos están situados en un estrecho valle rocoso por el que pasa el camino escarpado que muchas veces se extiende por el lecho de la corriente que al bajar pone en movimiento muchos molinos sucesivamente y, a la vez, se desplaza por abrevaderos o canales que la llevan hacia la tosca maquinaria de las haciendas, a las que se transporta el mineral con gran esfuerzo y gasto, a lomo de mulas, asnos y llamas.

A solo tres leguas de Cerro de Pasco, el camino desde el pueblo de Quinua (que una vez fue famoso por su mina de oro) al pueblo de Cajamarquilla, dos leguas más abajo, es escabroso, profundo y lodoso durante la estación de lluvias; pero los pastizales son buenos y se envía a pastar allí a las reses de los mineros por poco costo. A dos o tres leguas abajo de Cajamarquilla, de la que dimos noticia en nuestra descripción de Cerro de Pasco, está Huariaca, un pequeño pueblo con una gran plaza y muy buenas casas. Dicho pueblo es la cabecera de la parroquia y sede del gobernador, con un clima análogo al de Obrajillo en el camino entre Lima y Cerro de Pasco, como antes se dijo. Además, cultivan productos que ya hemos mencionado antes: *verbi gratia* maíz, trigo, legumbres, papas, etc. Sin embargo, aquí la vegetación es más exuberante, y se percibe un aire es muy benigno. Las heladas rara vez son tan fuertes como para arruinar o marchitar los sembríos de alfalfa y el calor sofocante es desconocido. Huariaca es grata a la memoria de muchos mineros de Corn, quienes, después de perder la salud en Cerro de Pasco, se regocijaron con el aspecto sonriente de la naturaleza en este lugar de encuentro para la convalecencia y disfrutaron de la deliciosa sensación de recuperar la salud. El que escribe, al igual que sus compatriotas, tiene que lamentar la prematura muerte del cura de este lugar, el doctor don Pablo de Maticorena,¹ cuya inteligencia, hospitalidad y amistosa disposición lo convirtieron en objeto de cariño y respeto, mientras su casa fue hogar del viajero y morada de la caridad sin distinción de credo ni país. A una legua más abajo de Huariaca, cruzamos un puente colocado sobre el pequeño río de Cono o Pallanchacra;

1. Efectivamente, en 1828, Pablo Marticorena figura como párroco de Huariaca (De Piérola 1828: 92) (N. de la T.).

a una corta distancia de dicho puente se encuentran las famosas aguas termales de Cono, a las cuales los enfermos acuden con frecuencia por estar en un pequeño valle templado. A las orillas de este río tenemos duraznos perfectos y en abundancia, y a medida que nos acercamos a San Rafael, a unas pocas leguas más abajo, es algo encantador mirar las cumbres coronadas de aldeas indias y las pequeñas planicies y declives en que se cosechan trigo y papas, etc. y, cerca del río, maíz. La temperatura de San Rafael es agradable y esta localidad está libre de toda enfermedad endémica.

De San Rafael a Ambo hay una distancia de varias leguas de camino duro, que, a veces, pasa cerca de la orilla del río. A menudo, corre al lado de la cuesta y tiene escalones rocosos y estrechos pasos bloqueados por las grandes rocas y arbustos que los torrentes de montaña arrastran en la temporada pluviosa. El valle se amplía hacia las cumbres, pero abajo se estrecha tanto que solo deja espacio para el paso del río. Allí encontramos que el camino, en ciertos trechos, va por la superficie de la roca y los peñascos salientes sirven de apoyo a palos o vigas que se tienden sobre las hondonadas existentes, encima de las que, a su vez, se ponen losas o broza cubierta con un poco de barro, formando así un puente sumamente incómodo y angosto suspendido sobre la corriente. En Ambo, a nueve leguas más abajo de Huariaca, el aspecto del paisaje cambia. Por la noche se escucha el fuerte zumbido (pues no se puede llamar croar) de pequeñas ranas y en el día se ve la granadilla con elegantes festones sobre el árbol de paca y del lúcumo. Aquí, el sediento viajero ha llegado a la tierra del guarapo, donde puede disfrutar el fresco del corredor, y despojarse del peso de sus gruesas prendas y ponchos serranos.

De Ambo a la ciudad de Huánuco tenemos cinco leguas de camino encantador, y de Ambo hacia abajo se puede decir que comienza el valle de Huánuco. En él residió durante tres años el autor. El año se divide, como siempre, en una estación de lluvias y una de seca, observando los mismos periodos de cambio que ocurren en las estaciones de las alturas de la sierra. Sin embargo, en este valle nunca cae la nieve, excepto en las cumbres de las montañas más altas; y el termómetro rara vez sube por encima de los 72 °F (22.2° C) a la sombra del corredor o de la umbrosa higuera. En el día más caluroso, cuando todo

pequeño guijarro resplandece con los rayos del sol en la superficie del campo recién roturado hasta herir la vista, el termómetro, al quedar en el exterior expuesto directamente a los rayos del sol, sube mucho; pero al ponerlo en la sombra, cae otra vez a unos pocos grados por sobre los 70 °F (21.1° C), y pocas veces en todo el año se le ve bajar a menos de 66 °F (18.9° C) por la noche en el interior de la casa, manifestando con ello una regularidad de la temperatura tan extraordinaria como benigna. En esta bella localidad, la variación en el termómetro es tan imperceptible que el estado de la circulación interna de nuestro cuerpo casi no se ve perturbado por los cambios repentinos inducidos por las vicisitudes de la temperatura. Probablemente, debido a la uniforme suavidad de la atmósfera, en dicha región es raro encontrar enfermedades tales como la tuberculosis pulmonar o el paludismo. Por ello, en los tres años que residimos aquí, solo conocimos de un caso en que la enfermedad se originó en el valle. Sin embargo, aquellos que, al haber vivido en otras partes, tienen los pulmones casi destruidos por la tuberculosis y la expectoración de sangre, encuentran un asilo temporal que les permite prolongar la vida aunque la recuperación completa de la salud sea físicamente imposible. A veces se quejan de la sequedad del clima, pues, solo durante los meses lluviosos, la sudoración se hace perceptible comúnmente con un esfuerzo moderado. Durante la mayor parte del año, los rayos del sol que se reflejan en las laderas del valle lo harían insoportablemente cálido, si no fuera por la brisa diaria que, desde aproximadamente las 11 a. m. a las 3 p. m. sopla desde la montaña con uniforme regularidad por el abra entre los cerros por la que corre el río Huánuco hacia el Huallaga y el gran Marañón.

En agosto y septiembre no cae el rocío de manera perceptible, pero durante estos meses en que la vegetación en los vallecillos vecinos se hace escasa, los venados merodean a menudo en manadas hasta los matorrales cerca del río y a medianoche los hemos acechado en medio de los campos sin descubrir ni trazo de humedad en las hojas de alfalfa. Las noches son siempre agradables y el cielo, cuando no llueve, es puro, brillante y bello. Los cerros al este del valle están cubiertos de pasto, tienen manantiales y bosque perennes en hondonadas y claros frondosos, y es posible que el ganado paste en ellos todo el año; pero en el lado opuesto, al oeste, las montañas son monótonas masas áridas

como las de la costa durante nueve meses del año y apenas proporcionan un escaso brote de arbustos floridos y yerbas en sus laderas. Entretanto, solo sus altas cumbres producen una densa masa de hierba suave con que se alimentan los apriscos de ganado en los meses de enero, febrero y marzo, en una estación en que, según hemos visto, las alturas eriazas cercanas a la costa están calcinadas y desprovistas de toda vegetación a excepción del cactus y algunas plantas tuberosas. Pero las llanuras que se abren rodeando la base de las montañas y los cerros que van a formar el valle de Huánuco jamás presentan la marchita faz del invierno. Con la contribución de los riachuelos de las montañas, a veces artificialmente desviados de su curso natural, y encauzados mediante serpenteantes acueductos de muchas millas de longitud, se mantienen siempre verdes y productivas las numerosas pampas que hay entre los recodos de las cumbres y laderas, situadas, con frecuencia, mucho más arriba de las llanuras más bajas. De igual modo, las acequias del río fertilizan los campos y cercados en el fondo del valle.

La mejor caña de azúcar madura en unos dieciocho meses o dos años, y rinde varias zafras posteriormente. La lucerna o alfalfa, sin necesidad de abono, rinde seis cosechas anualmente por un número indefinido de años. Asimismo, en algunos sitios privilegiados da una cosecha a las seis semanas y, por tanto, rinde ocho cosechas anuales. (Según dicha tasa, quien esto escribe tenía un campo que rendía alfalfa de casi una yarda de alto y de buena flor.) El plátano, tanto grande como pequeño, y la más sabrosa tuna o higo de indio, crecen en abundancia; la mejor piña se trae de la vecina *montaña*, donde la vegetación es mucho más exuberante y vigorosa que en el valle de Huánuco. En este valle, sin embargo, la palta y la chirimoya maduran en rama en su tierra nativa. Aquí florecen el maguey, el café, el algodón, la vid, la granada, el naranjo, la lima, el limón y el limonero, y el aldeano más insignificante, así como el humilde morador de una choza techada de carrizo, inhala en cada respiro los olores de perennes capullos. Cuando el sol dora las altas cordilleras de este valle feliz, sus habitantes se animan para la labor cotidiana en el campo con el alegre trino de los prisioneros de bello plumaje en las enramadas bien sombreadas. Tales son, entonces, los atractivos más destacados y las ventajas naturales del valle de Huánuco, y, además, nos permitimos mencionar que la

ciudad de Huánuco es la principal sede de recreo para quien desgasta sus fuerzas e agita su ánimo en la búsqueda, muchas veces engañosa, de riqueza en Cerro de Pasco y otras inclementes localidades mineras. A pesar de estas molestias y desgracias, pocos pueden estar sumidos en un ánimo tan triste o cínico como para no disfrutar y compartir el júbilo entusiasta y los anticuados regocijos de una fiesta de carnaval en Huánuco.

La agricultura de Huánuco, aunque atractiva a los ojos del viajero ordinario, que solo ve sus ricos y ondulantes campos, cercados de tapiales o muros de adobe y setos de tunales y plantas de maguey o aloe, es defectuosa como rama de la industria en todos los sentidos. Los campos deben su exuberancia más a la naturaleza que al hombre, excepto en lo que concierne al único recurso del agua, que aquel, a menudo, encauza para irrigarlos. Nunca se piensa en el abono, y el suelo rara vez lo necesita, aunque vemos el mismo lugar cultivado año tras año. Pero, si los habitantes se molestaran en limpiar sus grandes corrales una vez al año, buena parte del suelo considerado pobre podría volverse fértil en un clima tan favorable; sin embargo, esto sería salirse de la rutina acostumbrada, cosa que les disgusta abandonar. Los instrumentos de labranza son del tipo más rudimentario. El arado, pequeño y de una mano, está hecho solo de madera, sin vertedera, su simplicidad permite que hasta un hombre manco, como hemos podido observar, lo maneje con total destreza. La reja del arado es una gruesa hoja de hierro, que se ata solo cuando es necesario utilizarla con un pedazo de correa o lazo a la punta del arado, la cual surca la tierra muy superficialmente. Donde no hay hierro disponible, como frecuentemente ocurre, sabemos que el campesino pobre utiliza en su lugar una vertedera hecha de palo fierro, madera dura de un árbol que crece en la *montaña*. No disponen de rastras hablando con propiedad. Si mal no recordamos, a veces usan en su lugar grandes y toscos rastrillos, y los hemos visto emplear una gran rama verde que arrastran por el suelo sembrado, con un peso colocado sobre esta para rascarlo. Luego de pasar el arado unas ocho o diez veces, desterronan el campo destinado a la siembra de caña con la punta de un azadón corto que llaman *lampá*, una herramienta que utilizan con gran destreza para deshierbar los cañaverales y limpiar los acueductos, en lugar de usar el rodillo

cuyas ventajas nunca han experimentado. Para prensar los terrones del campo algunos indios emplean un instrumento aún más anticuado. Consiste en una piedra redonda, plana y blanda, del tamaño de un queso pequeño aproximadamente, con un agujero en el centro que se ha abierto a fuerza de golpes con una piedra puntiaguda más dura. Fijan la piedra así perforada a un palo largo y mientras la mueven por ahí hacen gran labor *cuspiando* o nivelando el campo.

La alfalfa o lucerna se corta diariamente y se consume verde, pues se debe alimentar a los rebaños de ganado y a los bueyes que trabajan con el arado y los molinos de caña de azúcar; pero no se emplea la guadaña entre los grandes hacendados, quienes encuentran necesario mantener dos o tres individuos con la hoz para cortar yerba para los rebaños, que durante el día se alimentan en los pastizales irrigados, pero por la noche son alimentados en corrales o apriscos.

Tienen la costumbre de desterronar el terreno para papas en las cuevas con largas varas finas, a las que se fijan largas asas que ofrecen un buen soporte. De igual manera remueven el suelo aquellos que no tienen arado ni bueyes, pero que aún siembran maíz en las pampas templadas en las laderas de las montañas, donde el suelo es generalmente fértil, y los materiales para los cercos están a mano. Estos pobladores hacen agujeros con un palo de punta aguda y en ellos entierran la semilla con la seguridad de que no la arrebatarán las aves del cielo. Dicha semilla, cuando cae en suelo virgen, puede rendir un exuberante fruto y una abundante cosecha. El indio siembra el maíz de grano blanco de preferencia al amarillo (*morocho*), pues considera que cuando se tuesta produce una mejor *cancha*, la que el pobre indio en todas partes consume en lugar de pan, y cuando se hierve resulta el *mote* más suave, pues así llaman al maíz que se hierve simplemente; tiene además el mérito de servir para hacer más sabrosa la *chicha* (o cerveza), que los indios, de forma casera, preparan cada vez que tienen algún grano sobrante en su poder. También, como se nos ha dado a entender, hacen un tipo de cerveza del jugo fermentado de los tallos de maíz que prensan con pequeños rodillos manuales. El destino habitual de las hojas secas de maíz y las corontas es el alimentar al ganado y desde este punto de vista se le considera que engorda más que la alfalfa o las barbas de la caña de azúcar.

El ají o pimiento se cultiva alrededor de las casitas indias y en las huertas en el valle de Huánuco y sin este condimento los nativos apenas si disfrutaban de cualquier alimento.

En su mayoría, los molinos de azúcar en este valle están hechos de madera y son movidos por bueyes. En las haciendas grandes se emplean pequeños rodillos de bronce; pero los propietarios siguen adhiriéndose a la vieja práctica de trabajar con bueyes de día y de noche durante todo el año, salvo accidentes o fiestas y días de guardar, con una sola excepción, la de la hacienda de Andaguaylla, donde estuvimos ocupados en construir un molino hidráulico para moler caña de azúcar.

La bella hacienda o finca de Quicacan,² del coronel Lúcar es un modelo de industria y método según el estilo del país, y hasta donde sabemos, la muy distinguida familia de Echegoyen tiene en Colpa Grande³ la mejor hacienda de caña en el interior del Perú la cual se extiende nueve o diez millas a lo largo de las riberas del río, desde la ciudad de Huánuco hasta las cuestas que llevan a la montaña.

Con referencia a Huánuco, aunque es la ciudad principal o capital del departamento al que pertenece, hemos de observar que el consumo de su producción agrícola, así como su propia prosperidad local, depende del asiento mineral de Cerro de Pasco. Cuando la población de Cerro de Pasco sube a 10.000 o 12.000 habitantes, hay gran demanda de todos los artículos agrícolas de Huánuco; pero cuando, por alguna razón, las minas no se trabajan o están inundadas por el defectuoso drenaje, y la mano de obra para trabajarlas escasea, los huanuqueños y otros agricultores vecinos se agobian mucho o realmente se arruinan, porque desprovistos de esta salida para sus productos, no pueden asumir el gasto de enviar azúcar y licores en mulas a la costa. Como consecuencia terminan pobres en medio de la abundancia, al igual que los propietarios de grandes rebaños de ovejas en las punas altas, cuya

-
2. La casa hacienda de Quicacan es actualmente un atractivo turístico de Huánuco. Disponible en: <http://www.mincetur.gob.pe/TURISMO/OTROS/inventario%20turistico/Ficha.asp?cod_Ficha=2280> (última consulta: 23/05/2016) (N. de la T.).
 3. Puede ser un error o ha desaparecido el registro de este nombre, ya que no hemos ubicado el topónimo, en cambio sí existen Colpa Alta y Colpa Baja (N. de la T.).

lana es de poco valor, pues no pueden pagar el transporte por mula ni llama a la costa; y el escaso producto de los telares del interior tiene poca estimación, como los *obrajes* o manufacturas arruinadas testimonian hoy ampliamente. Además, la lanzadera casi queda en desuso debido a que se introducen continuamente prendas de lana para abrigo así como ropa de algodón más baratas procedentes de los almacenes de nuestros manufactureros ingleses.

Un artículo de primera necesidad del comercio de Huánuco con Cerro de Pasco es la hoja de coca, producido en su *montaña*, a una distancia solo de quince leguas aproximadamente de la ciudad; de este producto se obtienen varias cosechas anualmente. Los cultivadores de índigo en la *montaña* contigua han abandonado su trabajo, según creemos, por falta de fondos para continuar con la manufactura de lo que, por las muestras producidas, era considerado un buen producto.

Gran parte de la fruta de los huertos de Huánuco se consume en las mesas de los *pasqueños* o habitantes de Cerro de Pasco; y en los conventos se confeccionan excelentes confituras que son muy apreciadas y circulan mucho en el área circundante como regalos agradables y muy estimados antes que como artículos formales de comercio

Varias tierras que antes pertenecían a los conventos han sido transferidas como dotación al colegio llamado enfáticamente La Virtud Peruana en Huánuco, que es la única escuela de su tipo abierta hoy en el Departamento de Junín. Este colegio, que se sitúa en lo que antiguamente fue un convento, se fundó en mayo de 1829 bajo la dirección del doctor don Gregorio de Cartagena, y el escritor desea, desde su país nativo, ofrecerle ahora a este inteligente e ilustrado caballero su reconocimiento agradecido por la generosa hospitalidad de la que fue objeto cuando, peregrino y extranjero como era, tocó las puertas del “Templo de la Virtud Peruana”. El doctor don Gregorio de Cartagena, junto con su distinguido pariente, el doctor don Manuel Antonio de Valdizán, tiene el honor de ser considerado el fundador de este colegio en su ciudad nativa, como supimos por el discurso del doctor don Buenaventura López, pronunciado en la capilla del colegio el día de su instalación y publicado, con otros discursos pronunciados en la misma ocasión, en el periódico entonces iniciado como uno de los primeros frutos de la prensa de Huánuco, con el feliz título de *El eco de la Montaña*.

En su discurso, el doctor López exhorta a la generación emergente a aprovechar todas las ventajas del nuevo camino de conocimiento, virtud y honorable distinción que ya se abría libremente para ellos por los meritorios esfuerzos de dos de los más eminentes nativos de Huánuco. Les incita a no olvidar nunca cuánto deben a estos patriotas y benefactores. Le pide a los afortunados jóvenes, poseedores de ventajas que les fueron negadas a sus progenitores, que permitan que, unidos a los deberes del presente, los nombres de sus indulgentes amigos Valdizán y Cartagena, penetren profundamente en sus corazones, encendidos como están de sentimientos del placer más puro, y al recibir prontamente esa generosa impresión, la retengan consigo para siempre.⁴

Los amables y afables habitantes de esta ciudad en el corazón de los Andes tienen la imaginación excitada con las esperanzas de inminentes glorias y su propio valle feliz es demasiado estrecho para sus deseos expansivos. Tan convencidos están sus individuos ilustrados de la halagüeña idea de que una colonia inglesa en las orillas del Huallaga, puede expandir su industria y empresa mediante el cultivo de la gran pampa del Sacramento, que ya se imaginan almacenes adecuados y puertos selectos, muelles preparados y embarcaciones construidas con madera extraída de su propia *montaña*, que los llevarán a un viaje de placer y negocios alrededor del mundo. Imaginan pequeños vapores que llegarán hasta Playa Grande o incluso hasta las cascadas de Casapi, o en puerto de de Cuchero en el río Chinchao, a un par de días de camino desde la ciudad, y calculan que cuando logren materializar sus deseos sus minas de cobre, actualmente inútiles y descuidadas, serán más preciosas y les darán más riquezas que los brillantes o diamantes nunca dieron a su lejano vecino del Brasil. Y no sorprende que los nativos de este valle afín al Eliseo se sientan jubilosos con tales perspectivas, pues su continua comunicación con los conductores de canoas del Huallaga, por un lado, y en tiempos anteriores con los misioneros en el puerto o asentamiento del Mayro, por otro, los familiariza con la noción de navegar por el Huallaga y el Ucayali; asimismo, consideran las

4. El texto castellano original traducido por Smith no ha podido ser ubicado. Por ello, aquí se retraduce, en estilo indirecto (N. de la T.).

pampas del Sacramento que están entre dichos ríos son naturalmente las más ricas y susceptibles de mejora de todo el mundo.

Incluso la fantasía del minero de Cerro de Pasco se enciende cuando piensa en la perspectiva de la navegación a vapor por el Marañón. Don José Lago y Lemus, uno de los mineros veteranos más distinguidos de Pasco, publicó en 1831 un folleto que ilustraba las ventajas que podían enriquecer la República con esta navegación.⁵ En este folleto se encarga de mostrar que las partes del territorio peruano hasta aquí ocupadas, es decir, costas áridas y escarpados distritos serranos, no se pueden comparar, en lo referente a su interés natural o importancia nacional, con las inmensas llanuras, las montañas fértiles o los desiertos selváticos de la frontera oriental, y manifiesta un recomendable celo patriótico ya que se dedica a llamar la atención de sus compatriotas hacia este tema tan importante.

Allí, convencido de la verdad que planteaba al público, y, al mismo tiempo, ansiando el bienestar de la provincia y del departamento de los que había sido designado representante, don José dijo que deseaba proponer a la honorable junta (es decir, la junta departamental de Junín, reunida en la ciudad de Huánuco),⁶ un proyecto de la mayor magnitud, capaz de hacer que la República entera prosperase y la colocara en un alto rango y en condiciones de competir con los más poderosos Estados del mundo y de ser envidiada por ellos. Señalaba que realmente no se podía decir que hubieran ignorado hasta aquí los tesoros y riquezas de las producciones actuales en las montañas del territorio peruano; pero que era igualmente cierto que la falta de brazos, capital y hombres de empresa, constituían causas poderosas por las que habían sido incapaces de disfrutar de sus ventajas. En esta situación de debilidad, cuyo

5. El texto castellano original traducido por Smith no ha podido ser ubicado; por ello, aquí se retraduce, en estilo indirecto (N. de la T.).

6. Fue diputado por Tarma en el Primer Congreso Constituyente de 1822 a 1823 (Del Pino 1987: 1122-1123). En 1833, Lago y Lemus aparece como diputado por Pasco, junto con José María Rocha, de la Junta Departamental de Junín (Paredes 1833: 65). En 1834 era diputado de la Convención Nacional por la provincia de Pasco y miembro de la diputación territorial de Pasco del Tribunal de Minería (Paredes 1834: 23 y 42).

inicio podía remontarse a la condición colonial, pero a la que la Providencia le ha reservado el remedio para la época de nuestra libertad y de un periodo de ilustración intelectual, recomendaba hacer todos los esfuerzos para cosechar tales beneficios incalculables. Afirmaba que las relaciones comerciales son las que más ilustran al pueblo, y que por su magia poderosa se adquieren amistades y se establecen lazos de hermandad con los habitantes más remotos del globo. Por tanto, deseaba el gran canal del Marañón fuera navegable para los barcos a vapor, de modo que por los diversos y menores afluentes que forman ese gran río, pudieran tener entrada a los suburbios inmediatos, a las ciudades, pueblos y aldeas, situadas en las orillas del Huallaga.

Lago y Lemus manifestó a los caballeros reunidos en la Junta la emoción repentina y extraordinaria que le provocaba esta idea en su fuero interno. Su imaginación ya combinaba las ideas que surgían en su mente sobre la privilegiada ciudad de Huánuco: veía que sus espaciosos campos eran merecedores de un mayor cultivo y cuidado, que sus calles abandonadas aparecían repletas de ciudadanos hábiles, que las riberas del ancho río Huallaga presentaban una variada y encantadora perspectiva de navegación, de nuevos pueblos, de caminos abiertos en la selva y campos cultivados. Explicó que, atraídos por la novedad de esta escena, las tribus innumerables de indios salvajes se unirían con ellos y serían sus hermanos, y, así llevados a un estrecho contacto, podrían francamente descubrir el lugar exacto de todos aquellos tesoros escondidos de las selvas que su ignorancia ocultaba hasta hoy. Y como parte integral del Perú, lo llevarían a la grandeza y la respetabilidad. Concluyó señalando que la más vívida imaginación podía perderse en esta contemplación, y se veía superada por la vastedad y el número de los objetos que llenaban sus pensamientos.

Puede parecer al lector que la anterior efusión patriótica, muy propia de un diputado departamental de Junín, pinta, en términos demasiado brillantes, las potencialidades e importancia de la montaña de los confines de Huánuco. Pero, considerando la extensión y fertilidad del territorio y el carácter navegable de sus principales ríos, creemos que quien intente describir sus varias ventajas y superioridades muy probablemente se quedaría corto más bien frente al tema, antes que sobrevalorar la realidad que la imaginación pudiera querer describir.

Esas regiones de la montaña, irrigadas por el Huallaga, Ucayali y Marañón, y con varios afluentes intercalados entre los territorios que las separan, no han sido todavía exploradas adecuadamente, y, por tanto, solo puede ofrecerse una descripción muy imperfecta de su aspecto y sus productos naturales.

De mayo a noviembre, el sol brilla con fuerza en la *montaña*, y, en consecuencia, donde no hay bosque —por ejemplo en el valle del Chinchao—, el suelo se queda tan calcinado que a menudo su superficie se llena de grietas; pero siempre preserva la humedad por debajo, y, por tanto, no necesita irrigación. De noviembre a mayo llueve mucho, a veces durante seis o siete días sin interrupción.

En los ríos hay cocodrilos, tortugas y diversidad de peces, y estos también pululan en los estanques o lagos que se forman con las inundaciones de la estación lluviosa. El más notable habitante de estas aguas es el manatí, a veces llamado pejebuey, por su presunta similitud con la vaca o el buey. Al igual que los cetáceos, a cuya familia pertenece, amamanta a sus crías, y también se alimenta de pasto en las orillas de los ríos.

En los árboles de la selva habitan loros, tangaras y una variedad sorprendente de pájaros, cuyo exquisito plumaje compite en belleza, delicadeza y combinación de matices con las mariposas y las flores. Los monos son tan numerosos que constituyen un elemento principal de alimento animal para el cazador indio, diestro en el uso del arco y la flecha, o de la cerbatana, una pieza larga y hueca de madera a través de la cual sopla un pequeño dardo, y acierta el blanco, a distancias cortas, con precisión mortal. Hay muchas serpientes venenosas. Jabalíes salvajes, venados, pumas, tigres, osos y tapires, frecuentan estas selvas y son objeto de caza.

Los productos vegetales de la *montaña*, considerados aquí como artículos de comercio o adoptados para usos económicos, son numerosos. Entre las maderas preciosas están el cedro y la chonta o ébano, la caoba, el nogal y el almendro. Las plantas y raíces comestibles, a excepción de la papa y la yuca, son poco cosechadas; pero el café, los plátanos y la caña de azúcar, de la cual existe una exuberante variedad llamada la *azul*, son cultivados con cuidado, allí donde la naturaleza realmente no requiere mucha ayuda de la mano del hombre. La caña

de azúcar madura rápido, lo cual no sucede en otras regiones del Perú, y rinde una cosecha anual por costo de producción muy bajo.

En el fértil valle de Chinchao, famoso por sus plantaciones de coca, unos cuantos propietarios de Huánuco cultivan frijoles, para el consumo de los recogedores de coca, también siembran arroz en las riberas húmedas de los grandes ríos y se planta maíz por dondequiera que sea necesario para la subsistencia.

En la *montaña*, la chicha se hace de maíz, como en otras partes del Perú, pero los nativos hacen una bebida llamada *masato* desconocida en las regiones más civilizadas del país, la cual producen mediante la masticación de la yuca o el maíz, etc. que después se deja fermentar; el jugo fermentado, según la cantidad de agua que se le agregue, llegará a una potencia embriagante mayor o menor.

El índigo, como antes hemos notado, es cultivado en la montaña, al igual que el tabaco.

El algodón hilado y tejido en prendas de diversas texturas por los indios, no requiere asistencia artificial para su crecimiento exuberante. También se cosechan limones, limas, naranjas, citrones y otras frutas refrescantes.

La piña es muy abundante y de un sabor delicioso, aunque crece de manera silvestre; y, entre los numerosos productos que brotan espontáneamente en la *montaña* cercana a Huánuco, podemos enumerar el cacao, la canela, la vainilla, el guayacán, la cera vegetal, el benjuí, la sangre de drago, el ungüento de maría, la resina de caraña, el bálsamo de copaiba, el copal y muchas otras gomas, bálsamos y resinas. La cinchona y la zarzaparrilla abundan en gran cantidad.

Estamos en deuda con el señor Mathews, botánico inglés ya mencionado, por la amabilidad de proporcionarnos la siguiente descripción de plantas medicinales, recolectadas durante un viaje de bajada por el río Huallaga y parte de Maynas:

1. *Machagui huasca: bejuco* o planta trepadora, cuyo tronco y ramas son muy amargos. Crece en Tarapoto y se emplea como febrífugo.

2. *Diabolo huasca*:^{*7} crece en Tarapoto y se usa medicinalmente como purgante.
3. *Uchu sanango*: especie de taberna-montana que crece en Tarapoto y Moyobamba. Es muy picante, produce un grado perceptible de calor, y se utiliza como remedio en los resfríos y afecciones reumáticas de las articulaciones.
También se dice que se emplea en la preparación del *pucuna*, un veneno (véase Humboldt).
4. *Chiri sanango*: se dice que sus efectos son contrarios a los del anterior, los nativos le tienen cierto temor.
5. *Calentura huasca* o *shiyintu*: tiene efectos violentos, hincha la garganta; produce una fiebre alta y acelera el pulso al máximo; y, después de veinticuatro horas de fiebre, la piel comienza a despellejarse.
Con este remedio se tratan varias dolencias. Para curarse, el paciente, generalmente, se retira a un lugar donde no pueda ser molestado, su *chacra* o casa de campo; una vez allí, guarda cama durante ocho días, y se baña el día décimo quinto. Durante cuatro meses, los que toman esta medicina deben seguir una dieta. En algunos hombres no produce efectos perceptibles.
La parte de esta planta utilizada medicinalmente es el tallo que se tuesta, se muele y se toma después con agua tibia o guarapo.
6. *Zuquilla*: es una variedad de zarzaparrilla de raíz gruesa.
7. *El guaco*: crece cerca de Tarapoto.
8. *Piñón* o *crotón tiglium*: tres semillas de esta planta actúan como un remedio drástico.
9. *Carpuña*: unas cuantas hojas (dos o tres) de esta planta, en un licor tibio y aguado, actúan como sudorífico para los resfriados y dolores reumáticos.

7. Aunque el Sr. Mathews omite mencionar su carácter botánico, es probable por el nombre de *huasca* que significa 'soga', que esta, como la planta anterior, sea un bejuco flexible. Los bejucos son utilizados comúnmente en el Perú como cuerdas con el propósito de construir puentes y cercas.

10. *Huyusa*: sus hojas se usan, en poca cantidad, en forma de infusión; y este remedio tiene las mismas virtudes que la *carpuña*.
11. *Creteva tapia*: se muele hasta hacerla polvo y se toma con agua fría. Actúa como un poderoso emético.
12. *Yerba de San Martín*: la infusión de esta planta se utiliza con el mismo propósito que la cubeba o el bálsamo de *copaiba*.

Capítulo III

EL DEPARTAMENTO DE JUNÍN. EL RÍO MARAÑÓN. ESBOZO GENERAL DE LA FORMA DE GOBIERNO INTERIOR DEL PERÚ. DESCRIPCIÓN PARTICULAR DE LA PREFECTURA O DEPARTAMENTO DE JUNÍN.

LAS MINAS. LA AGRICULTURA. LAS MANUFACTURAS.

LA INSTRUCCIÓN PÚBLICA. LOS HOSPITALES Y CASAS DE CARIDAD.

LA VACUNACIÓN. LA JUNTA DE SALUD. LOS BAÑOS PÚBLICOS.

LA POLICÍA. LOS PANTEONES. LOS CAMINOS. LOS PUESTOS. EL TESORO PÚBLICO EN PASCO. LA ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA.

LA MILICIA NACIONAL

DE LOS TRES DEPARTAMENTOS INTERIORES DEL PERÚ, Cuzco, Ayacucho y Junín, el último es particularmente notable por sus riquezas minerales, y por el gran río Marañón que se origina en la laguna de Lauricocha, en las cercanías de Cerro de Pasco. Su longitud, con todos sus meandros incluidos, ha sido calculada en no menos de 1100 leguas (55.720 m), de las cuales 900 se han considerado navegables; y, a una distancia de varios cientos de millas antes de llegar al océano (donde su desembocadura es de 160 o 180 millas de anchura), el efecto de las mareas puede ser distintivamente percibido en sus orillas. Por un trecho muy largo, algunos dicen de 200 millas o más, después de haber desembocado en el mar, el agua continúa teniendo un gusto fresco, o al menos, no se mezcla demasiado con las aguas en retroceso del océano que se repliegan ante la fuerza indomable de la poderosa corriente del río.

Las provincias de este departamento son Jauja, Tarma, Pasco, Cajatambo, Huamalíes, Conchucos y Huánuco. Además de los metales preciosos (y el mercurio, que desde un tiempo a esta parte ha sido extraído regularmente de las minas de Jonta en Huamalíes), estas provincias producen una gran cantidad de ganado y especies vegetales. Huánuco,

la ciudad principal de la provincia del mismo nombre, durante la época colonial, fue una de las ciudades principales del Perú, sede de la opulencia o de la aristocracia; en el presente se destaca sobre todo como capital del Departamento de Junín. La autoridad del prefecto de esta jurisdicción comprende desde el territorio de Maynas por el norte, hasta las orillas del río Paro o Beni por el este, pasando por las selvas intermedias del Pajonal y la pampa del Sacramento a los meandros de la selva más conocidos por los santos padres y los indios evangelizados a medias. Estas selvas están habitadas en el sur, y en las inmediaciones de los ríos Apurímac, Mantaro, Pangoa, Perené, Camar y Sampoya, etc., por los campas, piros, mochobos, ruanuaguas y otras tribus aún no invitadas a compartir las bendiciones del cristianismo; y al noreste de la pampa del Sacramento, está el importantísimo asentamiento misionero de Sarayacu, ya anexado al Departamento de Junín. Estos lugares remotos de una jurisdicción civil débilmente sostenida tampoco parecen haber sido parte del antiguo Imperio de los incas, ni los territorios muy extensos y agrestes que se sitúan al oriente de las principales provincias. Y no solo las barreras escarpadas de la cordillera oriental, sino la diferencia de lenguas, separan hasta hoy a los indios de la *montaña* no sojuzgados de los verdaderos hijos del sol, cuya lengua común, como sabe el lector, es el quechua; mientras los salvajes descubiertos hasta la fecha hablan casi tantas lenguas como tribus distintas hay entre ellos, excepto en las orillas del Ucayali, y en la vecindad del asentamiento misionero principal allí, donde el pano es la lengua general y prevalece entre los nativos parcialmente cristianizados.

Se afirma que el Gobierno del Perú, en la era republicana, es, según su constitución, popular, representativo; y en teoría, aunque no en la práctica, la soberanía emana del pueblo, que, supuestamente, delega su ejercicio a los Poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Sin embargo, no es nuestra intención realizar una descripción del gobierno general, pues solo deseamos enumerar algunas de las funciones más importantes del régimen interno.¹

1. En los siguientes acápites, el autor, Archibald Smith, tradujo libremente los artículos correspondientes a la Constitución del Perú de 1828. Oportunamente,

Del cargo de prefectos, gobernadores, etc.

El gobierno político superior de los departamentos es ejercido por un prefecto, bajo la inmediata dependencia del presidente de la República; el de cada provincia lo ejerce un subprefecto, que sigue órdenes del prefecto; el de los distritos lo ejerce un gobernador, que responde ante el subprefecto; y en cada pueblo o aldea india hay un funcionario todavía más humilde llamado *alcalde*, que actúa bajo las órdenes del gobernador del distrito, y está encargado de establecer la rutina ordinaria de la policía local.

Para ser prefecto, subprefecto o gobernador se requiere que el candidato sea ciudadano en ejercicio, no menor de 30 años de edad y que sea de probidad notoria.

Son atribuciones de estos funcionarios:

1. Mantener el orden y seguridad pública de sus respectivos territorios.
2. Impulsar la ejecución de la Constitución y leyes del Congreso, y los decretos y órdenes del Poder Ejecutivo.
3. Hacer cumplir las sentencias de los tribunales y juzgados.
4. Supervisar a los funcionarios de su dependencia con el fin de que estos cumplan con los deberes asignados.

También los prefectos se encargan de la intendencia económica de la hacienda pública de sus respectivos departamentos, pero con estas restricciones:

1. Impedir de alguna manera, o ingerirse en las elecciones populares.
2. Impedir la reunión y libre ejercicio de las juntas departamentales.

podimos recuperar el original adecuándolo al texto de Smith. Por ello, aquí se retraduce, en estilo indirecto (N. de la T.).

3. Tomar conocimiento alguno de casos judiciales; pero si la tranquilidad pública exigiere fundadamente la aprehensión de algún individuo, podrá el prefecto ordenarla de inmediato, poniendo al arrestado dentro de 48 horas a disposición del juez, y remitiéndole los antecedentes.²

Las juntas departamentales

En la capital de cada departamento habrá una junta compuesta de dos individuos por cada provincia. Estas juntas tendrán como objetivo promover los intereses del departamento en general, y de las provincias en particular. La elección de sus miembros se hará de la misma forma que la de los diputados.³

El prefecto del departamento abrirá anualmente las sesiones de la junta, y las instruirá por escrito de los negocios públicos, y de las providencias que considere necesarias para la mejora del departamento.

Son atribuciones de estas juntas:

-
2. El contenido de este acápite corresponde a los artículos 132.º-138.º de la Constitución de 1828. Para esta edición, aparecen retraducidos en estilo indirecto (N. de la T.).
 3. La Cámara de diputados se compondrá de representantes elegidos por medio de colegios electorales de parroquia y de provincia. Los colegios electorales de parroquias estarán integrados por todos los vecinos residentes en ella, quienes se encuentren en ejercicio de la ciudadanía, reunidos conforme a ley. Por cada 200 individuos de la parroquia se elegirá un elector parroquial. En toda población que por el censo deba tener colegio parroquial, habrá una junta de vecinos denominada municipalidad. Las municipalidades tienen la dirección de sus intereses locales; las disposiciones que tomen estarán sujetas a la aprobación de las juntas departamentales. Los colegios electorales de provincia se formarán de la reunión de los electores parroquiales, conforme a ley. Dichos colegios electorales elegirán los diputados a razón de 1 por cada 20.000 habitantes, o por una fracción que pase de 10.000. La provincia cuya población sea menor de 10.000 habitantes, nombrará, sin embargo, un diputado. [Smith sintetiza los artículos 11.º-13.º, 14.º-16.º, 140.º y 141.º de la Constitución de 1828. Aquí se retraducen en estilo indirecto (N. de la T.)].

1. Proponer, discutir y acordar sobre los medios que se emplearan para fomentar la agricultura, minería y demás clases de industrias de sus respectivas provincias.
2. Promover la educación e instrucción pública, conforme a los planes aprobados por el Congreso.
3. Promover y cuidar los establecimientos de beneficencia; y, en general, todo lo relacionado con la policía interior del departamento, excepto la de seguridad pública.
4. Hacer el repartimiento de las contribuciones que correspondan al departamento, y, en caso de queja, reconocer aquellas que se hagan en los pueblos por las municipalidades.
5. Realizar la distribución del contingente de individuos que correspondan al departamento para el Ejército y Armada.
6. Cuidar que los jefes de la milicia nacional mantengan disponible la fuerza de sus respectivos cuerpos y la posible disciplina militar.
7. Velar que las municipalidades cumplan sus deberes, y dar parte al prefecto de los abusos que se cometan.
8. Examinar las cuentas que deben rendir anualmente las municipalidades de los fondos peculiares de las poblaciones.
9. Formar la estadística de cada departamento en cada quinquenio.
10. Comprender las costumbres y civilización de las tribus de indígenas limítrofes al departamento, y atraerlos a nuestra sociedad por medios pacíficos.
11. Tomar conocimiento de los estados de ingresos y egresos del departamento, pasar sus observaciones sobre ellos al Ministerio de Hacienda.
12. Informar al Congreso acerca de las infracciones inconstitucionales; y, además, elegir senadores de las listas que formen los colegios electorales de provincia. Pero, para solo mencionar las peculiares funciones de las juntas departamentales, podemos concluir que sus acuerdos, según el ejercicio de atribuciones o funciones enumeradas, pasarán por el conducto

del prefecto, que, posteriormente emitirá sus observaciones al Poder Ejecutivo, quien las dirigirá al Congreso, para su discusión en cada cámara.⁴

Luego de citar los artículos relacionados con el régimen interno del país en general, haremos algunas observaciones sobre la situación del importantísimo Departamento de Junín. Dichas observaciones se basan en dos factores: mi conocimiento personal y el informe presentado por el prefecto de Junín (Quirós 1833) en la apertura de la sesión de la junta departamental en Huánuco en 1833. Este documento oficial nos permite establecer buena parte del contenido de las siguientes observaciones, ya que se refieren a temas que muestran la importancia de la cabeza del gobierno local.

Las minas

Omitiremos necesariamente el tema de las minas, considerando lo que ya hemos dicho en el capítulo sobre Cerro de Pasco; aunque no hay provincia en todo el departamento donde no se encuentren minas de plata e incluso de oro. El principal centro de producción en el momento es Cerro de Pasco.

La agricultura

Ya hemos tratado la agricultura del valle de Huánuco. Ello nos permite entender muchísimo mejor la situación general de la agricultura en la sierra. En las páginas anteriores, también hemos hecho alusión a Jauja, como la mayor productora de trigo; Dicha región, en la que, además, se cultiva maíz, alfalfa, arvejas, frejoles, etc., es apreciada no solo por el granero del departamento a que pertenece, sino por toda la sierra central del Perú localizada entre las dos grandes cadenas de los

4. Véase artículos 75°-78° de la Constitución Política de la República Peruana publicada en 1828 (N. de la T.).

Andes. En el valle de Jauja, así como en las pampas de Cajamarca,⁵ la vegetación está sometida al flagelo del granizo, que en algunos años es más destructivo para las cosechas que en otros; pero, en conjunto, el promedio de cosechas de trigo es muy bueno y abundante. Asimismo Huaylas, al igual que Huánuco, produce excelente azúcar; o más bien, la de Huaylas parece ser la de grano más fino y puro de las dos; pues, aunque los refinadores de azúcar en Huánuco, generalmente, son traídos de Huaylas, en manos de los mismos trabajadores, el azúcar de aquella no iguala a la de esta en la fineza de su cristalización.

Las manufacturas

Someramente, podemos afirmar que las manufacturas se encuentran en un estado muy atrasado. Y, aunque los nativos, especialmente en Huánuco, muestran un nivel no pequeño de ingenio en algunos de sus artilugios mecánicos, carecen de maestros adecuados. Aunque podemos admirar el progreso que han logrado con tan reducidos medios de aprendizaje, no podemos comparar su desempeño con el de los europeos en el mismo ramo. En Tarma, fabrican ponchos o túnicas sueltas, de gran belleza y finura; y, en las mesetas más frías, los indios aún hacen abrigadas, aunque toscas, mantas y ponchos, etc. En los valles, la piel de cabra sirve para elaborar cordobanes; la piel de vacuno se usa para hacer almofreces o baúles de viaje para cama y ropa de cama; se confeccionan también petates de junco y son muy utilizados como alfombras con el nombre de esteras. Pero el trabajo de los plateros, en general, se encuentra aún en un estado rudimentario en Pasco, pues el delicado trabajo de filigrana, por el que tiene fama la sierra del Perú, se hace, no en el Departamento de Junín, sino en Huamanga, en el

5. Cajamarca está situada al este de la ciudad de Trujillo, en el norte del Perú, y, por la ruta del correo, a unas 45 leguas de la costa del Pacífico. Es la ciudad principal de la provincia de Cajamarca, y, con respecto a la historia del Perú, durante el incanato funcionó como residencia de los incas, por ello, todavía pueden verse sus baños y su palacio, aunque en ruinas. Aquí, el magnánimo príncipe Atahualpa, que había comprado su libertad con un rescate inmenso de oro y plata, cayó víctima de la insaciable codicia y la traición de Pizarro.

Departamento de Ayacucho —cuyos nativos han mostrado también un decidido talento para la escultura, aunque no se puede decir que sus obras exhiban por el momento demasiada elegancia ni expresividad—.

La instrucción pública

Sin el apoyo de la ciencia, las artes de la vida activa no pueden avanzar debidamente en la ruta del mejoramiento, y, por tanto, la sociedad se mantiene ajena a los mayores refinamientos de la civilización. De ahí que, como bien ha dicho el prefecto de Junín, la educación de la juventud se convierta en la meta principal del interés y el anhelo nacionales. Pero, aunque en el departamento hay tres colegios, solo el de Huánuco cumple con el propósito de educar a un número limitado de alumnos, y existen razones para temer que pronto compartirá el destino de otros colegios en Huaraz y Jauja, y cerrará por falta de fondos para subvenir sus moderadísimos gastos. Nos aseguran que los directores y profesores de esta reciente institución, cuya fundación ha hecho surgir tan brillantes esperanzas, son mal remunerados por sus servicios, y tienen que luchar contra la perversidad de jóvenes cuyos anteriores hábitos de engreimiento, mientras han estado bajo el techo paterno, no los prepara para someterse a las necesarias restricciones de un colegio, donde la rectitud del profesor, menos flexible que el afecto paterno, no sacrificará la educación útil a la diversión ociosa o maligna, al consentir imprudentemente los errores y la mala conducta del estudiante.

Siendo tan poco prometedora la descripción del único colegio del departamento actualmente en ejercicio, las escuelas de instrucción primaria no parecen estar en una situación más halagüeña, aunque se han tomado medidas para difundir la instrucción entre todas las clases de la colectividad. Sabiamente, el jefe del departamento, ha impartido órdenes para establecer escuelas de instrucción primaria en todas las provincias, dicha escuelas, de manera regular, deben enviar informes adecuados sobre su condición a la prefectura en Pasco.

El prefecto se refiere a estos importantes temas en su *mensaje* o informe, al que ya hemos aludido, dedicado a despertar el interés de la junta departamental reunida en la ciudad de Huánuco, en que se

declaró que el método de la *instrucción mutua*, adoptado en esa capital de jurisdicción local, en modo alguno correspondía en sus ventajas ni resultados, al tiempo que le dedicaban los alumnos, ni a las esperanzas que inicialmente se habían tenido de su utilidad práctica como sistema.

En esta ocasión, es posible que el fracaso sufrido no haya sido una falla del sistema y si una falta cometida por aquellos que se ofrecieron a aplicarlo; pues, en referencia a muchas de las escuelas designadas para la mejora de la raza india o indígena, donde se les enseña meramente una jerga del castellano que no pueden comprender, se le indicó a la junta que era mejor mantener, en aquellos individuos, un estado mental no instruido antes que colocarlos bajo la triste influencia de aquellos profesores. Se les describió como tan imbéciles e ignorantes de los rudimentos más básicos de lectura, o tan abandonados y sumidos en el vicio, que resultaban personas completamente inadecuadas para dirigir el espíritu de la infancia y la inocencia por un camino correcto. Por tanto, el prefecto exhortó a la junta a designar algunos métodos mejores de instrucción, que pudieran servir, a la vez, para mejorar los sentimientos virtuosos del individuo y promover la causa nacional de la civilización.

Los hospitales y las casas de caridad

Lamentablemente, pese a la riqueza de la que es sede este departamento, los enfermos e inválidos en general no pueden encontrar un hogar o lugar de amparo para sus sufrimientos.

Tanto en Huaraz como en Huánuco, antiguamente, existían hospitales bien dotados; pero ahora han caído en tal deterioro por falta de fondos para su sostenimiento, que, en verdad, son pocos los enfermos que pueden acogerse o curarse en ellos. Como consecuencia, los encargados de dichos establecimientos, antes útiles, a diario se ven obligados a rechazar la admisión de muchas personas afectadas, que se ven inducidas a buscar su protección con la esperanza de ser curadas de sus males, o sino, al menos, dar el último suspiro en el seno de la amabilidad y la caridad.

El prefecto nos dijo que en el departamento nunca ha existido un asilo o casa de acogida para los pobres enfermos; por ello, en su

informe a la junta departamental advierte a sus miembros, con una seriedad que honra sus sentimientos, que la humanidad llama a la inmediata formación de establecimientos de este tipo en beneficio de las desgraciadas víctimas del infortunio, cuya misma miseria las sume en la desesperación. También sostiene que es una cuestión de conveniencia pública encontrar una casa estable y una ocupación fija para aquellos seres dignos de conmiseración, que hacen tráfico de su propia degradación y gala de su envilecimiento.

La vacunación

En el año de 1832, se halló que la viruela acababa de dejar sus lúgubres huellas en el departamento: los padres lloraban a sus hijos ya muertos o tan desfigurados y mutilados que eran incapaces de desarrollar una vida activa; la viuda, también, lloraba al marido perdido, y la prole, resultado de un afecto mutuo, había de sentir la falta del cuidado de un padre.

Los curas y las corporaciones municipales, a los que particularmente se les confiaba, con insistente frecuencia, el encargo de preservar el fluido de la vacuna, lamentablemente descuidaron un deber tan importante; y los jefes de familia, que se adhirieron al mismo descuido, no consideraron, hasta que la fatal epidemia les arrancó a sus hijos de los brazos, que alguna vez probarían el amargo fruto de su propia indolente indiferencia. Pero para evitar la repetición, en cualquier momento futuro, de una enfermedad tan temible y destructiva, el prefecto ha hecho que se traiga de Lima el valioso material de la vacuna, la cual, si se propaga de forma adecuada, aún puede impedir que innumerables víctimas se sumen a la despoblación que la guerra incesante ha causado, en los últimos años, entre sus compatriotas.

Las juntas de salud

El mismo inteligente y activo prefecto, don Francisco Quirós, ha propuesto que se establezcan juntas de salud en las capitales o ciudades principales de las provincias de su jurisdicción, con el objetivo de pre-

venir la expansión de las enfermedades contagiosas; y, además, determinar y, si es posible, corregir aquellas causas y orígenes físicos del problema, los cuales son enemigos de la actividad saludable de las funciones vitales y destructivos para el crecimiento de la población.

Como hemos visto, es deber de los diputados departamentales crear estas instituciones, formular las normas para su regulación y designar al personal adecuado para su gestión; mientras que le correspondería al prefecto la labor de supervisar que las resoluciones de la junta se ejecuten.

Tales propuestas muestran al lector cuánto se desean estas instituciones en el Perú. Sin embargo, no queremos extraviar su juicio al inducirle a creer que existe, al menos, la apariencia de que sean establecidas en un plazo más o menos cercano, a no ser, en verdad, que se restaure pronto la tranquilidad pública; el pueblo debe percibir sus carencias antes de procurar subsanarlas, y la agitación sobre cuestiones de las reformas civiles puede realmente conducir, en última instancia, a la mejora de su condición social.

Los baños públicos

En el clima seco y uniforme de Huánuco, el baño no es tan necesario para calentar ni refrescar el cuerpo como si se encontrara en una situación húmeda y cálida; pues hay una propiedad tónica en el aire seco que elimina la transpiración casi tan rápidamente como se produce, e impide la languidez e incomodidad experimentada en una atmósfera sofocante, donde uno transpira más de lo que el aire absorbe.

Los habitantes de esta provincia, y especialmente de la ciudad de Huánuco, sienten tan poco deseo del baño frío, que tradicionalmente solo se bañan en el río, o en los canales de sus encantadores huertos, una vez al año — el 24 de junio, día de San Juan, fecha en que los habitantes de Lima celebran su fiesta anual de Amancaes—.

En la jurisdicción de Junín, sin embargo, las fuentes naturales de aguas termales son sumamente comunes, tanto en las mesetas altas (que están en muchos lugares, como en Huayllay, cubiertas de incrustaciones salinas), como en los valles más cálidos. Las más concurridas

por los inválidos y los convalecientes son las aguas termales ferruginosas de los famosos baños de Cono, cerca de Huariaca, y las aún celebradas aguas sulfurosas de Villo, en el distrito de Yanahuanca. Aquí existen dos corrientes: una fría y la otra caliente; y al ser recogidas en un reservorio en las proporciones justas, se puede disfrutar de los baños con cualquier nivel de temperatura que se desee y por un buen precio.

Para hacer tan accesibles al público las aguas medicinales de Villo —situadas en un clima templado, a un día de camino de Cerro de Pasco, por una parte, y la ciudad de Huánuco, por otra—, el patriótico prefecto ha tomado recientemente medidas que acondicionan baños convenientes en este lugar. La conocida eficacia de las aguas sulfurosas para innumerables casos de mala salud, la benignidad del clima en que la naturaleza las ha situado, y la cercanía de este lugar privilegiado a Cerro de Pasco, han sido los principales incentivos de dicha obra pública; que debe resultar de la mayor importancia para toda la vecindad y, en especial, para los mineros y residentes en el riguroso clima de Cerro, donde más fácilmente se pierde la salud que se recupera, y donde rara vez se encuentra asistencia médica.

El orden público

Muy pocas municipalidades del departamento poseen rentas e ingresos públicos calculados para respaldar el objetivo a que deberían aplicarse. Pero ante la falta de fondos y recursos adecuados para avanzar en todos los renglones de una policía municipal bien regulada, existe un apreciable decreto que merece ser observado estrictamente, pues, según sus estatutos, los blasfemos y aquellos que, por su habitual práctica del vicio y del lenguaje soez, insultan los mejores sentimientos de la colectividad, serán consignados a trabajar en las obras públicas, o compelidos a barrer las calles, como castigo por su conducta infame. Para fomentar más el orden público, el prefecto ha resuelto estigmatizar, ya que no puede esperar eliminarlo de una vez, el vicio de la embriaguez al que, en general, el bajo pueblo suele entregarse en los días consagrados a fines edificantes. Sin embargo, el pobre minero

y el aldeano ignorante piensan que los respetan lo suficiente con oír misa en la mañana, con contribuir al adorno de los santos vestidos con trajes plateados y vistosos y con rodearlos de innumerables cirios encendidos.

En las grandes fiestas religiosas, no pocas veces se levantan pabellones en los lugares aparentes para recibir las efigies de la virgen, de nuestro Salvador y de la cruz, dichas efigies son rodeadas con todo tipo de ornamentos de plata y otros materiales colocados en fantástica confusión. Las entradas de las iglesias y capillas, incluso en el riguroso clima de Cerro de Pasco y las *haciendas* adyacentes, son adornadas profusamente con bellos lirios traídos de los valles, y festones de flores que cuelgan por encima de los dinteles y jambas de las puertas de los pabellones e iglesias, los cuales, cuando hay abundancia de metales buenos, despliegan una riqueza que, es de suponer, solo un país minero puede poner al alcance de los más humildes del pueblo. En tales ocasiones, el minero laborioso exhibe su persona ataviada de la forma más lujosa y costosa, mientras danza absurdamente con los pies hundidos en el barro hasta el tobillo (si por casualidad es la estación lluviosa) tan feliz y alegre como un deshollinador londinense en una mañana de mayo.

Tan evidente es el gusto por las flores entre los arrendatarios más pobres de una casita de quincha en el valle de Huánuco que en la fiesta de Corpus Christi, —un día de júbilo para el indio agricultor, que siempre come carne en dicha fecha, aun cuando haya pasado el resto del año como un anacoreta reducido a una dieta vegetal— las mujeres y niños pobres de las haciendas de caña de azúcar se acercan a la casa de su *patrón* llevando los brazos, sombreros y mantos llenos de los más bellos capullos, que esparcen ante su puerta y por el zaguán y corredor, como señal de respeto y regocijo. A esas expresiones de buenos sentimientos responde el patrón cortésmente ordenando que la *tinaja*, o gran jarra de guarapo, sea puesta a su disposición, bajo la dirección de un mayordomo o caporal del campo, y entonces con arpa y guitarra se entabla un festivo jolgorio.

Pero, aunque estuviera deseoso de añadir una observación más estricta de los días dedicados al servicio de la Iglesia, el prefecto no ha tenido por objetivo impedir o interrumpir las diversiones más

inocentes de la música y el baile, ni las corridas de toros y los fuegos artificiales, con las que disfruta también el indio. Ha atacado la principal causa del alejamiento de la casa de Dios, a saber, la embriaguez, condenando a todos aquellos culpables de alborotar o perturbar la paz a barrer las calles por tres días sucesivos, y, si esto se considerara una corrección demasiado suave, a trabajar durante el mismo número de días en una obra de utilidad pública.⁶

Las autoridades civiles han señalado que los vagabundos ociosos, sin ocupación útil ni propiedad, e incluso sin patria, se encuentran en todas partes diseminando la inmoralidad y el desorden; y viendo que contemporizar con detestables personajes de este tipo es, en efecto, promover la causa del libertinaje y la ociosidad, la prefectura de Junín ha resuelto perseguir y eliminar, si no puede corregir, a todos estos malignos intrusos de la sociedad.

Los panteones o cementerios

Desde los inicios de la Colonia, en el Perú, enterrar a los muertos en las iglesias ha sido una práctica establecida que, en la costa sobre todo, daba lugar a una densa exhalación, la cual muy naturalmente hacía del incienso quemado ante el altar, independientemente de su virtud mística, un agradable y oportuno correctivo para los vapores sepulcrales de los ricos y bien adornados templos de la metrópoli.

Esta costumbre, sumamente inapropiada e insalubre, ha cesado en Lima desde la edificación del Panteón, y el ejemplo de la gran capital ha sido seguido en los remotos departamentos. Con pocas, si algunas excepciones, ya se han organizado cementerios en todas las provincias de Junín. Sin embargo, en Cerro de Pasco, el campo santo era tan reducido y estaba tan descuidado que, a la llegada de don Francisco Quirós como prefecto del departamento, en 1832, no había tierra

6. En Cerro de Pasco, barrer las calles en clima seco difícilmente se puede considerar un castigo severo; pero en la estación de las lluvias, cuando los habitantes habitualmente caminan con *zuecos* de madera, la tarea del barrendero no deja de ser muy difícil.

suficiente para cubrir los cadáveres dentro de los muros del cementerio, el cual, en conjunto, presentaba una apariencia muy desagradable. Por ello, Quirós hizo que se ampliara lo suficiente de modo que no hubiera nada que hiciera ofensivo este lugar de descanso; asimismo, se expresó enérgicamente sobre la urgencia que había para la ejecución de esta obra, y aunque las flores escasas del común de Pasco no siempre proporcionan un suministro de frescos brotes — ninguna acacia, ciprés ni sauce, ni aun tejo ni mirto puede soportar la altitud de este sitio—, pidió la renovación diaria de las flores. De este modo, el señor Quirós goza del encomio y el placer de haber construido, en esta región inclemente de vetas argentíferas, un lugar de descanso para sus compatriotas que ni aun la avaricia puede perturbar; y se sentirá alegre de ver a los hijos de los difuntos acercarse a los sepulcros de sus padres para rezar ante los restos de sus parientes, y así, habitualmente, preservar los sentimientos de piedad, humildad y esperanza.⁷

Los caminos de Junín

En lo que concierne a los caminos de la sierra en general se ha dicho lo suficiente en las páginas anteriores. Sin embargo, sobre Junín nos queda señalar que, últimamente, se han hecho esfuerzos muy laudables para mejorar los caminos, aunque en parte alguna se hayan

7. La práctica, común entre los católicos, de visitar las tumbas de la familia y venerar el lugar donde los restos de sus familiares y amigos descansan, no es una ceremonia ostentosa, sino un humilde acto de devoción, al que debemos creer que el corazón de los suplicantes está profundamente entregado. En los nichos del panteón de Lima, la renovación de las flores semana tras semana, e incluso año tras año, es testigo del afecto filial o conyugal que todavía se mantiene en los corazones mucho después de que el objeto del afecto ha desaparecido de entre aquellos que solo sobreviven para lamentar su propia pérdida y con tierna pena rezan por el alma del que partió. Quien haya visitado el cementerio de Père La Chaise en París debe haberse sorprendido por la atención que los vivos prestan a los muertos: el arreglo diario de la tumba, y la oración ofrecida por amigos piadosos; tampoco podemos imaginar que haya una persona capaz de ver con fría indiferencia la florida pulcritud que rodea aquellos monumentales sepulcros que en Père La Chaise parecen triunfar sobre el silencio de la tumba.

establecido casas de posta regulares con alojamiento adecuado para los viajeros; y la comunicación entre las provincias más remotas y Pasco sea sumamente mala. Esto es un gran obstáculo para el comercio, y lleva a la inevitable demora y dificultad en el transporte de bienes. Pese al desprestigio que este hecho puede significar para la corporación de mineros, estos han mostrado muy poca iniciativa en la mejora de un lugar del cual tanto material se ha enviado a todo el mundo, ya que solo con gran dificultad, pérdida de tiempo y bestias pueden trasladar por aquellas sendas misérrimas el mineral de las minas a los molinos de metal en los alrededores de Cerro de Pasco. Por el rumbo de Sacrafamilia, en las inmediaciones de las minas, existen no menos de 88 ingenios o molinos para moler metales, algunos de los cuales están parados durante la estación seca debido a la escasez de agua, y otros ven interrumpido su funcionamiento en todas las estaciones debido al irregular suministro de mineral como consecuencia de las deficientes vías de comunicación. Para evitar estos grandes impedimentos a la industria de los mineros, y a los recursos generales del departamento, el prefecto, desde hace un tiempo, inició un camino para carros que permita el trasporte, por medio de bueyes, del mineral de las minas a los ingenios especificados, por un trecho no muy grande ni escarpado. Sin embargo, la empresa es nueva y grande para esta parte del mundo en el año de 1833 y, aunque busca el beneficio de la población en general, casi no ha atraído la atención y las energías de los habitantes de la región.

El correo

Los habitantes de Cerro de Pasco disfrutaban la ventaja de un correo semanal entre su ciudad y Lima, y una correspondencia directa cada quincena con Huánuco, la capital del departamento. Con esta disposición se mantiene una comunicación inmediata con el gobierno y así crece el espíritu de la empresa mercantil, por ser Cerro, como el lector puede rápidamente imaginar, un lugar muy activo visitado por hombres de todos los climas, y lleno de tráfico y especulación cuando las minas son muy productivas.

El Tesoro público en Pasco

Como hemos visto, los prefectos, además de encargarse del orden y de la seguridad públicos, son los jefes de la hacienda pública en sus respectivos departamentos. En épocas de luchas internas, como ha ocurrido, el gobierno patriota ha excedido los recursos económicos del país, inutilizados como están en todos sus ramos por la falta de seguridad, y, en consecuencia, de capital. Por ello, al inicio del año 1834, hubo grandes atrasos en los pagos destinados al Ejército, la Marina y la lista civil. Los ingresos de la casa de moneda y las aduanas estaban fuertemente comprometidos por sumas adelantadas al Gobierno; se hicieron exigencias de pago a las tesorerías de todos los departamentos por encima de lo que ellas podían liquidar, y la tesorería de Junín tuvo que asumir su parte de todas las demandas de un gobierno necesitado. Por el informe del prefecto a la junta departamental en la sesión de 1833, parece que este, durante su gestión en el año previo, eliminó varios abusos, reguló la contabilidad y logró un balance justo entre ingresos y egresos de la tesorería de Pasco. Sin embargo, no declara el monto de los fondos departamentales, ni presenta datos con los que se pueda hacer una estimación de las rentas que provienen de las distintas provincias. En todos los datos, se observa un gobierno patriótico deficiente, y la verdadera renta del Estado difícilmente se puede discernir para determinado momento. Por ende, al no saber el número exacto de la población ni de los recursos pecuniarios de los departamentos, la contribución anual no puede ser establecida de una forma bien regulada y en justa proporción a los medios de cada pueblo, parroquia y provincia.

Las dificultades y puntos oscuros que complicaban a cada ramo de las rentas fiscales y, especialmente, de su propio departamento llevaron al prefecto de Junín a declarar públicamente sus dudas sobre la integridad de los funcionarios del Ejecutivo encargados de la recaudación de impuestos; y a insinuar, de modo general, que por satisfacer sus intereses y amor propio han echado al olvido los deberes más altos del ciudadano. Por ello, exhortó a la honorable junta a rehusar todo favoritismo; a ejercer un severo patriotismo; a resolver, mediante una

averiguación justa, importantes cuestiones; y a saber si se ha cobrado o no en las provincias más de lo que ellas anualmente tienen la capacidad de contribuir, si pagan o no más de lo que puede serles legítimamente exigido a cada una.

De la administración de la justicia

En todos los departamentos, la justicia es impartida en el nombre de la República; y en cada pueblo hay jueces de paz encargados de escuchar a las dos partes del tema en disputa, y dedicados a lograr una conclusión amistosa sin recurrir formalmente a la ley: no se admiten demandas, civiles o penales, con excepción de casos fiscales y otros señalados por la ley, sin que este intento preliminar esencial de reconciliación se haya puesto en práctica.

Algunas provincias del Departamento de Junín, como las de Huaylas y Huamalíes, no tienen jueces debidamente preparados y cualificados en los procedimientos legales, y en consecuencia, en tales regiones, el oficio de juez pasa a los subprefectos quienes también ignoran las prácticas del derecho y sus formas de aplicación. Por consiguiente, podemos suponer que deben ser sustitutos en tales asuntos delicados que afectan la persona y propiedad de los individuos y el buen orden de la sociedad.

En el ámbito civil, la justicia está mal administrada en Cerro de Pasco, lo cual el prefecto explica dando una buena razón. Según el prefecto, en esta región, las querellas penales ocupan continuamente la atención del juez, de tal forma que es imposible que este pueda atender sin ayuda las causas puramente civiles las cuales son menos urgentes. El público es el gran afectado por esta organización judicial imperfecta. Por ello, Cerro de Pasco necesita no solo un juez adicional, sino también un número mayor de notarios públicos, ya que debido a la excelente gestión del señor Quirós, encargado de supervisar el drenaje de las minas y los intereses generales en el lugar, se puede apreciar un incremento de los minerales ricos. Al crecer el concurso de personas, un mayor número de intereses entran en conflicto, y los pleitos, tanto civiles como penales, se acumulan en los tribunales.

La milicia nacional

Según los artículos de la Constitución Política del Perú, en cada provincia debería haber cuerpos de la milicia nacional como garantía de la seguridad interior del Estado; pero, según la misma Constitución, las Fuerzas Armadas del Perú no tienen poder de deliberación política, pues son declaradas esencialmente obedientes.⁸ ¡Feliz realmente sería el Estado, si su Ejército de línea y la Armada fueran siempre obedientes de las leyes y fueran un escudo contra la influencia de la corrupción, los astutos caudillos de facción y los males de la frecuente insurrección!

Sin embargo, en la mayor parte de las provincias difícilmente se puede decir que exista una milicia nacional, salvo en el nombre; aunque hay hombres titulados capitanes y coroneles esparcidos por todo el país, y se pavonean con sus insignias de grados militares en aldeas y villas.

En una localidad donde el autor residió durante varios años en el Departamento de Junín, había un aldeano de cierta pretensión local, que ejerció, al mismo tiempo, los cargos de gobernador y capitán de milicia de su distrito, y si mal no recuerdo, el de alcalde también (debido a la muerte del gobernador al que había sucedido). De este modo, se convirtió un pequeño dictador. La provincia era Huánuco, donde, por el loable celo del coronel Lúcar⁹ y de don Pepe Echegoyen (ahora coronel), se mantenía siempre un destacamento de caballería en cierto orden militar, y los trabajadores de las grandes haciendas y de las pequeñas fincas eran convocados para reunirse los domingos bajo el mando de sus respectivos capitanes; y, en lugares asignados, realizaban algunos de los ejercicios militares más simples, aunque sin usar armas ni llevar un uniforme especial.

Estos ejercicios dominicales se realizaban, por lo general, con poca asistencia, y de diez o doce jóvenes de una hacienda agrícola era

8. Corresponde al artículo 146° de la Constitución Política del Perú de 1828 (N. de la T.).

9. Es muy probable que se trate del coronel de caballería de Cívicos Eduardo Lúcar (Paredes 1833: 190), quien también figura como tal en 1838 (Paredes 1837: 112) (N. de la T.).

usualmente bastante que aparecieran dos o tres por vez en las filas. En cierta ocasión, sin embargo, cuando el capitán de la milicia local del pueblo de Ambo tuvo el honor de que se le confiriera el nombramiento adicional de gobernador, llamó a este autor por sentirse indispuerto en cama; y, con gran apariencia de simpatía y confiada cordialidad, se congratulaba de su profesión porque le permitiría tener el poder, pues tenía la voluntad de hacerlo, de servir a su vecino. Con muchas expresiones suaves y seguridades de buenas y honestas intenciones, calculadas para hacer bajar la guardia incluso a un misántropo, terminó su visita diciéndole que, como era muy deseable mantener el espíritu militar del distrito, esperaba que el autor usara su influencia para persuadir a los jóvenes de su hacienda de asistir regularmente a los ejercicios militares del pueblo vecino; una proposición a la que rápidamente accedió, pues era concordante con las leyes establecidas en el país. El primer o segundo domingo siguiente, seis jóvenes excelentes salieron para asistir a los ejercicios en Ambo, y fueron apresados y puestos en prisión, con muchos otros, bajo una fuerte guarda, para ser llevados al día siguiente como reclutas al frente.

Las prisiones provinciales del Perú son en general muy malas e inseguras, y son utilizadas menos veces de lo que deberían para un mejor propósito que el mencionado; esto es, confinar a los útiles e industriosos agricultores, disminuyendo una raza ya muy raleada, y en la que, no obstante, la prosperidad del país depende:

*princes and lords may flourish, or may fade;
A breath can make them, as a breath has made:
But a bold peasantry, their country's pride,
When once destroy'd, can never be supplied¹⁰*

[los príncipes y señores pueden prosperar o desaparecer
Una palabra puede hacerlos como los hace un soplo
pero un campesinado recio, orgullo de su país,
una vez destruido, nunca puede ser restituido].

10. Versos del poema "The Deserted Village" ("La aldea abandonada") del poeta inglés Oliver Goldsmith (1728-1774). Disponible en: <<http://www.bartleby.com/71/1214.html>> (última consulta: 14/06/2016) (N. de la T.).

Podemos decir, con gusto, que en esta oportunidad la conducta engañosa del nuevo gobernador con nosotros no obró en su favor del modo que él habría deseado.

El autor se dirigió a todo galope hasta la capital del departamento, donde encontró al coronel Lúcar revisando y seleccionando a los reclutas quienes serían enviados desde Huánuco para suplir las bajas del ejército de línea. Inmediatamente el coronel, haciendo gala de una magnífica cortesía, despachó una orden perentoria al susodicho capitán y gobernador para que pusiera a nuestros hombres de Andaguaylla en libertad, y los sustituyera con personal de la lista de vagabundos ociosos y no con agricultores útiles, en el término de unas pocas horas. Sin embargo, dicha orden, daba con mayor facilidad, se puso difícilmente en práctica, pues para entonces, el rumor de la leva y la captura para el Ejército se había difundido, y los jóvenes, alarmados por su destino, habían huido a bosques y escondrijos.

Finalmente, parece que el objetivo real de esta milicia ficticia no es garantizar el orden interno del departamento (que estaría mejor asegurado con la ausencia de todas las tropas pues la población indígena nunca está mejor gobernada que por funcionarios locales propios de origen indio), sino el de servir como una tapadera dedicada al reclutamiento de soldados para el servicio en general. El intento taimado del gobernador de engañarnos con las seguridades de la amistad no resulta raro, pues tal conducta indigna no avergüenza a ninguno de estos tiranuelos ante los ojos de sus compatriotas.

Capítulo IV

EL COLEGIO MISIONERO DE OCOPA. SU FUNDACIÓN, UTILIDAD, DECADENCIA Y DECRETO PARA SU RESTAURACIÓN. LA INTRODUCCIÓN DEL CRISTIANISMO POR LOS RÍOS MARAÑÓN, HUALLAGA Y UCAYALI, ETC. POR LOS JESUITAS Y FRANCISCANOS. LA CARTA DEL FRAILE MANUEL PLAZA, EL ÚLTIMO GRAN MISIONERO DE OCOPA, AL PREFECTO DE JUNÍN

AUNQUE EL DEPARTAMENTO DE JUNÍN solo pudiera preciarse de las ventajas que proceden de la elevada cantidad de metal precioso que proporciona anualmente, eso bastaría para respaldar su reclamo referente a la atención, no solo del Gobierno peruano, sino, además, de todos aquellos países que mantienen relaciones amistosas y comerciales con el Perú.

Sin embargo, deben surgir más elevadas simpatías que las que emanan de las meras consideraciones pecuniarias, cuando se recuerda que desde un rincón de este departamento la voz de la cristiandad ha penetrado en las vastas regiones de tribus paganas y salvajes, y ha alcanzado a los nómadas errantes entre las más densas marañas de las selvas, que ocupan una gran porción del amplio territorio misional del Perú. De Ocopa proceden esos celosos, perseverantes, abnegados y recios hombres, cuyas vidas han tenido el gran objeto, en medio del peligro y en el nombre del Salvador, de agregar a la fe de la Iglesia y a la sociedad civilizada, seres cuyos espíritus eran tan oscuros y agrestes como las selvas que habitan: desde los confines de los ríos Mantaro y Apurímac al sur, hasta el río Marañón o Amazonas por el norte, y desde las provincias fronterizas del Departamento de Junín al oeste, hasta el gran río Ucayali al este. El colegio misionero de Ocopa, situado en

la 12°2' latitud sur, en la provincia de Jauja, a una distancia de unas 12 leguas al sureste de Tarma, fue fundado, en el año de 1725, por el comisario de los misioneros, fray Francisco de San José, con la intención de establecer misiones para la conversión de los indios, abarcando los primitivos territorios fronterizos anteriormente mencionados. Entre los años de 1757-1758, fue erigido en colegio de Propaganda Fide por bula de Su Santidad, Clemente XIII, y cédula de Su Majestad, Fernando VI.

El colegio tiene adosada una iglesia edificada en piedra, y nos han dicho que antes, cuando sus altares estaban decorados con costosos donativos y sus eclesiásticos eran famosos por su santidad, los fieles afluían en gran número. Los misioneros de este colegio tenían establecimientos religiosos subordinados o asilos en otras provincias del departamento, como por ejemplo, Huaylas, Huánuco, y también Tarma, en un lugar llamado, Vítoc, a la entrada de la montaña. El colegio fue construido originalmente para dar alojamiento a 40 monjes, no obstante, a finales del siglo XVIII, bajo la guardianía del reverendo padre fray Manuel Sobreviela, su número era 84, parte de ellos distribuidos en diversos asentamientos y también en los caseríos de neófitos entre las selvas más allá de las cumbres orientales de los Andes. El seminario, que estaba bajo la protección real, tenía una limosna del Gobierno de 6000 pesos al año. La gran revolución que arrancó al país de las manos de los españoles, también privó al colegio de su mejor apoyo. Los patriotas, en medio de combates, proscripciones, confiscaciones y persecuciones, no perdonaron siquiera a esta útil institución; los monjes se dispersaron al verse privados de la protección gubernamental, y ahora solo se puede ubicar a unos cuantos ancianos hermanos canosos del número de estos padres fugitivos. Visitamos a uno de ellos, descalzo y con la cabeza descubierta, en su humilde celda en San Francisco de Lima. Sus pensamientos, ajenos a lo que ocurría a su alrededor, usualmente se iban hacia las tribus del Huallaga y el Ucayali, y con un entusiasmo que iluminaba los ojos de la edad venerable, señalaba en los pasadizos y claustros de esta gran iglesia conventual de su orden las pinturas que conmemoraban el martirio de aquellos de sus hermanos que cayeron víctimas de la violencia de los salvajes, a los cuales se esforzaron piadosamente por convertir a cristianismo.

Al haber constatado los patriotas, en buena medida, la pérdida nacional que probablemente resultaría de descuidar el territorio de las misiones, y de permitir a los indios cristianizados a medias volver de nuevo a su antigua condición salvaje e independiente, por falta de sacerdotes oficiantes y monjes celosos que continuaran la obra de civilización en que los españoles se habían involucrado con tanto ánimo y éxito, el Gobierno peruano resolvió, en marzo de 1836, anular el decreto que en noviembre de 1824 había ordenado convertir el colegio religioso en un colegio o academia común para la instrucción general, el cual, no obstante, nunca fue establecido sobre una base permanente. Además, en el preámbulo del decreto, se expresaron otras razones de menor importancia para restaurar el colegio a sus anteriores funciones: i) se declaró que la civilización de las tribus salvajes del interior y su conversión a la santa fe católica era una empresa digna de la luz intelectual de la época en que vivimos, y aceptable a la mirada del Todopoderoso; ii) que solo con este propósito se había concebido el colegio en el momento de su fundación; iii) que el gobierno había tomado efectivamente medidas para inducir a los misioneros a venir de Europa y restablecer esta institución piadosa; iv) que, por tanto, el colegio misionero de Ocopa debía ser restablecido, precisamente, bajo las mismas condiciones anteriores a la revolución o al decreto del 1 de noviembre de 1824; v) que se le debían restituir todas sus rentas y propiedades y, además, cualquier renta que hubiera sido asignada a la referida academia debía ser transferida al colegio misionero y vi) que el arzobispo debía designar a la persona adecuada para que se encargara del colegio y recibiera sus rentas, y pagara de este fondo los gastos de la refacción de los edificios y el dinero para el pasaje de los esperados monjes europeos, cuya llegada el reverendo arzobispo debía promover, mientras supervisaba las necesarias reparaciones del colegio, y hacía las reformas de sus regulaciones y normas de forma que armonizaran con la forma republicana del Gobierno. Nada puede probar más claramente la decadencia de la causa misionera, y, podemos quizá agregar, la decadencia de la religión práctica en el Perú (ya que su propio clero carece de celo y ánimo para actuar como misioneros) que este documento; y, aunque la invitación está dirigida de forma más inmediata a los eclesiásticos españoles, el espíritu del decreto parece abrir la puerta

a cualquier compañía o asociación que, adhiriéndose a la forma católica de instrucción cristiana, pueda desear extender su benevolencia y religión a las fértiles regiones del Amazonas, y así cumplir su misión muy lejos de las escenas de anarquía política y desgobierno, y de influencias hostiles que pudiesen impedir el ejercicio de su sagrada vocación. La experiencia ha mostrado suficientemente que estos indios del Perú oriental no son incapaces de mejoramiento intelectual ni carecen de los elementos morales que forman los cimientos del edificio social, y si han de ser educados, guiados y disciplinados en un estilo de vida según el evangelio, por maestros activos, honestos e ilustrados, que sepan que la fe llega por la prédica, y la prédica por la palabra de Dios, se habría incluso de manifestar en las riberas del Ucayali y en la hermosa Pampa del Sacramento un pueblo grande y virtuoso, preocupado por saber y cumplir sus respectivos deberes, donde ahora la barbarie cruel y la superstición salvaje mantienen su lúgubre poderío.

Hacer un relato histórico completo de los viajes de los misioneros de Ocopa, sus expediciones por diferentes rutas y sus diversos resultados; o penetrar en la economía interior del colegio y los detalles de su disciplina, sería un tema demasiado abundante para el corto espacio que hemos asignado a este tema, que, en sí mismo, es de extraordinario interés. Y desprender la historia de los esfuerzos misioneros de los jesuitas de Quito y San Borja de los de los franciscanos de Lima y Ocopa, definir los límites precisos de las conversiones de cada una de estas órdenes religiosas independientes unas de otras, no estaría libre de complicaciones, ni parece ser necesario especificar el grado de mérito otorgado a cada una, pues ambas trabajaron en el mismo arduo viñedo, y la última continuó meritoriamente lo que la primera había iniciado. Pero, para dar una idea del origen de tales misiones, puede ser útil remontarse al descubrimiento de las regiones en que se han implantado.

La desembocadura del Marañón fue descubierta por Vicente Yañez Pinzón a fines del siglo XV, pero [Francisco de] Orellana, el lugarteniente general de Gonzalo Pizarro, gobernador de Quito, fue el primero en navegar río abajo, desde el punto en que el río se une con el Napo, hasta el océano. La nave que utilizó fue construida en el mismo lugar donde inició la expedición. Dicha misión fue ordenada por Pizarro, quien ya

había sobrellevado grandes penalidades y, además había sacrificado a la mayoría de sus seguidores en una expedición de descubrimiento interior. Orellana comenzó su viaje en el año de 1540 o 1541.

Algunos de los nativos fueron amistosos con él, pero otros se opusieron a su avance en sus canoas; y como los hombres de una determinada tribu fueron auxiliados por sus mujeres en el combate, el capitán español dio a sus mujeres guerreras el nombre de Amazonas, de donde proviene el de Amazonas que el gran río todavía mantiene.

Otra expedición, bajo el mando de Pedro de Ursúa, fue realizada en 1560, pero él y la mayoría de sus hombres cayeron víctimas de una emboscada que les tendieron los indios. En 1602, el padre Rafael Ferrier, un misionero jesuita, bajó por el Marañón hasta el río Napo, por el que 60 años antes había navegado Orellana, y a su regreso a Quito comunicó sus descubrimientos y dio información sobre los nativos que había visto.

En el año de 1616, unos soldados españoles, estacionados en las fronteras de Quito, persiguieron a algunos indios que viajaban en canoa por el Marañón; en la persecución bajaron por este río hasta que encontraron a los maynas, unos indios que mostraron tanta disposición a la amistad y a convertirse al cristianismo que, de regreso al puesto fronterizo de Santiago de las Montañas, los soldados hicieron un informe tan favorable sobre ellos al virrey que este, en 1618, nombró como primer gobernador de Maynas y Marañón a don Diego Baca de Vega, quien fue el primero en someter a la gente de estos territorios y sujetarlos al dominio de España.

En 1638, según [Antonio de] Alcedo (1735-1812), los padres jesuitas, Gaspar Cuxia y Lucas de la Cueva, establecieron varias misiones en la región de Maynas a ambos márgenes del Marañón, dicha misiones continuaron floreciendo hasta la expulsión de la útil Compañía de Jesús en 1767.¹

1. Uno de los más grandes misioneros jesuitas fue el padre Samuel Fritz, alemán, que, en 1686, predicó el Evangelio y convirtió a muchas tribus en Maynas. Dibujó un mapa del Marañón y sus afluentes que fue publicado en Quito, en 1707 [Para mayor información, véase De Alcedo 1788, t. 3: 23-24 (N. de la T.)].

La primera capital de Maynas fue San Francisco de Borja situada, según [Antonio de] Ulloa, a 4°28' latitud sur y 1°34' longitud este del meridiano de Quito.² En esta ciudad tuvo lugar una insurrección de los indios nativos en el año de 1635, que felizmente fue dispersada por los infatigables jesuitas; sin embargo, al poco tiempo, el pueblo de Laguna, en el margen oriental del Huallaga, a 5°13' latitud sur se convirtió en la sede principal o capital de las misiones de Maynas, las cuales se extienden desde San Borja a ambas orillas del Marañón, comprendiendo muchos caseríos o asentamientos, hasta las posesiones fronterizas de Brasil en Tabatingo. Desde el Marañón, el gobierno patriarcal de los misioneros se extendió hacia el sur a lo largo del río Ucayali y entre diversas tribus en sus orillas o en las selvas adyacentes, tales como los cocamas, piros y conibos o conivos, a quienes los jesuitas de Quito habían, en gran medida, convertido a la fe; pero otra vez se rebelaron, y volvieron a su nomadismo original y a su estilo de vida salvaje, tras haber dado muerte a sus pastores. Después de este desdichado acontecimiento, se hicieron varios esfuerzos infructuosos, especialmente en el año de 1695 y también en el de 1764, para volver a convertir estas tribus, hasta que, a la larga, los misioneros franciscanos del colegio de Ocopa lograron un nivel grande de éxito en tan dudosa empresa.

Pero mucho antes del establecimiento de este colegio de la orden, dos franciscanos, los padres Andrés de Toledo y Domingo Breda, inclinados a hacer conversiones al Evangelio, dejaron Quito, en el año de 1636, y tras haber superado enormes penalidades por agua y tierra, llegaron al Pará. Informaron de su llegada y descubrimientos a Santiago Raimundo de Noroña, gobernador de San Luis de Marañón, en el servicio unificado de España y Portugal, pues ambos países estaban bajo la soberanía de la Corona española. El resultado de la información así obtenida fue una exploración río arriba bajo el mando del capitán portugués, Texera. Un relato de todas estas actividades fue enviado de la Audiencia de Quito al Conde de Chinchón, virrey del Perú, quien, en el año de 1639, envió de regreso a la flotilla de Texera al Pará, llevando con él a los padres Christoval de Acuña y Andrés de Artieda,

2. De Ulloa 1748, t. 2: 530 (N. de la T.).

jesuitas de Quito, y otros hombres capaces, comisionándolos para explorar minuciosamente el río Marañón y sus orillas, y para que, tras haberlo hecho, se embarcaran para España a dar cuenta al Consejo de Indias, todo lo cual fue realizado de un modo meritorio.

Ya en el año de 1631, los misioneros franciscanos visitaron los alrededores del río Huallaga, hicieron conversiones y penetraron en la región de los panataguas. Contiguo a Huánuco, y, probablemente, dentro de los límites territoriales de esta tribu antigua, actualmente se sitúa el importante y civilizado pueblo indio llamado Panao, que está comprendido en el curato de Santa María del Valle.

De los panataguas se supone que han surgido varias otras tribus de distintas denominaciones, que se han dispersado en la región adyacente, donde el cristianismo no ha hecho más que lentos progresos.

Desde la ciudad de Huánuco, los padres de Ocopa penetraron por Panao, Muña y Pozuzo, al puerto sobre el río Mayro, donde formaron uno de sus primeros asentamientos: desde aquí parece que bajaron en canoa por los ríos Pachitea y Ucayali. Dicha ruta está bien definida en el mapa de aquellas partes, publicado en Lima, en el año de 1791, por la sociedad literaria llamada “Sociedad de Amantes del País”.³ Este excelente mapa del territorio de las misiones del Perú fue dedicado a Su Católica Majestad, Carlos IV, emperador de las Indias, por la mencionada sociedad, y los reverendos pares del colegio misionero de Ocopa, cuyo guardián o superior, fray Manuel Sobrevela, lo enriqueció con un plano de los ríos Huallaga y Ucayali, y de la Pampa del Sacramento. En la ruta desde Huánuco, los franciscanos desde el tiempo que dejaron su último asentamiento cristianizado, Pozuzo (hace algunos años despoblado debido a la viruela), tuvieron que enfrentarse a los anajes, carapachos, callisecas y otras tribus salvajes que ocupaban el territorio entre Pozuzo y la desembocadura del Pachitea. Desde este lugar, donde el Pachitea se une al Ucayali, al río Saruyacu que entra en el Ucayali en 6°45’ latitud sur, descienden varios ríos desde las llanuras del Sacramento para unirse al Ucayali, tales como el Aguaytía, De

3. Se trata de el “Plan del curso de los ríos Huallaga y Vcayali y de la Pampa del Sacramento”, publicado en *Mercurio Peruano*, n.º 80, 9 de octubre de 1791 (N. de la T.).

Sipivos y Manoa, cuyos alrededores son habitados o frecuentados por varias tribus de indios conocidas por los nombres de shipibos, conibos, manoa y serebos, etc. Entre estos se lograron conversiones, pero la nación principal es la de los panos, que habitan en los alrededores del Sarayacu, y forman una gran parte de la población del pueblo del mismo nombre, que es la sede superior o más bien, actualmente, la única de las misiones de los franciscanos en el Ucayali. Esta misión fundada por el franciscano fray Girbal, en 1791, fue visitada en febrero de 1835 por el teniente de navío W. Smyth y el Sr. F. Lowe en su viaje “realizado para comprobar la factibilidad de una comunicación navegable con el Atlántico por los ríos Pachitea, Ucayali y Amazonas”. Lo encontraron bajo la guardianía del venerable padre Manuel Plaza, cuyo informe sobre estas partes forma un documento interesante en el *Mercurio Peruano*.⁴ Este excelente misionero describe el clima de Sarayacu como más libre del paludismo y disentería que los asentamientos en las zonas bajas y húmedas de las riberas del río Maraón; y el teniente de navío Smyth y el Sr. Lowe, que ofrecen un relato interesante del estado presente de la misión apuntan que “el clima parece bastante al de la isla de Madeira” y, al igual que la ciudad de Huánuco sobre el Huallaga, en la estación seca la brisa que sopla por el río le da frescor.

El abandono de todos los asentamientos misioneros en estas regiones desde la decadencia del colegio de Ocopa, ha traído como consecuencia que los indios de dichos asentamientos se han reunido en Sarayacu alrededor del único padre y amigo espiritual que les queda, el padre Plaza. De este modo, la población de Sarayacu ha aumentado hasta casi 2000 habitantes. Estas tribus semibárbaras honran a su fiel pastor y están muy atentas al servicio de su iglesia, que se realiza en latín y en lengua pano. El teniente de navío Smyth y el Sr. Lowe, al no poder lograr la meta de su expedición —penetrar la montaña en Pozuzo, y descender por el Mayo—, volvieron a Huánuco y bajaron por el Huallaga, hasta que llegaron al río Chipurana, en la provincia de Maynas, que, según los misioneros, entra al Huallaga en 6°30' latitud sur. Remontaron el Chipurana hasta donde fue posible la navegación, y de

4. No ha sido posible hallar el texto a que hace referencia Smith (N. de la T.).

ahí, en parte por tierra, y en parte por agua, siguieron hasta Sarayacu, con la esperanza de poder, con la orientación del padre Plaza, realizar su expedición hasta Pachitea, una empresa en la que lamentablemente no tuvieron éxito, debido a la crecida de los ríos durante la estación húmeda, que dura desde noviembre hasta mayo. Además carecían de suficientes efectos que pudieran ser intercambiados por las provisiones necesarias para el sustento de una escolta de indios de la misión, sin la cual la empresa no era segura ni practicable en ninguna estación.

Sin embargo, el padre Plaza, antes de la visita del teniente de navío Smyth y el Sr. Lowe, escribió para hacer saber al gobierno su opinión sobre la comunicación del distrito de su misión por el puerto de Mayro, y su carta sobre el asunto fue publicada en Cerro de Pasco, después de que se tuvieron informes del fracaso de la expedición de los caballeros ya mencionados, en compañía de los peruanos mayor Beltrán y teniente Azcárate. Se ha de temer que este reverendo fraile esté demasiado aquejado por los años para ser de utilidad por más tiempo, y que aún se haya de lamentar más que con su muerte probablemente desaparezcan todos los esfuerzos suyos y los de sus predecesores en el mismo campo de la evangelización y civilización. No es probable que fray Manuel Plaza tenga un sucesor del colegio de Ocopa, pese al decreto sobre su restauración, mientras el Perú continúe agotando sus mejores recursos en la guerra, sea civil o defensiva, contra los estados vecinos. Para posibilitar que el país consolide su fuerza interior y atienda a las mejoras prácticas de las instituciones civiles y religiosas se debe tener lo que la mayoría de ciudadanos ansían sinceramente: un periodo de tranquilidad. Hasta que la paz interna no se logre, la paz del Evangelio probablemente no se enviará de nuevo para someter el turbulento espíritu de los cashivos o para restablecer y renovar los asentamientos y alianzas que antes instauraron los misioneros de Ocopa. Las alianzas, en su mayor parte, están casi olvidadas, y los asentamientos ya no se pueden ubicar, excepto en el mapa del amplio territorio misional ya aludido que fue dedicado por la orden y los académicos de Lima al rey de España. Pero, desde entonces, la dinastía de los reyes ha sido destruida, y el celo por la causa misionera, excepto en nombre y especulación, se ha desvanecido en el país, donde parecería que el patriotismo solo puede progresar en las ruinas de todas las mejores instituciones de los

días pasados, y cuando el escritor de la siguiente carta no exista más, el nombre del rey salvador, sino también de amigo⁵ y patriota puede pronto dejar de ser escuchado y honrado entre las selvas y claros de la misión ahora aislada y abandonada del Ucayali.

La carta del padre Plaza, fechada en Sarayacu, el 14 de diciembre de 1834, estaba dirigida al subprefecto de Huánuco.⁶ Le comunicaba que el 20 de noviembre de ese año había contestado al prefecto don Francisco Quirós con respecto al proyecto del Supremo Gobierno que le había sido enviado el 24 de septiembre por dicho subprefecto; e, incluso, había respondido a la brevedad posible mediante el correo de Moyobamba. Como temía que la carta, por alguna razón, se perdiera o confundiera, le escribía un duplicado. Allí le contaba que había leído cuidadosamente la nota recibida el 18 de septiembre del presente año, y le informaba que el proyecto adoptado por el Supremo Gobierno (entrar al río de Pachitea por el puerto de Mayro) era el mejor y el más seguro plan, debido a las ventajas que lograría la República con la apertura de la navegación por ese río, pues desde su unión con el Ucayali, arriba de la corriente del Mayro, solo existía un pasaje de siete u ocho días, y desde este último lugar a Pozuzo, por tierra, solo había una distancia intermedia de catorce leguas.⁷ Sin embargo, consideraba que había un obstáculo que, en tanto existiera, interferiría seguramente con el beneficio del libre tráfico por el río Pachitea: en sus orillas vivían los paganos cashivos, caníbales crueles que se alimentaban de la carne humana los cuales, a veces, se valían de mucha astucia y artificio para engañar a los pasajeros, y en otras ocasiones, con toda la fiereza de las bestias salvajes de la selva, los atacaban sin temor, como se había comprobado

-
5. “Amigo” es la primera palabra de castellano que se enseña a decir al indio de las misiones.
 6. Jorje Durán Figura como subprefecto de Huánuco para ese año (Paredes 1834: 64) (N. de la T.).
 7. El camino que existía antes entre Pozuzo y Mayro ahora está lleno de maleza que se ha vuelto intransitable sin la ayuda de un machete, cuyo uso los indios de Huánuco dominan muy bien. Por este camino, el viaje de Mayro a Pozuzo se hace generalmente en dos días, y el camino de Pozuzo a la ciudad de Huánuco en tres. En total, el recorrido de Mayro a Huánuco se hace en cinco días.

en dos expediciones realizadas desde este lugar por el padre Girbal. La primera vez, el padre solo pudo llegar a las chozas más cercanas, pues fue obligado a volver debido a la escasez de armas y a la pequeña escolta que le había otorgado el Gobierno. Posteriormente, avanzó a sus últimas rancherías, desde donde regresó sin haber realizado su propósito de llegar al Mayro, donde la gente esperaba su llegada con provisiones y todo lo necesario, y desde esta última expedición realizada en el año de 1797, no se han tomado nuevas medidas efectivas.

El padre Plaza aseguraba que las naciones vecinas de conibos y shipibos, situadas en los afluentes del Ucayali, aunque constantemente se dedicaban a expulsar a estos crueles enemigos nunca habían tenido éxito en ello, pues hasta ahora estos irrumpían en las casas y no satisfechos con matar a sus habitantes, se llevaban los cadáveres para celebrar banquetes, pues los cashivos tienen un apetito innato por la carne humana.⁸ El proyecto de penetrar por el Mayro era el más factible, porque al bajar río abajo, los barcos se quedarían en el centro de la corriente, de modo que no podrían ser alcanzados por las flechas desde las orillas; además, simplemente con la descarga de unas pocas armas de fuego, se dispersarían, y, como felizmente no utilizaban canoas, no podrían interceptarles el paso, y hacerles daño material. Y, por otro lado, la bajada a este punto se realizaba en solo dos días, razón por la cual, era muy necesario contar con un guía experimentado, que fijara el tiempo tan pronto como fuera posible, para evitar cualquier desajuste en el encuentro. Cuando el plan fue propuesto por los comisionados, se realizó una expedición con toda precaución desde este punto, con el propósito de despejar el paso de gente tan destructiva e indómita, y, de este modo, los pueblos de la frontera pudieron proceder a extraer sus preciosos productos de la montaña.

8. Puede suponerse que esta costumbre de llevarse y comerse los cadáveres es una buena explicación de la antigua práctica, todavía usada por los indios de Ucayali, de enterrar a sus muertos dentro de la casa, como si les dieran cierta protección contra la furia del canibalismo; pero esta práctica parece haber existido desde la antigüedad entre los indios de la raza inca, aunque sin referencia a una costumbre tan sorprendente.

El padre Plaza decía que movido por este deseo y el de hacer felices a los habitantes del Ucayali, había sentido que era su deber vivir en tales misiones por el espacio de 34 años, y que deseaba que Dios permitiera a sus ojos ver la prosperidad de dichas regiones, ya que su expedición al Pangó no logró alcanzar las ventajas que se esperaban de ella.⁹

Agregaba que realizó esa expedición solo por complacer a los padres de Ocopa; pero que era fácil suponer que la relación así iniciada sería de duración corta debido a la gran distancia que separaba la misión del colegio; la dificultosa y peligrosa navegación en las cabeceras del Ucayali, y, finalmente, la opinión discordante de los padres europeos. Consideraba, sin embargo, que había llegado entonces el día en que sus deseos se realizarían mediante arreglos acertados con el gobierno supremo, y que contribuiría, en la medida de sus fuerzas, al éxito de la empresa, no solo asistiendo a los comisionados, sino acompañándolos en la expedición, aun anciano como era. Remitía todas estas consideraciones para información del subprefecto y del Gobierno, y pedía a Dios que los protegiera. Por último, solicitaba que le dieran acuse de recibo de la carta enviada ya que la anterior posiblemente se había perdido.

9. Como comentario a esta parte de la carta del padre Plaza no podemos hacer nada mejor que insertar un pasaje ilustrativo de lo aludido aquí, traducido de un trabajo de él mismo en el *Mercurio Peruano*, y citado por el teniente de navío Smyth y el Sr. Lowe en su *Narrative of a Journey from Lima to Para* (1836: 2-4) en que se dice que hay tres entradas al territorio del Ucayali: por Huánuco y el puerto de Mayro, por Tarma y el río Chanchamayo, y por Jauja y Andamarca, en dirección de Pangoa, que es transitable y ha sido así desde 1815 en que el padre Plaza la atravesó desde la Pampa del Sacramento a Pangoa, donde hizo amistad con varias naciones en el camino; y por esta ruta la misión ha recibido todas sus provisiones desde hace siete años. En esta expedición, el padre Plaza exploró todo lo que es notable desde Sarayacu, que está a quince días de distancia río arriba desde el Marañón, y descendió desde ahí hasta llegar al río Pachitea, en veinte días más. Debe notarse que la comunicación con Sarayacu por los ríos Pachitea y Chipurara es tan poco directa que el padre Plaza ni siquiera la menciona como una de las rutas a la misión, aunque esta fue la ruta seguida por la última expedición de 1834-1835, después de que fracasara el intento por penetrar por el Mayro. La carta del subprefecto también tardó cerca de tres meses en alcanzar la misión a través del territorio de Maynas.

Capítulo V

LOS INDIOS CRISTIANIZADOS DEL INTERIOR. SU SITUACIÓN Y CARÁCTER. LAS PENURIAS QUE SE LES IMPONEN. DESEO DE VENGANZA

TANGUR, EN LA PARROQUIA DE CAINA, en el Departamento de Junín, es uno de esos pueblos tan comunes en las elevadas laderas que dominan los valles templados del interior del Perú. En este pequeño pueblo, nos informa un caballero que durante muchos años lo visitó en su condición de cura, existen dos municipios distintos y cada uno posee su iglesia y su sacerdote por separado.

Estos pueblos divididos que hablan la misma lengua, el quechua, no se asocian en conjunto ni celebran sus festividades religiosas en fechas similares. El origen de tal separación de intereses, según informa la tradición, se remonta a la época de los incas. Durante el incanato se le ordenó a algunos reos de Quito establecerse en este lugar y formar una familia distinta la cual se ha mantenido a lo largo del tiempo sin mezclar nunca su sangre con la de sus vecinos, ni entrar en comunidad ni alianza con ningún otro pueblo. Esta práctica es tan común como aquella adoptada por ciertas comunidades remotas del interior donde todos los hombres participan de la construcción de puentes para el bien común o la edificación de casas para comodidad de los individuos: un grupo lleva las piedras y el tepe, otro construye los muros, un tercero acarrea vigas desde los lejanos bosques¹ y un cuarto monta

1. Como no hay disponibles árboles de tamaño suficiente para los fines propuestos, hemos visto a unos cien hombres agotar sus fuerzas arrastrando un árbol por

el tejado, etc. La unanimidad de dicho caso y su ausencia en Tanguar, son igualmente característicos de ese amor con que los indios cultivan las costumbres de sus antecesores en todas las cosas. No aprueba para nada la innovación; en su condición no ha conocido todavía ningún mejoramiento ni duradero ni estable, y no desea para nada el cambio. En sus prejuicios locales, hábitos y ocupaciones cotidianas, solo piensa, siente y actúa exactamente como otros lo hicieron antes de él. Si la revolución general ha sido, en cierto grado, útil para el pobre indio ignorante del Perú, quien ya ha pasado del efímero entusiasmo patriótico a hundirse en la abyección de un despotismo militar; esto realmente ha mejorado sus expectativas, al menos por un momento, pues lo ha despertado de su habitual apatía para atender las preocupaciones generales y las comodidades de la vida, abriendo ante sus ojos una gama más amplia de modelos y anhelos, y, además, ha logrado romper la rutina hereditaria de sus costumbres y hábitos, a los cuales, hasta ahora, se ha adherido con la constancia invariable del mero instinto. Los indios cristianizados de la dinastía inca, cuya lengua nativa es el quechua (pues ahora no estamos hablando de los salvajes o semicristianizados panos ni de otras tribus nómadas de la *montaña*), son vistos como una raza indolente; sin embargo, hemos tenido la oportunidad de saber que sus esfuerzos crecerán cuando la perspectiva del mejoramiento de su condición se expanda, y que, en general, su trabajo se realiza de una manera indolente cuando les resulta obligatorio o improductivo. También hemos podido conocer que cuando trabajan por *tarea* o por *pieza*, y están seguros de recibir su salario, lo hacen sumamente bien. En sus pequeñas fincas son muy buenos trabajadores, y si no fueran tan asiduamente asaltados por los enemigos de la industria, el resultado se vería en su creciente prosperidad. Aquellos que los tiranizan también los acusan de ociosidad, duplicidad y una disposición natural perversa. A tales personas nos permitimos preguntarles: ¿han

medio de lazos desde profundas quebradas y hoyas. Este desperdicio de energía podría evitarse fácilmente con el auxilio de la polea, la cual no conocen; pero muestran gran habilidad en el uso y manejo del lazo, y cuando se organizan para el acarreo se animan para el esfuerzo con una canción cuyo estribillo es *huasca runa* (¡Hombres, al lazo!).

otorgado alguna vez a los indios algún incentivo racional para ser honestos e industriosos? ¿Han perseverado alguna vez con un trato justo en el experimento de merecer la confianza, de conciliar los afectos o de procurar las simpatías afectuosas de estos hijos más humildes del suelo? ¿Qué virtud excepto la paciencia, se les ha permitido manifestar durante la opresión española (¡ojalá fuera esto mitigado con el sistema patriota!) cuando sus amos les proporcionaban lo básico para vivir solo en los términos que a ellos se les antojara, y cuando los indios no podían obtener propiedad, por mucho que redoblaran su labor, pues en general el fruto de su trabajo no les pertenecía?

En su mayoría, los indios son un pueblo de agricultores, pues casi todos viven del cultivo antes que del pastoreo o de cualquier otra ocupación. En el clima templado del interior, muchas de las nuevas aldeas eran, no hace muchos años, grandes fincas en posesión de los europeos o de sus descendientes criollos; sin embargo, luego de la revolución, los trabajadores liberados como consecuencia de la confiscación de los bienes y propiedades de sus amos fugitivos o arruinados, han continuado cultivando la tierra para su propio sustento, hasta que, paulatinamente, sus familias han crecido en las aldeas, y a la larga han asumido el rol importante de municipalidades. Con unos pocos años de paz sin interrupciones y la exención de indebidos tributos, las pequeñas aldeas pueden, de este modo, crecer y convertirse en pueblos considerables, siempre que la localidad permita el suficiente espacio para la agricultura. Pero, como ocurre con frecuencia, el caserío indio se levanta sobre un pináculo, o en la cima de un cerro, rodeado por un suelo poco adecuado para la expansión de la industria agrícola. En consecuencia, el padre divide y subdivide la misma parcela de tierra entre el creciente número de su prole, hasta que los medios de sustento se vuelven demasiado escasos para alimentar a toda la familia, y, los supernumerarios deben buscar empleo en las minas o en otras partes.

Las artes mecánicas son de poca necesidad para los indios quienes construyen sus propias chozas, y, con la excepción de sus toscos sombreros de fieltro, confeccionan su propio vestuario, el cual, en épocas de calor, se compone de sandalias de cuero sin curtir, calzones o pantalones anchos o hasta la rodilla, una camisa, chaleco y a veces una chaqueta, y encima de todo un poncho. En las localidades expuestas

al frío, como Cerro de Pasco, siempre usan medias calientes de lana y una chaqueta, sin omitir el poncho que constituye el abrigo indispensable, tanto de día como de noche, de toda la sierra. Además de la falta de una asistencia médica eficiente, y los efectos ocasionalmente destructivos de las enfermedades epidémicas, otra desventaja mencionada con frecuencia que impide el crecimiento de la población india ha sido una pasión excesiva por los licores embriagantes. Esta propensión actúa con fuerza en el minero, ubicado, como está, en localidades frías y altas, donde frecuentemente se expone a la humedad subterránea, a la nieve o a la helada nocturna. Aquí, la acción de la bebida embriagante, sobre todo cuando la frecuentan aquellos no nacidos en las regiones muy altas, reforzada por los efectos usuales de una atmósfera muy enrarecida, y otras causas de un carácter menos general, tiende, en gran medida, a acortar la vida humana. Pero, en los valles cálidos y templados que se intercalan entre la costa y la cordillera, este vicio no prevalece de modo alguno como en las minas, donde circula el dinero libremente y se encuentra todo tipo de tentaciones. Pues aunque el aguardiente, el guarapo y la chicha abundan en tales lugares, no debe olvidarse que los peones o jornaleros de estos climas privilegiados rara vez tienen reales para gastar, y que, cuando no tienen dinero, su crédito no se extiende tanto como para permitirles embriagarse asiduamente. Durante unos tres años, pocas veces tuvimos menos de una docena, a menudo eran unos cincuenta o sesenta, de estos indios trabajando bajo la supervisión de un mayordomo, y, excepto alguna fiesta o día del santo patrón, no recordamos haber recibido queja alguna con relación a la embriaguez. Usualmente, se declara que el libertinaje constituye una causa adicional de la despoblación entre todas las castas y clases del Perú; pero, cualquiera que sea la verdadera explicación del hecho, pensamos que los males originados de tales fuentes de deshonestidad se manifiestan poco en la constitución del indio. Y aunque una estricta regularidad de conducta no puede ser reivindicada por parte de la familia india, la modestia de las antiguas mamaconas todavía es recordada entre ellos, y constituye una característica que hasta hoy distingue honorablemente a los indios de sus amos más cultivados: entre ellos la infidelidad conyugal se disuade, castiga y es considerada como un crimen.

Hoy en día, la guerra incesante y las conmociones internas al fomentar una continuada agitación son tan destructivas y desoladoras para los aborígenes del Perú y para la industria y prosperidad general del país, como lo fue anteriormente el sistema compulsivo de trabajo en las minas y manufacturas (*obrages*) bajo el dominio español. El espíritu faccioso y sedicioso que se ha generalizado en la República constituye una excusa para un ejército permanente que, a su vez, se convierte en el fértil vivero o, al menos, el frecuente instrumento de la facción; y, lo que es peor, el libertinaje militar está penetrando rápidamente en todas las clases de la sociedad, y destruyendo las únicas bases verdaderas de la población: los hábitos y virtudes domésticos y la sencillez del estilo de vida. No volveremos a ocuparnos de estas causas, conocidas como las principales razones de la despoblación del Perú; sin embargo, antes de abandonar el tema, debemos mencionar que durante un pleito donde la cuestión en disputa debía ser decidida, en parte, por la evidencia de una tradición de antigua práctica, un cierto número de testigos de edad muy avanzada en el valle de Huánuco fueron llamados para dar testimonio. Entre ellos, varios tenían entre setenta y noventa años de edad, y, a excepción de uno de origen europeo, afectado de ceguera por la edad, todos eran ancianos de longevidad antediluviana y, por lo general, de raza india.

Debemos notar que estos indios, aunque han sobrellevado por siglos la opresión con la silenciosa mansedumbre del cordero destinado al sacrificio, de ningún modo carecen de sentimientos de ternura doméstica, ni son insensibles a los lazos naturales de parentesco y patria, de la cual son violentamente arrebatados cuando se les lleva como reclutas. Errantes de su suelo nativo, dondequiera que el servicio público o la voluntad de un usurpador lo decida, rumian la pérdida de su alegre libertad, de sus simples costumbres y de los gozos pacíficos que una vez fueron suyos, cuando pastaban sus rebaños y cultivaban el maíz y las calabazas. En un hospital, en la costa, hemos visto a uno de estos pobres hombres incapaces de decir una frase en castellano al médico que le prescribía su curación, y en unos cuantos casos extremos, la desesperación ahoga las energías vitales y un amor sin esperanza por el hogar agota sus espíritus. Hemos observado a un muchacho muy joven afectado de tal manera que rechazaba la comida y los remedios, hasta

que en su pena silenciosa expiró víctima de la nostalgia o añoranza de su terruño y con un corazón roto. Descubrimos que estos seres desventurados, cuya devoción a los primeros lazos y vinculaciones manifiesta la calidez y fidelidad de sus afectos, aunque guardados bajo un exterior aparentemente desapasionado y frío, son realmente reservados pero inteligentes; y, cuando no se encuentran bajo una agitación desusada, su ánimo sin ser alegre es sereno. Su porte exterior siempre nos pareció solemne, e incluso triste; aunque esto puede ser un efecto parcial del escenario grandioso y sublime, tan familiar a su vista, que imparte una actitud seria y contemplativa a los pensamientos del montañés, e influencia sus sentimientos morales de tal manera que sella, con un cierto aire de gravedad mental, su conducta y su expresión. Como individuo, el indio es tímido y antes recibirá un coscorrón que dar uno, pero cuando se reúnen para apoyarse mutuamente, se les ve luchar con la mayor valentía; y como el buey pacífico, cuando ve derramar la sangre de uno de los suyos, todos a la vez se vuelven terriblemente bravos. Hemos podido apreciar batallas audaces y sangrientas entre recios grupos de indios mineros en Cerro de Pasco, armados para el combate con hondas, piedras y palos. Asimismo, en las fiestas, cuando se enardecen con la bebida o están furiosos por la rivalidad, se hieren y atacan uno a otro; y la mujer india de apariencia dócil y regordeta se vuelve igualmente fiera y vehemente si en la pelea alguien le corta una trenza de su largo y grueso cabello negro, pues el corte de estas trenzas constituye una marca odiosa de deshonor femenino, al cual las mujeres de todas las castas del país —excepto las negras y mulatas de cabeza lanosa, a quienes la naturaleza no ha dotado de estos ornamentos— son extremada y dolorosamente sensibles.

El indio posee el coraje de sabueso pues, como estos simpáticos animales, lucha mejor en grupo que individualmente. Por ello, su temple militar llega bastante alto y un regimiento de indios, cuando es dirigido por valientes oficiales, como ocurrió durante la guerra de la independencia peruana, de seguro que resulta indomablemente valeroso y resistente. Los soldados zambo y negro de la costa, cuando se les exige una marcha rápida en la sierra, son capaces de hundirse con la presión de la fatiga unida al aguijón del frío y las privaciones inevitables, a las que han estado poco acostumbrados en los cálidos

y húmedos potreros o cercos cerca del mar. Sin embargo, el soldado indio de infantería es superior a tales obstáculos y con el solo sustento de una bolsa de coca, y otra bolsa de maíz, continuará su marcha hasta donde la llama pueda mantenerse en pie: sobre la saliente de un risco, o sobre los escarpados recodos tan agrestes y enclaustrados desde los que escapan las aves del cielo. Pese a estar ocupado en largas marchas forzadas por montañas y valles agrestes, uno de estos nativos activos y sufridos, aunque rara vez se queda atrás por la pura fatiga, aún no ha olvidado hasta tal punto la sombra de su higuera en el seno del valle o su airosa casa en alguna lejana aguilera, pues de allí fue sacado a rastras, encadenado como para no sollozar secretamente por su nido nativo. Y en las largas marchas por el interior, el general o comandante que no sea singularmente vigilante o querido de modo poco común, teme más que el indio pueda desertar en el camino antes que lo haga al entrar en combate con el enemigo.

En todos los pueblos de los valles, el blanco vagabundo y el canallesco mestizo tienen *padrinos* o amigos de reducida autoridad que pertenecen a su casta. Tales *padrinos* ocupan el cargo de capitán de voluntarios, gobernador o alcalde o, incluso, un rango inferior; pero el indio más industrial, que cultiva su propia parcela de tierra y trabaja pacíficamente para criar su pequeña prole de desventurados hijos, es constantemente víctima de la opresión. Este útil ciudadano, quien, precisamente, no le debe ni un peso a ningún hombre de influencia, se encuentra desprotegido ante un posible abuso de poder del coronel o subprefecto del distrito, no tiene *arrimo* ni apoyo poderoso ni amigo ni protector para defender su causa ante las autoridades, a quienes, aunque el gobierno les ordena alistar solo a los ociosos y viciosos, se les ve diariamente sacrificar con insolencia e impunidad la justicia y el deber a la malicia y al capricho. Los habitantes nativos, por tanto, son perseguidos y sacados de sus casas o de las cuevas y refugios donde han procurado ocultarse. Arrebatados de sus desventuradas y empobrecidas familias, llevados como reclutas en cada nueva leva de conscriptos. Terminan conducidos como esclavos de galera y, después arrastrados, formando una desesperada y desgraciada multitud, de los recodos y valles del interior a la costa, o a otras partes, según las circunstancias lo requieran, para morir allí de tercianas o disentería; y, si

sobreviven a los efectos habituales de los grandes cambios de clima y dieta, son duramente entrenados para el ejercicio de la guerra.

Según una ley del país, contenida en un artículo de la Constitución, las garantías ciudadanas serán suspendidas para el vagabundo declarado, el tahúr, el ebrio, y el hombre que sin razón abandone a su esposa o esté divorciado debido a su mala conducta. Aunque el rico y el influyente, cuando les place, pueden evadir tales leyes, el indio del interior es sometido a peculiares penalidades al ser capturado por un soldado porque, supuestamente, está *malcasado* o cohabita con una mujer con la que, previamente, no se ha unido en sagrado matrimonio. De este modo, la justicia que lo castiga es imparcial porque dicho delito está casi condonado por la práctica de sus superiores. Esta pobre gente se junta en parejas naturalmente, y a una edad temprana, y pensamos que con frecuencia su unión se haría más estrecha con el matrimonio si pudieran permitirse. Sin embargo, los honorarios del cura para la realización de una ceremonia matrimonial o funeraria varían según la casta y tez de los implicados. Los honorarios por casar a un indio son más bajos que los asignados para el matrimonio de un *mestizo*, y el hombre blanco paga más que los otros dos. En consecuencia, frecuentemente, resulta difícil determinar la clase del futuro novio, y el cura, a veces, puede ser inducido a elevar al indio lampiño al rango del *mestizo* de barba rala, y este último abriga en su persona la gran ambición de ser considerado un *hombre blanco*. El pobre agricultor indio de la sierra trabaja arduamente para proveerse de coca,² de una

-
2. Para el indio del interior, la hoja de coca es indispensable para la vida, la cual consume a ratos y así renueva sus energías para nuevos esfuerzos musculares. En los intervalos de su trabajo suele sentarse a *chaccha* o a reponerse masticando coca mezclada con cal, que siempre lleva consigo en un maticito. La cal es utilizada en muy pequeña cantidad cada vez, pero en un estado pulverizado y escarótico. Según el indio, evita que la coca dé lugar a una obstrucción de las vísceras. Consumida en poca cantidad, la coca, cuando es fresca y buena, aumenta la energía nerviosa, quita la somnolencia, levanta el ánimo, y capacita al indio a soportar el frío, la humedad, el gran esfuerzo físico e incluso la falta de alimento en un grado asombroso, con aparente facilidad y sin consecuencias. Consumida en exceso, se dice que ocasiona temblor en las extremidades y lo que es peor un tipo lúgubre de manía. No obstante, tales efectos nefastos deben ocurrir rara vez, ya que, viviendo

azada y de un machete, herramientas con las que generalmente trabaja y, en realidad, rara vez tiene a mano los pesos suficientes que le permitan pagar, aun, la tasa más reducida de los derechos matrimoniales. Entonces, aquel que no puede pagar al sacerdote para que lo case de manera cristiana, piensa que puede imitar a otros que lo rodean, cuyo ejemplo sería digno de imitación, e ignorante del lenguaje que la sagrada escritura dirige a su conciencia, contrae un matrimonio sancionado por la costumbre, aunque no por la religión.

Otra penalidad de la situación del indio es que, a menudo, tiene graves problemas para pagar el tributo acostumbrado o la tasa de capitación, de la cual ni siquiera el reservado está siempre exento; aunque el Tesoro profesa no recibir contribuciones de los ancianos. Cuando residíamos en el valle de Huánuco, venían a nosotros hombres desde la lejana provincia de Conchucos a implorar que les diéramos trabajo y que les pagásemos no en productos sino en dinero, muy escaso en Conchucos, para poder volver con unos cuantos pesos y así satisfacer al recaudador del tributo, no menos inexorable en sus demandas de lo que el corregidor solía ser al exigir el tributo real. En la costa, el salario de un jornalero puede ser de seis reales a un peso, según las circunstancias, pero en las partes remotas del interior, como en la provincia a la que nos hemos referido, los salarios son muy bajos, un real o seis peniques por día. En Huánuco, el salario es nominalmente de tres reales al día, pero aquí los hacendados lugareños, generalmente, les abren cuentas a crédito a sus jornaleros, a quienes proporcionan artículos como ropa, licores, maíz, coca y, en algunos casos, tabaco; aunque los nativos de la costa consumen más el cigarro, y no la coca, como lo hace el agricultor indio. Con este modo de gestión, por lo común, el hombre pobre se precipita, antes de adquirir conciencia de ello, al endeudamiento con su empleador y, muchas veces, permanece atado y virtualmente convertido en un esclavo durante el resto de su vida; mientras

en las proximidades de la *montaña*, y en constante relación con indios yanaconas o jornaleros y con personas acostumbradas a frecuentar las plantaciones de coca, quienes, jóvenes o viejos, masticaban su hoja favorita, nunca tuvimos oportunidad de presenciar ni un solo caso en que un masticador de coca fuera afectado por la manía o el temblor.

que los hijos que lo suceden están obligados a asumir la carga con la que su padre bajó a la tumba. Pero el mismo sistema aplastante complica, incluso, a la clase superior de hombres que son considerados con respeto en su propia humilde esfera, y que pueden agregar el prefijo de *don* como brillante introducción a su nombre. También son víctimas de la costumbre ruinosa y los ritos supersticiosos, pues se les exige por turno solventar los gastos de ser mayordomos de las fiestas que se celebran en honor del santo patrón de la aldea a la que pertenecen.

Con el fin de solventar el gasto de estas diversiones públicas, en muchos casos, los mayordomos tienen no solo que gastar todos sus ahorros, sino además endeudarse y agotar su crédito con los vendedores de frutas y confituras, con el carnicero, el panadero, el destilador y las *chicheras*, mujeres que hacen la cerveza del país y venden la malta, llamada *jora*, hecha del maíz. En suma, un mayordomo de un festival en una aldea de cierta consideración sale bien parado si con unos 150, 200 o 300 pesos logra pagar su parte de la fiesta y procesión de la celebración anual. Para solventar el fasto de un día de entusiasmo religioso ebrio y derrochador en honor de un santo predilecto, estos hombres neciamente se complican. Por ello, terminan sepultados en una montaña de deudas y arrastran a su familia a tal vergüenza la cual destruye tanto su tranquilidad como su independencia, y conlleva a una legión de males que brotan naturalmente de tales circunstancias degradantes. Nosotros mismos hemos empleado en el desmalezamiento de nuestros cañaverales a una familia honesta y trabajadora reducida así a grandes privaciones, que los hijos solo pueden superar, tras la muerte de un padre industrial, mediante la prudencia, perseverancia y laboriosidad y el apoyo amigable de su empleador.

Para concluir con estas observaciones sobre la condición del indio, hemos mostrado que el mal ejemplo de los superiores, los abusos religiosos, las exacciones del recaudador de contribuciones y también del sacerdote (a quien, el Estado debería librar de la degradante necesidad, dándole un ingreso adecuado sacado de los diezmos de los que se ha apropiado para sí), la arbitrariedad de los gobernadores, alcaldes y capitanes de la aldea, junto con la inquieta y petulante ambición de los déspotas militares que no dan reposo al país, tienden a hacer de la raza india —que forma el grueso de la nación peruana— insegura

de sus personas y propiedades, desconfiada y temerosa en su carácter, degradada en lo moral y herederos directos de la servidumbre civil y religiosa.

Los curas que residen en los valles serranos y en las profundas quebradas están convencidos, porque conocen el sentir de sus rebaños, que cuando llegue el día en que estos hombres sin educación, habitantes de los cerros, entiendan cuáles son sus derechos políticos y cuál su fuerza física, y sean dirigidos por audaces y sagaces jefes de su propia sangre y raza, vengarán terrible y cruelmente sus agravios en todos los *advenedizos*, ¡extranjeros todos!, esto es, ¡en sus opresores blancos y los negros intrusos!³

-
3. Los blancos ya han tenido un anticipo de esta venganza en La Paz, donde —según nos informan— todo hombre blanco fue masacrado. Se dice que los indios miman la esperanza de ver todavía a un príncipe de su propia raza en el trono; y tal ha sido su desconfianza de los blancos, bien fundamentada ahora, que nunca han revelado dónde se encuentran todos sus tesoros y los de los incas, que fueron enterrados tras la muerte de Atahualpa. Esto es un secreto para todos excepto para unos cuantos caciques escogidos. Unos años antes del inicio de la guerra de la independencia del Perú, tuvo lugar un levantamiento entre los indios de algunas de las provincias del interior, dirigidas por el cacique llamada Pomacagua, pero dicha insurrección pronto fue sofocada. El implacable Ramírez no creyó que Pomacagua conociera el lugar donde se ocultaba el tesoro real al que nos hemos referido, y su ofrecimiento de revelarlo por lo que, finalmente, fue fusilado.

Capítulo VI

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. LA SITUACIÓN INESTABLE DEL PAÍS A FINES DE 1835 E INICIOS DE 1836. EL GOBIERNO DE GAMARRA. INSURRECCIONES. GUERRILLAS Y PIRATAS. LAS FLOTAS EXTRANJERAS. LIMA INVADIDA DESDE LOS CASTILLOS DEL CALLAO POR ÓRDENES DE DEL SOLAR. ORBEGOSO ENTRA A LIMA. LOS CASTILLOS DEL CALLAO TOMADOS POR ASALTO. LA BATALLA DE SOCABAYA. SALAVERRY HECHO PRISIONERO. EJECUCIÓN. ESPERANZA DE TRANQUILIDAD PÚBLICA BAJO LA PROTECCIÓN DE SANTA CRUZ

TRAS HABER INTENTADO, en los capítulos anteriores, ofrecer una idea exacta de la situación general del Perú, y de las condiciones sociales de sus habitantes, ahora haremos un breve esbozo de la anarquía en la que cayó desde finales del año 1835 hasta los inicios de 1836.

Desde el año de 1810, cuando los animosos bonaerenses llevaron triunfalmente la primera bandera patriota al Alto Perú, los nativos del Bajo Perú, o lo que ahora se llama República peruana, tuvieron ante su mirada el camino de la libertad audazmente señalado. Pero en Lima, donde la influencia española y la lealtad estaban fuertemente concentradas, no fue sino hasta 1819, en que Lord Cochrane apareció con una escuadra libertadora en las costas del Perú, y las fuerzas chilenas y bonaerenses desembarcaron el año siguiente bajo el mando del general San Martín, que el espíritu nacional del pueblo peruano se manifestó en la jubilosa bienvenida y el apoyo efectivo a sus libertadores en ciernes y compañeros patriotas, lo cual causó desánimo en las juntas y confusión en las operaciones de sus orgullosos opresores. En efecto, se encendieron entonces todos los horrores de la guerra civil en este país, antaño opulento y pacífico; y estas luchas sanguinarias

no cesaron hasta que, ayudados por las tropas colombianas y la mente dirigente del gran libertador Bolívar, los peruanos pudieron sacudirse de las cadenas del despotismo que por más de tres siglos habían soportado humildemente, cuyas marcas llevarán por largo tiempo en su carácter nacional y doméstico, pues la batalla de Ayacucho, en que los patriotas lucharon y vencieron gloriosamente el día 9 de diciembre de 1824, y que dio fin a las grandes campañas libertadoras del Perú, aún no ha asegurado la prosperidad para este país trastornado. Sin embargo, los peruanos, luego de sacudirse la docilidad de la dominación y adoptar el nombre de hombres libres, tienen aún una labor más ardua: terminar su propia obra de regeneración, superar todas las dificultades internas y reconciliar todos los elementos discordantes que se originan entre ellos mismos. Asimismo, tienen que liberar a su comunidad de los ruidosos demagogos que envenenan la prensa pública y de los agitadores descontentos que, afectando el celo más puro por la colectividad, solo buscan satisfacer su propio interés propiciando un cambio —no importa de qué, en cuanto este sea para su propio beneficio—. En los momentos de agitación pública, cuando todas las clases sufren con más o menos gravedad las aplastantes contribuciones y las exacciones caprichosas, se muestra cuán lejos están aún de percatarse de las ventajas últimas que se proponían sacar de su gran, y hasta ahora exitosa, lucha revolucionaria.

La riqueza de los *hacendados* o propietarios de tierras se esfuma con cada agitación, se interrumpe la labor del *chacarero*, un agricultor menos acomodado, y su brazo queda paralizado por la indigencia y la violencia. Las tropas depredadoras así como los esbirros del gobierno capturan y arrean su ganado, dispersan a sus esclavos, oprimen o hacen huir a los trabajadores libres, destruyen sus cosechas y saquean sus graneros. Y si el expoliado paisano o el caballero rural son capaces de reunir sus fuerzas y repetir sus esfuerzos para recuperarse del golpe de la depredación de un año, al siguiente, la repetición de idéntica violencia o una agresión aún más destructiva lo condena a una desesperada mendicidad. Los mineros análogamente, aunque unidos en una corporación muy favorecida, están, en su mayor parte, desprovistos de capital real; sin embargo, en estas épocas, mal llamadas patrióticas, son presa de injustos recaudadores de tributos, que, al fijar la contribución

de un determinado minero en una cierta suma de moneda corriente que difícilmente puede pagar, se ocupan de recobrar el monto en plata *piña*. Entonces, el extorsionador afirma que la *piña* del minero, aunque verdaderamente excelente, está mal depurada, que es de “*mu-cha merma*” o señala que ha habido una gran pérdida de peso en la fusión; y con tal pretexto falso va otra vez donde el minero y lo obliga a cubrir la supuesta deficiencia. En realidad, se trata de un excedente por encima de las exigencias del Gobierno del que arrogantes coroneles y otros comisionados se apropian sin escrúpulos para sus propios propósitos despreciables. En tiempos de pequeñas revoluciones, dichos actos de violencia y villanía conllevan las peores consecuencias, pues no solo ocasionan grandes desgracias personales, sino que crean una desconfianza general en el Gobierno y sus rapaces agentes; pues, con frecuencia, esto provoca que los mineros dejen de enviar sus barras de plata a Lima, cuando bajo otras circunstancias estarían interesados en hacerlo. Dicha opresión propicia el comercio de contrabando, al cual, en efecto, las costas expuestas del país dan todas las facilidades imaginables. Asimismo, como consecuencia habitual de las frecuentes conmociones en esta República, el pequeño comerciante y el minorista fingien con frecuencia, con la conveniente excusa de los malos tiempos, una total incapacidad para pagar al mayorista extranjero en Lima que les proporciona ciertos artículos a crédito. Si una persona de esta índole llega una vez a la sierra con respetables existencias a mano, de seguro que desempeñará el papel de caballero que festeja y baila, etc. y cuesta cierto trabajo no solo hacer que rinda cuentas claras sino también buscarlo fuera del pueblo o aldea donde se ha radicado con el pretexto de hacer negocios. En suma, tan grande es el desorden del sistema social y político en el Perú, que, según lo que piensa un distinguido estadista peruano amigo nuestro,¹ durante mucho tiempo no podrá haber nada más que un gobierno militar. Además, afirma que aunque todo Estado pretende regularse mediante un gobierno moral, como su país tiene poca o ninguna moralidad, la bayoneta debe, inevitablemente,

1. Podría tratarse del político liberal Santiago Távara a quien Smith menciona más adelante como amigo suyo (N. de la T.).

conducirlo. Aquí no hay industria —señala—, solo un hombre de cada diez trabaja para ganarse el pan, y, dejando aparte la cuestión de los *empleados*, es decir, aquellos que ocupan puestos públicos en el Gobierno y que son sustentados a costa del Estado, no hay uno entre esos treinta maniqués que vagan diariamente por las calles que viva por medio de su propia industria. Asegura que si se le diera al indio, en cuyo brazo descansa la fuerza física del país, una idea de sus necesidades, si se le permitiera conocer las comodidades de la vida civilizada, en suma, si se ilustrara a la masa del pueblo de manera que pueda comprender, al menos, algo del carácter y los fines del Gobierno, no existirían revoluciones diarias. Pero, en la situación presente, el país no dispone de capital ni de industria ni de seguridad personal. Todo es inseguro, laxo y vulgar, desquiciado, desprotegido y desordenado. Los hombres buenos no albergan ninguna esperanza: los pocos individuos que tienen acceso a los gobernantes solo están guiados por motivos sumamente sórdidos. Y concluye señalando que la desgracia de este país herido es que nadie vea más allá de su interés personal, que nadie se adhiere al Gobierno con buenas intenciones, o con otra mira que no sea la del saqueo.

El indio de la sierra en particular (cuyo discernimiento y utilidad, nuestro patriótico amigo de buen grado mejoraría y fomentaría), habituado por largo tiempo a la servidumbre, y apenas enterado de las artes más rudimentarias de la vida, nunca ha alcanzado una idea exacta del grado de sus privaciones, o de la naturaleza de esos derechos políticos fundamentales que, con hábiles componendas y promesas, aunque él mismo sea demasiado ignorante para razonar sobre los méritos de la causa, se le anima a afirmar y a sostener con energía varonil durante algún tiempo. De este modo, el más manso y dócil de los hombres, mediante los vigorosos esfuerzos de parte de los pocos que concibieron y originaron el plan de su independencia, ha sido movido a despreciar a sus injustos gobernantes y entrenado para utilizar armas de fuego ante las que antes temblaba con solo mirarlas. El efecto de tal educación ha de generar desorden durante un tiempo. Aplicando una sencilla ilustración, ello quiere decir que el fuego que el agricultor enciende para destruir malezas nocivas y excesivas, no siempre puede ser controlado antes de que calcine la cañaveral o el maizal; lo mismo sucede con las pasiones violentas, pues una vez excitadas, aunque con un propósito

bueno y patriótico, no siempre se pueden aplacar a voluntad, o limitar de inmediato dentro del marco de un orden perfecto y una libertad racional. De esto, la historia reciente del Perú ofrece amplia evidencia, pues, desde el fin del azaroso gobierno del general Gamarra, rara vez ha habido un paréntesis temporal de paz en este país infortunado.² Aquellos que mejor conocieron las opiniones de este influyente personaje aseguran que, durante sus cuatro años de gobierno, sofocó aproximadamente unas catorce conspiraciones, más o menos maduras, contra su persona o mandato. Sin embargo, al término de su periodo presidencial legal, dignidad a la cual lo llevaron sus taimadas intrigas tras la ruina de su predecesor, el querido general La Mar, apenas hubo abandonado su alta investidura, en enero de 1834, se le vio alzar la bandera de la rebelión y apresurar la ruina del país autorizando la insurrección con su ejemplo. Aunque frustrada esta vergonzosa revuelta, el año siguiente se puso otra vez a la cabeza de una facción armada en abierta y sanguinaria rebelión. Pero, finalmente, después de la desastrosa batalla de Yanacocha, y la total dispersión de sus partidarios sobrevivientes, vino a Lima a refugiarse frente a la fuerza unida y victoriosa de sus enemigos legítimos, el presidente peruano Orbegoso y su aliado boliviano, Santa Cruz. Y aquí en la capital, mientras recibía las condolencias de sus apesadumbrados amigos y lamentaba la pérdida de su heroica esposa, la famosa Panchita,³ cuyo corazón en su gran

-
2. Gamarra entregó el gobierno a la Convención Nacional, la cual, parece, no estaba debidamente autorizada para designar al presidente. Si en todas las circunstancias, Gamarra hubiera actuado audaz y abiertamente; si, desde el comienzo, hubiera dicho que permanecería en el Gobierno hasta que se reuniera un Congreso, ante el cual rendiría cuentas de su proceder, habría actuado no solo legítimamente sino, como creen los buenos jueces y patriotas, sabiamente; ya que mediante tan oportuno ejercicio de coraje moral, habría salvado a su país de la anarquía. Pero al haber dejado el gobierno de forma voluntaria, y reconocido pública y solemnemente la autoridad de la Convención y la presidencia de Orbegoso, su conducta posterior de levantarse en armas con los insurgentes seguidores de Bermúdez, fue desafortunada. Por ello, desacreditó a su partido y arruinó al país.
 3. Esta dama poseía una vigorosa constitución y una mente audaz y enérgica. Era temida por sus enemigos, pero sinceramente querida por sus amigos. Como consecuencia de la rebelión de su esposo, y la desconfianza del gobierno que sucedía

adversidad una confidente amiga se lo entregó encerrado en vidrio, tuvo poco tiempo para llorar. Apenas había aliviado su profunda pena, fue arrestado con una ruda orden militar y, en compañía de varios de sus amigos o partidarios, una vez más fue expelido por el severo mandato del impetuoso general Salaverry, un jefe rival, menos taimado y desconfiado, pero más activo y osado que él mismo.

Y como si nada faltara para coronar las miserias acumuladas de un pueblo afligido y trastornado, su excelencia el provisional presidente de la República, don José Luis Orbegoso, en su mensaje a los peruanos, fechado en Tarma, el 4 de enero de 1835, y publicado en *El Redactor Peruano*, el 9 del mismo mes, afirmó y proclamó solemnemente: “Las mismas leyes que se dictaron con la recta intención de hacer feliz la Patria ha unido los elementos de su casi perdición. Ellas fueron la salvaguardia de los sediciosos, los muros de la rebelión. El Ejecutivo se ha visto por ellas en la dura necesidad de sentir el volcán a sus pies y no poder evitar su erupción. Sí, al frente del gobierno nacieron, se educaron y robustecieron las revoluciones”.⁴

Este reconocimiento, por parte de un presidente debidamente investido con poderes extraordinarios o dictatoriales, renuncia a cualquier idea racional de gobierno y, virtualmente, declara la incapacidad de la suprema autoridad para proteger la persona, la propiedad y los derechos del ciudadano y para mantener la necesaria subordinación de la sociedad. Este gobierno, que tan francamente declaraba su propia imbecilidad, nombró, quizá por falta de otros mejores, a hombres desleales o ineptos para ocupar cargos de mucha confianza y poder. De este modo, se encendió el curso de esa sanguinaria revolución que en el año de 1835 estalló como combustible inflamado y con las venenosas erupciones de un apabullante volcán, diseminando la consternación,

al de Gamarra, quien, si no fuera por su talento e influencia, no podría haber gobernado todo el tiempo que lo hizo; esta expresidenta, comúnmente llamada Panchita, fue desterrada a Chile, donde murió de un mal al corazón. En su lecho de muerte, ordenó que su corazón fuera enviado a Gamarra cuando falleciera.

4. Se trata del documento suscrito por el general Luis José Orbegoso (“Parte oficial. El Presidente provisorio de la república a los peruanos”, *El Redactor Peruano* 1836, t. 4, n.º 3: 1) (N. de la T.).

la indignación y la desolación en todos los ámbitos de su temible alcance. Pero, durante todo este tumultuoso periodo, la turba limeña, formada de castas mezcladas y muy variadas, ilustró con su ejemplo cuán lentamente una mentalidad ya constituida desecha hábitos profundamente arraigados, pues, tras un lapso de tantos años de disensión civil, mostraron que, en conjunto, todavía retenían los sentimientos de subordinación pública (infortunadamente no dirigida a responder por ningún gobierno sólido) a los que antaño estuvieron habituados bajo la dominación de los españoles. En este periodo, la capital se mantuvo sin ningún tipo de policía durante varios días. Y, aunque el gobierno y la guarnición la habían abandonado y se habían encerrado en las fortalezas y castillos del Callao, el populacho mostró un singular grado de contención y los casos de pillaje en las calles fueron sumamente escasos.

En esta coyuntura de peligro e incertidumbre, la propiedad de los extranjeros en la capital fue resguardada por marinos ingleses, franceses y estadounidenses de sus respectivas naves de guerra, pero durante los meses anteriores a estos días de pánico y desconcierto generales, la capital había sido teatro de diarias escaramuzas; los bandidos y la soldadesca se enzarzaban en una incesante aunque irregular competencia por el dominio dentro y fuera de las murallas. Una suerte de enfermedad nerviosa o susceptibilidad mórbida de la impresión afectaba a los habitantes, que se originaba en la sensación incontrolada de un peligro inminente.

E l'aspettar del male è mal peggiore
Forse, che non parrebbe il mal presente:
Pende, ad ogn' aura incerta di romore,
Ogni orecchia sospesa ed ogni mente;
E un confuso bisbiglio entro e di suore
Trascorre i campi, e la città dolente
(Tasso. *Gerusalemme Liberata*, canto 1, estrofa 82)⁵

-
5. “El esperar el daño es mayor daño/ Alguna vez, que el daño que es presente;/ Óyese aquí y allí rumor extraño,/ Perpleja cada oreja y cada mente;/ Confusa en el engaño o desengaño/ La gran ciudad, trabajo y pena siente/...”. (*La Jerusalén libertada. Poema heroico por Torcuato Tasso traducido en octavas castellanas por Juan Sedeño* 1829, t. 1: 29) (N. de la T.).

El ansioso habitante de la ciudad atribuía, con seguridad, una columna de polvo que se elevaba a la distancia o el humo de maleza en las fincas vecinas al fuego poco inofensivo de la mosquetería y las escaramuzas. Al aparecer tal signo, se daba aviso inmediatamente desde el alto campanario de La Merced o la arcada del puente frente a los balcones del palacio. Si veían a un juguetón joven negro a galope en su burro por los árboles de la antigua alameda o los suburbios de Malambo, entonces algún mercachifle o pregonero⁶ inmediatamente daba la alarma que era transmitida por la expresiva hermandad con la rapidez de un relámpago y, pronto, por todas partes de la ciudad, resonaba el clamor: “¡Ahí vienen el negro Escobar y los ladrones!”, a lo cual seguía el tumulto del *cierrapuertas* y luego el golpe crujiendo y pesado de los sólidos portones y el chirrido de cadenas y cerrojos ya que se cerraban todas las calles y zonas de entrada y se levantaban barricadas. Durante estos momentos de enclaustramiento, suspenso y ansiedad, la multitud desarmada vaciaba por completo las calles, y el ruido del pavimento, que causaba el suave movimiento progresivo del trote de un caballo de alquiler era exagerado por la imaginación de manera que evocaba el estruendo y el galope de cien caballos. Producía el mismo efecto paralizador en la imaginación excitada de aquellos que estaban dentro (que para ver lo que pasaba fuera apenas se aventuraban a mirar por el ojo de la cerradura o a través de un quicio de las celosías de un balcón), cuyos temperamentos sensitivos, todavía dominados por una alarma reciente, nunca dejan de sentir temor ante el desagradable crujir de una carreta o del triste carruaje del panteón a la mañana siguiente de un desolador terremoto. En tales circunstancias de general consternación ocurrió la oportuna llegada de las tropas irregulares, la *montonera*, bajo el mando de un general patriota, Vidal. Dichas tropas libraron a Lima de las manos de una formidable pandilla de bandoleros dirigida por el famoso negro Escobar, que ya había iniciado su obra de saqueo y cuya sanguinaria inclinación, cuando era excitada por la bebida o el exceso, amenazaba con realizar las peores previsiones de los acongojados ciudadanos. En esta misma condición de furiosa

6. El mercachifle es un ambulante con licencia, y el pregonero, un voceador de noticias.

exultación y ebriedad, en pleno saqueo de una casa a la luz del día, fue sorprendido Escobar y en menos de una hora fue fusilado en la plaza, donde, apenas el día anterior, se había mostrado muy orgullosamente bajo los balcones del palacio arzobispal, montado en un magnífico alazán negro, que había tomado por la fuerza del establo mismo del prelado. Y como ya se dijo, en sus últimos momentos su único ruego inteligible fue recibir la absolución del arzobispo, cuya sagrada dignidad había insultado hacía tan poco. Probablemente, de todos los infelices peruanos que son llevados a morir al *banquillo*, ninguno deja de mostrar otra cosa que un misterioso respeto por la Iglesia, y hasta el más grande criminal entre ellos, quizá, jamás olvida totalmente a su santo protector. Cualquiera que haya sido el curso de sus vidas, su fe, sea bien o mal fundada, les da esperanza en la última hora y aquellos que presencian su trágico fin conceden que generalmente sufren la muerte del malvado con la compostura del mártir.

El día en que el general Vidal, con su organizada *montonera*, entró por invitación de la municipalidad o *cabildo*, para proteger a la aterrorizada ciudad, se pudo percibir el contraste que presentaban los negros cimarrones, formados en la plaza de la catedral, al lado de los hombres libres de Huamantanga y los indios pobres pero independientes de Yauyos, (quienes, de toda su tribu de aborígenes compatriotas, son los menos pasivos bajo la opresión política). En los negros que reían, el movimiento perpetuo de sus extremidades colgantes y largas, nunca quietas en la silla, mostraba una exuberancia y un dispendio acelerado de energía nerviosa; mientras que el indio de aspecto contemplativo y compacto, montado en su resistente jamelgo, apenas salido de los solitarios y escarpados páramos de las montañas, aunque rodeado de la novedad y la excitación de una gran ciudad en confusión, nunca perdía ni un momento la compostura ni la serenidad del semblante y comportamiento.⁷ Estas bandas serranas, junto con unos pocos valientes pero

7. Desde que los europeos entraron en contacto con la raza india, su autocontrol fue percibido como una de sus más llamativas características. Atahualpa se mantenía impávido en medio de los peligros, y Santa Cruz, descendiente de caciques, ha ilustrado señaladamente en nuestros días el mismo rasgo notable de carácter de la familia inca. Pues, en un momento, al encontrarse solo en el campo de batalla, y

indisciplinados voluntarios, inspiraron en las clases bajas de los limeños un entusiasmo pasajero (del que, en ocasiones extraordinarias, se han mostrado capaces más de una vez). Tal entusiasmo provocó que estos hombres corrieran a armarse simultáneamente cuando las campanas de todos los campanarios, tocando la solemne *llamada a fuego* o alarma de incendio, los convocaron a defender su amada Lima, la cual, antes amenazaba, ya estaba siendo atacada por una formidable incursión desde los castillos del Callao. Los asaltantes estaban dirigidos por el gobernador Del Solar, primo del presidente espurio Salaverry, cuya ilegítima causa, en vísperas de perderse para siempre, sostenía débilmente su pariente menos enérgico. Vale la pena recalcar que incluso en esta ocasión trascendental, el conmovedor 6 de enero de 1836, la juventud patricia (*los hijos de familia*, educados con la ternura extrema del engrheimiento, mas inclinados al amor y al placer que a las armas) no tuvo parte activa.

Hasta la última memorable concentración en la sanguinaria lucha de Socabaya, cerca de Arequipa, bajo el mando del limeño *lusus naturae* [capricho de la naturaleza], el general Felipe Santiago Salaverry, el renombre militar de los oficiales patriotas del Perú, se había estado hundiendo rápidamente en el desprecio absoluto. Desde lejos, la mayoría de sus animosas e inteligentes compatriotas censuraba a la fraternidad de chaqueteros y lamentaba que ellas mismas no hubieran nacido para portar armas con que pudieran redimir el honor caído de su país. Estos oficiales degenerados parecían complacerse en llamar la atención del público, de tiempo en tiempo, con sus viles *pronunciamientos* o la abierta abjuración de la honrosa adhesión colocada sobre ellos con justa autoridad. Tales jactanciosos vanos y desleales, cuyos logros más orgullosos eran renunciar a su deber, presionar a sus jefes y asolar su suelo nativo, se convirtieron en objeto de escarnio público,

a punto de ser atravesado por un lancero, exclamó con voz de mando: “¡Alza esa lanza y sígueme!”. De este modo, su presencia de ánimo le salvó la vida, pues el poder misterioso de una mente superior triunfó sobre el brazo hostil del soldado enfurecido, quien ahora, según nos han dicho, ocupa un lugar en la guardia personal de Santa Cruz.

y fueron despreciados incluso por las mujeres, por ser más aptos para manejar la rueda que la espada.

Pero Salaverry, un hombre de enorme, aunque mal dirigida, energía y de un espíritu desaforado, hizo que el cielo resonara con su grito de ¡guerra a muerte! Y tal completa ascendencia alcanzó sobre los ánimos de sus compatriotas con su casi insana impetuosidad y sus ejecuciones aterradoras,⁸ que no solo los llevó a un estado de sobreco-gimiento y sumisión, sino que, y esto es lo más notable, les infundió un ardor marcial cuando así lo quiso y los llevó a emular las hazañas de Zepita, Junín y Ayacucho. Durante el torvo reinado de la bandera negra y la continuación de la revolución de Salaverry, las mujeres limeñas, inquietas por los males acumulados bajo la opresión política, se abrieron paso entre las filas de los insurgentes. Encubiertas con sus misteriosos *mantos*, distribuyeron proclamas patrióticas, y susurraron en el exterior el suave y solemne murmullo de la opinión pública. Finalmente, el famoso 6 de enero de 1836, cuando el populacho se lanzó a las murallas y cada boca gritó en voz alta ¡ay, la boca del cañón! para confusión de los rapaces arribistas que luchaban por el dominio. Y aun las mujeres desempeñaron su papel; tal como desataron el torbellino, así se vieron llevadas por él, pues, sin exageración retórica, se las vio armadas y a caballo entre la multitud.

Dos días después de esta manifestación de sentimiento popular tan extraordinaria en Lima, el presidente provisional hizo su entrada en la ciudad en medio de regocijos ruidosos y sin parangón. Unas pocas semanas después de este acontecimiento, el valentísimo general Morán con un audaz ataque forzó la capitulación de los castillos del Callao, que estaban bajo el mando del insurgente Solar, y el 7 de febrero, el general Salaverry perdió la encarnizada batalla de Socabaya, también llamada Alto de la Luna, un nombre singularmente adecuado para la exaltación extrema y lunática que arrastró a su perdición a este vehemente hijo de la ambición. Escapó de la acción con muchos de sus

8. Solo tres semanas antes de realizar su revolución, había sofocado otra en los castillos del Callao, y había hecho fusilar a uno de cada cinco hombres involucrados en ella. Su propia traición, mientras fue exitosa, era llamada patriotismo, pero estaba destinado a sufrir el castigo de un rebelde.

oficiales, y el resto de sus exhaustas tropas, y, cuando, casi abordaban su embarcación en Islay, fueron tomados prisioneros por nuestro compatriota, el general Miller, en circunstancias que exigían, por parte de este oficial tan distinguido, el ejercicio de esa activa vigilancia, temple, intrepidez y compostura, por el que ha sido tan notable durante toda su honorable carrera militar.

El jueves 18 de febrero de 1835, el general Salaverry y ocho de sus principales oficiales fueron sentenciados a la pena de muerte por la corte marcial, y, en consecuencia, fueron públicamente fusilados en la plaza principal de Arequipa. Este hecho, aunque lamentado por unos pocos, fue motivo de regocijo para la mayoría, que ahora preveía la reorganización del estado político del Perú, bajo la protección del general Santa Cruz, el presidente de Bolivia.

Capítulo VII¹

SOBRE EL CLIMA Y LA ENFERMEDAD. PANAMÁ, GUAYAQUIL, PERÚ Y CHILE

PARA LOS QUE SE PROPONEN CRUZAR EL ISTMO DE PANAMÁ o visitar las costas del Pacífico, puede ser interesante conocer hasta cierto punto la influencia de determinados climas y el tipo de enfermedades que probablemente puedan experimentar en los principales puertos comerciales, particularmente al sur del Ecuador. En este capítulo, el autor ofrece algunas indicaciones generales sobre tales temas, ya que uno de sus proyectos contempla la publicación, de una guía práctica de las enfermedades del Perú, descritas según se manifiestan a diferentes altitudes en el diversificado clima del país.

Las estaciones en Panamá se dividen en húmeda y seca: la estación lluviosa se inicia hacia finales de mayo y continúa hasta noviembre; y de noviembre a junio o hasta las postrimerías de mayo, se extiende la estación seca. En Panamá, las tercianas, las fiebres, los malestares gástricos y biliares son comunes en la estación lluviosa, pero muy rara vez se ha sabido que la fiebre amarilla o *vómito negro* haya pasado la barrera montañosa que separa el Atlántico del Pacífico. En Cruces, el viajero puede disfrutar de un clima mejor y más sano durante los meses húmedos e insalubres (en que quizá el termómetro nunca baja a menos de 90 °F [32°2'C]) que en Panamá o en Chagres.

1. En el libro publicado en inglés este capítulo lleva el número XVII (N. de la T.).

Al norte del istmo, a lo largo de las costas de América central y México, hasta por lo menos el trópico septentrional, el clima se considera *malsano* o sumamente insalubre, un hecho bien conocido para aquellos que comercian con Realejo, San Blas y Mazatlán, donde predomina una fiebre ondulante muy peligrosa.

Al sur del istmo, en las costas de Colombia, a unos 2° latitud sur, encontramos el puerto y la ciudad de Guayaquil, de importancia comercial muy conocida. Aquí, durante la estación lluviosa, cuando se advierte un sofocante y opresivo aire, el clima es considerado insalubre; sin embargo, en la estación seca, Guayaquil no es considerado particularmente malsano. La lluvia se inicia con ligeros aguaceros en diciembre; en febrero es muy fuerte; y en abril se va desvaneciendo. De mayo a diciembre es la estación seca.

La estación lluviosa, por ser la más cálida, sería considerada verano naturalmente, pero aquí, como en otras partes de lluvias estacionales o periódicas, la estación húmeda es llamada *invierno*, y la seca *verano*; no obstante, este último es más fresco que el primero y permite que uno lleve ropa más abrigada que la que sería agradable en los meses lluviosos.

En la estación lluviosa, el termómetro sube a 90 o 96 °F (32.2° C o 35.3° C), pero durante la estación seca, va de 65 a 85 °F (18.3° C a 29.4° C), siendo 65 °F (18.3° C) por la noche y superando, rara vez, 80 °F (26.6° C), aunque a veces llega a 85 °F (29.4° C) durante el día. La lluvia cae usualmente por la tarde o en la noche, rara vez en la mañana, cuando a menudo el sol es tan fuerte que seca casi por completo los estanques y las calles antes de que la lluvia vespertina caiga de nuevo. Al estar cubiertas con tejas y provistas de galerías, las casas están bastante protegidas del sol y la lluvia. La llanura que se extiende entre la montaña y el mar, de unas diez o doce leguas hacia dentro, está llena de árboles, y la cruzan aquí y allá algunos riachuelos que los nativos llaman *esteros* o lagos, aludiendo, posiblemente, a su apariencia durante la estación de lluvias, cuando, llenas de cocodrilos, inundan los bellos prados que las rodean, de modo que el término “río” solo se aplica para distinguirlo al gran río navegable de la ciudad, que está tan influenciado por la marea, al menos en la estación seca, como para tener un gusto bastante salobre. Aquí, los nativos se bañan todo el año, una

práctica —creemos— que contribuye no poco a la salud general y al porte agradable y majestuoso de las damas guayaquileñas, las que, según dicen, gustan más de la ciudad y la comodidad de sus hamacas que del aire del campo y del ejercicio. Las calles de Guayaquil, remojadas por la lluvia, quedan contaminadas por la falta de higiene, los insectos pululan por todas partes y las emanaciones vegetales y animales vician la atmósfera; abundan la malaria, las fiebres, las disenterías y varios malestares gástricos atacan a los habitantes, especialmente al visitante imprudente, que, confiado en su juventud y fuerzas, y sin considerar que la diferencia de clima exige un cambio correspondiente de estilo de vida, persiste en los mismos hábitos en todas las latitudes por las que pasa de una zona templada a otra.

En condiciones húmedas y cálidas, tales como las de Guayaquil, rodeada por ríos, estanques, lagos y una vegetación exuberante, el calor atmosférico puede causar enfermedades, no solamente fomentando la producción de miasmas, sino aumentando la irritabilidad de los órganos del cuerpo, de modo que predispone a graves ataques de enfermedad. La afección de la piel, conocida vulgarmente con el nombre de “calor picoso”, muy probablemente surge de una transpiración abundante al residir en Guayaquil, y se debe evitar todo exceso en la secreción cuticular empleando una vestimenta adecuada y estilo de vida y ejercicio corporal moderados, etc. La práctica opuesta, de fomentar el sudor calentando las bebidas tiene un mal efecto, tanto moral como físico: físicamente, produce, tarde o temprano, enfermedades gástricas y hepáticas; moralmente, proporciona un pretexto y excusas para ingerir bebidas alcohólicas, y el resultado es una constitución maltrecha y una mente dañada en sus más nobles facultades. Desde otro punto de vista, sin suponer que las fiebres, llamadas pútridas en las costas del Pacífico, emanen por la falta de una cantidad adecuada de ingredientes salinos en la sangre, no es improbable que, cuando la transpiración es excesiva y continúa así por demasiado tiempo, pueda en realidad eliminar de la circulación más cantidad de porciones salinas de lo que resulta compatible con un buen estado de salud. A veces hemos observado que los caballos, cuando se les hace trabajar mucho en un día caluroso por las llanuras arenosas del Perú, yacen exhaustos y abrumados por un sudor excesivo y el esfuerzo físico y, al permitírseles refrescarse, luego de ser

desensillados, parece que los pobres animales estuvieran cubiertos por una escarcha gris, debido a la cantidad de materia salina que queda de los fluidos transpirados y evaporados.

Sin embargo, cuando la circulación de la sangre aumenta en exceso, tal como ocurre al elevarse la presión atmosférica, la transpiración moderada es un proceso de refrescamiento, necesario para el funcionamiento natural del sistema; aunque, al mismo tiempo, el vigor muscular se vuelve muy tenue. Con frecuencia, las funciones del estómago languidecen, pues el relajamiento de la piel ha sido grande y demasiado persistente; pero, mientras el apetito disminuye, el flujo de la bilis es capaz de crecer, y los intestinos, a menudo, pierden regularidad: a veces se vuelven demasiado laxos e irritables, y otras, tórpidos y estreñidos.

Asimismo, cuando los intestinos están flojos debido a un exceso de bilis, la piel se seca (esto ocurre durante meses seguidos); mientras que en otros casos, expuestos a los mismos cambios de clima, la piel siempre permanece suave, la secreción de los riñones es escasa, y los intestinos parecen carecer de su acostumbrada humedad, y se vuelven lentos, como si estuvieran privados de energía muscular para una actividad saludable. Sin embargo, al trasladarse de un clima frío a uno cálido y húmedo, es común que ocurra una alteración y aumento muy notables en ambas secreciones: la biliar y la cutánea del hígado y de la piel. Por tanto, hay que prestar atención a la condición de los intestinos, muy particularmente en todos los grandes cambios de clima; porque de la indebida acumulación en los conductos intestinales durante un clima cálido y bochornoso, puede causar irritación, fiebre y un desorden bilioso en los intestinos, que si no se trata o se cura mal derivará en una disentería mortal.

Luego de presentar en el primer capítulo del primer volumen de esta obra una descripción minuciosa del clima de la costa peruana, ahora será suficiente agregar que en la frontera norte, aunque bordea la verde región de la república ecuatoriana, el aire de la costa del Perú es menos húmedo que en su frontera meridional, donde se une al desierto de Atacama.

La peculiar sequedad de la provincia de Piura no se explica por el hecho de que esta parte de la costa se encuentra mucho más alejada de

los Andes; pues, de Piura solo tenemos que pasar el río Tumbes, para que, como ya se ha mencionado, el aspecto de la naturaleza cambie bastante. Así, podemos observar que las llanuras de Guayaquil, aun en sus zonas más bajas y marítimas muy lejanas de los macizos montañosos del interior, durante la estación húmeda, quedan inundadas por las lluvias, mientras que Paita, el puerto marítimo de Piura (como nos ha informado un natural de estas partes, nuestro ilustrado y amigo don Santiago Távora) permanece, durante años seguidos, a veces diez o doce, sin un aguacero que le dé vida a una sola brizna de hierba.

También en Trujillo, capital de una provincia peruana, situada en la costa en 8°8' latitud sur, el aire es mucho más seco que en Lima o Callao a 12°2' latitud sur. Trujillo está cerca de altos cerros que corren paralelos a la costa y Huanchaco, su puerto marítimo, está situado al pie del elevado cerro Campana. Pero, para no detenernos en particularidades, señalamos, como enunciado general, la existencia de una progresiva disminución de la humedad atmosférica, desde el desierto de Atacama hasta el desembarcadero de Pizarro, en las riveras del Tumbes, desde el trópico meridional hasta casi la línea ecuatorial.

Esta diferencia en el estado del aire parece influir de modo muy importante en el carácter de varias enfermedades, tales como las fiebres intermitentes o *tercianas*. Dichos padecimientos, en la costa norte del Perú, o la que es llamada *costa de abajo*, y, particularmente, la seca provincia de Piura, son de tipo más suave que en la costa de los departamentos costeros del sur del Perú, conocidos con el nombre de *los intermedios*.

La población india de Piura es una raza robusta y saludable de personas, propensos naturalmente a la corpulencia, y, efectivamente, los indios del Perú en general tienen una constitución dispuesta a una rotundidad de forma definida, que solo requeriría sosiego y una buena y generosa dieta para llegar a su completo desarrollo, por ello, aquellos que poseen los rasgos más marcados serían *tan gordos como caciques*. Se dice que la mayoría de las enfermedades crónicas ocurren porque, en los primeros momentos de la afección, dejan todo en manos de la naturaleza. De este modo, enfermedades como la tisis, la disentería, las *tercianas* o fiebres palúdicas y el tifus mitior son endémicas entre estos

provincianos norteños.² El mismo tipo de males, aunque varía según la intensidad de los síntomas presentes, se encuentra en los valles litorales de la costa, y entre la lista de las enfermedades prevalecientes en Lima y otras partes, las obstrucción de las vísceras, la hemorragia intestinal, las alteraciones cardíacas y el asma, merecen particular atención. También hay una serie de erupciones cutáneas y enfermedades nerviosas que ocurren con frecuencia, sobre cuya índole y cura no es nuestra intención abundar ahora.

En la tuberculosis, una enfermedad común en sus diversas formas en la costa del Perú, la destrucción y la ulceración progresiva de una porción de los pulmones, trae como consecuencia una interrupción del adecuado funcionamiento pulmonar, acompañada del aumento nocturno de la fiebre y la transpiración excesiva. Pero, incluso en esta avanzada etapa de la enfermedad, se descubre que produce un gran alivio y prolonga la vida el cambio de aires de la costa por los de las montañas o de los valles templados de la sierra.

La expectoración de sangre de los pulmones parece, en la mayoría de casos, depender de la presencia de tisis pulmonar o de una tendencia constitutiva inherente a esta enfermedad; y cualquier excitación accidental, tal como la del frío o una exposición indebida a las vicisitudes atmosféricas, puede apresurar un fin fatal en los casos de hemorragia pulmonar. En particular, se sabe que durante la lactancia, la mujer puede expectorar sangre y, si esto no se cura a tiempo, puede provocar una tuberculosis pulmonar.

Curiosamente, en los climas cálidos de la costa, el frío desencadena la mayoría de enfermedades que se presentan (catarro, tisis, malestares intestinales, reumatismo e incluso las fiebres ondulantes e intermitentes), además, creemos que la influencia funesta de la malaria

2. Durante el periodo lluvioso, aquellos que, por casualidad, han estado en Paita, han advertido que en tales ocasiones el suelo emite un olor sofocante y opresivo. Ello probablemente se debe a la cantidad de materia animal y vegetal que, durante una larga temporada de clima seco, se acumula y se deja secar bajo el sol, que la lluvia disuelve parcialmente y el aire circundante absorbe. Valdría la pena comprobar, mediante una cuidadosa observación, si el tifus de Piura se acrecienta en la estación lluviosa. Nunca hemos escuchado que es contagioso.

casi no sería experimentada tantas veces, si su actividad en el desarrollo de la fiebre no fuera ayudada por cierta dificultad para la transpiración, o lo que los nativos llaman *resfrío*.

En las haciendas de caña de azúcar de Cañete, y otras partes de la costa, la población esclava, aunque trabaja en los húmedos cañaverales, no es tan susceptible al paludismo como la población blanca o india. Una razón para esta diferencia parece ser que las glándulas sebáceas de las razas oscuras, y especialmente la negra, mantienen la piel lisa y suave al suministrarle una materia untuosa o aceitosa, de un olor bastante ofensivo, pero admirablemente adecuado para protegerlas de los malos efectos de vicisitudes atmosféricas.

Como las superficies negras irradian el calor mejor que las de tinte más claro, podría suponerse que el cuerpo del negro estaría demasiado frío una vez expuesto al aire nocturno; sin embargo, los negros de la costa del Perú duermen a la intemperie con frecuencia, sin que se interrumpa la acción saludable del sistema dérmico. Este es un hecho que estamos dispuestos a atribuir a los protectores efectos de la exudación viscosa, porque todas las materias oleaginosas constituyen malos conductores e impiden la excesiva irradiación del interior, y la comunicación demasiado rápida de calor externo; y por tanto, con esta untuosidad de la piel del negro y el zambo, la naturaleza proporciona un remedio frente a los extremos de frío o calor en circunstancias ordinarias.

De este modo, sabemos que las franelas o paños de lana, por ser malos conductores, al usarse para cubrir la piel son muy apreciables para preservar una circulación regular, y, por tanto, la salud en general, particularmente para los europeos de piel fina y poco aceitosa cuando están sometidos a la influencia de los climas tropicales.

Durante los meses calurosos de enero y febrero, en la costa del Perú, aumenta la irritabilidad de todo el sistema y, de forma particular, la de la membrana mucosa de los tubos alimenticios; y el cólera morbo se vuelve una enfermedad muy común, para la que el remedio habitual es el hielo o el agua con hielo.

El privilegio de vender hielo en la capital pertenece al Gobierno, que, usualmente, lo arrienda por el periodo de dos años al mejor postor. El empresario o arrendatario traslada el hielo en mulas desde las montañas nevadas más cercanas a las afueras de Lima, y está obligado

a tener siempre a mano una cantidad suficiente para el abastecimiento de la capital y estar listo a expenderlo a toda hora, día y noche. En la forma de *frescos* o bebidas frías, todos consumen hielo en el cálido clima veraniego y se considera no meramente un lujo o un remedio, sino una necesidad de la vida, indispensable para la debida preservación de la salud pública.

La facilidad de obtener hielo hace del cólera morbo una enfermedad de fácil cura, según la práctica popular de los nativos. En la primera etapa de esta enfermedad ingieren diluyentes, tales como agua tibia, linaza o malva, con o sin un poco de sabor de crema de tártaro o tamarindos, y continúan suministrando estas bebidas simples hasta que consideran que el paciente ha vomitado o expulsado lo suficiente, es decir, hasta que todos los elementos indigestos hayan sido arrojados, y los intestinos estén limpios. Entonces le dan agua con hielo, lo cual produce un poderoso efecto sedante.

La frialdad mortuoria del paciente no impide al médico vulgar ni al profesional (quien a veces mezcla bebidas frías con opiáceos) aplicar este remedio con seguridad y la consecuencia general del uso del hielo y del agua con hielo para esta temible dolencia es que el periodo de frialdad externa se acorta por la rápida desaparición del calor interno; así se detiene con rapidez el curso agotador de la enfermedad.

Con este tratamiento ordinario pero satisfactorio y bien establecido del cólera morbo en Lima, donde la enfermedad es endémica, aunque más prevaleciente en los meses calurosos, desaparecen los vómitos, eructos y calambres. La reacción es tan suave y favorable que nunca requiere la jeringa, y la recuperación casi siempre es segura; sin embargo, de tiempo en tiempo, aparecen casos tan graves que adoptan el aspecto del que es llamado cólera asiático, durante el cual, como lo dijo un médico del lugar, el paciente presenta la horrible imagen de la muerte.

En Ica y varios otros puntos hacia el sur, donde abundan los viñedos, se observa que, en la época de la vendimia, la ingesta de las uvas sin control con un estómago vacío constituye una de las causas más frecuentes de disentería. Dicha enfermedad es más fatal y horrorosa en las costas del Pacífico que el cólera morbo. Sin embargo, es gratificante saber que para la variedad de disentería que predomina comúnmente,

el plan de tratamiento con calomelano y opio es, sin duda, el más seguro; además se aplica eficientemente en Lima y en el resto del país.

Moquegua, que está situada hacia el interior de las montañas que se ubican detrás del puerto marítimo de Ilo, además de su vino y sus uvas, es famosa por sus disenterías y graves tercianas; pero Tacna, por otra parte, a unas seis leguas de la costa desde el puerto de Arica, es tan saludable que funciona como lugar de recreo para la gente del puerto durante la terciana o estación de las fiebres palúdicas, padecimientos que ocurren en toda la costa alrededor del equinoccio vernal y, sobre todo, en el otoño.

Se considera que la salubridad por la que se destaca Tacna se debe, en parte, a su cercanía con frío de las montañas (pues el paso nevado de la Cordillera que va hacia el Alto Perú, está a unas cuatro horas a caballo de la ciudad), y, además, al buen llano seco situado entre dicha ciudad y el mar, al que solo le falta el agua para hacerse rico para la producción agrícola.³ Dicha sequedad, evita, a diferencia de otras regiones costeras, que proliferen la malaria. En sus alrededores, el algodón crece espontáneamente, y las mujeres nativas lo recogen, y hacen hilo de él por medio del *huso*, exactamente como hemos podido observar que se hace en algunos de los valles cálidos del interior donde abunda el algodón nativo. Curiosamente, un capullo cortado de un algodón en la cercanía de Arica o Tacna, que se colgó en la cabina de un barco mercante británico, preservó su frescura en la navegación rodeando el cabo de Hornos y se abrió más o menos a mitad de camino entre el Perú e Inglaterra.

Toda la costa del Alto Perú —llamado hoy Bolivia— es árida y desértica, tanto así que el famoso presidente Santa Cruz, —quien en gran perjuicio de Arica,⁴ nombró a Cobija puerto franco para la introducción

-
3. El valle de Nazca, aunque está situado en medio de un extenso desierto, tiene una producción abundante de vinos, etc. debido a los acueductos subterráneos construidos por los aborígenes. De ese modo, los antiguos peruanos volvieron fértiles la mayoría de las llanuras áridas y dejaron monumentos de industria agrícola en la costa no menos notables que los cultivos en los andenes en la sierra.
 4. Este fue el puerto donde la plata de las minas de Potosí solía embarcarse en los galeones del tesoro españoles.

de mercancías— descubrió que no se podía llegar a obtener un suministro de agua buena ni perforando pozos en lo más hondo de las arenas de Cobija.⁵ A menudo, por falta de agua y alfalfa, las mulas del interior de Bolivia morían en el puerto marítimo de Cobija, pues en este lugar no existe vegetación. La poca agua que se obtiene es salobre, como la del *pozo* en el gran castillo del Callao,⁶ la cual se ha comprobado que produce siempre trastornos intestinales a los soldados, quienes se han visto obligados a beberla durante los sitios que la fortaleza ha sufrido. Lo mismo se ha observado en Cobija, y, por tanto, hay botes que se mantienen allí con el propósito de traer agua desde Paquiza y otros lugares lejanos lo que la convierte en un elemento caro de primera necesidad.

En diversas partes de la costa del Perú, el agua, incluso para uso doméstico, es muy escasa; y en la estación seca se cavan pozos en el lecho de los ríos resecos o en otros lugares en las proximidades de las tierras irrigadas. En Puerto Bermejo y Casma, entre 9 y 10° latitud sur, los pilotos españoles de cabotaje nos han dicho que, dondequiera que uno cave a unos diez o doce pasos del mar, con seguridad se encuentra agua a una profundidad de media braza que no es muy salobre. Los pozos o aljibes, sin embargo, abiertos de este modo en distintas partes de la costa, suelen permanecer resecos como en Lima (donde son bastante comunes) durante la estación seca, que es la época en que son más necesarios.

En el norte del Perú, la práctica de cavar pozos en el lecho de los ríos es muy común, y tal es la escasez de agua fresca en el puerto de Paita que se lleva a la ciudad con mulas desde una distancia de varias leguas. Pero, por el contrario, en el puerto marítimo de Arica, en el sur del Perú, se encuentra agua buena por doquier, y a dos leguas de este puerto, se ubica el bello valle de Asapa con abundantes viñedos, olivares, alfalfares, maizales, etc., que ofrece un suministro más adecuado

5. En lo que se consideraba el oasis de Cobija, rara vez el agua fresca se filtra entre las rocas. Por ello, un inteligente navegante, que conoce bien estas costas, nos informó que toma toda la noche llenar un pequeño cuenco colocado bajo la preciosa gota, gracias a la cual crecen dos palmeras, la única vegetación que se ve en las costas de Bolivia.

6. Esta fortaleza fue posteriormente desmantelada por orden del general Orbegoso.

y copioso de provisiones frescas para la navegación que Paita o Cobija. Tales hechos son apreciables no solo desde el punto de vista económico sino también médico; ya que de la calidad del agua, así como de las condiciones atmosféricas, depende, en cualquier situación determinada, la salud de los habitantes. Por ello, en Arequipa, cuyo antiguo puerto marítimo era Quilca y ahora lo es Islay, se dice que el agua del río contiene algunas sales en solución que lo hacen completamente insalubre hasta que se hierve; además, se sabe que esto constituye una de las causas de la disentería: enfermedad prevaleciente en esa ciudad.

Los campesinos que viajan con asnos entre Bolivia y Chile a través del desierto de Atacama, arman sus tiendas en el día para evitar el extremo calor del sol que se refleja en la arena ardiente, y prosiguen su marcha por la noche, llevando con ellos el agua y las provisiones necesarias para el viaje. Y debe subrayarse que los soldados, enviados por orden del general Salaverry a invadir Cobija, tuvieron que marchar desde el lugar donde desembarcaron en Iquique por arenas desérticas como esta, cuando bajo el mando del valiente jefe Quiroga tomaron por sorpresa el puerto de Bolivia. Estas marchas por el litoral usualmente son el destino de la infantería india y estos resistentes nativos de la sierra, por lo general, prefieren realizarlas entre el crepúsculo y el amanecer, pues al no estar constituidos, como las razas oscuras, para vivir en climas muy cálidos, son más susceptibles a la fiebre cuando están apostados en las llanuras arenosas durante el calor del mediodía; y si, por casualidad, encuentran sandías en su camino, las devoran con tanta ansiedad que de seguro caen víctimas de diversos malestares, como disentería, fiebre ondulante o intermitente, etc.

En Chile, la naturaleza adopta un aspecto diferente al que tiene en el Perú y Bolivia, allí, sin embargo, como en estos países, el año se divide en húmedo y seco, el *invierno* y el *verano*. Pero en Chile, a diferencia del Perú y Bolivia, llueve, como en Colombia y en la República del Ecuador, durante la misma estación en la sierra y en la costa. En la parte sur de esta República, a unos 40° latitud sur, las lluvias son más fuertes, y de mayor duración, que en el extremo norte, que se une al gran desierto de Atacama. En la costa de Chile se experimentan fuertes vendavales, mientras que solo ligeras y suaves brisas refrescan la costa del Perú.

Durante el verano, en la capital de Chile, se siente muy fuertemente el sol al mediodía y es indispensable resguardarse de los riesgos de una insolación; igual como ocurre en Lima en el mes de mayo cuando las mañanas y noches son frescas y nubladas, pero el mediodía es tan caluroso que se ha vuelto proverbial. En esta estación, los limeños mayores y más precavidos advierten a los niños y otras personas de que se guarden del sol con estas palabras: “*Quítese de este sol que madura duraznos*”, una frase usada, probablemente, en referencia al modo en que se madura la fruta de varios tipos en Lima: dejándola en un invernadero. Entendemos que esto se hace, sobre todo, para impedir que los pájaros se coman la fruta, lo cual no dejarían de hacer si se dejara madurar en el árbol de forma natural. La chirimoya es la fruta que más frecuentemente se abriga.

En julio y agosto, la nieve, a veces, cae alrededor de Santiago, donde el nativo de Lima que visita esta capital chilena se sorprende particularmente con el aspecto novedoso de los naranjos en los *patios* de las casas: se doblan por el peso de la fruta y la nieve congelada y las hojas verdes forman un contraste notable con los cristales destellantes como el jardín de piedras preciosas de los incas.⁷ Rara vez llueve en los valles, pero en el invierno de 1834, como nos dijeron, un correo y su caballo perecieron en la nieve del camino entre Santiago y el puerto marítimo de Valparaíso,⁸ donde llueve mucho en los meses de junio, julio, agosto y septiembre. Pero, durante la estación seca, el cielo en general es claro, y el clima es saludable y agradable aunque a veces está nublado por la mañana.

Al dar una descripción del clima y el avance de la vegetación en la costa de las provincias medias de Chile, se dice con sólida autoridad que:

-
7. Los incas tenían un jardín en las cercanías del Cuzco donde todos los árboles eran de oro y plata, y los frutos y hojas de piedras preciosas.
 8. Valparaíso es llamado, a veces, valle del Paraíso, sin embargo no hay nada parecido al paraíso en Valparaíso y sus alrededores. Se ha dicho que el valle del Eliseo de Quillota, a una distancia de unas cuantas leguas, es el paraíso al que alude esta denominación, que es una corrupción de Va-al-Paraíso. Este es el camino al paraíso, a saber, Quillota.

[...] la estación lluviosa, como se ha mencionado comienza en mayo, y siguen hasta octubre, las lluvias más fuertes ocurren en junio y julio. Después de unos cuantos días de lluvia, hay un intervalo de buen clima durante al menos una o dos semanas; y la cantidad que cae durante la estación es pequeña, variando de 12 a 16 pulgadas. En verano, la atmósfera es excesivamente árida, y hay poco o nada de rocío. La temperatura al mediodía, en plena estación lluviosa, es generalmente de 60 °F (15°5'C), en la noche y rara vez baja a menos de 40 °F (4°4'C), aunque ocasionalmente ocurre alguna helada. En verano, el termómetro al mediodía se mantiene entre 70° y 75 °F (21°1' y 23°8'C), pero durante la noche, en clima despejado, frecuentemente cae más de 20°F (-6°6'C).

Durante el final del verano, la vegetación está casi adormecida, y apenas si se ve florecer alguna planta de cualquier tipo, pero en unas pocas semanas, tras las primeras lluvias, todos los rincones del país están cubiertos de verdor.

En el sur de Chile, las lluvias fuertes hacen el camino casi impracticable, y como la vegetación no crece tan rápidamente allí como en el norte, uno (*el naturalista*) puede herborizar en octubre, noviembre, diciembre y enero.⁹

Tenemos el placer de poder ofrecer las siguientes observaciones sobre las vicisitudes atmosféricas y los miasmas con el fundamento de sus efectos en la generación de enfermedades entre los habitantes de Santiago de Chile, tomadas de un trabajo en castellano publicado en el año de 1828 por el doctor William C. Blest,¹⁰ a quien, pese a ser inglés, el gobierno de Chile confirió los máximos honores profesionales, al nombrarlo para el puesto de protomédico que ocupa con mérito en esa República.

El doctor Blest, empeñado en llamar la atención de aquellos funcionarios que dirigen los destinos de la República, hacia el estado de descuido de su policía municipal dice sobre Santiago que:

9. Véase “Carta de Alexander Cruickshanks, Esq... al profesor Hooker”, inserta en parte IV, de la *Botanical Miscellany*, marzo 1831.

10. Blest 1828. Se toma el original en castellano correspondiente a la traducción realizada por Smith. Se ha preservado la ortografía del original (N. del T.).

Las calles, á excepción de unas pocas, están mui mal empedradas , ó solo tienen por todo pavimento la blanda tierra: las acequias, sin duda destinadas en su orijen á refrescar y limpiar la ciudad, son ahora receptáculos de toda clase de inmundicias, y no teniendo salida cómoda, mueren al derredor de la población en infeccionados charcos, eternos laboratorios de putrefacción. Las calles atravesadas permanecen en tan reprensible abandono, que es imposible marchar por sus veredas sin tropezar con asquerosas suciedades.

Los suburbios en que reside la clase mas pobre y numerosa de la comunidad, se hallan tan cargados de basura y lodo, que es difícil transitarlos aun á caballo. En casi todas las calles hai estrechos cuartos habitados por los artesanos y sus familias , donde no es raro encontrar siete ú ocho personas amontonadas con perros y gatos, que satisfacen allí mismo todas sus naturales necesidades, y sin otro conducto para alumbrar y ventilar este hato que las solas puertas.

Tal es el verdadero retrato de la policía de Santiago. Para convencer al curioso lector de su exactitud, nos referiremos á, las acequias de las calles y casas, á esos montones de materias en putrefacción en las calles atravesadas, á esos hondos barrizales y pantanos, y á esos aislados y encerrados aposentos que habita la clase trabajadora y pobre.

* * *

Es demasiado y jeneralmente sabido que en todas las estaciones del año y por varios consecutivos dias de cada semana, las acequias interiores de las casas se hallan tan completamente obstruidas por la acumulación de animales muertos y materias vegetales, que cierran enteramente el paso á la menor cantidad de agua. Las calles atravesadas y muchas de las principales, no son menos inmundas, por lo que un extranjero que visita á Santiago, podría creer que es la población más sucia de la América del Sur.¹¹

Una triste esperiencia, principalmente en los últimos tiempos, ha enseñado que la descomposición de las materias organizadas, ya sean animales ó vegetales, causada por el calor y la humedad, despide ciertos

11. Por haber sido escrito en 1828 se ha de suponer con justeza que, como la higiene general en Chile ha sido enormemente mejorada desde esa época, los males aludidos aquí por el doctor Blest pueden haber desaparecido (Nota de Smith al texto de Blest).

efluvios, cuyas propiedades son sobre manera perjudiciales á la salud del hombre. Las pruebas de esta verdad las encontramos en los escritos de una multitud de autores médicos. Afortunadamente para los habitantes de esta ciudad, el estado de su atmósfera no obra tan activamente sobre las materias en putrefacción, que pueda causar aquellas epidemias que cosechan tantos millares de vidas en varias partes de España, Norte América, India, Méjico, Panamá, Vera Cruz¹² y otras muchas rejiones de ambos mundos.

A no ser asi, las campanas tocarían diariamente el triste doble de la muerte, y las casas serian melancólicos teatros de llanto y de dolor. Pero aun cuando no sea tan activa aquí la influencia de la atmósfera sobre las materias putrefactas, es innegable que ejerce su acción maligna sobre la salud, y que causa las disenterias, typhos y otras fiebres que aparecen en ocasiones epidémicamente. En verdad, á alguna causa de esta naturaleza debemos atribuir las violentas y fatales disenterias que tanto prevalecieron en el año de 1826, y que se han repetido en los meses de abril y marzo del presente: esa molesta especie de fiebre puerperal que atacó á tantas mujeres recién paridas en los principios de 827, y los typhos (ó chabalongos) que abundan casi tódos los años.

Raciocinando según el principio jeneralmente reconocido, de que el aire caliente ocasiona mas exhalaciones en los cuerpos que el aire fresco, y según lo que sabemos que influye el calor de verano en otros países, deberiamos suponer que las enfermedades ocasionadas por les efluvios, serian aquí mas jenerales en verano que en invierno; pero el conocimiento que tenemos de este clima nos sujiere la opinión contraria.

Aquí en el verano la atmósfera es uniformemente limpia y clara, y las exhalaciones que se levantan no encontrando nubes ó nieblas que impidan su ascenso, se desparraman con facilidad por el grande espacio, y se mezclan con los otros cuerpos de la atmósfera. Sucede lo contrario en el

-
12. Según Humboldt, la finca de Encierro, cerca de Veracruz, a 3043 pies sobre el nivel del mar es el límite superior del vómito o fiebre amarilla; y se ha observado que los extranjeros que llegan por mar y, por tanto, pasan por un cambio gradual de temperatura atmosférica, son menos susceptibles de contraer la fiebre amarilla que los blancos y mestizos que habitan la meseta de México (donde la temperatura media es de 60° o 62 °F), cuando bajan en la estación lluviosa al puerto de Veracruz. Las lluvias comienzan en mayo y terminan en octubre, cuando los *nortes* (vientos del norte) aparecen, y durante el predominio de estos vientos la fiebre amarilla o vómito desaparece (Nota de Smith al texto de Blest).

invierno. El calor del sol es siempre mui considerable, ó al menos suficiente, para estraer de esas acumuladas inmundicias los vapores nocivos con que las ha impregnado la putrefacción: al fin del dia esos vapores encuentran con las nubes que nos rodean, y con el aire frió de la próxima noche, y consiguientemente son precipitadós á la tierra, y echados por la brisa nocturna al interior de las habitaciones. He aquí una juiciosa y fundada razón para que las enfermedades prevalezcan mas en el invierno que en el verano j y juntando en nuestras meditaciones esta circunstancia con la mala ventilación de que gozan las habitaciones de las clases pobres (á que debe obligarles su propia pobreza careciendo del socorro de fogones¹³, (*) y vestidos ó cobijas) percibimos la causa por que en esa estación sufren mas enfermedades los pobres, que aquellos que pueden con el dinero guardar mejor sus casas de los rigores del invierno, sin contrariar al mismo tiempo su salubridad.

La jeneralidad de las jentes perdiendo de vista las mudanzas atmosféricas, atribuyen la disminución de las fiebres esporádicas en el verano al mucho uso de las frutas de esta estación.

No negaremos que el uso de las frutas mejora considerablemente la salud de aquellas personas que en el invierno y primavera se han mantenido con alimentos fuertes y estimulantes, propios á perjudicar las funciones de la dijestion. Pero estamos mui distantes de conceder al uso jeneral dé las frutas el asombroso beneficio que se supone jeneralmente. Sabemos que en otros países igualmente abundantes dé frutas como Chile, pero ménos* favorecidos con un clima tan benigno, las enfermedades de carácter epidémico reinan mas en verano que en invierno. Por otras muchas razones que seria superfluo detallar, nos creemos justificados

-
13. El traductor [Smith] entiende que chimeneas y cocinas se han vuelto habituales en las casas de las clases superiores de Chile; sin embargo, los que todavía carecen de estas comodidades hacen uso de los anticuados braseros o cuencos de carbón. Con estos, aunque la gente puede calentarse las piernas si lo desea, aún sus espaldas y hombros sufren el frío, pues el calor de un brasero no basta para generar un grado adecuado de temperatura general en el aire del aposento en que está situado. Estos recipientes fueron justamente denunciados por el doctor Blest por ser muy inadecuados e incluso peligrosos en las viviendas cerradas y mal ventiladas de los pobres. El signo (*) corresponde a una nota original de Blest que dice: "Regularmente suplen esta falta con los braseros, que son doblemente perjudiciales en esas habitaciones cerradas, así por el tufo que despiden el carbón como por el aire que consume o descomponen" (Nota de Smith).

de disentir en este punto de la opinión pública, y autorizados para atribuir la disminución de esas enfermedades en dicha estación, á causas mas conformes con la filosofía médica, á saber: el benéfico estado de la atmósfera en verano ; el ejercicio corporal que hacen todas las tardes de esta estación las clases de la comunidad, y la buena ventilación de que gozan, permaneciendo casi siempre con las puertas abiertas, y aun durmiendo muchos al aire libre.

APÉNDICE

SOBRE LA ZOOLOGÍA DEL PERÚ OCCIDENTAL

Bajo el encabezamiento de la zoología del Perú occidental rogamos licencia para presentar al lector una traducción de un capítulo sobre la influencia del clima en los animales, especialmente los domésticos, tomada de la obra del difunto doctor don Hipólito Unanue, titulada *Observaciones sobre el clima de Lima*.

El doctor Unanue se convirtió en un paradigma social, y fue honrado por su país durante dos periodos totalmente opuestos: la dominación española y el gobierno patriota.. Por el primero, como el lector ya sabe, fue nombrado Jefe del Protomedicato del Virreinato del Perú, y por el segundo, designado Presidente de la República.

1. En todo es apéndice se ha mantenido la ortografía de los originales (N. de la T.).

[Extracto]²

[1] Al Perú no corresponde la espantosa pintura, que de la América ha hecho la exaltada imaginación de algunos Filósofos ultramarinos. Parece que mojaron su pincel en amargos y negros tintes para retratar á estas regiones afortunadas como á un suelo ingrato, negado á las bendiciones del cielo, funesto albergue de sierpes, cocodrilos y otros monstruos emponzoñados.³

-
2. Se toman los párrafos correspondientes a la obra original de Unanue en castellano que fueron traducidos por Smith. Esta parte apareció en la segunda edición de la obra *Observaciones sobre el clima de Lima* (1815, ff. 58). Hemos indicado entre corchetes la numeración de los párrafos que Smith omitió en su traducción. Sin embargo, las notas de este texto tienen otra numeración, pues se incluyen las que Smith agregó en su traducción del texto de Unanue. Al final de la nota, se ha señalado si esta ha sido agregada por Smith; donde no aparece tal indicación se sobreentiende que pertenece al original de Unanue (N. de la T.).
 3. El Perú occidental, desde las cumbres de la cordillera oriental hasta las costas del Pacífico, apenas tiene animales venenosos, a excepción del escorpión, que existe en los valles cálidos interandinos (en algunos de los cuales también se encuentra una serpiente blanca y negra, que según se dice es muy venenosa), pero los cocodrilos, según hemos visto, abundan en el contorno de Guayaquil; y la costa de América central es famosa por sus serpientes venenosas así como por el antídoto a su veneno, es decir, el bejuco guaco, que en infusión tiene un sabor amargo agradable, parecido a la *quassia*. La providencia ha puesto este mismo antídoto en los alrededores de Tarapoto, en la frontera oriental del Perú, donde también abundan las serpientes venenosas. Existe un cuento popular que narra el hallazgo de las propiedades del guaco en Perú. Según dicha fábula, un indio estuvo presente, casualmente, en el momento en que un cóndor (o una gran águila de las numerosas especies que habitan en la cordillera) trabó combate mortal con una enorme serpiente; observó que cada vez que era herida el ave se retiraba a un matorral de guaco, rompía la corteza con su pico, y con la savia untaba sus heridas y se arrancaba las plumas, y volvía a la lucha con confianza y ánimo, hasta que, finalmente, mató a la serpiente y se la llevó triunfante. De esto el indio infirió que, en el jugo del guaco estaba la propiedad que contrarrestaba el veneno de la serpiente; y comúnmente se cree que si uno se frota la mano y el brazo con el jugo de este bejuco, puede agarrar a la serpiente más mortífera sin temor. Pero, como quiera que sea, el hecho que no se discute es que el guaco es un antídoto rápido, potente y certero contra el veneno de la serpiente (N. de Smith).

Quále pōrtentum neque militaris

Daunia in latis alit esculetis;

Nec Jubae tellus generat, leonum

Aridá nutrix. Horacio, Oda 22.

[Qué monstruo no cria en sus dilatados encinares

La guerrera Daunia

Ni engendra la tierra de Juba

Seca ama de leones]⁴

[2] El sabio conde Bufon estableció las quatro proposiciones siguientes: 1^a Los animales que son comunes al antiguo y nuevo continente son mas corpulentos en el primero que en el segundo: 2^a los animales indígenas del nuevo hemisferio son menores que los aborígenes del antiguo: 3^a las especies de animales domésticos trasplantados de la Europa han degenerado en América: 4^a esta parte de la tierra ofrece pocas familias que la sean peculiares. Mas el ilustre Presidente Jefferson⁵ ha demostrado con tablas comparativas de los animales existentes en uno, y en otro continente la falsedad de ellas. De esta controversia resulta la consecuencia justa y necesaria, de que dependiendo el reyno animal del reyno vegetal, cuyas producciones alimentan sus individuos, el número y tamaño de éstos se hallan en proporción con la feracidad y vigor de las plantas que los nutren: por lo que encontrándose en uno y otro hemisferio dilatadísimas llanuras cubiertas de abundantes pastos, y también regiones pobres y estériles, se exceden mutuamente en el grandor, número y hermosura de bestias, según es la extensión y fecundidad de los prados y bosques que se comparan.

[3] El Perú no es á propósito para alimentar las muchas especies indígenas que habitan las selvas de la América del Norte, ni para multiplicar las trasplantadas de Europa, en aquel número prodigioso, que paze en los dilatados campos de Chile y Paraná. No obstante en sus costas, cordilleras, y montañas, ofrece numerosas y hermosas tribus,

4. Flacco 1783: 66 (N. de la T.).

5. *Notes on the state of Virginia* 1801: 62.

cuya descripción ocupará algún día las deliciosas páginas de la Historia Natural: siendo al presente nuestro objeto tratar únicamente de lo que influye el clima en las mas notables.

Quadrúpedos indígenas⁶

Entre las familias de quadrúpedos, que se encontraron en el Perú al tiempo de su descubrimiento, y conquista, las principales son:

Paco.⁷ *Camellus peruvianus*. Linn., Syst. Nat. Molina Histor. de Chile part. I.

Alco. *Canis americanus*. Lin. *Kiltho*, *Thegua*. Mol.

Puma. *Felis puma*. Lin. *Pagi*. Mol.

Uturuncu. *Felis Onsa*. Lin. *Felis gigna*. Molin. que se halla al Occidente del Perú, y con la misma voz se se designa el Yaguar de Azara lam. IX que habita á la parte Oriental en los bosques.

Ucumári. *Ursus americanus*. Lin.

Taruca. *Elaphus*. Lin. *ast corpore minor*.

-
6. Título del párrafo 3 en el original de Unanue que Smith ha convertido en subtítulo (N. de la T.).
7. Paco: Carnero de lana larga de *Ppaco* rubio, bermejo, por ser este su color mas sobresaliente. *Álppa-co* carnero de la tierra, tiene la lana larga y muy suave, y es menos propio para la carga: *Llama de Llamsecani* carnero de trabajo: tiene la lana corta y áspera, y es el mas alto y fuerte, y mas á propósito para el servicio de la arrieria. Proporciones externas del Llam.

	Pies	Pulg.	Lin.
Tiene de largo de la punta del hueso coronal á la punta del hueso sacro	6	5	0
El hueso coxis, ó del rabo, tiene de longitud.	1	0	0
La cabeza, de la punta del lábio superior á la coronilla del cráneo, tiene de longitud.	1	1	0
Longitud de la oreja	0	6	6
Idm. del cuello de su primera á su última vertebra	2	5	0
Altura anterior medida de la base de la mano al lábio de la paletilla que está paralelo al espinazo	5	5	0
Altura posterior medida de la base del pie á la espina del hueso sacro	3	6	0

[La descripción de Unanue contiene más datos que Smith no incluye en esta traducción (N. de la T.).]

[4] La divina providencia, que ha proporcionado á sus criaturas racionales en todas las partes del globo. los medios para subsistir, y cumplir, los trabajos á que los destinaba dió al Indio habitante de los Andes un don precioso en los *pacos*. Sus lanas le visten, sus carnes le alimentan: el veloz huanacu, y la tímida vicuña le recrean y entretienen en la caza: y la llama y la alpaca conducen con seguridad sus haberes por entre las angostas y asperas sendas de las serranías del Perú. El pescuezo largo y levantado de estos animales, su cara adornada de hermosos ojos, el *urcu* ó *penacho* de su frente, y el paso sosegado con que caminan mirando á todas partes, hace muy vistosa su marcha, en la que se colocan en línea recta lo mismo que si fueran tropas disciplinadas.

[5] El Alco es compañero fidelísimo del Indio: su estatura es mediana, y tiene por lo general todo el cuerpo cubierto de lana negra, menos entre el pecho, y la cola en que es parda. Estos perros son muy sentidos y avisan con sus ladridos qualquiera novedad que ocurra al rededor de la casa, ó del hato y también embisten con fiereza á las personas que no conocen. Hay de estos unos pequenos perritos semejantes á los nuestros de faldas, que cargan las indias sobre sus quipes⁸ y abrigan en su seno, los quales por ser taciturnos han dado ocasión a que crean algunos que los alcos no ladran, y que por tanto no pertenecen á la clase de los perros.

[6] Los Pacos, y el Alco habitan en las sierras: los domesticados descienden con sus amos á la costa, paran poco, y se regresan, porque no soporta ninguno de ellos el calor, á causa de la *caracha* ó sarna que les acomete y mata, efecto del mayor aumento de la circulación en la superficie, y falta de transpiración por la densidad de su cutis. Tan hermosos son los ojos de las llamas y de las tarucas en las sierras, como pequeños y plegados al ángulo externo los de los Indios, que moran en ellas, quienes por este medio se libertan, según hemos dicho *introd. nota* de los riesgos de los precipicios por donde viajan, y de las impresiones fuertes de los reflexos de los rayos solares por la nieve, que en

8. Quipes son unos envoltorios que cargan las indias sobre las espaldas.

el pueblo blanco, y habitantes de la costa, que tienen los ojos grandes causan el *zurumpe*, que es una molesta optalmía.

[7] La *Taruca* ó *Ciervo*, y el *Puma* ó *Leon* soportan el temperamento de la sierra, y el de la costa, y así peregrinan del uno al otro: los venados andan en tropas, y los leoncillos separados unos de otros. Los venados son de mediana estatura, y tienen hermosa cornamenta.⁹ Son de veloz carrera y hacen la diversión de los cazadores que los acosan con perros: el *Oturuncu* ó Tigre, el *Ucumari* u Oso no habitan á este lado, sino al Oriente de las montañas de los Andes con otras muchas y diferentes fieras.

Quadrúpedos extranjeros¹⁰

[8] El ganado menor ó lanar trasplantado de Europa se ha multiplicado prodigiosamente en las grandes dehesas de ichu¹¹ que hay en la cima de los Andes; y en las dilatadas provincias del Collao con especialidad abundan las ovejas en lanas superiores.

[9] Los Caballos, Burros y Vacas, lo mismo que el hombre son de pequeña estatura en lo alto de la cordillera porque el frio no les permite crecer; y el pelo que los cubre tiene la suavidad, tamaño y consistencia de lana, de cuyo modo los protege la naturaleza contra la inclemencia

-
9. El antilope, según dicen los indios, a veces visita las cumbres de la cadena oriental de la cordillera en el valle de Huánuco. En este valle se ve al puma; al mucamuca, probablemente una especie de zorrino, pues despide un olor desagradable; y también se encuentran armadillos entre los matorrales de los pastizales, los cuales poseen una carne apta para el consumo humano (N. de Smith). Las ratas son tan comunes como los cuyes en todos los valles agrícolas del interior; la zorra abunda en todos los cerros altos y las pampas de la sierra; y entre las grietas de los riscos, situados en lo alto, el viajero encuentra la vizcacha, de cola larga, que escarba como el conejo y es valorada principalmente por su piel.
 10. N. de la T.: Título del párrafo 8 en el original de Unanue que Smith ha convertido en subtítulo (N. de la T).
 11. *Jarava foliis involuttis, spica paniculato* (Flor. Per. et Chil. t. 1, pág. 5. icon VI. fig. b). Como estas dehesas se hallan á 12 , ó 14.000 pies sobre el nivel del mar no admiten el cultivo y población de las altas llanuras de Anahuac ó México, porque estas solo se elevan de 6 á 8000 pies.

de aquellos paramos de hielo: como reviste también de tomento á las flores de los arbustos que allí nacen.¹² Por el contrario, en los valles y costas, donde á beneficio del calor se desenrollan con facilidad los miembros, estos cuadrúpedos son corpulentos y gallardos: el burro es fuerte y el mas útil en Lima,¹³ y en los ingenios de azúcar á donde lleva gran peso sobre si conduciendo las cañas *arundo sacharifera*; el caballo es ayroso, y tiene fuego: los toros son fuertes, y en los valles da Chíncha y Cañete, en que se cuida de mantener las castas bravas para las corridas anuales que hay en Lima, son ferocísimos.

[10] El ganado bacuno criado en la sierra no soporta el temperamento de la costa: luego que baxa á él, se *toca*, según la expresión vulgar, es decir, se atonta, y perece con rapidez asombrosa: en sus entrañas se encuentra el hígado endurecido, y como si se hubiese pasado por ascuas de fuego. Concibo, que de la misma manera que en los hombres, así en los toros luego que baxan del clima alto y frio de los Andes al caloroso de la costa la sangre adquiere un movimiento rápido y desacostum-

-
12. Los arbustos, como advierte el doctor Unanue, en otra parte de su obra, que crecen a una altitud de 12 a 15.000 pies sobre el Pacífico, son de fibra resinosa y cubiertos con una corteza firme, que les permite resistir los efectos del frío penetrante al que están expuestos naturalmente (N. de Smith).
 13. No solo es el asno de Lima el cuadrúpedo útil aquí descrito, sino también el que recibe un trato muy ingrato de los nativos, que parecen haber olvidado cuán honrado ha sido este animal en tiempos pasados. El burro ensillado es aguijoneado para agilizar el paso con una vara puntiaguda sacada de una costilla arrancada de alguno de los numerosos esqueletos de mulas y caballos, etc. regados en los muladares o en los senderos de los huertos fuera y dentro de la muralla de la ciudad; y el conductor del burro sonríe con salvaje placer cuando su grueso látigo silba y golpea algún punto sangrante y en carne viva, resultado de un ataque anterior y frecuente del mismo tipo en manos de hombres crueles. Ayanque, en su retrato de Lima, dice con exactitud:

Verás borricos de alfalfa
Y borricos capacheros,
Borricos cargando harina,
Piedra, cal, ladrillo y yeso.
Veras borricos volar
Al son del latigo huyendo.
[*Lima por dentro y por fuera* 1798: 18 (N. de Smith)].

brado, encaminándose á la cutis, para promover la transpiración, la qual no pudiendo hacerse por el pellejo grueso y tupido de que están cubiertos, se origina una fiebre ardiente que los mata, y la que es más violenta que en los pacos y en el alco, porque siendo en estos menos gruesa la cutis que en los toros, no opone tanta resistencia al desfogue de los humores por ella, y así brota en aquellos la sarna, que no teniendo efecto en estos mueren con increíble celeridad.¹⁴ Los carniceros aún no han encontrado remedio para este accidente. Unicamente saben por experiencia, que el ganado muere con más celeridad en el tiempo de estío, que en el de invierno, lo que confirma nuestras conjeturas, y así es que en esta parte del año es quando baxan los ganados de los lugares altos para surtir las plazas y carnicerías de Lima.

[11] Si se comparan los perros que se crían sueltos en esta Ciudad con los que tienen igual libertad en las Ciudades del alto Perú, se verá que los primeros son perezosísimos é indiferentes á todo, y que qualquier persona por desconocida que sea pasa sobre ellos con toda seguridad; mientras que con los segundos es necesario andar con cuidado, porque acometen á todo el que no sea de su conocimiento y amistad. Estos animales están sugetos á epidemias catarrales, que les son peculiares, en especial en primavera: y también lo están a las que padecemos nosotros, habiendo principiado por ellos la del ejército Troyano. Sec. I. §. VII-3. Y debe advertirse que la palabra ΚΥΒΑÇ ἀπυχç que los intérpretes traducen *perros ociosos*, debe ser tomada en la aceptación que tiene de *veloces y ligeros*, porque los galgos ò perros corredores son los primeros en quienes se manifiesta esta dolencia. Quando estan con ella tosen, se ponen amorrados, y les aprovecha la evaquacion ventral; y para promoverla buscan por instinto la grama, la devoran con ansia,

14. Al viajar desde el interior a Lima hemos tenido podido observar que cuando el caballo criado en las frías altiplanicies poco acostumbrado al clima cálido, es llevado de la sierra a la costa, en los meses calurosos, languidece casi tanto como las aves de corral comunes en alta mar cuando se las confina en un gallinero y se les expone al rocío en un clima crudo. Pero el caballo, así afectado por el clima de la costa, recobrará su salud y sus ánimos con sorprendente presteza cuando vuelva, y suba los caminos tortuosos y escalonados que lo llevan a su elemento nativo cerca de los picos glaciales de la cordillera (N. de Smith).

vomitan, evacuan, y se alivian. Siguiendo el mismo método les hacen tragar sus amos los remedios purgantes, y también los sangran cortándoles las orejas, ó la cola; sin que sea precisamente la última la que se corte como creyó el Señor Ulloa¹⁵ atribuyendo el mal á no sé qué sangre espesa que se depositaba en el rabo de estos animales.

[12] No hay memoria de que los perros hayan padecido el mal de rabia en los siglos anteriores en toda esta América; mas en principio de este siglo hácia el año de 1803 se observó en los valles de la costa del norte en los calores del estío, y siguió recorriendo la costa del sur, habiendo llegado á la Ciudad de Arequipa en la primavera de 1807, y notádose en Lima en el propio año entre el estío y el otoño. Después de haber procurado reunir todos los datos necesarios para descubrir el origen y progresos de esta fatal enfermedad, y consultado por escrito á los Médicos y personas instruidas que la han presenciado, he sacado en limpio: 1º que esta enfermedad ha sido una rábida espontánea nacida del aumento del calor, que hubo en los años de 803 y 804, Sec. I. §. X-4-6. Comenzó por la costa del norte, nombrada comunmente la *costa abaxo*, donde la atmósfera se hallaba tan caldeada que el termómetro señaló en algunas quebradas el grado 30 de Reaumur: las calmas eran excesivas sin que soprase el más ligero viento capaz de enrizar la superficie del océano: los animales se precipitaban en los charcos y lagos para templar el gran calor que sentían, y así se experimentaba en toda su fuerza la estación que pinta Horacio.

*Jam procyon furit,
Et stella vesani leonis:
..... Carctque
Rifa taciturna ventis.* Carm. L. 3. od. 29.

2º Esta enfermedad acometió indistintamente á todos los cuadrúpedos llegando en algunos el furor hasta hacerse pedazos, arrancándose las carnes á mordiscones: en los lugares donde el calor fue muy

15. Notic. Americanas.

fuerte cayeron varios hombres enfermos con todo el aparato de la hidrofobia sin haber sido mordidos.

3º Fijóse con especialidad en los perros, de los que algunos la padecieron en estado tan benigno que sus mordeduras no fueron mortales; pero los mas la tuvieron muy grave, y propagaron el contagio á los de su especie, á los otros cuadrúpedos, y á los hombres. El cuitado administrador de un ingenio de caña distribuyó entre sus negros, aunque se le aconsejó no lo hiciera, algunas reses muertas de rabia, creyendo que habían perecido con la enfermedad que nombran *tocado*, y el resultado fue morir muchos de estos pobres negros con los síntomas de rabia.

4º En las Ciudades de Ica, y Arequipa fue mayor y mas circunstanciado el número de enfermos que perecieron mordidos por los perros rabiosos. En la primera, una sola perra rabiosa mordió catorce personas en una noche, de las cuales las ocho estaban en una casa, unas durmiendo al fresco, otras variamente ocupadas, y las seis restantes habian ocurrido al ruido con otras á matarla. El Cirujano de la Ciudad Don Mariano Estrada las persuadió á que se dexasen curar; despreciaron su consejo alegando que sería lo que Dios quisiera, y murieron todas, á excepción de dos varones que se sometieron á la curación, el uno de 28 años de edad y el otro de 50. El Médico los curó felizmente según el método mas seguro, que es poner un cáustico sobre la parte mordida para promover su supuración, y provocar la salvacion por medio de las uncciones mercuriales. En la Ciudad de Arequipa se disputó mucho sobre la legitimidad de la enfermedad, escribiéndose en pro y en contra disertaciones muy eruditas por los Doctores Rosas y Salvani. En esta contienda se perdió tiempo para atajar el contagio. Verdad es que en vários individuos no existió la legítima hidrofobia, sino el temor excesivo de que la tenian, el qual se disipaba con la persuasión: y esto hizo creer al Profesor Salvani que llevaba la negativa, que en todos acaecía lo mismo, hasta que los sucesos desgraciados pusieron en claro la realidad del mal. El Excelentísimo Señor Abascal, Virrey del Perú, luego que tuvo noticia de que la hidrofobia se acercaba á esta Capital, mandó

hacer una matanza crecida de perros,¹⁶ con lo que la libertó de este azote, pues aunque en sus hospitales entro uno, ú otro hidrofóbico, no fueron de la Ciudad, sino de Chacras y valles circunvecinos.

5° Quando comenzó esta episòtia en los valles de la costa abaxo, ó del norte, me escribió el Bachiller Don José Figueroa “los perros andaban con las colas tendidas, y metidas entre las piernas, arrojaban muchas babas, se escondían de las gentes, ahullaban fuertemente, y luego caían muertos, les daban azeyte, les cortaban las orejas, pero no sanaban: los gatos corrían por los techos con los pelos erizados: los caballos y burros se exasperaban unos contra otros, se tiraban al suelo, y se revolcaban: y luego que morían se hinchaban y podrían: las bacas y toros daban saltos, embestían unos contra otros, y aun se quebraban en esta lid las astas, y luego morían bramando”.

6° El Profesor Estrada aseguraba que de quarenta y dos que murieron en la Ciudad de Ica mordidos de perros rabiosos, los mas perecieron de los doce á los noventa días siguientes á la mordedura. Quando se desenvolvían los síntomas resultantes del veneno comunicado por ella, aparecían á un tiempo las convulsiones, la opresión del pecho, los suspiros, la tristeza, la respiración fatigosa, el horror á los líquidos y á las cosas brillantes, el furor, los vómitos atrabilarios, y un clamor continuo de los enfermos, que se apartasen de ellos los asistentes, por el impulso que tenían de embestirles, morderlos y destrozarlos: ninguno sobrevivió en este estado mas allá de cinco días,

7° Después del año de 1808 ha ido terminando esta terrible epidemia; y aunque de quando en quando se vé en los campos uno u otro

16. La matanza, así iniciada, se ha convertido en una costumbre de aniquilamiento anual de estos confiados compañeros del hombre. En las bellas mañanas de verano, el alarido de los pobres animales suena en los oídos pues los aguateros empleados para matarlos con sus varas con punta de hierro los persiguen por en las calles, e incluso, en las mismas puertas o entradas donde las criaturas buscan protección en vano (N. de Smith).

Ver que son arrastrados por las calles, amarrados con el lazo del aguatero, dejando un rastro sangriento tras ellos, y después amontonados en las plazas públicas, donde se les deja, a menudo, yacer durante días, es verdaderamente una de las escenas más penosas y desagradables de Lima, incluso, si se compara con las sangrientas escenas del coso taurino, esta matanza resulta mucho más violenta (N. de Smith).

perro corriendo velozmente de acá para allá, y mordiendo á quantos encuentra lo mismo que acaecía con muchos perros poseidos de la legítima hidrofobia, no apareciendo ninguna resulta, puede reducirse esta enfermedad á la que Mr. Colombier nota que acomete á los perros poniéndolos furiosos, y excitándolos á morder; pero que no pertenece á la hidrofobia. Sin embargo lo mas seguro es matarlos, é implorar del padre de las misericordias no vuelva á estos países una calamidad tan acerba.

*Canis ore timendo,
ore vomit flammam.*
German. Arat.

Pájaros¹⁷

Las playas del mar del sur están cubiertas de innumerables pájaros, entre los cuales se distinguen por su incalculable número los *huanáes*, de cuyo estiércol creen algunos formarse aquel huano,¹⁸ ó tierra colorada de olor penetrante, y alcalino, con que abonándose las tierras triplican, y quatuplican sus frutos: descubrimiento que hicieron los antiguos Indios, maestros consumados en la agricultura. Entre los pájaros las gaviotas, garzas, y patos, y algunas otras familias descienden á la costa por el otoño de las lagunas de la sierra, y permanecen en ella hasta la entrada del estio: en que regresan. Para emprender este viage se levantan en la mañana en partidas numerosas, y como a poco

17. Título del párrafo 13 en el original de Unanue que Smith ha convertido en subtítulo (N. de la T.).

18. Esta tierra o huano, como he sido informado, es un artículo de comercio en el puerto de Ilo. De ahí es trasladado a las cercanías de Arica, el valle del Tambo y Arequipa, y vendido a tanto por quintal. Cuando se le frota entre los dedos emite un hedor insoportable. Se paga diezmo sobre este valioso estiércol, que siempre se coloca al lado en un montón y como el resto es llevado por asnos. En Huacho, al norte de Lima, abunda el excremento de aves, y creemos que es empleado como estiércol. Pero, en general, el suelo en el Perú no recibe nutrientes en la superficie; aunque cerca de Arequipa en particular, la industria agrícola de los antiguos indios ha sido imitada por sus descendientes, quienes por medio del huano obligan a la misma parcela de tierra a rendir varias cosechas anualmente.

espacio tropiezan con los cerros altos que no las dexan pasar, se elevan arremolinándose, y formando con su vuelo unas curvas espirales hasta que superadas las cumbres pueden seguir el viage en linea recta.

[13] Es frecuente ver colocarse en medio de las espiras un Condor,¹⁹ ó para servir de conductor, ó para hacer alarde de la poderosa fuerza con que se remonta el mayor, y mas vigoroso de los volátiles.²⁰ En su aspecto exterior lleva el macho muchas señales de dignidad, que le diferencian de la hembra: tales son la cresta que le sirve de corona, la cútis floxa negruzca, que se le plega sobre la cabeza, y recogiénose para atrás- en forma de rizos figura una peluca; y las manchas que le cubren las alas, que recogiénose sobre la espalda del ave quando se pára, figuran una capa. Véase la excelente memoria de los Sres. Humboldt, y Bonpland sobre la Historia Natural del Cóndor impresa en París en 1807. Santiago Cárdenas, mas conocido con el nombre de Santiago el volador, observó por muchos años el vuelo del Cóndor con el designio

-
19. Cuntur de Ccuncuni oler mal, porque el Condor hiede. Este nombre, y el de Puma fueron célebres entre los antiguos Peruanos: se apellidaron con ellos diferentes familias ilustres, cuyos descendientes subsisten todavia ocupando los empleos de caciques. Parece, conforme al significado de las voces, que habia dos órdenes de distincion en el Imperio; conviene á saber la del Condor, y la del Leon, y que de allí nacían estos apellidos *Apu-Cuntur*, gran Condor, como si dixeramos grande *Aguila*. *Cuntur-pusac*, Señor de ocho condores. *Cuntur-canqui*, Condor por excelencia ó gran Maestre de la Orden. *Colqui-puma*, Señor del Leon de Plata. *Cuntur apachecta*, se nombran por singularidad los picos mas altos de los Andes, para denotar que son los sitios á donde solo el Condor entre los volátiles puede remontarse y anidar.
20. Me permito observar que el gallinazo o buitre común es un ave carroñera mansa y muy útil, a la que le agrada mucho situarse en los campanarios, muros elevados y techos de las casas; pero, con referencia, al fuerte y elevado cóndor, nunca lo he visto volar sobre las ciudades populosas ni pararse en los campanarios, como si este rey de las águilas hubiera encarnado el espíritu de orgullo imaginado por el Dr. Unanue (N. de Smith). [Hay que aclarar que con *espira*, Unanue se refiere a las vueltas de una espiral, es decir, a la que forman con la fuerza de sus alas los cóndores al volar; probablemente, Smith pensó que *espira* era una traducción de *spire*, que efectivamente significa campanario en inglés. De ahí, la preocupación que tuvo en subrayar que los cóndores no se apostaban en campanarios; aunque Unanue realmente no había dicho tal cosa (N. de la T.)].

de imitarle, y dexó escrito un tomo en quarto, que he depositado en la Biblioteca del Colegio de San Fernando.

[14] En esta obra distingue tres diferencias de Cóndores 1^a *Moromoro* con golilla y capa de color de xerga, ó ceniciento: tiene de embergadura de 13 á 15 pies. Este es el mas fuerte, y el que extendiendo las nerviosas alas hace alarde de bregar contra el viento balanceándose magestuosamente sin aletear; y al que particularmente se le atribuye, de que arrebatando los recién nacidos corderillos, se los pone sobre la espalda, afianza con el pico vuelto hacia atrás, y luego emprende el vuelo huyendo con su presa.²¹ 2^a Cóndor de golilla y capa musga, ó color de café claro: tiene de embergadura de 11 a 13 pies, y es ligero, y atrevido. 3^a Cóndor de capa y golilla blanca: tiene de embergadura de 9 á 11 pies, y es el mas hermoso y numeroso de la especie. Habita el Cóndor en los altos riscos de los Ándes, y según las observaciones de Santiago hace diariamente dos viages á la costa: en busca de alimento, lo que denota su velocidad prodigiosa. En la anatomía que hicimos de esta ave, no encontramos vaso aéreo que comunicase al pulmon con la substancia esponjosa de las clavículas, ni comunicación del buche á la traquea. La cavidad interior del pecho está rodeada de una pleura fina y transparente, que forma varias celdillas: los pulmones bajan hasta el vientre, y están adherentes por su parte posterior á las costillas y espinazo, en cuya union se hallan estas perforadas, y con comunicación á lo interior de su cuerpo esponjoso. El texido del pulmón es poroso, y así luego que se sopla por la traquea y se le infla, despide mucho aire que llena todos los escondrijos grandes, y pequeños que le rodean, y tambien los huecos del esternón y costillas. Las enxúndias del Condor son un excelente resolutivo en los tumores duros de los pechos, y de otras partes del cuerpo; y los Peruanos, le atribuyen ademas tantas virtudes quantas

21. Que esta creencia en la fuerza y el coraje del moromoro se base en los hechos no es improbable; y que se creyera en tiempos antiguos que el cóndor, antes de que los ovinos y corderos fueran conocidos en los Andes, el cóndor arrebatava a los infantes, se deduce de los pequeños vasos para beber que a veces se extraen de las guacas, en las que la piedra se relieva para representar al cóndor llevándose a un niño en sus garras. Las piezas de plata que por lo general se encuentran en las guacas son representaciones de objetos naturales.

los Europeos al Chibato, del que dice uno de sus Médicos que *totus est medicamentosus*.

Insectos²²

[15] Es constante que los países húmedos, y calientes, qual es el de Lima, son infestados de enxambres de pequeños insectos, como moscas, mosquitos, zancudos, pulgas, &c. y así no ha faltado entre los viajeros quien escriba qué por esta causa no se podía habitar en Lima, lo qual es falso, porque la poblacion y el aseo ahuyentan estas sabandijas. El invierno en Lima con ser tan suave aniquila las moscas y los zancudos: mosquitos no hay en las casas en ninguna estacion del año. Las moscas, y los zancudos se multiplican en el estío, y los zancudos son muy incómodos en especial por las noches porque no dexan dormir con el zumbido de sus alas, pero en cuidando de que no haya en las casas aguas, que por su detención esten próximas a corromperse, se las liberta de este insectillo, que nace de los gusanillos que crian semejantes aguas: las moscas tampoco molestan por su número en las casas en que se cuida de la limpieza. El piojo se puede reputar estéril en la costa y fecundísimo en la sierra: las pulgas, y las chinches persiguen al hombre en todas partes, y de estas incomodantes tribus no está mas poblada Lima que las Ciudades de Europa, y pues solo en París hay setenta y siete especies de chinches.²³

-
22. Título del párrafo 15 en el original de Unanue que Smith ha convertido en subtítulo (N. de la T).
 23. Iturre carta al Señor Muñoz: los zancudos, moscas y mosquitos son impertinentísimos en Andalucía. [*Nota Bene*. No me aventuro a decidir este asunto, sea que el chinche es más abundante en la metrópoli francesa o la peruana; sin embargo, considero importante señalar, por su conocimiento del hecho, que el único medio efectivo de destruir estos insectos en Lima, donde son realmente una gran molestia, es cepillar la cama con una infusión de semillas aplastadas de la anona (de Lambayeque) con jugo de lima o limón. Para otra de serie de torturadores, *las pulgas*, los lugareños utilizan trampas, que consisten simplemente en una pieza de *bayeta* o fieltro, que se coloca donde se siente que pica el enemigo, y tan pronto como las pulgas entran ahí, quedan enredadas en las fibras, que se les atrapa y se las mata inmediatamente —pues incluso la mano más justa no puede mostrarles

[16] El impertinente, y molestísimo insecto de la tórrida es el *pique*, que en otras partes nombran nigua: inmundo al extremo busca los corrales donde están los cochinos y en ellos se multiplica al infinito: los muladares inundados de orines hierven de piques, que tambien andan tras los pies del hombre, persiguiendo con encarnizamiento á los *pe-suñentos* y demás que no cuidan de su aseo. Menor que la pulga aunque de su color, se introduce por entre los zapatos y medias para aposentarse en las partes mas delicadas del pie, como son las hendiduras de la planta, y debaxo de las uñas: ahí se clava causando tanto dolor como causa la punta de una aguja, y se afianza de manera que es muy difícil desprenderle. En queriendo practicarlo se maltratan por lo regular las carnes con las picadas que hacen las puntas de la aguja, ó alfiler con que comunmente se extrae, se ensangrenta la parte de la qual quiere arrancarse, y lo que al fin se consigue es partirle, quedando clavada la mitad que excita mayor dolor que el que produce estando entero. Por esta razón los experimentados se están quietos quando perciben que se les ha clavado algún pique, dexándole crecer uno ó dos días de jaxo de la epidermis: aquí forma su nido, y este mínimo y negro insecto vá convirtiéndose en un globo blanco como una mediana perla, afianzado á la cútis por el punto por donde se clavó en ella, que es su boca, con la que chupa el jugo que le nutre y aumenta su cuerpo: luego que ha crecido no es otra cosa que un conjunto de innumerables huevecillos ligados por un gluten blanco, y cubiertos de un comun cuero que en forma de globo los encierra á todos. Mientras el pique crece casi no causa incomodidad; mas luego que ya ha tomado el debido aumento, sino se le extrae, punza dolorosamente. Á dos ó tres dias de introducido ya está en estado de

— . Es curioso observar que, cuando uno está afectado por un ataque de tercianas, las pulgas no se le acercan siquiera: sea la sangre atercianada o la transpiración les disgusta.

A veces, una plaga de insectos, en este caso de langostas, puede despojar, en muy corto tiempo, todas las hojas de los árboles aromáticos que se encuentran en los valles cálidos; asimismo, las orugas y mariposas de gran belleza devoran las coliflores. La luciérnaga a menudo brilla entre las arboledas y pasajes en una noche tibia y oscura; y en Tarma, celebrada por la bella textura y lindos colores de sus ponchos, se cría la cochinilla en almácigos de cactus plantados con ese fin por todo el pueblo (N. de Smith)].

sacarse. En esta operacion son diestrísimos los Negros por el continuo ejercicio que tienen en sí mismos. La practican separando cuidadosamente con la punta de un alfiler la epidermis debaxo de la qual está la nigua, la que despues solo queda prendida por su boca roxiza, entónces la ensartan por el centro del globo, y la extraen: debe cuidarse mucho de que no se rebiente al tiempo de la operación, porque en este caso quedan derramadas varias liendres que son otras tantas sabandijas parasíticas que infestan el pie, y porque si se ha dexado parte del zurron sobrevienen inflamacion, dolor, y supuración para arrojar este cuerpo extraño. El hueco que el pique dexa en el pie, se llena con tabaco en polvo; ó con ceniza de cigarro, lo que se executa con el designio de que el tabaco, como irritante y corrosivo, restriña los vasos, que puedan haberse abierto, y consume qualquier pellejito que haya quedado, y se evite el dolor que sobreviene quando se dexa á que lo pudra el cuerpo viviente en que se halla. Sin la operación de la extracción se matan los piques frotando las partes en que anidan con unguento mercurial, ó con una mezcla de azeite y xabon: de uno ú otro modo mueren, y se desprenden en forma de costra. El azeite aplicado tibio alivia las partes que han quedado lastimadas de resulta de la extraccion de los piques: y es necesario que el que los ha tenido cuide mucho de no meter los pies en agua fría miéntras no estén enteramente sanos, porque corre el riesgo de contraer la terrible, enfermedad del pasmus.

Animales perdidos ²⁴

[17] A pesar de la distancia en que hoy moran diferentes naciones de la tierra, se encuentra en sus tradiciones, que sus antepasados vieron un mismo objeto, cuya descripcion ó imágen fueron después aplicando, segun las ocurrencias análogas que les ofrecían sus opiniones, religión, ó costumbres. *Jehova* en medio del magestuoso aparato de los relámpagos y truenos descende á la cima del Sinaï, á intimar la Ley á los

24. Título del párrafo 17 en el original de Unanue que Smith ha convertido en subtítulo (N. de la T).

Hebreos. Está augusta imagen del poder y la grandeza divina, es luego aplicada á Júpiter vibrando rayos contra el ejército Griego- desde la cúspide del Ida, y el *grande hombre*, no aparece de otro modo sobre los montes del Ohío para exterminar con sus dardos un feroz animal que asolaba las campiñas.²⁵ Así tambien baxó en otro tiempo el Ángel Celeste sobre la punta de Santa Elena en la América meridional, para arruinar una raza impura y feroz de Gigantes, que habiendo aportado allí de regiones desconocidas asolaban el país.²⁶

[18] Los Indios de uno y otro hemisferio comprueban la verdad de sus tradiciones con las grandes muelas que se hallan soterradas en los sitios indicados. En el Perú se encuentran igualmente con otros huesos de enorme magnitud en la Provincia de Chichas cerca del trópico de capricornio, y no faltan rastros de ellas en el reyno de Chile.

[19] He tenido quatro de estas muelas, de las cuales conservo una en la Biblioteca del Colegio de Medicina de San Fernando. Comparadas entre si hé juzgado por su configuracion, que no pertenecían á un mismo elefante focial; sino que tres eran de la especie del *Mammoth*, y una de la del *Mastodonton* de Cuvie. De donde se sigue que estos corpulentos cuadrúpedos, que habitaron en tiempos remotos en la Sibéria y Norte America, penetraron en la Méridional donde han dexado á sus naturales en los despojos de su ruina un recuerdo de la existencia y castigo de los gigantes antidiluvianos. ¿Estos fragmentos huesos reputados por partes de su esqueleto, no serán mas bien petrificaciones de tierras y aguas calizas? Entre los pueblos de los Chorrillos y Miraflores en el sitio que llaman la *calera* destila al pie del barranco una agua caliza, que á las piedras que baña las dexa cubiertas de unas láminas, que tienen el mismo aspecto que las láminas huesosas del cráneo humano.²⁷

25. Los Indios de la América del Norte llaman á Dios el gran hombre (Jefferson 1801: 56).

26. Garcilaso, t. I: 313. [Garcilaso de la Vega 1976, vol. 2, p. 226, lib. IX, cap. IX (N. de la T.)]

27. Por la interrogante y observación final del Dr. Unanue es evidente que este sospechaba que algunos especuladores de la ciencia de la geología tenían una buena

**DESCRIPCIÓN GEOGNÓSTICA DE LA REGIÓN CIRCULANTE DA AREQUIPA,
CON UN ANÁLISIS DE LAS AGUAS MINERALES EN LAS CERCANÍAS
DE DICHA CIUDAD**

Según la *Guia política, eclesiástica y militar del virreynato del Perú*,²⁸ publicada por el Dr. Unanue, la ciudad de Arequipa está situada a los 16°13' 20" latitud sur, y a una distancia de treinta leguas de Islay, su actual puerto marítimo. Al navegar por mar al puerto de Chule, el volcán de Arequipa (que ahora no emite lava), que describen semejante a un pan de azúcar con la punta roma, solía ser el hito para los pilotos españoles en la costa del Mar del Sur. Cuenta con una población aproximada de 20.000 habitantes, entre las cuales hay poquísimos negros o pardos.

Hacia fines del siglo XII, Maita Capac, cuarto soberano del Perú, hizo poblar el valle de Arequipa con 3000 familias entresacadas de las provincias inmediatas, y algunos dicen que el nombre de Arequipa se origina en esta época inicial, pues en la lengua indígena la palabra Arequipa significa ““si os está bien quedaos””, en alusión a la licencia que el Inca dio a algunos de sus capitanes para que poblasen este vergel situado en medio del desierto.

La ciudad fue fundada en 1540 por orden de don Francisco Pizarro, dada en el año anterior. Los terremotos de los años de 1582, 1600,

pizca de credulidad; y también parece que él mismo no había examinado los fragmentos óseos a los que hace referencia. Si hubieran llegado a sus manos, probablemente hubiera sido capaz de confirmar trazos específicos y distintivos los cuales podrían haberle servido para convencerlo de que los dientes en su posesión no eran solo por referencia sino realmente piezas de esas osamentas de las cuales parecían haber sido tomadas. Podemos creer que fueron llevadas a Lima debido a su tamaño más transportable; pues los demás huesos habrían sido considerados demasiado pesados para trasladarlos por personas que probablemente no conocían su valor científico (N. de Smith).

28. Unanue publicó cinco guías de este tipo correspondientes a los años 1793, 1794, 1795, 1796 y 1797. En la guía de 1793, Unanue anota que la población arequipeña correspondía a 23.988 almas. ([1793a]: 95). Esta cifra se repite en las guías de 1796 y 1797 (N. de la T.).

1604, 1687, 1715 y 1784, han causado en ella estragos espantosos.²⁹ Todo Arequipa es un paisaje volcánico, cuya historia natural es muy interesante, como podemos confirmar de la descripción siguiente, tomada de un trabajo escrito originalmente y publicado en castellano, por don Mariano Rivero, Director General de la Diputación de Minería en el Perú. Este trabajo tiene deficiencias en el análisis químico minucioso, pero ostenta el mérito de ser el único, hasta donde alcanzo, que ha sido escrito por un peruano sobre los temas que abarca.

Descripción geognóstica³⁰

Todos los alrededores de la ciudad de Arequipa se componen de productos volcánicos, tanto que sus edificios están construidos con una roca blanca, muy ligera y áspera al tacto, que contiene pedazos de pómez y de lava, y se llama en el país piedra de sillar, siendo en realidad un verdadero traquito que se encuentra en diferentes partes á distancia de un cuarto ó dos de legua, — y a veces á diez leguas como en la quebrada del camino de Islay—. En la senda que conduce á la quebrada de Yura, ademas de los pedazos rodados y de la arena, se encuentra el

29. El Dr. Unanue registra los años de grandes sismos en el Perú de esta manera:

Arequipa	Lima	Quito
1582	1586	1587
1604	1630	1645
1687	1687	1698
1715	1746	1757
1784	1806	1797

El mismo autor también menciona los siguientes años de erupciones volcánicas:

En Quito

Cotopaxi: 1534, 1742, 1744

Pichincha: 1539, 1566, 1577, 1660

En Arequipa

Quinistacas: 1600

30. Se incluye el texto original que fue traducido por Smith y que pertenece al de Rivero y Ustariz (1857, vol. 1: 115-158). Probablemente, Smith tuvo acceso a dicho trabajo ya que este fue publicado con anterioridad en forma de folleto, en 1827. El subtítulo de “Descripción geognóstica” proviene del texto de Rivero (N. de la T.).

pórfido traquítico formando terrenos, y en trozos grandes destacados: la masa principal es compacta, de un color negro parduzco, con cristales de feldespatos blanco vidrioso, y lentejuelas de mica bronceada, y pasa, por la descomposición, á un traquito ceniciento, menos duro que el primero y muy áspero al tacto: —los cristales de feldespatos y de mica, no sufren descomposición—. Los cerros contiguos están formados de estas mismas rocas, sin presentar una estratificación decidida. Se encuentra en varios puntos una roca, que así por su grano y poca dureza como por los pedazos de traquito que contiene y por su color medio rojo, parece mas bien una aglomeración hecha por las aguas que una roca antigua. Las aguas que corren por estos lugares y el continuo tránsito forman escavaciones bastante profundas, y con mucha razón se les da á estos sitios la denominación de *angosturas* pues no hay en ellos sino vara y media de ancho. El camino está cortado en diversas partes por muchas quebradas, por donde corren las aguas que bajan del cerro nevado llamado Chachani. Como á una legua antes de llegar á Yura se observa una estratificación horizontal que está al otro lado de la quebrada y se estiende hacia el O., presentando un contraste interesante con la cordillera del E. y los cerros que están á esta banda. No es menos digno de la observación de un geognosta el reconocer que en medio de tanta aridez se ve en la profunda quebrada de Yura, un terreno cuyo fondo alegre y verde puro sirve de consuelo, ó como de calmante á los males del peregrino enfermo que va á buscar la salud en la piscina de los baños de la quebrada, aunque esta se halla desprovista de las cosas necesarias, y aun de la sociedad que podría hacer mas soportable este lugar solitario.

La quebrada de Yura, cuya dirección va del E. al O.» es en muchas partes sumamente angosta, como en el sitio donde están los baños; pero hacia la calera se esplaya, y sus habitantes se aprovechan de este espacio para poner alfalfa, y recoger el subcarbonato de sosa, llamado *salitre*, con el que hacen el jabón que se consume en Arequipa.³¹ (1) Pasada la distancia de mil varas, vuelve á estrecharse hasta reunirse

31. Cada topo, es decir una estension de 5000 varas cuadradas, de este terreno vale 1000 pesos, y se saca de él, cada mes y medio, una cosecha de salitre.

con la quebrada del Rio de Yura que corre NE. al SO., y luego sigue la dirección del O., pero mas angosta y profunda. Un riachuelo que forman las vertientes que nacen del cerro llamado Horqueta, situado á la cabecera de la quebradita, riega algunas tierras que están á su pié; y siguiendo su curso hácia los baños, pasa á distancia de una vara de ellos, dejando ya de ser agua pura por reunirse con los muchos y abundantes ojos que brotan un poco mas arriba, —como lo he visto en una zanja que se abrió últimamente—. Este riachuelo sigue la dirección de la quebrada, y sus aguas, impregnadas ya con sustancias salinas, riegan los alfalfares y contribuyen á aumentar el producto del subcarbonato de sosa. Por último, se reune con el río de Yura, el cual en tiempo de lluvias es sumamente peligroso pasarlo por su corriente y por las muchas piedras que acarrea.

Los terrenos que se observan en ambas quebradas son los volcánicos y los de transición: los primeros se estienden hasta cien pasos mas allá de los baños de hierro; siendo la roca predominante un traquito, color de ceniza claro, con pedazos de feldespato blanco, medio descompuesto, piedra pómez y láminas de mica negra. En algunos trozos se ven en glóbulos la sustancia llamada *perlita* y pedazos negros que por su aspecto y por las concavidades que tienen son semejantes á una lava. Subiendo la quebrada, un poco mas arriba de los baños de azufre, se encuentra el pórfido, cuya masa principal es negra y compacta, presenta fractura concoidal, contiene cristales de feldespato blanco y pasa, por una descomposición, á una roca cenicienta, menos dura, y más áspera, en la cual se halla el conducto que despide vapores de azufre, y según mi sentir, es un cráter antiguo. En sus paredes se deposita el azufre en cristales octaedros agudos, bien determinados; mas en algunos pedazos que poseo el azufre puro está en masa. Cubren estas rocas un terreno arrisco que por su grano grueso, su testura, su composición y su color medio rojo, y por contener fragmentos de rocas volcánicas, parece ser una aglomeración arenisca que es bastante consistente para cortarse, y servir en las construcciones de los edificios. Hay lugares, como en la Calera, y cerca de los baños, en que tiene de grueso muchas varas. Este terreno reposa sobre los de transición.

Los terrenos últimamente mencionados ocupan toda la parte del N. y del O.: se componen de un *gres* (piedra arenisca) semi-compacto

en algunas capas, y de grano fino en otras. Su color es de un blanco sucio que tira al verde, y pasa al negro claro cuando está cerca de las capas del esquito hojoso negro, con el que alterna. Contiénense en este gres lentejuelas pequeñas de mica, y se sacan láminas de él de mas de una vara de largo y de una cuarta de ancho, las que sirven para enlosar las partes superiores de las calderas en donde se hace jabon. El esquito negro se divide también en láminas bastante grandes; pero, por lo regular, es muy quebradizo, formando pequeños pedazos que ruedan hacia el fondo de la quebrada. Una sustancia pesada de color negro, que se separa en trozos y hace efervescencia con los ácidos, se halla en el esquito y cerca de las capas de gres; parece ser el *carbonato de hierro litóideo*, semejante al que se encuentra en las minas de carbon de Inglaterra y Francia. En el esquito he observado impresiones de plantas y vestigios de carbón de piedra, cristales y hojitas de yeso. El terreno de transición se estiende al N. y al O. á grandes distancias. Se me aseguró hallarse también cerca del pueblo de Yura el carbon de piedra. Sobre el terreno horizontal de gres, cuya dirección es del E. al O., inclinándose al N., se observa el yeso blanco, compacto, hebroso, de *Sinchita* que dista seis leguas de la quebrada: —el que según mi modo de pensar pertenece al yeso de la quebrada de Vítor—. En la banda del Sur del rio Yura, en el sitio denominado Calera, se encuentra en capas considerables en grueso, pero de poca estension, una piedra de cal cuya estructura es celulosa, porosa y compuesta, en gran parte, de tubitos muy pequeños, y delgados: su color es blanco sucio, y por todas sus señales y caracteres, parece deber su origen á infiltraciones. Con esta piedra se hace la cal que consumen Arequipa y sus alrededores.³²

El análisis de las aguas de Yura fué hecho por el célebre naturalista Haenk en el año de 96; mas no habiendo determinado este sabio sus partes constituyentes, yo tengo el honor de presentar hoy al público el resultado de mis investigaciones sobre esas aguas y sobre las de otros puntos, de que hacen uso los habitantes de la ciudad. En la quebrada estrecha de Yura hay dos sitios donde brotan manantiales de aguas termales que distan uno de otro como 150 varas. El primero, viniendo de la Calera, está á mano izquierda en el mismo camino, y se llama *agua*

32. La fanega de cal de tres arrobas vale en el sitio dos reales.

de hierro; el que está mas arriba se denomina *agua de azufre*. Empezaré, pues, por el agua de hierro.

El agua de hierro³³

De un llanito cubierto de grama, distante tres varas del arroyuelo y cuatro de la roca traquítica cenicienta, revientan unos ojos de agua á borbollones, formando grandes glóbulos, como si ella estuviera hirviendo. Su temperatura es de 94° termóm. de Fahr., siendo la del aire 68°. En el recinto pequeño en que se encuentran estos ojos hay pocitos á cortas distancias, cuyas temperaturas no difieren, excepto en uno que se halla á una vara del ojo principal y señala en el termómetro 67°, siendo digno de notarse por estar muy cerca del agua que indica temperatura mas alta. Todos estos pocitos rinden tributo al principal y al riachuelo; sus orillas y el fondo de uno de los baños contienen una sustancia amarilla muy fina que es el verdadero óxido de hierro. Estas aguas son cristalinas, sin olor, y de sabor medio ácido y astringente y desprenden un gas que en colectándose precipita el agua de cal y el acetato de plomo, cuyos precipitados se disuelven en el ácido acético con efervescencia. Enrojécese con ellas la tintura de violeta y el papel azul, el que pierde su color, secándose; —lo que prueba hay un ácido libre—. Agitadas, desprenden un aire con estrépito. Todos los ácidos, débiles y fuertes, hacen efervescencia con estas aguas. [...] El prusiato de potasa, cuando se le añade un poco de cualquier ácido, causa un precipitado azul, que es el prusiato de hierro. Hervida, el agua de hierro pierde la propiedad de hacer efervescencia con los ácidos, de precipitar con el prusiato de potasa y de ser astringente. Una botella de agua evaporada forma, durante la operación, un precipitado blanco y ligero, cubriéndose su superficie de una tela delgadísima. Continuada la operación hasta la sequedad dio 16 granos de sales, las que he analizado... [sigue una descripción de operaciones que Smith no tradujo]

Resulta del análisis que el agua de hierro está compuesta de las sustancias y proporciones siguientes:

33. Subtítulo agregado por Smith (N. de la T.).

Una botella de agua dio:³⁴

Acido carbónico	10 ½ granos
Acido muriático	2
Acido sulfúrico	¼
Total	12 ¾

Las sales se componen, por 100 granos, de:

Carbonato de magnesia	26 granos
Carbonato de cal	6
Muriato de sosa	15
Bicarbonato de sosa	40
Sulfato de hierro	3
Parte insoluble de sílice y sulfato de cal	8
Total	98

[...] Este agua se asemeja muchísimo á la de Seltz, á la de Spa, y á la de Calrábad por las sustancias que contiene. La cantidad de ácido carbónico que se desprende no se ha podido determinar por falta de instrumentos. El ácido carbónico de las sales es suficiente para saturar la cal, la magnesia y la sosa.³⁵

Virtudes medicinales del agua de hierro de Yura³⁶

Basándose en la autoridad de Haenk y del Dr. Vargas de Arequipa, Rivero señala que el agua de hierro es tónica, laxativa, desonte, diurética, etc.; por tanto, está bien aplicada para disipar la debilidad general, ciertas formas de hipocondría, dispepsia, y la debilidad producto de una vida depravada.

34. Smith agrega que la botella equivale a una libra y media (N. de la T.).

35. Aquí termina el extracto textual del trabajo de Rivero (1827: 116-123) (N. de la T.).

36. Este subtítulo es agregado por Smith, quien, a partir de aquí, sintetiza el texto de Rivero (1827: 123-124) (N. de la T.).

Agua de azufre³⁷

Los ojos de este agua, como ya hemos dicho, están mas arriba de los baños de hierro, situados en una angostura formada, por una parte, por la roca traquíica de esta banda, y por otra por el terreno de gres, sobre cuya superficie brota el carbonato de sosa. Una hendidura oblicua hasta la base de la roca traquíica, sirve de conducto á este agua termal que se reúne con la que sale del fondo del baño llamado Tigre. A corta distancia de este ojo hay otros que manan de otras hendiduras con una temperatura casi igual.

Se observa que el origen de estas aguas está á alguna distancia en el interior de la peña, y según mi modo de pensar, tiene comunicacion con el cráter que despide vapores de azufre y se halla á pocos pasos de este agua bajo de la misma casa donde yacen los enfermos. El principal objeto del agua, después de llenar un pocito que está al pié de la peña y servir para beber, es alimentar á los pozos de los baños. El agua sobrante de estos sale por un canalito fuera del cuarto, y va á reunirse con el riachuelo que pasa á tres varas de allí y á dos mas abajo del nivel de los dos ojos.

El agua de azufre sale en bastante cantidad, haciendo cierto ruido, y despidiendo un olor de gas hidrógeno sulfurado, equivalente al de huevos podridos y que se percibe á muchos pasos del lugar, cuando los vientos son del E. y del O. El desprendimiento del gas ácido carbónico origina el ruido, por las innumerables burbujitas que se levantan en su superficie; y al mismo tiempo ocasiona una lluvia de partículas de agua mezcladas con el gas carbónico é hidrógeno sulfurado: su color es blanquizco trasparente y deja en las paredes de estos baños y en los canales una sustancia blanca un poco sucia y muy fina, que se reconoce es el azufre impuro: su sabor es al mismo tiempo dulcete y ácido, dejando en el paladar un gusto de huevos corrompidos. En el cuarto de los baños hay cuatro pozos grandes de cal y piedra, iguales en sus tres dimensiones, los que se comunican entre si, y se llaman *tigre*, *sepultura*, *desagüe*, y *vegeto*: el primero señala en el termómetro de Fahr.

37. Aquí continúa el extracto textual del trabajo de Rivero (1827) (N. de la T.).

90°, el segundo 89, el tercero 88, y el cuarto 87 estando [sic] el aire de la habitación á 70. En el sitio en donde se descubre este agua nóntanse hasta 90°. Haenk en el año que hizo el análisis observó 86°, lo que prueba que la temperatura ha aumentado.

El gas que desprende este agua, colectado, apaga la llama, precipitándose el agua de cal; y el precipitado se disuelve en el ácido acético con efervescencia, precipitándose el acetato de plomo, de un color amarillo sucio. El agua enrojece el papel azul; pero secándose este recobra su primitivo color, lo que prueba hay un ácido libre: el papel de cúrcuma no muda de color, á menos que no se haya reducido a un volumen menor por la evaporación. Unas gotas de cualquier ácido producen efervescencia. El nitrato de plata da un precipitado de color morado: el acetato de plomo uno amarillo sucio: el muriato de barita uno blanco, pero es preciso añadirle algunas gotas de ácido: el prusiato de potasa lo produce azul, teniendo la precaución de reducir el agua y añadirle gotas de ácido nítrico, ó muriático: el amoniaco líquido la pone turbia, lo que indica que tiene magnesia: el sublimado corrosivo produce un precipitado medio oscuro, que hace efervescencia después con un ácido. Este agua corta inmediatamente la leche, enturbia el vino y los licores de duraznos y de peras, produciendo una efervescencia con los tres últimos. Un pedazo de plata limpia, puesto por algunos minutos en estas aguas, las pone un poco negras: agitándolas se desprende el gas carbónico con precipitación y toda el agua se llena de burbujas: hervidas pierden su olor, desprenden todo el ácido libre y no enrojecen ya el papel azul.

Cuatro botellas de este agua evaporada han dado cuarenta y tres granos de sales. Durante la evaporación la superficie se cubre de una tela blanca y se precipita una sustancia blanca, ligera, que es el carbonato de magnesia y de cal, abandonado por el ácido carbónico que lo tenia en disolución.

Cien granos obtenidos por evaporación han dado:

Parte insoluble, compuesta de sílice

y sulfato de cal

10 granos

Carbonato de magnesia

28

Muriato de sosa	14
Carbonato de cal	7
Sulfato de hierro	indicios
Bicarbonato de sosa	39
Total	98

El gas hidrógeno sulfurado y el ácido carbónico que se desprenden no se han podido determinar por carecer como he dicho de aparato.

El agua de los cuatro pozos que sirven de baños para los enfermos es idéntica á la que se ha analizado, con la diferencia de que en los tres últimos su temperatura es menor y no se desprenden en tanta cantidad el hidrógeno sulfurado y el ácido carbónico. El agua nueva de Haenk y otra que se ha descubierto últimamente poseen las mismas cualidades que las de los baños, y se diferencian en que no desprenden el gas hidrógeno sulfurado; la descubierta nuevamente, cuya temperatura es de 91°, contiene mas hierro, pero no en cantidad tan crecida como las del baño de hierro: su sabor es algo acídulo y dulcete y deja una cierta aspereza en el paladar. Se comporta con los reactivos lo mismo que las aguas de azufre.

Peculiaridades observables en los baños de agua de azufre ³⁸

[...] á los pocos ratos de haber entrado [en los baños], se cubre todo el cuerpo de innumerables perlas ó bolas de aire. Se siente un escozor moderado en toda la superficie del cuerpo, y poco después de haber entrado en el agua desaparece el olor de ella, causando solamente una leve molestia en la respiración por la gran cantidad de ácido carbónico y de hidrógeno sulfurado que á cada instante despide la superficie.

Efectos medicinales de las aguas de azufre. Según el Dr. Don José María Adriasola y Arve de Arequipa, se ha comprobado por experiencia que,

38. Subtítulo agregado por Smith. Este acápite proviene del citado trabajo de Rivero (1827: 128) (N. de la T.).

desde la remota antigüedad, los baños en las aguas de azufre de Yura han producido los efectos más saludables y específicos en una gran variedad de enfermedades cutáneas. En varios casos de malestares intestinales crónicos, y de disentería acompañada de úlceras intestinales y debilitamiento de todo el sistema, o lo que se llama equivocadamente tisis intestinal, el Dr. Vargas ha descubierto que estas aguas restablecen la saludable acción de los órganos digestivos, mantienen la adecuada secreción cutánea, y curan radicalmente casos sin remedio.

Estas mismas aguas también se consideran excelentes para la cura del reumatismo crónico, ciertos dolores espasmódicos y la contracción de las articulaciones, etc.

El señor Rivero da el siguiente método para que todas las personas enfermas se aprovechen con el uso de las aguas de azufre de Yura:³⁹

Es preciso que los cuatro ó seis primeros baños se los den en los pozos llamados desagüe o sepultura, cuya temperatura no es tan elevada, y que desprenden menos gases; por que metiéndose al pozo del tigre, que es el mas activo, siente el cuerpo una sensación muy desagradable, y al mismo tiempo acomete un afecto al pecho.

Para entrar es necesario estar descansado, sin sudar, libre de toda pasión, y en ayunas; durará, cuando mas, el baño tres cuartos de hora, y en el pozo del tigre 20' ó 30'; si la enfermedad lo exige podrán bañarse dos veces al dia; y se tomará una purga de sal de Inglaterra ó de crémor antes de comenzar á bañarse. La dieta será estricta, la misma que se ha prescrito para los baños de hierro; el ejercicio cotidiano es para que traspire el cuerpo, teniendo mucho cuidado de evitar cualquier aire y humedad, así cuando se sale del baño, como al hacer ejercicio.

Los efectos de estas aguas son muy lentos, y por esta razón en muchas de las enfermedades se requiere un continuo uso, y á la constancia deben hoy muchas personas una perfecta salud.

39. Rivero titula este acápite de su texto "Método para que todas las personas enfermas se aprovechen de todos los beneficios de estas aguas", el cual suprime Smith en su traducción. El extracto, aquí incluido, corresponde al texto original de Rivero (1827: 130) (N. de la T.).

LA NAVEGACIÓN A VAPOR

En el volumen I, p. 173 hemos aludido a las perspectivas de la navegación a vapor por el litoral del océano Pacífico, y ahora podemos agregar con gusto algunas informaciones acerca del este tema para que nuestros lectores lo examinen si no hubieran visto el informe de los comerciantes y residentes británicos de Lima y Callao, sobre la apertura de una comunicación directa a través de Panamá entre Gran Bretaña y la costa occidental de América del Sur.

La primera reunión sobre este interesante tema tuvo lugar en Lima, el 19 de agosto de 1836, y el 7 de septiembre en una asamblea pública se aprobó, unánimemente, el informe de la comisión comercial británica, y se ordenó que se imprimiera y circulara en inglés y castellano. De un folleto, acompañado de documentos que detallan el plan general de las operaciones propuestas por la Pacific Steam Navigation Company, impreso por J. M. Masías en Lima, extraemos la siguiente información auténtica sobre las estadísticas de comercio y la influencia favorable de la navegación a vapor:⁴⁰

ESTADÍSTICA COMERCIAL Y LA INFLUENCIA FAVORABLE DE LA NAVEGACIÓN A VAPOR

Solo desde que la dinastía española dejó de existir en América del Sur, las playas del Pacífico se han abierto completamente al comercio extranjero; y cuando se considera cuánto han sufrido estos países por las continuas convulsiones revolucionarias, el avance rápido del comercio

40. Si bien existe un folleto titulado: *Documentos para la proyectada campaña de la navegación por el vapor en el Pacífico* (1836), que contiene los acuerdos de la junta pública celebrada en Lima en el consulado británico en 1836; allí no se halla el texto que Smith incluye aquí. Es posible que haya sido publicado de forma independiente, pero no lo hemos ubicado. Sin embargo, hemos encontrado dicho texto en William Wheelwright, "A general plan of the intended operations of the pacific steam navigation company: with remarks of the passage of the Isthmus of Panama, the trade of the Pacific, &c." (en Campbell Scarlett 1838: 281-320). El texto tomado por Smith corresponde a las pp. 318-320 (N. de la T.).

y el intercambio es algo extraordinario. El siguiente estado de las importaciones procede de los mejores datos que se pueden obtener:

Gran Bretaña	12.000.000 dólares ⁴¹
América del Norte	2.500.000
Francia	1.500.000
España	1.000.000
Alemania y resto de Europa	1.250.000
China, Bengala y Manila	750.000
Brasil y Buenos Aires	800.000
Total	19.300.000 dólares ⁴²

De los cuales se consumen:

Chile	4.500.000 dólares
Perú y Bolivia	7.500.000
Ecuador y Nueva Granada	1.500.000
Centroamérica	2.000.000 ⁴³
México y California	3.800.000 ⁴⁴
Total	19.300.000 ⁴⁵

La pesca de ballena en el Pacífico puede calcularse como sigue: América del Norte 12.500.000 dólares

Gran Bretaña	5.000.000
Francia	3.000.000
Total	20.500.000 dólares

El total de la suma involucrada, incluida la pesca de ballena en el Pacífico, llega a casi 40 millones de dólares.

41. Scarlett (1838) indica 1.000.000 dólares (N. de la T.).

42. Scarlett (1838) indica 1.730.000 dólares (N. de la T.).

43. Scarlett (1838) indica 1.000.000 dólares (N. de la T.).

44. Scarlett (1838) indica 2.800.000 dólares (N. de la T.).

45. Scarlett (1838) indica 1.730.000 dólares (N. de la T.).

La influencia benéfica de la navegación a vapor por las costas del Pacífico, y la apertura de una comunicación con Europa y Norteamérica, vía Panamá, son temas de profundo interés no solo para los que se ocupan del comercio con el Pacífico, sino para todo el mundo comercial. Actualmente, la comunicación entre Perú y Gran Bretaña es larga y tediosa, en promedio demora unos cuatro meses; mientras que por la ruta propuesta se reducirá a poco más de un tercio, es decir:

Ruta	Días
Lima a Panamá	6 días
Pacífico al Atlántico	1
Istmo a Jamaica, a vapor	3
Jamaica a Inglaterra	36
Número total de días	46

Con la introducción de la navegación a vapor entre Jamaica e Inglaterra, el viaje de Gran Bretaña a Perú puede realizarse en poco más de un mes. La seguridad dada al comercio por esta rápida comunicación; las facilidades que tendrán los comerciantes para realizar sus envíos; el consecuente aumento del intercambio; la regularidad de noticias en las costas del Pacífico, tan deseables para el comercio británico; son puntos de interés universal. Para las escuadras estacionadas en esos mares, se ganará una inmensa ventaja con la facilidad de la comunicación y la mayor eficiencia de sus operaciones. La influencia moral resultante tenderá a fortalecer y apoyar a los gobiernos de los respectivos Estados frente a la usurpación de los demagogos revolucionarios.

Seguidamente incluiremos, basándonos en la misma acertada autoridad, las valiosas observaciones siguientes para aquellos que desconocen los parajes de Panamá, y las dificultades y comodidades que se encuentran al cruzar el istmo.

Las estaciones se distinguen en lluviosa y seca. De junio a noviembre se extiende la primera, y de noviembre a junio la segunda. Durante la estación lluviosa, el viaje del Pacífico al Atlántico puede realizarse en dos días; mientras que en la seca solo son necesarias veinticuatro horas; del Atlántico al Pacífico durante la estación lluviosa se necesitan tres días; y en la seca puede realizarse en dos días. Esta diferencia se debe a

la crecida del río producida por las lluvias. El viaje de Panamá a Cruces se hace en mulas, y la distancia es de veintiún millas de mal camino.

En Cruces, hay canoas de todos los tamaños siempre listas, en las que los pasajeros se embarcan para bajar el río hasta Chagres, el Puerto marítimo del istmo, donde se reembarcan en el primer navío que les sea conveniente.

El tránsito del istmo durante la estación seca no incómodo ni desagradable; las canoas están cubiertas: las provisiones, frutas, etc. abundan en las riveras del río; la temperatura, aunque cálida, es perfectamente saludable, y hay siempre seguridad personal. Durante las lluvias uno está expuesto a la intemperie y a la enfermedad consiguiente; pero si se abriera un buen camino y se tuviera un vapor en el río, no había peligro en ninguna estación, y el viaje de océano a océano se realizaría en ocho o nueve horas sin la menor incomodidad.⁴⁶

JUBILEO ECLESIAÍSTICO

El que sigue es un documento auténtico que se publicó en castellano,⁴⁷ aunque ya nos hemos al mismo en el vol 1, p. 132, aquí ofrecemos un análisis de su contenido.

Nos el D. D. Arzobispo electo de Lima &c. a nuestro clero, comunidades religiosas y a todos los fieles estantes y habitantes en esta nuestra diócesis. Por cuanto nuestro santísimo padre el señor Gregorio XVI Romano Pontífice y cabeza visible de la Iglesia Universal, movido por la vigilancia pastoral y amor paternal, propios de un sucesor de San Pedro, se ha dignado conceder JUBILEO GENERAL á todo el orbe católico, para que la común penitencia y oracion de los fieles alcance del Padre de las Misericordias y Dios de toda consolacion la cesacion de

46. Wheelwright, "A general plan of the intended operations of the pacific steam navigation company: with remarks of the passage of the Isthmus of Panama, the trade of the Pacific, &c." (en Campbell Scarlett 1838: 312-313).

47. Aquí hemos transcrito el texto original castellano publicado en *Relación sencilla del feliz suceso que ha tenido en esta ciudad, y en todo el arzobispado el jubileo santo promulgado con motivo de la exaltación al solio pontificio de S.S. el señor Gregorio XVI* (1835: 8-16) (N. de la T).

los graves males que aflijen á la Esposa de J. C.; y haciendo el supremo gobierno de esta República, siempre celoso de la observancia de la Religion Santa que profesamos, dado el correspondiente pase al Breve que con este objeto ha espedido S. S., cuyo tenor es el siguiente:

Despues de recibir en la Basilica Lateranense la solemne posesion del Pontificado, escribimos largamente del estado de afliccion en que se hallaba la Iglesia á nuestros venerables hermanos los Patriarcas, Arzobispos y Obispos, rogándoles encarecidamente por el celo y religion que les asiste, para que hechos un muro delante de Israel contra las maquinaciones que vemos con dolor se amontonan contra ella, empleasen todo Su estudio, consejo y diligencia en desconcertarlas. Á este fin les exhortamos que alzasen los ojos y las manos al cielo, de donde confiabamos que habia de venir el auxilio; estando bien seguros de que aplacado aquel que sujeta los vientos y los mares, la bonanza se restablece, y que de donde suben las humildes oraciones, allí desciende la misericordia divina.

Pero como prevaleciendo en todas partes la conjuracion de los malvados, la tempestad se arrecia todavía, hemos decidido publicar generales rogativas en toda la Iglesia, abriendo con este motivo los tesoros de las gracias celestiales, á fin de que dispuestos los ánimos á la piedad, y lavados santamente de la mancha de sus culpas, se hagan mas agradables á Dios, y mas aceptas sus oraciones, y sean éstas llevadas á su Trono en olor de suavidad. Así lo acostumbraron á hacer nuestros Predecesores, segun el antiguo instituto de la Iglesia Romana, y no solo en los primeros dias del Sumo Pontificado, sino sucesivamente tambien, cuando Dios se mostraba enojado con su pueblo: entonces recurrían al auxilio de las oraciones comunes, excitaban á la penitencia á todos, abriendo el sagrado tesoro de las Indulgencias, para que detestando sus iniquidades en una humilde confesion, se acercasen con confianza al Trono de la gracia; á Dios en fin, que tan propenso está á perdonar, y en quien la ira deja siempre lugar á la misericordia. Nos, por lo mismo y con igual intento, el cual con muchas y profundas oraciones recomendamos al Padre de las misericordias, concedemos Indulgencia á todo el orbe católico, á modo de Jubileo general, alentados con la agradable esperanza de que estos dias de tribulacion sean abreviados por aquel que es Autor de todo consuelo, y que cesando en fin las agitaciones, se establezca una imperturbable paz en la Iglesia y se asegure en todas partes la felicidad pública.

En esta razon, por la misericordia de Dios omnipotente, confiados en la autoridad de sus Apóstoles S. Pedro y S. Pablo, y en virtud de aquella potestad de atar y desatar que el Señor, aunque indignos, nos tiene conferida, damos y concedemos por el tenor de las presentes Letras plenísima indulgencia de todos sus pecados, en la misma forma que se acostumbra conceder en el año de Jubileo á los que visitan ciertas iglesias dentro y fuera de Roma, á todos y á cada uno de los fieles cristianos de ambas sexos residentes en esta santa ciudad, ó transeuntes en ella, que desde la cuarta Dominica de Adviento, esto es, desde el 23 de este mes hasta el 13 del siguiente Enero inclusive, primera Dominica después de la Epifanía y octavo día de la misma, visitaren dentro de aquellas tres semanas las Iglesias de S. Juan de Letran, del Príncipe de los Apóstoles y de Santa Maria la Mayor, ó alguna de ellas, orando allí devotamente algun tiempo, ayunando los miércoles, viernes y sábados de una de estas tres semanas, y en ellos se confiesen de sus pecados, y reciban reverentemente el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y dieren además algunas limosnas á los pobres, segun la devocion de cada uno. Del mismo modo se concede igual indulgencia á los que residan en cualquiera parte fuera de Roma, con tal que (además de practicar devotamente las demás buenas obras arriba dichas) visiten dos veces las Iglesias que designen los Ordinarios de los pueblos, ó sus Vicarios ú Oficiales, ú otros por su mandado, y á falta de éstos los que tengan la cura de almas, luego que estas nuestras Letras lleguen á su noticia: la visita de estas Iglesias, ó de alguna de ellas, se ha de hacer también por espacio de tres semanas, que serán designadas por los mismos al tiempo que designen las Iglesias.

Podrán tambien conseguir la misma indulgencia los viajeros y navegantes, si luego que se restituyan á sus domicilios visitan dos veces la Iglesia catedral, ó la mayor ó la de su parroquia, y practican además las buenas obras ya expresadas. Á los regulares de uno y otro sexo que viven perpetuamente en los claustros, igualmente que á cualquiera otros, ya legos ya eclesiásticos seculares ó regulares, que por estar encarcelados, cautivos, detenidos ó impedidos por enfermedad ó con cualquiera otro motivo que sea, no puedan cumplir con las obras piadosas mencionadas ó alguna de ellas, concedemos y permitimos que por alguno de los confesores, actualmente aprobados por los ordinarios de los pueblos, se les conmuten en otras obras piadosas, ó se las prorogue por algun tiempo próximo, y les prescriban las que los penitentes puedan ejecutar; extendiendo sus facultades hasta la de dispensar de la comunión á los niños que no hubiesen comulgado todavía ninguna vez.

Concedemos además licencia y facultad: todos y cada uno de los fieles cristianos seculares y regulares de cualquier orden é instituto, aun de aquellos que deben nombrarse especialmente, que para el efecto sobredicho puedan elegir por confesor á cualquiera presbítero, así secular como regular, siendo de los actualmente aprobados por los Ordinarios de los pueblos (incluyendo en esta gracia á las monjas, sea novicia ó profesora la penitente), el que pueda absolverlos, por esta vez sola, y libertarlos en el fuero de la conciencia de cualesquiera sentencias de excomunion, suspension y demás censuras eclesiásticas, fulminadas ó impuestas *ab jure vel ab homine*, por cualquiera causs (salvo las que adelante se exceptuarán), como igualmente de cualesquiera pecados, excesos, crímenes y delitos por graves y enormes que sean, aun de los reservados, bajo una fórmula especial, á los Ordinarios, á Nos y á la Sede Apostólica, y cuya absolucion no se entenderia concedida de otro modo en cualquiera confesión por ámplia que fuese. Igualmente damos facultad á los mismos para conmutar cualesquiera votos, aun de los hechos con juramento, y de los reservados á la Sede Apostólica, en otras obras piadosas y saludables, imponiendo sin embargo á estos penitente y á cualquiera de ellos en todos los casos referidos una saludable penitencia, y las demás que el confesor estime. Exceptúanse sin embargo de esta facultad los votos de castidad religion y obligacion aceptada por un tercero, ó en los que se trata de perjuicios de tercera persona, y lo mismo los penales que se llaman preservativos de pecado, á no ser que la conmutacion sea de tal naturaleza que baste á retraer al penitente de cometer el pecado no menos, que la anterior materia del voto.

Mas no es nuestra intencion dispensar por las presentes sobre cualquiera otra irregularidad pública ú oculta, defecto ó nota, ú otra incapacidad ó inhabilidad contraida de cualquier modo, ni conceder ninguna facultad por dispensar, ó habilitar, ó restituir al primitivo estado aun en el fuero de la conciencia, en los casos que acaban de expresarse: ni tampoco entendemos derogar la Constitucion publicada con las oportunas declaraciones por nuestro predecesor Benedicto XIV, de feliz recordacion, que empieza: *Sacramentum Poenitentiae*: y queremos que estas Letras no puedan ni deban sufragar de modo alguno á aquellos que por Nos ó por la Sede Apostolica, ó por cualquier Prelado ó Juez eclesiástico, hubiesen sido expresamente excomulgados, suspensos ó entredichos, ó declarados incurso en sentencias y censuras, ó denunciados públicamente, a menos que hubiesen satisfecho debidamente en las referidas tres semanas, ó concertádose con las partes interesadas.

Por tanto, y al tenor de los presentes, y en virtud de unta obediencia, ordenamos y mandamos estrechamente á todos nuestros venerables hermanos los Patriarcas, Arzobispos, Obispos y demás Prelados de las Iglesias, y á cualesquiera Ordinarios de los pueblos, en cualquier punto en que se hallen, y á sus Vicarios y Oficiales, y en su defecto á los que ejerzan la cura de almas, que recibida copia ó ejemplar impreso de las presentes Letras, las publiquen ó hagan publicar, cuanto antes lo crean conveniente en el Señor, segun las circunstancias de tiempos y de lugares, en las Iglesias y Diocesis, Provincias, Ciudades, Pueblos, Tierras y Lugares, y que preparando a los Pueblos con la predicación de la palabra divina, les designen la Iglesia ó Iglesias que hayan de visitarse, y el tiempo del presente Jubileo.

No obstante á lo aquí dispuesto las constituciones y ordenaciones Apostólicas, especialmente aquellas en que se reserva al Romano Pontífice la facultad de absolver en ciertos casos allí expresados, de tal suerte que á ninguno puedan sufragar facultades á esta semejantes, ó diferentes, á no ser que se haga expresa mencion, ó especial derogación de ellas: ni la Regla de no conceder indulgencias *ad instàr*; ni los estatutos, costumbres y privilegios, indultos y Letras Apostólicas de cualesquiera Ordenes, Congregaciones ó Institutos, en cualquiera manera concedidos, aprobados y renovados á las mismas Ordenes, Congregaciones ó Institutos y sus personas, aunque hayan sido corroborados con juramento, confirmacion Apostólica ú otra cualquier firmeza: pues todos y cada uno de los referidos, y otros cualesquiera en contrario, los derogamos por esta vez á efecto de lo arriba dicho: y si del tenor de aquellos debiera hacerse mencion especial, específica, expresa é individual, no bastando lo que se enuncia en cláusulas generales que importasen lo mismo, ó hubiera de usarse cualquiera otra expresion, ú observarse alguna otra formalidad determinada y particular; damos por suficientemente expresado dicho tenor, y por observada la referida formalidad en las presentes, no obstante cualquiera cosa en contrario. Y para que estas nuestras Letras, no pudiendo ser llevadas á cada lugar de por sí, lleguen mas fácilmente á noticia de todos, queremos que á los traslados ó ejemplares impresos de las mismas firmados por algun Notario público, y sellados con el sello de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se les dé en todas partes el mismo entero crédito que se daría á las presentes Letras si fuesen exhibidas ó manifestadas.

Dado en Roma en S. Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día dos de Diciembre de mil ochocientos treinta y dos, año segundo de nuestro Pontificado.=Por el Sr. Cardenal Albani, A. Picchioni, Sustituto.

Lima Setiembre 5 de 1834. Visto con lo espuesto por el Consejo de Estado en 3 del corriente: si el Metropolitano no duda de la autenticidad de este Breve, lo hará publicar en esta Diócesis y en las demas sufraganeas, con la calidad espresa de *sin perjuicio de la jurisdicción y facultades in-natas del Episcopado*. Al efecto devuélvase, quedando copia certificada.- Una rúbrica de S. E. P. O. de S. E.- Leon.

POR TANTO: constándonos la autenticidad del referido Breve, y en cumplimiento de lo que en él se ordena, mandamos publicarlo, y en efecto lo publicamos con la solemnidad debida así en esta Capital como en todas las Doctrinas de nuestra Diócesis, y en su consecuencia ordenamos y mandamos, que desde el día 2 del entrante Octubre hasta el día 7 del mes de Diciembre se hagan sucesivamente egercicios espirituales en las Iglesias de Santo Domingo, San Pedro, San Agustin, la Merced, San Francisco, San Lázaro, y Santuario de Cocharcas en los términos que hemos acordado y cuya distribucion se pondrá por separado, a efecto de preparar a los fieles para que puedan ganar el Santo Jubileo según y como se espresa en el enunciado Breve. El Jubileo se abrirá y empezará el Domingo 2º de Adviento, para lo que se cantará en esta Santa Iglesia Catedral una Misa solemne con sermón; á la que asistirá todo el Clero y Comunidades Religiosas, concluida la cual se entonará el Himno *Veni Creator*; y desde ese día hasta el 27 de Diciembre inclusive correrán las tres semanas designadas por S. S: para ganar el jubileo, el que se cerrará con una Misa solemne en accion de gracias, la que se cantará del mismo modo que la primera, y se practicará lo mismo en las demas iglesias del modo posible. Asignamos para ganar el Jubileo en esta Capital las iglesias de la Catedral, Santo Domingo, San Francisco, San Pedro, San Agustin, la Merced y la parroquia San Lázaro, las que visitarán los fieles por dos veces, o al menos una de las dichas Iglesias en las indicadas tres semanas, practicando al mismo tiempo lo demas que en el Breve se exige.

En los suburbios se publicará el jubileo, y se ganará en los mismos dias que en esta capital.

En las demas Parroquias de este Arzobispado correrán las tres semanas en que debe ganarse el Jubileo, desde la Dominica de Pasion in Albus inclusive de 1835, en consideracion á que ese tiempo es el mas aparente, porque en él todos los feligreses se congregan en las capitales de la Doctrina á cumplir con el precepto anual de la Iglesia.

Asignamos para ganar el jubileo en los suburbios y demas Parroquias del Arzobispado las Iglesias Parroquiales, las que visitarán los fieles por dos veces, cuidando de practicar lo demas que previene S. S.

Por lo que respecta a las comunidades religiosas de uno y otro sexo, enfermos, encarcelados, caminantes y navegantes, se estará al tenor literal del citado Breve. Y para que llegue á noticia de todos los fieles de este Arzobispado se fijará nuestro Edicto en todas las puertas de las Iglesias, y se remitirán los ejemplares necesarios á todos los Prelados y Párrocos del Arzobispado. Dado en Lima sellado con el sello de nuestro oficio, y refrendado por nuestro Secretario á 26 de Setiembre de 1834.- Jorje, Arzobispo Electo de Lima.

Por mandato de S.S. el Arzobispo mi Señor.- Dr. Manuel Gárate, Secretario.

“ADIEU A LIMA”, POR LANCE

Las siguientes líneas, con las notas agregadas, fueron escritas en medio de un gran sufrimiento mental y físico en el año de 1833, cuando el sabio y habilísimo caballero que las escribió se propuso retornar a su país nativo. Las escribió a sus amigos, entre los cuales el autor, para gran felicidad suya, ha ocupado un lugar de preferencia. Las notas no solo ilustran el “Adiós a Lima” de Lance, sino también varias observaciones incidentales que aparecen en las páginas anteriores, especialmente sobre las interesantes ruinas de Pachacámac, a las que se alude en el volumen I, p. 144.

“*Adieu a Lima*”,⁴⁸ por Lance

I

¡Bienvenido, tú, ondulante y oscuro mar azul!
Tu desventurado hijo soy,
El hijo de la isla que nutriste
Bajo el cielo del norte;

II

En esa tierra orgullosa -bautizada desde antaño
Para la libertad en tus olas-
confirmada en la gloria- el abrazo de acero nervado
De hombres que nunca serán esclavos.

III

En las playas del sur he permanecido mucho tiempo,
Mi vida se está desvaneciendo raudamente
Y el pesar con su lengua bifurcada
Me ha derribado por fin.

IV

Me arrojaré al seno de mi madre,
La mar inmensa oscura y azul:
¡Oh, llévame a anidar en mi isla,
A morir entre los libres!

V

¡País de los incas, te digo adiós!
Tu “vale” se dice pronto:
Ya no habitaré en ti
¡Por la cadena de oro de Huáscar!⁴⁹

48. El original está escrito en francés (N. de la T).

49. Véase Garcilaso de la Vega: *Huáscar* en quechua significa “cadena”, y ese Inca fue llamado así por una inmensa cadena de oro que se hizo en su honor. Si no recuer-

VI

Tu cetro fue empuñado antes por reyes,
Que no pudieron sostenerlo con firmeza;
Pero ahora tus hijos se arrodillan ante cosas
De un valor inferior aun al de los gusanos.

VII

¡Lejos! No me detendré a lamentar
Tus penas ni tu vergüenza;
Tampoco diré la angustia que he sobrellevado
Desde que llegué a tus costas.

VIII

Deja a la flauta India, tan suave y mansa,⁵⁰
Lamentarse de la caída del inca;
Y a la doncella india, con traje de luto,⁵¹
Recordar los males de su tierra:

IX

Y más triste aun, la cuculí
Quejarse en todos los valles,
Cuando el anochecer con su húmedo ojo
Restaure la hora del gemido.

do mal, Garcilaso nos dice que eran necesarios 800 hombres para levantar su peso. Está enterrada hasta hoy en un lago no muy lejos del Cuzco [Garcilaso señala, en realidad, que eran necesarios 200 hombres “orejones” (Garcilaso de la Vega 1976, vol. 2, p. 211, lib. IX, cap. I) (N. de la T.)].

50. Los indios del Alto Perú lloran a los Incas en “tristes” que tocan con una especie de flauta. En la época de los españoles, en cierto momento se les prohibió tocar estos aires dolientes por motivos políticos.
51. Muchas de las mujeres indias llevan un manto oscuro colgando del hombro izquierdo que cae hasta media pierna, como señal de duelo por sus Incas.

X

Me arrojaré al seno de mi madre,
La oscura mar inmensa y azul:
¡Oh, llévame a anidar en mi isla,
A morir entre los libres!

XI

¡Como campanas de plata, tus picos nevados
Están colgados sobre las nubes!
Es bello ver cuando rompe el día,
y los despoja de sus velos.

XII

Es bello ver en medio de los naranjales
Elevarse a los campanarios de Lima;
¡Pero más bello que esto o aquello,
es dejarlo todo atrás!

XIII

¿Entonces por qué mi pecho suspira?
¿Por qué brota la incontenible lágrima?
¡Hay parajes que es difícil abandonar,
Amigos queridos que el alma guarda!

XIV

Tu aguilera de señor, en la roca!⁵²
De ti me resisto a alejarme!
¡Junto con amados nombres, en el libro de la memoria
Sin duda el tuyo inscrito está!

52. Buena Vista, residencia del caballero John Thomas.

XV

Allá, con mi amigo, engañaría las horas
Llenas de devoradora preocupación
¡O recorrería el amplio corredor
Para recibir la agradable brisa!

XVI

O contemplaría la altura de Pachacamac⁵³
Mientras retumba una salva vespertina
¡Y vería su mística silueta dilatarse
Contra el sol poniente!

XVII

Y tú, querido huerto, bajo tu enramada⁵⁴
Cuán veloces volaron los momentos
¡Pasaron por la belleza de tus flores
Todavía mojadas en el rocío vespertino!

-
53. El famoso templo de Pachacámac, cuyas imponentes ruinas forman un conjunto hermoso desde Buena Vista. Pachacámac, como el templo de Cholula en la meseta de México, es una especie de montaña artificial o amplia pirámide escalonada de barro. Sería difícil encontrar una prueba más definitiva de la benignidad del clima que el que muestra en los muros interiores del templo, de donde el de barro, aunque expuesto por siglos a la acción de la atmósfera permanece hasta hoy con sus primitivas pinturas de colores rojo y amarillo ocre, tan intactas y frescas como si las hubieran hecho ayer. A propósito, sería pertinente mencionar que entre estas pinturas encontramos la que es llamada el pergamino griego, que, si no me equivoco, los griegos tomaron prestado de los egipcios. Esto puede servir para esclarecer en parte el origen de Pachacámac. Como la de México —con todavía un gesto más empático— la arquitectura monumental del Perú apunta a la familia ciclópea, los fundadores del templo de Babel y de las pirámides de Egipto. Creo que el templo de Pachacámac ya existía cuando esta parte de la costa fue conquistada por los incas, de modo que no se sabe su antigüedad (véase Garcilaso).
54. Old Green's Nonpareil, el lugar donde los Hearts of Oak se encuentran [“Hearts of Oak” (Corazones de roble) puede referirse al nombre una asociación, y de ahí la denominación de sus miembros (N. de la T.)].

XVIII

Como estrellas que buscan la luz la una de la otra,⁵⁵
para formar como dicen los poetas,
un sendero para los dioses, y durante la noche
su fusionado iluminación arrojan:

XIX

Aún así nos agrupamos allí, con almas
Que la amistad hizo una sola.
¡Pero escuchad! Suena la llamada a partir,
Amables amigos, debo marcharme.

XX

Me arrojaré al seno de mi madre,
La mar inmensa oscura y azul:
¡Oh, llévame a anidar en mi isla
A morir entre los libres!

55. La vía láctea, que a propósito, es mucho más grande en el hemisferio sur que en septentrional, parece haberse formado por la gravitación mutua de miríadas de estrellas. Los agujeros negros que siguen el curso de esta magnífica nebulosa, a cada lado de ella, son probablemente los espacios que las estrellas han dejado vacíos y sin luz (véase Herschel sobre las nebulosas).

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, José de

- 1590 *Historia natural y moral de las Indias, en que se tratan de las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas, y animales dellas, y los ritos, y ceremonias, leyes, y gouierno, y guerras de los Indios.* 2 tomos. Sevilla: Casa Juan de Leon.

BAQUIJANO Y CARRILLO, José

- 1971 “Historia de la fundación, progresos, y actual estado de la Real Universidad de San Marcos”. *Mercurio Peruano*, 2 (53): 160-167.

BASIL Hall

- 1824 *Extracts from a journal, written on the coasts of Chili, Peru, and Mexico, in... 1820, 1821, and 1822.* 2 vols. Edimburgo: Archibald Constable.

BLEST, Guillermo Cuningham

- 1828 *Ensayo sobre las causas mas comunes y activas de las enfermedades que se padecen en Santiago de Chile, con indicaciones de los mejores medios para evitar su destructora influencia.* Santiago de Chile: R. Rengifo.

BÓHL DE FABER, Juan Nicolás (ed.)

- 1821 *Floresta de rimas antiguas castellanas.* Hamburgo: Perthes y Besser. Disponible en: <<https://archive.org>> (última consulta: 05/06/2016).

CAMPBELL, Thomas

1845 “The pleasures of hope”. The poetical works of Thomas Campbell. Filadelfia: Lea and Blanchard.

CAMPBELL SCARLETT, Peter

1838 *South America and the Pacific. Comprising a Journey across the Pampas and the Andes, from Buenos Ayres to Valparaíso, Lima, and Panama*. Londres: Henry Colburn.

CARRASCO, Eduardo

1840 *Calendario y guía de forasteros de la República Peruana para el año de 1841*. Lima: Impr. de Instrucción Primaria.

CEMENTERIO GENERAL DE LIMA

1828 “Noticia de los cadáveres que [se] sepultaron en él desde su apertura en 1 de junio de 1808, hasta 31 de diciembre de 1827”. *La Prensa Peruana*, 12 de agosto de 1828, n.º 70: 3.

CÓRDOVA Y URRUTIA, José María

1992 *Estadística histórica, geográfica, industrial y comercial de los pueblos que componen las provincias del departamento de Lima*. César Coloma Porcari (ed.). Lima: Sociedad “Entre Nous”.

DE ALCEDO, Antonio

1788 *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales ó América*. 5 tomos. Madrid: Imprenta de Blas Román.

DE LA PEZUELA Y SÁNCHEZ, Joaquín

1947 *Memoria de gobierno*. Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena (eds.). Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

DE PIÉROLA, Nicolás

1828 *Calendario y guía de forasteros de Lima para el año bisiesto de 1828*. Lima: Imprenta de la Instrucción Primaria.

DEL PINO, Alberto Tauro

1987 *Enciclopedia ilustrada del Perú*. 6 tomos. Lima: Peisa.

DE TERRALLA Y LANDA, Esteban

1798 *Lima por dentro y por fuera*. Madrid: Imprenta de Villalpando. Disponible en: <<https://archive.org/details/limapordentroyf00landgoog>> (última consulta: 03/06/ 2016).

- DE ULLOA, Antonio y Jorge JUAN
 1748 *Relacion historica del viage à la America meridional*. 4 tomos. Madrid: Antonio Marín.
- 1836 *Documentos para la proyectada campaña de la navegación por el vapor en el Pacífico*. Lima: Imprenta de José M. Masías.
- FLACCO, Quinto Horacio
 1783 *Horacio Español, o poesias lyricas de Q. Horacio Flacco*. Urbano Campos (trad.). Madrid: Antonio de Sancha.
- GARCILASO DE LA VEGA
 1976 *Comentarios reales de los Incas*. Caracas: Ayacucho.
- JEFFERSON, Thomas
 1801 *Notes on the state of Virginia*. Filadelfia: R. T. Rawle.
- MILLER, John
 1910 *Memorias del General Guillermo Miller al servicio de la República del Perú*. José María de Torrijos (trad.). Madrid: Librería General de Victoriano Suárez. Disponible en: <<http://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=398129>> (última consulta: 06/06/2016).
- NASÓN, Publio Ovidio
 2002 *Metamorfosis*. Antonio Ruiz de Elvira (trad.). 2 vols. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 1976 *Nuevo Testamento. Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- ORBEGOSO, José
 1836 “Parte oficial. El Presidente provisorio de la república a los peruanos”. *El Redactor Peruano*, 4 (3): 1.
- PAREDES, Juan Gregorio
 1833 *Calendario y guía de forasteros de Lima para el año de 1833*. Lima: Imprenta de J. M. Masías.
- 1834 *Calendario y guía de forasteros de Lima para el año de 1834*. Lima: Imprenta de J. M. Masías.

1836 *Calendario y guía de forasteros de Lima para el año de 1837*. Lima: Imprenta de J. M. Masías.

1837 *Calendario y guía de forasteros de Lima para el año de 1838*. Lima: Imprenta de J. M. Masías.

PÉREZ DE TUDELA, Manuel

1832 *Memoria sobre el estado de la Hacienda de la republica peruana presentada al Congreso por el ministro de Estado del despacho de Hacienda Manuel Pérez de Tudela*. Lima: Imprenta de José M. Masías.

PÉREZ GODOY, Fernando

2015 “La teoría del derecho natural y de gentes de Johannes Heineccius en la cultura jurídica iberoamericana”. *Revista de estudios histórico-jurídicos*, n.º 37: 453-474. Disponible en: <http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-54552015000100017&lng=es&nrm=iso. ISSN 0716-5455. <http://dx.doi.org/10.4067/S0716-54552015000100017>> (última consulta: 19/06/2016).

QUINTANA, Manuel José

1830 *Vidas de los españoles célebres*. 2 vols. Madrid: Imprenta de don Miguel de Burgos. Disponible en: <http://www.europeana.eu/portal/record/9200110/BibliographicResource_1000126> (última consulta: 24/06/2016).

1832 *Lives of Vasco Nunez de Balboa and Francisco Pizarro*. Margaret Hodson (trad.). Edimburgo: William Blackwood; Londres: T. Cadell. Disponible en: <<https://archive.org/details/livesvasconunez00margoog>> (última consulta: 24/06/2016).

QUIRÓS, Francisco

1833 *Mensaje [sic] presentado a la muy honorable Junta Departamental de Junín, el día de la apertura de sus sesiones, por el Prefecto Francisco Quiros*. Huánuco: Impreso por J. Mira.

1835 *Relación sencilla del feliz suceso que ha tenido en esta ciudad, y en todo el arzobispado el jubileo santo promulgado con motivo de la exaltación al solio pontificio de S.S. el señor Gregorio XVI*. Lima: Imprenta de M. Masías.

RIVERO Y USTARIZ, Mariano Eduardo de

- 1827 *Memoria sobre las aguas minerales de Yura y otros puntos cercanos a Arequipa*. Lima: Imprenta de la Instrucción Primaria.
- 1848 *Memorias sobre el rico mineral de Azogue de Huancavelica*. Lima: J. M. Masías.
- 1857 *Colección de memorias científicas: agrícolas e industriales publicadas en distintas épocas*. Bruselas: Imprenta de H. Goemaere.

SHAKESPEARE, William

- 1972 *Otelo*. En *Obras completas*. Estudio preliminar traducción y notas de Luis Astrana Marín, acto V, escena II. Madrid: Aguilar.

SMYTH, William y Frederick LOWE

- 1836 *Narrative of a Journey from Lima to Para, across the Andes and down the Amazon*. Londres: John Murray.

TORQUATO Tasso

- 1829 *La Jerusalén libertada. Poema heroico por Torcuto Tasso traducido en octavas castellanas por Juan Sedeño*. 2 tomos. Barcelona: Imprenta de la Viuda e hijos de Gorchs.

UNANUE, José Hipólito

- [1793a] *Guía política, eclesiástica y militar del Perú para el año de 1793*. Lima: Imprenta Real de los Niños Huérfanos.
- 1793b “Decadencia y restauración del Perú. Discurso del discurso inaugural para la Abertura y Estrena del Anfiteatro Anatómico”. *Mercurio Peruano*, 7 (220): 98-99.
- 1815 *Observaciones sobre el clima de Lima*. 2.^a ed. Madrid: Imprenta de Sancha.

Publicaciones de la serie Historia Económica

- **Luis Guillermo Lumbreras, Peter Kaulicke, Julián I. Santillana y Waldemar Espinoza Soriano**
Economía prehispánica (Compendio de Historia Económica del Perú I)
Carlos Contreras (ed.) 2008 (1.ª ed.), 2010 (1.ª reimp.) (coed. BCRP), 446 pp.
- **Kendall W. Brown**
Borbones y aguardiente. La reforma imperial en el sur peruano: Arequipa en vísperas de la independencia
2008 (coed. BCRP), 322 pp.
- **Francisco Quiroz Chueca**
Artisanos y manufactureros en Lima colonial
2008 (coed. BCRP), 272 pp.
- **William Mathew**
La firma inglesa Gibbs y el monopolio del guano en el Perú
2009 (coed. BCRP), 348 pp.
- **Héctor O. Noejovich, Carmen Salazar-Soler, Margarita Suárez Espinosa, Luis Miguel Glave y Miriam Salas**
Economía del periodo colonial temprano (Compendio de Historia Económica del Perú II) Carlos Contreras (ed.)
2009 (coed. BCRP), 611 pp.
- **José R. Deustua**
El embrujo de la plata. La economía social de la minería en el Perú del siglo XIX
2009 (coed. BCRP), 282 pp.
- **Magdalena Chocano, Carlos Contreras, Francisco Quiroz, Cristina Mazzeo y Ramiro Flores**
Economía del periodo colonial tardío (Compendio de Historia Económica del Perú III)
Carlos Contreras (ed.)
2010 (coed. BCRP), 473 pp.
- **Carlos Contreras, Cristina Mazzeo y Francisco Quiroz (eds.)**
Guerra, finanzas y regiones en la historia económica del Perú
2010 (coed. BCRP), 540 pp.
- **Rory Miller**
Empresas británicas, economía y política en el Perú 1850-1934
2011 (coed. BCRP), 489 pp.
- **Kenneth J. Andrien**
Crisis y decadencia: el virreinato del Perú en el siglo XVII
2011 (coed. BCRP), 288 pp.

- **Alejandro Salinas**
Cuatro y billetes: crisis del sistema monetario peruano, 1821-1879
2011 (coed. BCRP), 289 pp.
- **Shane J. Hunt**
La formación de la economía peruana: distribución y crecimiento en la historia del Perú y de América Latina.
2011 (coed. BCRP, PUCP), 653 pp.
- **Jesús Cosamalon, Fernando Armas, José Deustua, Martín Monsalve y Alejandro Salinas**
Economía de la primera centuria independiente (Compendio de Historia Económica del Perú IV) Carlos Contreras (ed.)
2011 (coed. BCRP), 552 pp.
- **Juvenal Luque**
Funcionarios y remuneraciones. Salarios de la caja real de Lima en los siglos XVII y XVIII
2011 (coed. BCRP), 381 pp.
- **Javier Tantaleán Arbulú**
La gobernabilidad y el leviatán guanero. Desarrollo, crisis y guerra con Chile 2011 (coed. BCRP), 448 pp.
- **Cristina Mazzeo**
Gremios mercantiles en las guerras de independencia. Perú y México en la transición de la Colonia a la República
2012 (coed. BCRP), 330 pp.
- **Carlos Contreras**
La economía pública en el Perú. Crisis fiscal, recursos naturales y élites económicas durante su primer siglo independiente
2012 (coed. BCRP), 478 pp.
- **Nils Jacobsen**
Ilusiones de la transición. El altiplano peruano, 1780-1930
2013 (coed. BCRP), 626 pp.
- **Vincent C. Peloso**
Campesinos en haciendas. Coacción y consentimiento entre los productores de algodón en el valle de Pisco
2013 (coed. BCRP), 332 pp.,
- **Carlos Camprubí**
El Banco de la Emancipación
2014 (coed. BCRP), 207 pp.
- **Luis Felipe Zegarra, Juana Kuramoto, Manuel Glave, Nelson Manrique, Miguel Jaramillo, Rosa Huamán, Gonzalo Pastor y Carlos Parodi**
Compendio de historia económica V: la economía peruana entre la gran depresión y el reformismo militar, 1930-1980 Carlos Contreras (ed.)
2014 (coed. BCRP), 668 pp.

- **Isabel María Povea**
Minería y reformismo borbónico en el Perú. Estado, empresa y trabajadores en Huancavelica, 1784-1814
2014 (coed. BCRP), 491 pp.
- **Kendall W. Brown**
Minería e imperio en Hispanoamérica colonial. Producción, mercados y trabajo
2014 (coed. BCRP), 304 pp.,
- **Terence N. D'Altroy**
El poder provincial en el imperio inka
2015 (coed. BCRP), 536 pp.
- **Antonio de Ulloa**
Relación de gobierno del Real de Minas de Huancavelica (1758-1763)
2016 (coed. BCRP), 328 pp.
- **Carlos Contreras (editor)**
Historia de la moneda en el Perú
2016 (coed. BCRP), 500 pp.
- **Michael J. Gonzales**
Azúcar y trabajo. La transformación de las haciendas en el norte del Perú, 1860-1933
2016 (coed. BCRP), 332 pp.
- **Carlos Contreras y Elizabeth Hernández (eds.)**
Historia económica del norte peruano. Señoríos, haciendas y minas en el espacio regional
2017 (coed. BCRP), 332 pp.
- **Alfonso W. Quiroz**
Crédito, inversión y políticas en el Perú entre los siglos XVIII y XX
2017 (coed. BCRP), 323 pp.
- **Catalina Vizcarra**
Deuda y compromisos creíbles. El endeudamiento externo peruano desde los inicios de la república hasta la primera ola de globalización
2017 (coed. BCRP), 148 pp.
- **Alejandro Salinas**
La economía peruana vista desde las páginas de el comercio, siglo XIX
2017 (coed. BCRP), 462 pp.
- **Juan Copello y Luis Petriconi**
Estudios sobre la independencia económica del Perú
Prólogo de Jorge Basadre / Edición de Giovanni Bonfiglio
2019 (coed. BCRP), 142 pp.



BANCO CENTRAL DE RESERVA DEL PERÚ



LOS AÑOS QUE SIGUIERON AL LOGRO DE LA INDEPENDENCIA figuran entre los más huérfanos de documentación en la historia del Perú, debido al natural desorden administrativo que siguió a la ruptura con el imperio español. Ello le da un especial valor al libro del médico inglés Archibald Smith, quien luego de pasar una década en el Perú, entre 1826 y 1838, viviendo entre mineros y agricultores, “desde el palacio hasta la humilde choza”, publicó en 1839 en Londres un libro con sus recuerdos e impresiones, “con honestidad e imparcialidad”. Smith aborda temas como la alimentación de los peruanos, sus enfermedades más frecuentes, el estado de la medicina en la época, los avatares de la minería y las costumbres laborales de las diferentes clases de habitantes, que no son frecuentes en la literatura conocida como de “viajeros”.

Esta es la primera traducción al castellano del libro de Smith y presenta en forma conjunta los dos tomos originales en que se dividió la obra. Fue realizada por la historiadora Magdalena Chocano, quien se ha encargado del cuidado de la edición y ha escrito un sustancioso estudio introductorio.

ISBN: 978-9972-51-731-0



Fuentes y clásicos de la Historia Económica del Perú